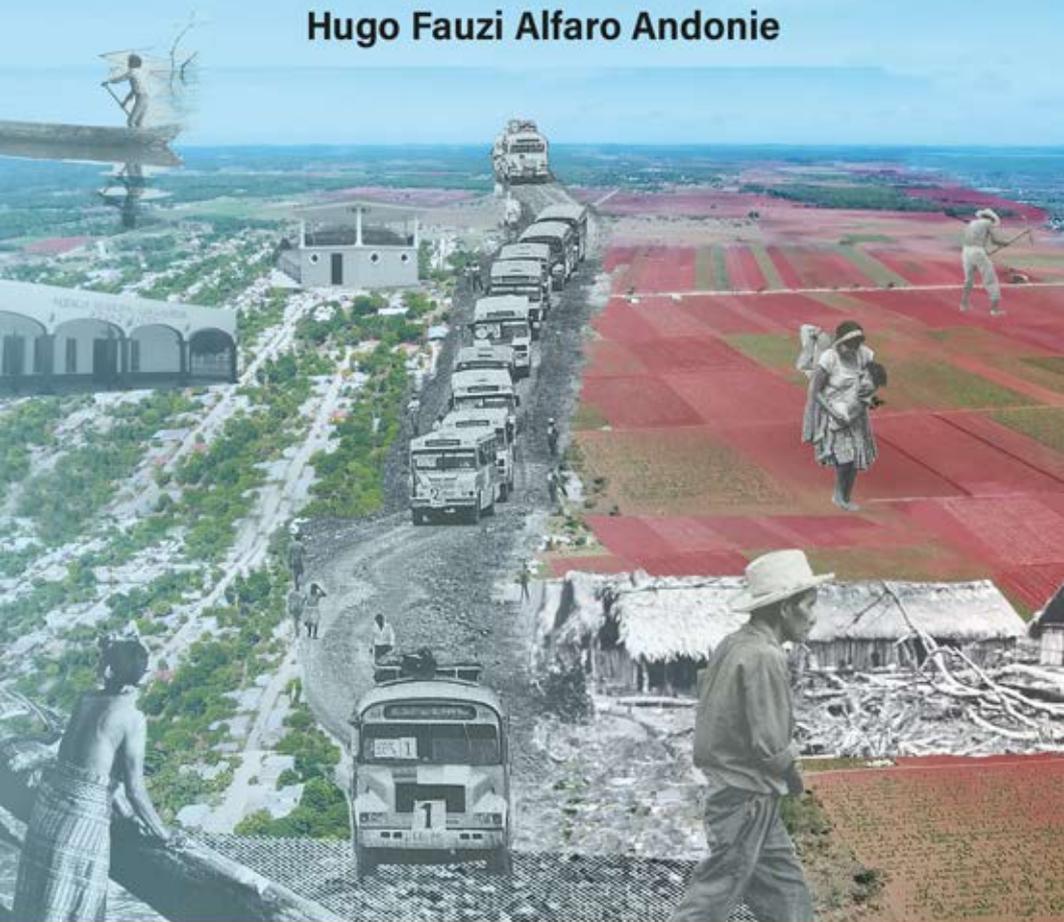


Bajo el cobijo del laurel

Experiencias del refugio guatemalteco
en México (1980-1998)

Hugo Fauzi Alfaro Andonie



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

SECRETARIO GENERAL

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Dra. Guadalupe Valencia García

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

DIRECTOR

Mtro. Rubén Ruiz Guerra

SECRETARIO ACADÉMICO

Dr. José Francisco Mejía Flores

JEFA DE PUBLICACIONES

Mtra. Leticia Juárez Lorencilla

BAJO EL COBIJO DEL LAUREL:
EXPERIENCIAS DEL REFUGIO GUATEMALTECO
EN MÉXICO (1980-1998)

BAJO EL COBIJO DEL LAUREL:
EXPERIENCIAS DEL REFUGIO GUATEMALTECO
EN MÉXICO (1980-1998)

Hugo Fauzi Alfaro Andonie



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
México 2023

La publicación de esta obra se efectúa en el marco del proyecto *Guatemala, 1960-1966. El conflicto armado y sus implicaciones para México*, cuyo responsable es el Dr. Mario Vázquez Olivera. Proyecto apoyado por el Fondo Sectorial de Investigación para la Educación, SEP-Conacyt-A1-S-59611.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información.

Nombres: Alfaro Andonie, Hugo Fauzi, autor.

Título: Bajo el cobijo del laurel : experiencias del refugio guatemalteco en México (1980-1998) / Hugo Fauzi Alfaro Andonie.

Otros títulos: Experiencias del refugio guatemalteco en México (1980-1998).

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2025.

Identificadores: LIBRUNAM 2206064 | ISBN 978-607-30-7691-3.

Temas: Refugiados – México – Siglo XX. | Refugiados – Guatemala – Siglo XX. | Guatemaltecos – refugiados – México – Siglo XX. | Refugiados políticos – México. | Guatemala – Política y gobierno – Siglo XX. | Emigración e inmigración – México – Siglo XX. | Emigración e inmigración – Guatemala – Siglo XX.

Clasificación: LCC HV640.5.G9.A54 2025 | DDC 505.90691407281—dc25

Fotografías de portada tomadas de *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México, Memoria*, México, COMAR/ACNUR, 1999.

Diseño de la cubierta: Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: Irma Martínez Hidalgo

Primera edición: junio de 2025

Fecha de edición: 19 de junio de 2025

D. R. © 2025 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510
Ciudad de México, México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
Torre II de Humanidades, 8° piso,
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México, México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://cialc.unam.mx>

ISBN 978-607-30-7691-3

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

A todos aquellos que he conocido, que han dejado su casa, su patria, su hogar, expulsados por la ausencia de esperanzas, por el peligro, por la violencia, por la pobreza. Migrantes, refugiados, que lo son o que lo fueron. Son muchas sus historias y ésta es una de ellas.

AGRADECIMIENTOS

A Los Laureles, a las personas que ahí conocí, a ustedes que me confiaron sus historias y abrieron desinteresadamente las puertas de sus casas y me descubrieron sus vidas. A don Óscar, Alba y Adeline, por haber compartido su mesa, su hogar y por el gran apoyo que dieron para aquel joven que apenas conocían. No hubiera sido posible sin ustedes.

A Haydée, Selma, Giselle y Mauricio. Siempre mis más cercanos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	19
Experiencias y la elección de un tema	24
Definición de refugiado	27
Historia oral y metodología de este libro	28
Objetivos y estructura	35
I. ANTECEDENTES	43
La Colonia que persiste: el racismo y sus aspectos en la historia de Guatemala	48
La Revolución de Octubre y el régimen revolucionario (1944-1954)	59
Los gobiernos militares, la construcción del peligro comunista y el surgimiento de la insurgencia y la contrainsurgencia (1960-1972)	66
Las cooperativas como acción política y la represión como respuesta	71

Resurgimiento de las guerrillas y la represión masiva como método contrainsurgente (1972-1983)	81
Recuento y reflexiones: largo prólogo de un refugio	94
II. LA EXPERIENCIA Y LA COMPRESIÓN HISTÓRICA	97
La experiencia según tres historiadores	100
Wilhelm Dilthey	100
Robin Collingwood	104
Joan W. Scott	108
Experiencia: definición de un proceso	112
Memoria, experiencia e historia	125
De la experiencia a la historia	137
Comprensión histórica	143
Recuento y reflexiones: experiencia e historia	148
III. EL REFUGIO GUATEMALTECO EN MÉXICO: DE GUATEMALA A LOS LAURELES	151
Refugio en México: organizaciones, fronteras, economía y política	152
Vida antes de la huida	158
Huida	163
Refugio en Chiapas	178
Traslado a Campeche	193
Refugio en Campeche	205
La época del retorno	226
Recuentos y reflexiones: memorias y experiencias de un refugio	237
CONCLUSIONES	245

La individualidad y lo subjetivo	247
El camino andado	248
Hallazgos del camino	252
Caminos abiertos para futuras investigaciones	254
 ANEXO	 257
Entrevista con Adelina Hernández	259
 FUENTES	 351



Vista desde la plaza principal de Los Laureles, Campeche, 16 de junio de 2015. Fotografía de Hugo Alfaro.



Templo católico enfrente de la plaza principal, Los Laureles, Campeche, 16 de junio de 2015. Fotografía de Hugo Alfaro.

INTRODUCCIÓN

El refugio es un lugar que protege contra las amenazas y brinda cobijo en su interior. Refugio contra tormentas y sus inundaciones, contra heladas y su frío, contra bombardeos y su fuego. Son lugares de seguridad en momentos de peligro. Su protección reside en su aislamiento: se construye en el punto más alto para escapar del agua, con paredes gruesas contra el frío, y bajo tierra contra las bombas. Por tales características nadie tiene un refugio como hogar, pues existe sólo para emergencias. Sin embargo, el siglo xx, con los efectos de sus guerras y amenazas, convirtió el refugio de un lugar en una condición para miles de personas. El ser humano, al huir de otros que lo amenazaban, volvió a la figura del refugiado, a una condición que ha persistido en la historia, prácticamente sin interrupciones, a lo largo de todo un siglo.

Este libro trata la historia del refugio guatemalteco en México (1980-1998) vista desde la experiencia de los exrefugiados que decidieron permanecer en nuestro país, en el pueblo de Los Laureles,

en el municipio y estado de Campeche. Sus visiones dan cuenta de una historia, de un evento que atañe a dos países, pero que constituye también parte de la historia de sus vidas. La experiencia —entendida como un proceso de significación del pasado vivido— y los detalles que brindan los recuerdos son el eje de este trabajo.

Es una historia compleja, como se descubre que son todas las historias cuando se les observa en detalle. Comienza en la época colonial con la instauración de las encomiendas y el largo proceso de asentamiento de una discriminación étnica y su transformación, con el cambiar de los siglos, hacia un racismo biológico. Los intereses económico-políticos de las élites criollas estaban ligados estrechamente al establecimiento y sostén de una ideología que consideraba inferior al indígena, pues su trabajo, prácticamente gratuito, era el pilar que mantenía la maquinaria colonial y que, tras acabar el dominio español, siguió siendo fundamental para la economía guatemalteca en su etapa liberal. Los cambios que operaron durante el siglo XIX y primera mitad del XX no tocarían esa estructura fundamental cimentada en la subordinación del indígena.

Aquel andamiaje colonial recibió una sacudida que comenzó en octubre de 1944 con la Revolución guatemalteca. Sin embargo, si bien fue significativa, no fue una transformación radical, sino un acontecimiento acorde a los cambios experimentados en diversas partes del globo en las décadas que le precedieron. Sus vientos fueron, en sus inicios, apenas unas pequeñas brisas, pero suficientes para refrescar a la aletargada Guatemala. Juan José Arévalo, como primer presidente electo democráticamente, dio los primeros pasos y Jacobo Árbenz, quien le sucedió, aceleró la marcha.

El contexto internacional, aunado al desacuerdo interno, condicionaría el fin de la revolución. Las élites criollas que sentían amenazados sus privilegios, la fobia anticomunista catalizada por

la Guerra Fría y la férrea oposición estadounidense contra todo aquello que fuera, al menos ante sus ojos, una expresión comunista que amenazara con extenderse por el continente fueron algunos de los factores que empujarían a la perpetración de un golpe de Estado en Guatemala en 1954 —acción que contó con el fundamental apoyo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos—. Fue así como el gobierno revolucionario llegó a su fin; Guatemala —a decir de los golpistas— había sido liberada y décadas de administraciones militares dieron comienzo.

Seis años después de efectuado el golpe, el nuevo régimen vio desafiada su posición con el surgimiento de una organización armada que incluía a militares descontentos con los manejos del nuevo gobierno y que estaba inspirada en el triunfo reciente de la Revolución cubana (1959). Así, en noviembre de 1960, la semilla de la guerra de guerrillas se sembró en Guatemala, aunque sus retoños fueron efímeros e infructuosos sus primeros brotes, pues la represión del gobierno no permitió que aquel nuevo intento revolucionario germinara. Sin embargo, otros procesos fertilizaron la tierra para el resurgimiento de nuevas oposiciones. Uno de estos fue el Concilio Vaticano II (1962-1965), que bajo la línea de “la opción preferencial por los pobres” propició, en varios contextos de América Latina, un particular entramado entre el catolicismo, la organización social-comunitaria de base y determinados elementos de raíz marxista-socialista. La estructura de la Iglesia católica de fondo, bajo la influencia ideológica de una interpretación particular del Concilio, favoreció la organización de campesinos, pero también su politización y la construcción de nuevos liderazgos locales. En un régimen que dependía de la sumisión del campesinado —particularmente el indígena—, estos cambios fueron elementos desestabilizadores, por lo que el régi-

men respondió del único modo en que sabía hacerlo: a través de la represión.

Simultáneamente, una segunda ola guerrillera tomaba fuerza y se alimentaba del descontento provocado por la represión de aquellos que habían optado por la organización político-local. Hacia la segunda mitad de la década de 1970, viejos grupos guerrilleros reemergieron y otros nuevos aparecieron (muchas veces escisiones de los primeros). Esta vez buscaron generar una alianza con los pueblos y habitantes de las zonas donde operaban, pues cuando el ejército guatemalteco finalmente decidiera desplegar una estrategia contrainsurgente de eliminación, sobre ellos se vertería la violencia. Así, estos pueblos —tanto si habían colaborado con la insurgencia armada o no— se convirtieron en blanco privilegiado de la estrategia militar de aniquilamiento. Entre 1981 y 1983 esa estrategia alcanzó su punto más alto.

Aquella violencia fue parte de una política de tierra arrasada, que tornó en genocidio, y fue origen del terror que empujó a decenas de miles de personas hacia México en busca de un mínimo de seguridad. Al otro lado de una línea imaginaria (la frontera) miles de guatemaltecos intentaron encontrar un refugio momentáneo. La salida fue una huida, pocas veces planeada, a lo largo de la frontera con México. En la colindancia de los dos países se establecieron de manera improvisada precarios campamentos. Y aunque al cruzar la frontera las personas desplazadas hubieran encontrado una relativa paz, ésta no estuvo exenta de otro tipo de peligros: la desnutrición, las enfermedades, los impactos psicológicos de la guerra y el desplazamiento, así como la amenaza todavía presente del ejército guatemalteco.

México se enfrentaba a un nuevo tipo de refugiado: ya no era aquel que llegaba de latitudes lejanas, sino alguien que tenía su

origen al otro lado de la frontera, sitio del que llegaban masivamente personas campesinas y, en su mayoría, de origen maya. Los primeros en dar una respuesta fueron los mexicanos que habitaban en la región —muchos de ellos recientes colonos— que mantenían lazos comerciales y de compadrazgo, incluso familiares, con los refugiados que arribaban. El gobierno, en cambio, tardó en reconocer la emergencia, inclusive deportó a Guatemala a quienes habían huido de ahí. A pesar del lento reaccionar, las ayudas llegaron —no sin roces diplomáticos con el vecino del sur— y, en plena “década perdida”, se materializaron gracias en gran medida a las aportaciones de organizaciones internacionales.

En 1984 existían decenas, incluso cientos, de campos de refugiados de difícil acceso dispersos en las selvas de Chiapas. El factor geográfico, aunado a consideraciones de seguridad, económicas, políticas y diplomáticas motivaron la construcción de un plan de traslado de los refugiados hacia nuevos campamentos en los estados de Campeche y Quintana Roo. Muchos rumores corrieron entre los refugiados en torno a dicho traslado. De los 46 mil refugiados, alrededor de la mitad fueron llevados a los nuevos acampamentos y allí, recién llegados, empezaron a construir una nueva vida, pero aún esperando el día de volver a Guatemala.

En 1993, a más de diez años de haberse iniciado el refugio, se realizó el primer retorno colectivo —negociado entre autoridades y refugiados—, al que seguirían otros que enfrentarían a las familias a tomar la decisión de establecerse definitivamente en México o de regresar a Guatemala.

Los Laureles fue uno de esos campos que se estableció en el tiempo del refugio y que se convirtió, después del retorno, en un pueblo mexicano pero guatemalteco en sus raíces. Este libro cuenta la historia de esas raíces a través de seis voces y diversos recuerdos.

Experiencias y la elección de un tema

Una de las primeras enseñanzas de la Universidad, y que tanto maestros como compañeros repetían asiduamente durante los primeros meses, era que la objetividad pura no existía. Uno siempre deja una huella personal en su obra haciendo imposible evitar los sesgos. Desde entonces, he creído que una de las formas más honestas de presentar un trabajo al lector consiste en dar a conocer las razones que empujaron al autor a escribir sobre un tema, en explicar su perspectiva y en hacer notar quién es el que escribe y desde dónde lo hace. Por ello daré las razones biográficas que me impulsaron hacia la historia del refugio guatemalteco y a la perspectiva desde la cual la abordo.

Fueron varios los motivos que me llevaron a decantarme por este tema. En orden cronológico, el primero fue una experiencia personal. Durante casi un año (2010-2011), viví y trabajé como voluntario en la Casa del Migrante de Saltillo, a donde llegaban hombres y mujeres centroamericanos que, en su rumbo hacia Estados Unidos, se detenían por unos días buscando reposo y reparo después de un camino de adversidades. Entre esa multitud errante, pero atraída como por un imán hacia el norte, se encontraban muchos guatemaltecos. Resultaría una simplificación excesiva decir que iban en busca de un mejor trabajo y de una mejor vida en términos económicos; muchos también huían —y huyen— de la violencia de sus países y de la ausencia de oportunidades para vivir con un mínimo de esperanza y dignidad.

Fue la época de la masacre de los 72 migrantes en Tamaulipas. Eran días en que “La Bestia” salía casi a diario en las noticias para mostrar en imágenes y palabras una realidad que para muchos mexicanos nos era desconocida hasta entonces. En los medios, y

también para muchas organizaciones que defendían los derechos humanos, los migrantes eran las grandes víctimas. Y por supuesto lo eran, sin embargo, escuchando las historias y viviendo en aquel lugar, ser “víctima” era sólo una faceta de las múltiples que veía reflejadas en los migrantes, y reducirlos a ella —a pesar de los fines nobles perseguidos— era acotar y simplificar su persona.

En aquel momento yo ignoraba lo que había ocurrido en Guatemala en el último tercio del siglo pasado y sólo entendía que en Centroamérica habían acontecido por muchos años sangrientas y brutales guerras. No recuerdo el momento preciso en que leí o escuché acerca del genocidio guatemalteco y de los refugiados que entonces llegaron a México, pero la duda sobre ese pasado que no conocía perduró y creció. Un éxodo antecedió al que entonces me tocaba presenciar a mis dieciocho años en aquel albergue. Con esta investigación —que en su primera versión fue una tesis universitaria— tuve la oportunidad de dedicarle tiempo a esa duda que había anidado en mí.

Afortunadamente encontré en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM las herramientas y aprendizajes para poder dar una respuesta satisfactoria a esa pregunta. En la Universidad me fui interesando por los relatos personales, la memoria, la experiencia y también —sin malinchismo alguno— por la historia internacional y global. Todos estos aspectos que me interesaban era posible conjugarlos en una investigación sobre el refugio guatemalteco. Si antes de mi entrada a la Universidad buscaba una explicación a modo de respuesta única y definitiva de lo que había ocurrido en Centroamérica y particularmente en Guatemala, ahora aquello que buscaba como explicación definitiva se desdoblaba en múltiples razones y narraciones. Al entender mejor la historia, las respuestas únicas y terminantes desaparecieron. Supe entonces

que la solución que diera a una pregunta dependería de las fuentes que consultara, de la metodología que empleara y del contexto desde el cual, yo mismo, abordara el estudio de ese pasado.

Había vivido un año escuchando distintas historias de diversas personas, pero todas bajo el eje común de la migración. De aquellas conversaciones sólo quedan fragmentos en mi memoria. Por ello, cuando al cursar mis estudios oí hablar sobre la historia oral, ésta llamó pronto mi atención. Este método, apoyado en la creación de fuentes a partir de entrevistas, abrió las puertas para que posteriores conversaciones —planeadas, estructuradas y con objetivo— se convirtieran en objeto de análisis, crítica y comprensión de un proceso, superando así el nivel de la simple narración de hechos.

Con la historia oral se inauguró la posibilidad de hacer de las conversaciones una fuente; de la experiencia arraigada íntimamente en la persona, y a la vez atada a su contexto, un objeto de análisis que permita entender, desde cierta perspectiva, un proceso histórico social. Las pláticas con migrantes en años previos me habían generado preguntas, dudas y la ligera intuición de un pasado. Sin embargo, con la historia oral, aquella común práctica social (la conversación) puede, gracias a la sistematización, contextualización y su complementación con otras fuentes, abrir las puertas a respuestas, aunque sin duda, también a más preguntas.

Así, la disciplina de la historia se fue develando como algo mucho más complejo, pero también más rico de lo que había pensado. Las clases, lecturas y discusiones moldearon el enfoque que espero haber impreso en este trabajo. Éstas son mis razones y mis intereses, pero antes de iniciar habrá que definir quién es el refugiado y el camino que este trabajo ha seguido.

Definición de refugiado

El refugio fue un fenómeno que surgió de manera abrupta y en gran escala en el siglo xx. Durante la primera mitad de esta centuria la figura de refugiado no estuvo jurídicamente definida, sin embargo, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y del gran número de refugiados que ésta generó, se estableció una primera definición internacional. Según la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951, un refugiado es una persona que:

debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de su país; o que careciendo de nacionalidad y hallándose, a consecuencia de tales acontecimientos fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, no pueda o, a causa de dichos temores no quiera regresar a él.¹

La Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) toma esta definición, pero debido a los sucesos que tras 1951 crearon más refugiados y demostraron la complejidad del fenómeno, ésta resultó en muchos casos insuficiente y fue necesario enriquecerla con posteriores interpretaciones.² En futuras convenciones se expandió el término y la Comisión tomó dos puntos más para aclarar que el refugiado es aquel:

¹ “Convención de Ginebra de 1951, el Estatuto de los Refugiados”. En <<https://eacnur.org/es/convencion-de-ginebra-de-1951-el-estatuto-de-los-refugiados>>.

² México firmó la Convención de 1951 hasta el 2000. En la legislación mexicana fue hasta 1990 que se dio un reconocimiento jurídico a la figura de refugiado.

II. Que ha huido de su país de origen, porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas *por violencia generalizada*, agresión extranjera, conflictos internos, *violación masiva de los derechos humanos* u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público, y

III. Que debido a circunstancias que hayan surgido en su país de origen o como resultado de actividades realizadas, durante su estancia en territorio nacional, tenga fundados temores de ser perseguido por motivos de raza, religión, nacionalidad, género, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, o su vida, seguridad o libertad pudieran ser amenazadas por violencia generalizada, agresión extranjera, conflictos internos, violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público.³

Las causas que provocan la existencia del refugiado son un problema que persiste desde el pasado. Si bien fue hasta el siglo xx que se estableció su figura jurídica y se fijaron sus derechos, las centurias pasadas también atestiguaron miles de personas que huyeron de la guerra o desastres naturales para resguardarse en una tierra distinta a la suya. Éste es un fenómeno que, por los conflictos actuales, se ha mantenido vigente en nuestro joven siglo.⁴

Historia oral y metodología de este libro

La historia oral fue, para esta investigación, la metodología que empleé para la construcción de las que son aquí mis fuentes pri-

³ “¿Quién es un refugiado?”. En <http://www.comar.gob.mx/en/COMAR/Refugia dos_en_Mexico>. Las cursivas son mías.

⁴ ACNUR, “El desplazamiento forzado en el mundo bate su cifra récord”, lunes 20 de junio de 2016. En <<https://www.acnur.org/noticias/historia/2016/6/5b7e715a42/el-desplazamiento-forzado-en-el-mundo-bate-su-cifra-record.html>>.

marías. Durante el siglo anterior, la palabra recuperó el espacio que había ocupado en la historia desde los inicios de la disciplina y del cual había sido desplazada por el dominio de la obra escrita, única válida para el positivismo. La fuente oral fue poco a poco reapareciendo a partir de los años cincuenta del siglo pasado; volvió y buscó constituirse como una práctica sistematizada y rigurosa hasta llegar a consolidarse, a finales de los sesenta, en un campo de la historia.⁵ Esta metodología ha sido una herramienta fundamental para estudiar la vida cotidiana, la memoria y la identidad, es decir, aquellas visiones subjetivas de los individuos que, por una u otra razón, no suelen dejar por escrito sus vivencias.

En este libro la historia oral no tiene como objetivo la simple recopilación de datos —donde, además, se muestra tan endeble—, tampoco apunta a la mera transcripción de las entrevistas realizadas; aquí la he utilizado, junto con otras fuentes, para construir una narrativa de cierto periodo del pasado desde la subjetividad de los entrevistados, subrayando los sentidos y significaciones que se desprenden de sus conversaciones.⁶ Ésta es una de las principales tareas de la historia oral: la búsqueda de la experiencia y significado de los eventos narrados por el individuo.⁷

Considero que la historia oral es una herramienta útil para este tipo de investigaciones. Ésta no se centra en los datos, sino en la forma en que se recuerda el pasado, en cómo se significa o se interpreta, y en la experiencia de los sujetos. Con estos elementos se

⁵ Tomo como inicio de la historia oral 1949, cuando empiezan a grabarse las conversaciones y a colocarse en archivos. Véase María del Carmen Collado Herrera, “¿Qué es la historia oral?”, en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono. Textos introductorios a la historia oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, p. 16.

⁶ Mario Camarena Ocampo y Gerardo Necoechea Gracia, “Conversación única e irrepetible: lo singular de la historia oral”, en Garay, *op. cit.*, p. 48.

⁷ *Ibid.*, pp. 51 y 55.

vuelve capaz de aportar detalles que, junto con la interpretación del historiador, coadyuvan a darle sentido a ese pasado. La historia oral, junto con otras fuentes bibliográficas y hemerográficas, puede brindar un gran soporte para tratar periodos relativamente recientes en términos históricos. Cuando los actores y/o testigos de un periodo o un proceso están vivos y dispuestos a compartir su experiencia, tienen el potencial de enriquecer la historia con miradas distintas a la que suelen ofrecer las fuentes tradicionales. Así, no sólo se da la oportunidad de complementar lo que otros medios dicen, sino que también abre la posibilidad de cuestionar el modo en que pensamos el pasado y, en alguna medida, el devenir.⁸

En el momento en que inicié esta investigación ya existían entrevistas realizadas a refugiados guatemaltecos durante la época del refugio, sin embargo, eran fragmentarias y se enfocaban en la persecución y huida de Guatemala, así como en su sufrimiento. Otras entrevistas se centraron en profesionistas de origen guatemalteco, también refugiados, que llegaron a la Ciudad de México; y no en los campesinos, como lo fue la inmensa mayoría.⁹ Unas más habían orientado su visión hacia los representantes elegidos por los refugiados, una especie particular de experiencia a la que no quise limitarme.

Quería conocer la experiencia de los refugiados que no necesariamente estuvieron en el centro de las decisiones; aunque tampoco buscaba particularmente las anécdotas de aquellos que habían

⁸ Collado, *op. cit.*, pp. 19-21.

⁹ A lo largo de sus ocho números, el diario *El refugiado* realizó diversas entrevistas, pero todas se enfocaron en la salida de Guatemala así como en el sufrir del refugiado. En el Archivo de la Palabra de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se encuentra una serie de entrevistas a refugiados latinoamericanos que llegaron a México, entre ellos guatemaltecos. Sin embargo, la gran mayoría son de académicos o profesionales que fueron, a fin de cuentas, una minoría respecto al resto de la población de refugiados guatemaltecos que era de procedencia indígena y campesina.

sido los más violentados. En la elección de mis entrevistados traté de abarcar cierta diversidad de experiencias. Entrevisté tanto a refugiados que no ejercieron ningún cargo de liderazgo, como a unos que fueron, por momentos, representantes de sus grupos; hablé con aquellos que vieron a los militares guatemaltecos destruir sus pueblos y asesinar a vecinos y familiares, pero también lo hice con los que salieron antes de que esto ocurriera. No creo que haya “lugares donde pasa la historia”, sino posiciones desde las cuales se vive y se observa el presente; por lo tanto, aquellos que estuvieron en el “centro” de las acciones así como los que estuvieron más alejados tienen visiones válidas sobre el pasado que han vivido. Por ello, me pareció necesario no conformarme ni limitarme a las entrevistas ya existentes, sino realizar unas nuevas donde estuvieran presentes las perspectivas que ha dado el tiempo y una cierta diversidad de voces.

Emplear las técnicas de la historia oral en Los Laureles, para generar nuevas fuentes, permitió que mi objeto de estudio no tuviera como único eje el carácter de víctima de los refugiados (enfoque más común en las entrevistas realizadas durante la época del refugio). A más de treinta años de distancia (2015), el refugio fue contado por los entrevistados como una historia que llegaba a través de recuerdos más o menos distantes. En cambio, durante la época de la emergencia, las narraciones estuvieron empapadas de la urgencia de los problemas que apremiaban a los refugiados en su día a día y acompañadas, a su vez, por la sombra de los eventos del pasado reciente y los de un futuro incierto. Por estos diferentes contextos, las narraciones de aquel tiempo y de éste son evidentemente distintas. Si bien las primeras muestran más a flor de piel las emociones e ideas de aquel momento, la temporalidad que separa a los entrevistados de aquellos sucesos permite la reflexión,

reinterpretación y significación de aquellas vivencias desde un enfoque distinto.

Realicé las entrevistas en una segunda visita a Los Laureles en una estancia de dos semanas, del 24 de septiembre al 8 de octubre de 2015. La primera visita la llevé a cabo unos meses antes, durante junio, tiempo en el que tuve conversaciones informales con diversas personas, entre las cuales seleccioné a las que finalmente entrevistaría para esta investigación. Fui presentado a ellos gracias a una familia. Algunos, la mayoría, accedieron a charlar conmigo de manera informal; otros, muy pocos, decidieron no hacerlo. Después de aquella plática dejé abierta la puerta para una posible entrevista posterior, más formal, por si estaban dispuestos a participar. En general hubo mucha apertura y sólo algunas ocasionales dubitaciones.

Para el corpus de mi investigación entrevisté finalmente a tres hombres y tres mujeres, todos exrefugiados, que decidieron permanecer en México. Tres de ellos salieron del departamento de Petén y los otros tres de El Quiché. Todos vivían del campo. Tres se marcharon antes de que el ejército llegara a sus comunidades. Al iniciar el refugio, dos de las entrevistadas se encontraban al comienzo de la adolescencia o al final de la infancia, con 11 y 12 años; tres de los entrevistados eran jóvenes adultos (alrededor de los 20 años) y una tercera tenía 30 años al momento de partir. Tres de los entrevistados ya eran padres de familia (dos padres y una madre). Cinco de los entrevistados eran de origen ladino (mayoría en Los Laureles) y uno de la etnia Mam.

Este último aspecto impone una característica particular a esta investigación. De los refugiados guatemaltecos que arribaron a México, 80% perteneció a un grupo indígena, y —como se verá más adelante— un gran número de víctimas fueron hombres y

mujeres mayas.¹⁰ Sin embargo, dentro de este conjunto hubo también ladinos (en el actual Los Laureles, ellos son mayoría). En buena parte de la bibliografía sobre el conflicto en Guatemala, la cuestión indígena es central —ya abordaré este punto en el primer capítulo—, lo cual coloca en un segundo plano a la minoría ladina que también fue objeto de represión y que salió del país buscando refugio. Que cinco de los seis entrevistados sean ladinos puede verse como una carencia y también como una virtud de este trabajo. Carencia porque dentro de mis fuentes de estudio (los entrevistados) sólo una pequeña fracción comparte una característica principal (la etnicidad) que fue mayoritaria en la población refugiada.¹¹ Virtud porque, al abordar a una población que compartió una misma experiencia (el refugio) pero que tuvo una característica distintiva que la separaba de la mayoría de la población, me permite comparar las experiencias y ver qué tanta importancia tuvo el factor étnico, u otros elementos asociados, en la construcción de la experiencia.

A la mayoría de los entrevistados fui presentado como un estudiante que realizaba un trabajo sobre el refugio guatemalteco, deseoso de escuchar sus experiencias. Fui recibido por ellos y me contaron lo que recordaban de aquellos años. Con unos tuve oportunidad de hablar más de una vez en conversaciones esporádicas (Adelina, principalmente), con los demás fue a partir de entrevistas.

¹⁰ En los excampos de refugiados de Los Laureles y Quetzal Edzná, los indígenas son minoría y predominan los mestizos, de los cuales la mayor parte proviene del departamento de Petén. Edith Kauffer, *Refugiados de Guatemala en México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 2000 (Antropología Social), p. 10.

¹¹ Creo, sin embargo, que no se puede englobar a “los indígenas” en una misma categoría como si las diferencias entre ellos no fueran importantes. ¿Son las diferencias entre los grupos indígenas guatemaltecos de menor importancia que la diferencia entre éstos y los ladinos?

Si bien entre estos individuos hay varias características que marcan diferencias entre ellos —aparte de haber sido refugiados—, hay un punto en común que los engloba a todos: ser actuales habitantes de Los Laureles, Campeche. Por ello, y dado que los relatos base de la mayor parte de este trabajo tienen como trasfondo este pueblo, tal vez valgan unas palabras sobre esta comunidad que nació de un exilio.

A Los Laureles se llega después de haber recorrido en automóvil un trayecto de 95 km en aproximadamente hora y media desde la ciudad de Campeche. En el poblado viven alrededor de 3 mil personas: los exrefugiados y sus descendientes (aunque 80% de los refugiados guatemaltecos pertenecía a un grupo indígena, la población actual de Los Laureles es mayoritariamente ladina). Al norte están las parcelas, mientras que, antes de entrar al pueblo, la carretera hace una desviación hacia el sur con dirección a la comunidad vecina de San Miguel Allende. La mayoría de sus calles están pavimentadas, aunque bastante desgastadas por las lluvias estacionales en el momento de mi visita. Hay pequeños negocios a lo largo de la comunidad: tiendas de abarrotes, algunas panaderías, muchas casas venden alimentos anunciándose a través de altavoces, hay mecánicos de moto, molino de maíz, tienda de agroinsumos, entre otros establecimientos. Además, hay siete iglesias cristianas, cada una de distinto credo.

En la plaza central se encuentra el salón comunitario donde se realizan eventos culturales o algún tipo de junta, al lado está el pequeño mercado, y en medio del parque se ubica un quiosco. Cuenta con una escuela primaria, una pequeña biblioteca y una telesecundaria. En Los Laureles tienen acceso a servicios de agua, luz, teléfono y gas, aunque no siempre con buena calidad. En las calles, como medio de transporte, se ven sobre todo motocicletas,

algunas camionetas de carga, coches y algunas bicicletas. Además, una combi pasa tres veces al día conectando Los Laureles con la capital del estado y con los poblados de Pich y Alfredo V. Bonfil.

Hacia los cuatro puntos cardinales se extiende el suelo plano, sólo curvado por suaves veredas. Si a la tierra no la cubren las plantaciones de los campesinos de los alrededores, lo hacen unos árboles, matas bajas y pastos verdosos en temporada de lluvia, que —se adivina— desaparecen o se amarillean cuando el agua es escasa. En la plaza principal ondea la bandera mexicana, sólo la mexicana. Cualquier observador confundiría aquel pueblo con otro poblado mexicano más, pues no hay ningún símbolo externo que visibilice su pasado. Sólo si se empieza a hablar con la gente y a observar con precisión, pudiera ser que se note algo particular: vestigios cada vez menos cotidianos que dejan entrever el origen del pueblo. Pero únicamente las palabras y las preguntas harían de palas que desentieran para el visitante la historia de este lugar. Una vez que la primera capa dura es removida, la tierra se ablanda y las narraciones e historias del pasado fluyen con naturalidad. Los habitantes de Los Laureles no esconden su pasado y son capaces de hablar sobre él, sin embargo, tampoco éste se revela si no se le pide a nadie que, mediante la palabra, lo haga aparecer.

Objetivos y estructura

El primer objetivo de esta investigación consistió en conocer la experiencia del refugio guatemalteco desde la óptica de aquellas personas que decidieron hacer de Los Laureles su tierra y hogar y de México su segundo país. De la misma manera me enfoqué en propósitos más específicos. En principio había que entender qué propició la aparición del refugio y la salida precipitada de

miles de personas de Guatemala. Como respuesta inmediata y obvia encontré la guerra, pero, ¿qué la había causado y empujado hacia el camino del genocidio? Como contestación encontré las fuerzas del anticomunismo, el racismo y la lucha por mantener o alcanzar el poder. Estas respuestas fueron como un fruto que cargaba consigo las semillas de más interrogantes, multiplicando con el tiempo los frutos y las preguntas exponencialmente. ¿De dónde surgió el anticomunismo en Guatemala?, ¿cómo se había formado el racismo?, ¿cuáles eran los grupos que buscaban el poder y qué objetivo perseguirían una vez alcanzado? Las respuestas, que de alguna forma fui encontrando a cada pregunta, no conducían sino a más interrogantes.

Una contestación amplia a la cuestión de los orígenes del refugio no podía entonces restringirse a la temporalidad de una vida humana y, por lo tanto, sobrepasaba las posibilidades de mis principales fuentes, las entrevistas. Todo relato histórico se encuentra en la necesidad de establecer cortes artificiales a lo que es una continuidad. Encontré que, si quería entender las razones del refugio, la guerra, el anticomunismo, el racismo y todo aquello que coadyuvaba a la explicación de lo acontecido en Guatemala debía retroceder hasta la época colonial. Por lo tanto, otro de mis objetivos fue presentar, de manera sintética, los elementos que influyeron y condicionaron la guerra en Guatemala y el refugio de los guatemaltecos en México. Dicho objetivo dio pie al primer capítulo de este libro.

Ahora bien, no quería hacer de este trabajo una simple narración de eventos seleccionados del pasado, por interesantes que fueran para mí. Durante mis estudios había percibido a la historia como una disciplina de infinitos problemas y quise hacer de esta investigación un breve reflejo de esa complejidad. Entre los pro-

blemas que particularmente llaman mi atención está el de la subjetividad del testimonio, su uso como fuente y su relación con la memoria y la experiencia. Ésta última aparecía aquí y allá, esporádicamente, en los estudios históricos; sin embargo, estaba lejos de haberse establecido, como lo había hecho la memoria, como un campo de estudio y como concepto fuerte y principal en el análisis de la historia, sobre todo la reciente. Libros enigmáticos y casi incomprensibles para mí, como el de Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, atizaron mi curiosidad al respecto, aunque es evidente que en este libro he tomado otro camino.¹²

La experiencia, término común en las conversaciones cotidianas, guarda complejidad en su significado y con ello potencial para la problematización de la historia. No podía simplemente ser un sinónimo de memoria, aunque evidentemente están ligadas una a la otra. Por ello, uno más de los objetivos de este trabajo consistió en reflexionar en torno al papel de la experiencia para la comprensión histórica. Para esto hube de repasar —aunque fuera brevemente— la definición y el uso que dieron otros pensadores al concepto de experiencia y elaborar mi propio planteamiento de su papel en la comprensión histórica. No quise, sin embargo, realizar elucubraciones teóricas en el aire, sino hacer propuestas concretas a partir de situaciones precisas con el fin de que tuvieran cierta validez y sustento. Las entrevistas a los exrefugiados, donde estaba presente la reflexión de un pasado, brindaron elementos estables para pensar en torno a la experiencia y su papel en la comprensión histórica.

Los objetivos restantes están ligados propiamente con la historia del refugio guatemalteco en México. Me propuse hacer una

¹² Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. de Nathalie Schwan, México, Universidad Iberoamericana, 2010 (El Oficio de la Historia).

narración que tomara principalmente el punto de vista de aquellos que vivieron ese tiempo pasado cuando fue presente. Aspectos como la convivencia y tensiones entre los refugiados y las organizaciones civiles, la población y las autoridades mexicanas, o las ideas que se tuvieron durante el traslado desde Chiapas a Campeche y Quintana Roo, fueron puntos en los que busqué hacer hincapié en el tercer capítulo. Teniendo en mente dichos objetivos estructuré este libro de la siguiente manera.

El primer capítulo aborda los antecedentes que dieron pie a la formación del refugio guatemalteco. La historia muestra que para poder entender un proceso no hay que fijar la mirada sólo en los hechos inmediatos. Por ello empiezo con la época colonial en Guatemala cuando se inició la discriminación entre los distintos grupos que constituyeron aquella sociedad. La discriminación continuó su camino hacia el siglo XIX, momento cuando lo que había sido hasta entonces una discriminación social, económica y cultural trasmutó y adquirió un carácter de racismo biológico. Enseguida, trato el surgimiento del anticomunismo en Guatemala, reacción al gobierno emanado de la Revolución de 1944. Dicha administración, al comenzar a realizar cambios molestos e inconvenientes para las oligarquías y las empresas extranjeras, se ganó la antipatía de las élites conservadoras, las cuales confabularon con el gobierno estadounidense para poner un efectivo fin al régimen revolucionario.

Asimismo, abordo el surgimiento de las guerrillas como oposición al gobierno golpista y militar. Estos grupos fueron influenciados por el desbordante pero ingenuo optimismo generado por la triunfante Revolución cubana de 1959. Su derrota, su posterior recuperación y el paralelo surgimiento de las cooperativas agrícolas ocupan un breve pero necesario espacio dentro de este libro.

Esta combinación de factores señala las razones que llevaron al gobierno guatemalteco, en su afán de mantenerse en el poder y perpetuar el *statu quo* en el país, a poner en práctica la represión brutal contra la población a inicios de la década de 1980.

El segundo capítulo tiene un carácter más teórico. En él defino el concepto y categoría de experiencia a través de tres autores que lo han tratado: Wilhelm Dilthey, Robin Collingwood y Joan W. Scott, y construyo mi propia definición de experiencia, a la que entiendo como un proceso y a la que describo y ejemplifico a lo largo de una serie de apartados. No obstante, para que una definición sea completa debe encontrarse su utilidad, por lo tanto, enuncio la potencialidad del concepto de experiencia para la disciplina de la historia y para la comprensión del pasado. Asimismo, trabajo la relación entre experiencia y memoria, trazo una diferenciación y explico el porqué considero de mayor utilidad la primera frente a la segunda.

En el último capítulo realizo una revisión histórica del refugio guatemalteco tomando como eje principal las entrevistas realizadas. Inicio dando un pequeño panorama de la situación de México, las políticas y leyes que el país (no) tenía para el refugio, los roces que tuvo con el gobierno guatemalteco y la situación económica en la que se encontraba en los años ochenta del siglo xx. Al comenzar la historia de los exrefugiados, empiezo hablando de la vida en Guatemala antes de la huida con el objeto de dar un contexto de las condiciones y visiones que tenían los refugiados en aquel momento. Continúo con la salida de campesinos guatemaltecos a consecuencia de los hechos violentos a los que fueron sujetos en su país.

Después, trato el inicio del refugio en Chiapas, sus condiciones y cómo se fue desarrollando, siempre tomando el punto de vista de

los laurelenses. A esto le sigue el traslado, la reubicación de la mitad de los refugiados reconocidos (en Chiapas) dentro de nuevos campamentos de Campeche y Quintana Roo a causa de las amenazas aún presentes de los militares de su país, la conveniencia de reubicarlos para su organización y los motivos relacionados con la política exterior mexicana. Enseguida trato el inicio de la vida en Campeche, los problemas que se presentaron y el proceso de adaptación a esa nueva tierra. Finalmente viene el apartado del retorno, cuando la mitad de los refugiados que se encontraban en los campamentos de Campeche regresaron a su patria, mientras otros decidieron quedarse y, muchos de ellos, nacionalizarse mexicanos.

Termino con un último apartado, a modo de conclusión, que dedico al tema de la memoria y la experiencia de los exrefugiados. Ahí incluyo alguna de las reflexiones de los entrevistados y analizo la valoración que dan a su pasado y su presente tras haber transcurrido numerosos años desde su salida de Guatemala y del fin del refugio en México.

Al iniciar esta investigación me había planteado tres principales hipótesis. La primera decía en que la experiencia del refugio era un aspecto que distinguía a los habitantes de Los Laureles y que, por lo tanto, la historia del refugio era un elemento cultural fuerte y de identidad. Si era así, ¿había marcado el refugio una identidad distintiva en Los Laureles? Hallé que las memorias sobre lo vivido en los años ochenta y noventa habían salido ya de lo cotidiano; el tiempo y las nuevas generaciones nacidas en México han atenuado aquella identidad que las fuentes de aquellos años muestran tan viva. Como se verá, las instituciones que acompañaron el refugio no sólo brindaron ayuda en términos de alimentos, techo y otras necesidades básicas, sino que facilitaron la reproducción de elementos culturales. Los Laureles es un pueblo que

se formó de quienes decidieron quedarse y, la mayoría de ellos, adoptaron la nacionalidad mexicana; la idea de volver desapareció del horizonte, y con ello una fuerza identitaria que, si bien no desapareció, perdió vigor.

En la segunda hipótesis apunté que el traslado de Chiapas a Campeche había sido un nuevo proceso de desarraigo forzoso, esta vez propiciado por el gobierno mexicano, y que empujaba, por segunda ocasión, a una población que ya había sido expulsada con anterioridad de sus hogares. La configuración de este planteamiento surgió de la lectura de fuentes del periodo, donde las denuncias hacían énfasis en los malos tratos sufridos por algunos refugiados que se negaban al traslado. Pero a la distancia, la memoria de los entrevistados evocó otro motivo: la resignación a obedecer lo que decían las autoridades encargadas.

La última hipótesis sugirió la idea de que la memoria de la violencia vivida durante la salida de Guatemala hacia México fue el principal motivo para decidir quedarse permanentemente en Los Laureles. Aquí inferí que una especie de trauma había influido en aquella decisión. En realidad, las razones fueron más pragmáticas, y aunque la amenaza de un posible resurgimiento de la violencia haya sido mencionada, no fue el “trauma” uno de los motivos principales para decidir su asentamiento definitivo en México.

El trabajo que aquí comienza tiene un camino que pasa a través de lecturas e interpretaciones de los laurelenses entrevistados, así como de mis propias reflexiones y experiencias. Hace más de cien años Wilhelm Dilthey argumentó que el trabajo del historiador no era escribir historias, sino escribir historias significativas. El actual pueblo de Los Laureles tiene habitantes que forjaron lazos familiares y de amistad con los pueblos mexicanos vecinos; su población adulta, según consta en las entrevistas, se concibe como

guatemalteca y mexicana y percibe que han alcanzado un relativo nivel de bienestar. El contraste entre el presente, el pasado y las perspectivas del porvenir, dado el contexto actual de la migración en el ámbito nacional e internacional, hace de la historia del refugio guatemalteco en México una historia significativa, no sólo para quienes la vivieron, sino también para quienes, en el mundo de hoy, viven, presencian y buscan comprender el fenómeno de la migración forzada.

I. ANTECEDENTES

El éxodo guatemalteco en los años ochenta tuvo un largo prólogo en cuyas páginas se escribieron las causas que llevaron a 200 mil personas a buscar seguridad en tierras mexicanas. Para dar inicio a esta historia es necesario mencionar una serie de antecedentes, es decir, hacer un recuento de las páginas de ese prólogo.

Hay que advertir, sin embargo, que la historia que precedió a la del refugio guatemalteco en México no es lineal, acotada y definida. El prólogo de la historia que quiero contar contiene también, a modo de infinitas notas a pie de página, otras historias, nuevas pero también antiguas, nacionales pero igualmente globales, que coadyuvaron a componerla. Por lo tanto, lo que este capítulo abordará es la conjunción de miles de historias que entretejiéndose dieron origen a lo sucedido en Guatemala en la penúltima década del siglo pasado, donde relatos de violencia, terror y racismo aparecen junto a relatos de búsqueda de seguridad, paz y vida. Así, en este capítulo dedicado a los antecedentes se rastrearán hechos

y procesos que dieron pie al refugio de miles de guatemaltecos en tierras mexicanas. Un pasado remoto, del cual nos distancian no décadas sino siglos, no implica que éste sea ajeno para la comprensión del presente. Por el contrario, en las raíces ignoradas del pasado pueden hallarse las hondas razones sobre las cuales gran parte del presente se sostiene.¹

La historia estudia procesos, puede enfocar la mirada en lo pequeño (la microhistoria) y tener una comprensión detallada a partir de la cual cuestionar las grandes generalizaciones, las “leyes” sociales e históricas que ven al devenir humano como un mecanismo más. Asimismo, el enfoque de lo amplio, la larga duración, nos salva del presentismo, de creer que los eventos estudiados se remontan a tan sólo unos años o décadas antes, y nos permite ver qué aspectos del presente han sido así por siempre.² La *longue durée*, como la llamó Fernand Braudel, tiene el potencial de cuestionar aquello que pareciera ser natural, constante e inamovible del ser humano. El racismo —que hoy pudiera aparentar que siempre ha existido— es también un proceso histórico relativamente reciente, cuyas prácticas de discriminación han tenido múltiples razones y empujes que van más allá del odio a las diferencias.

¹ El guatemalteco Severo Martínez Peláez reconoció esta necesidad y el potencial de la historia para resolverlo: “El conocimiento del desarrollo guatemalteco en términos de formación colonial y perduración de elementos coloniales constituye, sin lugar a dudas, una exigencia para la comprensión de nuestra realidad de hoy”. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, México, FCE, 1998, p. 489.

² Jo Guldi y David Armitage escribieron: “La historia ha tenido este poder de crear grandes debates teóricos, revelando que lo que anteriormente fue aceptado como natural y cierto es de hecho no más que un prejuicio no examinado” (traducción propia). En su libro *The History Manifesto* apelan a un regreso de la historia de larga duración por su capacidad crítica, e insisten, sin menoscabar los aportes de la microhistoria, en la necesidad de tratar periodos largos de décadas y hasta de siglos para retomar una visión de la historia que se ha ido perdiendo. Jo Guldi y David Armitage, *The History Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, p. 81.

Para ello me remontaré a la época colonial en Guatemala y seguiré el andar de su historia nacional a través del siglo XIX y la mayor parte del XX detrás de las huellas de los distintos aspectos que, tras acumularse, desataron la violencia en Guatemala y con ello la expulsión de su gente. Aquel rastro guiará a múltiples historias. Por consiguiente, iniciaré con el proceso de conformación e institución de la discriminación durante la época colonial, que fue un desafortunado legado para la Guatemala independiente y que las nuevas ideas decimonónicas hicieron transmutar en racismo.

Al arribar mi relato al siglo XX abordaré los cambios —y con estos las esperanzas que nacieron en muchos guatemaltecos— provocados por la Revolución de Octubre de 1944, la cual encontró su término diez años después. El alto que se le puso al sueño revolucionario fue, entre otros, factor para la conformación de distintos frentes guerrilleros opositores al gobierno guatemalteco. El anti-comunismo —otro tema a tratar— fue un artilugio maleable para la política guatemalteca que justificó su actuar violento, el cual tuvo como fin destruir a los insurgentes y, a su vez, golpear a los movimientos autónomos que surgieron en las décadas de 1960 y 1970, como las cooperativas. Finalmente, el terrorismo de Estado y las masacres cometidas por el ejército guatemalteco al iniciar la década de 1980 proporcionarían el contexto más inmediato que daría comienzo al éxodo guatemalteco.³

³ Carlos Figueroa Ibarra define el terrorismo de la siguiente manera: “Un acto de violencia se convierte en un acto de terror cuando lleva en sí el propósito premeditado de aniquilar psíquicamente a la víctima o víctimas, por medio del miedo que infunde. La violencia como terror persigue aniquilar la voluntad de hacer o dejar de hacer algo de quien lo recibe. En el caso del terrorismo que se ejerce como acto de dominación, la violencia busca aniquilar la voluntad de transformación de las víctimas”. Carlos Figueroa Ibarra, “Genocidio y terrorismo de Estado en Guatemala (1954-1996): una interpretación”, en Virgilio Álvarez Aragón, Carlos Figueroa Ibarra, Arturo Taracena Arriola, Ser-

Antes de iniciar la relación de esta historia hay que hacer notar que lo ocurrido en Guatemala trascendió sus fronteras, que los procesos que desembocaron en la violencia extrema se entrelazaron con lo vivido en otros puntos del globo.⁴ Por ejemplo, sobre el caótico siglo xx buena parte de las estanterías de las bibliotecas están ocupadas por voluminosas obras destinadas a explicar la Guerra Fría (1947-1991), nombre con el que se le conoció al conflicto ideológico que enfrentó a las dos grandes potencias del momento: Estados Unidos y la Unión Soviética, y donde cada una defendió un modelo de desarrollo —el capitalismo para los estadounidenses, el comunismo para los soviéticos— que creyeron exportable y de realización deseable para el resto de los países del mundo. Si bien a lo largo de estos años no hubo un enfrentamiento armado directo entre los dos titanes por muchas razones, sí hubo importantes y catastróficas disputas y guerras en territorios ajenos donde las potencias apoyaron a los bandos enfrentados.

Casi ningún lugar sobre el planeta quedó intacto frente al conflicto que se extendió casi medio siglo; éste incluso alcanzó a las ciudades, comunidades y montañas guatemaltecas. La violencia en Guatemala, su desarrollo y las reacciones generadas se insertaron y relacionaron con los demás sucesos de la época que, a primera vista, pueden parecer distantes y ajenos entre sí; sin embargo, se encuentran íntimamente unidos. Varios elementos de este conflicto aportaron factores que llevaron al desarrollo de los acontecimientos de principios de los años ochenta en Guatemala.

gio Tischler Visquerria y Edmundo Urrutia García (eds.), *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, 5 ts., Guatemala, Flacso-Guatemala, 2012, t. I, p. 173.

⁴ Cada historia local forma parte de la historia global, ambas se explican entre sí. Para un ejemplo de una historia desde el punto de vista de la historia global (*global history*), véase Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos: una nación entre naciones*, trad. de Alcira Bixio, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011, p. 382.

Entre dichos aspectos destaca el anticomunismo que, aunado con el racismo, la situación económica y el entrenamiento y entrega de armamento por parte de Estados Unidos y otros países a los militares guatemaltecos, posibilitó las múltiples masacres y el terrorismo de Estado en la nación centroamericana.

Si nos atrevemos a echar una mirada hacia atrás a las consecuencias que directa o indirectamente dejó la Guerra Fría, no veremos de la catástrofe tan sólo sus ruinas y sus muertos —como metafóricamente Walter Benjamin dibujó el pasar de la historia—, sino también a los hombres y las mujeres que huyeron de la catástrofe que fue dejando la historia a su paso.⁵

El siglo xx fue también la época de aquellos que alcanzados por la catástrofe emprendieron la huida; es el siglo del vaivén de las masas humanas que escaparon de una multitud de conflictos. Los andares presurosos de esta centuria comenzaron con la diáspora armenia detonada por la matanza realizada por el Imperio otomano (1915-1923). Después el siglo se encontró, tras menos de veinte años transcurridos, con la desoladora multitud de “sin hogares” y “sin-nadas” que dejó la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Enseguida vino la expulsión y huida de los palestinos despojados de sus tierras por la fuerza (1948-actualidad), de refugiados bengalíes (1971), de africanos (en múltiples años), de exyugoslavos (1993-1995) y una larga lista que no encontró término con el fin de siglo, pues ha continuado en el nuestro. Casi cada día del siglo pasado alguien se vio obligado a abandonar su hogar para huir. El caso guatemalteco, hay que decirlo tristemente, fue uno de los numerosos ocurridos en la historia del siglo xx.

⁵ Novena tesis sobre la historia. Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, trad., introd. y ed. de Bolívar Echeverría [s.p.i.], p. 24.

LA COLONIA QUE PERSISTE: EL RACISMO
Y SUS ASPECTOS EN LA HISTORIA DE GUATEMALA⁶

Con la llegada de los españoles y el subsecuente establecimiento del régimen colonial, dio inicio la larga historia de la discriminación en Guatemala. La Conquista fue vista por los europeos como una empresa redentora y civilizadora de una población salvaje e idólatra.⁷ Pero lejos estaba de ser sólo eso. La Conquista fue en gran medida impulsada por la búsqueda de riquezas, y los nuevos horizontes de las tierras americanas ofrecieron la oportunidad de hacerlo. La misión civilizadora y la búsqueda de fortunas se enlazaron en una muy conveniente idea para los conquistadores.

⁶ “La realidad colonial es nuestra realidad más honda”, expresó Martínez Peláez al hablar de un pasado que no ha terminado de pasar, de un pasado que persiste. Este historiador guatemalteco escribió acerca de cómo mecanismos aparentemente distantes en el tiempo se mantuvieron durante largos periodos y se mantienen incluso hasta nuestros días. Sobre el repartimiento colonial dijo: “Así, pues, al hablar de repartimientos y mandamientos, del régimen de trabajo forzado colonial, nos estamos refiriendo a un mecanismo de explotación que estaba en uso a finales del siglo de la Conquista, y que, sin embargo, muchos guatemaltecos lo vimos con nuestros ojos, en plena vigencia todavía, antes de 1944: silenciosas hileras de indios, escoltados siempre, a veces atados, que pasaban por pueblos y ciudades en su largo y forzoso recorrido, a pie, desde sus pueblos hasta las fincas. Triste cuadro colonial a mediados del siglo xx”. Martínez Peláez, *op. cit.*, pp. 475 y 424.

⁷ A pesar de que muchos consideraron a los indígenas como salvajes, hubo quienes no dejaron de maravillarse ante el Nuevo Mundo y las civilizaciones que las tierras recién descubiertas albergaban. Estos se sorprendieron de las ciudades que habían construido, de sus costumbres y de sus conocimientos. Los primeros ejemplos de estos hombres fueron fray Bernardino de Sahagún (en el caso de los mexicas), fray Bartolomé de las Casas (en Chiapas) y fray Diego de Landa (en Yucatán). Ellos, a la vez que tenían la misión de enseñar “la verdadera religión” a los nativos, no dejaron de dar cuenta de la cosmovisión de las culturas con las que se encontraron. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 11ª ed., anotaciones de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 2006 (Sepan Cuantos, 300); Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, 3ª ed., 2 vols., estudio preliminar de Edmundo O’Gorman, prefacio de Miguel León Portilla, México, IIH-UNAM, 1967 (Historiadores y Cronistas de Indias, 1); Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, 8ª ed., introd. de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1959 (Biblioteca Porrúa, 13).

Así, los indígenas no sólo representaban almas que el europeo cristiano tenía la obligación de salvar, sino también una mano de obra capaz de trabajar en pos de las riquezas que asimismo se buscaban. Bajo esta lógica se estableció la figura del encomendero, hombre que recibía a su cargo a un número de indígenas a los cuales debía instruir en las verdades cristianas; a cambio, los nativos tenían la obligación de ofrecerle su trabajo.⁸ Los indígenas eran equiparados con niños, incapaces de ver por sí mismos, había que tomarlos bajo protección, guiarlos y cuidarlos, por lo tanto, el indígena era visto como una figura inválida e inferior frente al europeo, encargado de cristianizarlo y civilizarlo. Detrás de una lógica que hoy nos pudiera parecer racial estaba el interés político y económico: un imperio se extendía sobre nuevas tierras, regía sobre millones de hombres a los que volvía sus súbditos y era dueño de potenciales riquezas.

La diferenciación entre los dos mundos que se encontraron y sus habitantes fue una pronta tarea de los letrados. La monarquía española por medio de ordenanzas y reales cédulas estableció la separación geográfica, además de social, entre españoles, indígenas y el hijo de ambos, el ladino,⁹ a través de las llamadas “repúblicas”.¹⁰ Éstas eran espacios donde exclusivamente se permitía

⁸ Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala, memoria del silencio*, 12 ts., Guatemala, Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas, 1999, t. 1, pp. 87 y 88.

⁹ Ladino es el término usado en Guatemala para referirse a lo que en México es el mestizo, es decir, el cruce entre el español o criollo y el indígena. Sin embargo, ladino también puede referirse a un indígena que ha perdido sus rasgos culturales por un proceso migratorio o de asimilación en la vida urbana, lo cual no implica necesariamente un cruce biológico.

¹⁰ Las llamadas repúblicas eran lugares donde sólo les estaba permitido habitar a ciertos grupos (españoles o indígenas), separándolos así geográficamente. Marta E. Casasús Arzú, “La metamorfosis del racismo en la élite del poder en Guatemala”, en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 58, diciembre de 2000, p. 38; CEH, *op.*

habitar a indígenas con el propósito de protegerlos de la Corona, de la intensa explotación a la que fueron sometidos tras la Conquista.¹¹ Las repúblicas de indios fueron por lo tanto una medida segura para los indígenas, hombres y mujeres desvalidos que necesitaban la protección de la monarquía. A su vez, si bien el primer fin era la protección, estas repúblicas fueron también una fuente de mano de obra cuasiesclava, pues los indígenas estaban obligados a prestar su trabajo de manera gratuita a los hacendados.¹² A pesar de todo, el distanciamiento físico nunca fue total ya que en algunos lugares pervivió la convivencia entre criollos, españoles y la población nativa. Pero en zonas inhóspitas o de difícil acceso, grupos indígenas continuaron sus vidas con relativo aislamiento, con menor presencia del poder ibérico y con un gobierno local propio que la Corona española les concedió mantener con cierta autonomía.¹³

Así, la segregación física distinguió, en la visión europea, al hombre blanco del indio haragán, al cristiano del idólatra, al civilizado del salvaje, al súbdito del amo, y de esa forma configuró y perpetuó estos estereotipos en contra de la población nativa originaria. Lo que simplemente eran llanas diferencias étnicas y culturales entre dos poblaciones, los conquistadores europeos lo valoraron como desigualdades naturales, dándose a sí mismos un sentido de superioridad ante el indígena.¹⁴ Idea que se inventó

cit., p. 87; Jorge Luján Muñoz, *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México, FCE, 1998 (Col. Popular, 55), pp. 40 y 41.

¹¹ Andrés Lira y Luis Muro, “El siglo de la integración”, en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, 3ª ed., México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 1981, p. 38.

¹² Martínez Peláez, *op. cit.*, p. 375.

¹³ CEH, *op. cit.*, p. 88. Esta concesión de autonomía, me parece, no debe pensarse como un regalo de la Corona española. En parte pudo resultar conveniente para la Corona, pues una administración y vigilancia de absolutamente todos sus súbditos hubiera implicado una burocracia y organización que quizá no le era posible alcanzar.

¹⁴ Casaús Arzú, *op. cit.*, p. 39.

frente a lo distinto, frente al otro, para mantener por este medio un dominio justificado.

A pesar de los diferentes mecanismos de control ejercidos contra la población indígena durante la época colonial, las comunidades conservaron, como se mencionó, ciertas funciones jurisdiccionales y de autonomía en su gobierno local. Esto les permitió oponerse mediante vías legales a los abusos de los conquistadores y las autoridades españolas de menor nivel, así como hacer solicitudes de tierras y mandar misivas al rey. Pero los indígenas no siempre siguieron la vía legal del sistema de sus conquistadores, la violencia fue también un medio de resistencia. Con motines y levantamientos las poblaciones indígenas se opusieron al orden colonial que los colocaba entre los últimos escalones de la pirámide social.¹⁵ Las autoridades del reino de Guatemala veían en las rebeliones indígenas la mayor amenaza para la estabilidad del régimen colonial español, incluso por encima de un ataque o intervención de fuerzas extranjeras.¹⁶

Estas rebeliones y todas las posteriores advierten que los indígenas guatemaltecos, desde la Colonia hasta hoy, no han sido meros sujetos pasivos que reciben calamidad tras calamidad, sino sujetos activos, capaces de realizar actos de resistencia. Son estos los que les han permitido sobrevivir en una sociedad que los desdeña; sin embargo, su resistencia los ha colocado como objeto de la violencia que busca vencer su voluntad de no doblegarse.

¹⁵ Martínez Peláez describe la particularidad de esta pirámide social en la Guatemala colonial; allí el indígena llegó a ocupar un lugar debajo de los esclavos negros cuando estos representaron un lujo debido a su escasez. Martínez Peláez, *op. cit.*, pp. 211-220. CEH, *op. cit.*, pp. 88 y 89. Un mapa de las rebeliones indígenas en Guatemala y sus años se encuentra en Matilde González-Izás, *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*, México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, 2014, p. 57.

¹⁶ *Ibid.*, p. 66.

Con el siglo XIX dieron inicio los movimientos independentistas de las colonias españolas, pero tras casi trescientos años de régimen colonial la visión del “indígena indolente” se había concretado en la mentalidad de la aristocracia y, tras la independencia, en su burguesía heredera. El régimen colonial pudo haber terminado pero éste continuó en sus hijos, los criollos.¹⁷ Los inestables gobiernos de la República Federal de Centroamérica (1824-1839) y luego los de la República de Guatemala buscaron conformar el modelo europeo del Estado-nación donde la nación implicaba la existencia de “un solo pueblo, con una sola cultura, un solo idioma, una sola religión y un solo sistema jurídico”.¹⁸ La búsqueda de esta unidad implicaba, necesariamente, la destrucción de las diferencias existentes mediante la ladinización cultural y biológica dentro de un territorio donde reinaba la diversidad indígena.¹⁹

Pero a la unidad nacional se opusieron los intereses económicos de los grandes productores agrícolas. La ladinización del país hubiera implicado la disminución de brazos indígenas obligados por una circular de 1876, y posterior decreto de 1877, a trabajar entre 100 y 150 días al año en las fincas de manera gratuita.²⁰ Por

¹⁷ “La dictadura criolla de los 30 años [1840-1871] fue, en pocas palabras, un desarrollo colonial sin metrópoli”. Martínez Peláez, *op. cit.*, p. 475.

¹⁸ CEH, *op. cit.*, p. 89.

¹⁹ Una de las formas de llevar a cabo esta “ladinización” cultural, es decir, la adopción de la idiosincrasia occidental, fue a través del servicio militar obligatorio con una duración de 24 a 30 meses en que “se transformaba al indígena”, quien al regresar a su comunidad de origen continuaría con el proceso de ladinización. Marc Drouin, *Acabar hasta con la semilla*, Guatemala, F&G Editores, 2011 (Cuadernos del Presente Imperfecto, 10), p. 18. Las conclusiones de *La patria del criollo* ponen en cuestión el sentido de la diversidad indígena, argumentando que la perpetuación de la diversidad fue un mecanismo de control colonial. Martínez Peláez, *op. cit.*, pp. 489-510.

²⁰ “Los pueblos de indígenas debían proporcionar a los dueños de las fincas el número de mozos que ellos solicitasen. Mediante circular del 3 de noviembre de 1876 se ordena a los jefes políticos departamentales, en nombre del general Presidente, que los pueblos indígenas proporcionen entre 50 y 100 mozos a las fincas [...]”. CEH, *op. cit.*, p. 91.

un lado, el discurso público hablaba de la asimilación del indígena al “carácter nacional”, pero en los hechos “trionfaron las políticas destinadas a mantenerlo como un grupo distinto en el país”.²¹ La discriminación de una parte de la población brindaba cuantiosos beneficios. En una Guatemala independiente la antigua institución de la encomienda se reproducía bajo nuevas formas.

Durante el siglo XIX en Guatemala el racismo sufrió una metamorfosis. En la Colonia la pigmentación de la piel y la “pureza de sangre” funcionaron como diferenciadores, no obstante, la discriminación tuvo un sesgo más culturalista (el indio era el incivilizado, el idólatra, el que no comprendía el castellano).²² Además, con el surgimiento de las ideas darwinistas la diferenciación y la discriminación (y con ellas la justificación para la explotación) se centraron en lo biológico.²³ Donde anteriormente existían dos grupos, el indígena y el europeo, se empezó a hablar de dos razas. Las desigualdades de raíz social —debidas a las asimetrías en los derechos, en las fortunas y en el modo de ejercicio del poder— fueron entendidas como una diferenciación dictada por la naturaleza y por Dios mismo, que había planeado el reinado de una raza sobre otra.²⁴

²¹ *Loc. cit.* Steven Palmer, “Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920”, en *Mesoamérica*, núm. 31, junio de 1996, p. 120.

²² Andrés Lira y Luis Muro escribieron sobre el caso mexicano: “ya se ha visto, cuando hablamos de la población, que se consideraban legalmente ‘españoles’ no sólo a los criollos, sino a los mestizos nacidos de unión legítima y a los que tuvieran una débil proporción de sangre india (hijos de ‘castiza’ y español), y que muchos de ‘color quebrado’ conseguían verse inscritos como ‘españoles’ por diversas mañas y desde luego cuando habían adquirido prestigio por sus bienes u otras razones”. Lira y Muro, *op. cit.*, p. 444. Lo mismo se apunta en Martínez Peláez, *op. cit.*, p. 266.

²³ Casaús Arzú, *op. cit.*, pp. 43 y 44; Marta E. Casaús Arzú, *Genocidio: ¿la máxima expresión del racismo en Guatemala?*, Guatemala, F&G Editores, 2008 (Cuadernos del Presente Imperfecto, 4), p. 29.

²⁴ Michel Foucault, *Genealogía del racismo: de la guerra de las razas al racismo de Estado*, trad. de Alfredo Tzveibely, pres. de Tomás Abraham, Madrid, La Piqueta, 1992

De ese modo, el indígena era biológicamente inferior, por lo tanto, por ningún medio podría alcanzar lo que la élite criolla deseaba como nación, su propia naturaleza se lo impedía. El indígena, habitante mayoritario del país, se convirtió entonces en uno de los más grandes problemas para la búsqueda de la ansiada nación moderna. Para esta cuestión se plantearon dos opciones: la primera fue el blanqueamiento a través de la inmigración europea, lo que provocó una substitución de la cultura indígena por la cultura europea occidental; la segunda consistió en su exterminio.²⁵

La primera de estas vías comenzó a llevarse a la práctica en la segunda mitad del siglo XIX cuando el gobierno promovió la inmigración norteamericana y europea; política motivada por la búsqueda de beneficios económicos para el país: entrada de capital, así como de mano de obra capacitada y educada. También fueron mencionados los beneficios raciales, aunque la ladinización que ésta última produciría nunca fue extensa. Los inmigrantes, especialmente los alemanes, fundaron grandes fincas destinadas a la producción de café y colocaron a Guatemala como uno de los mayores productores del mundo. Estos inmigrantes justificaron el trato y el bajo salario que le daban al indígena mediante argumentos racistas, como dejaron claro en sus diarios, relatos de viaje y en periódicos alemanes, donde continuamente era mencionada la inferioridad, no sólo del indígena, sino también del criollo guatemalteco.²⁶

A pesar de que una parte de la élite liberal guatemalteca del siglo XIX creyera que era posible utilizar diferentes métodos para incorporar al indígena a la vida económica nacional y darle un

(Genealogía del Poder, 21), p. 86. Para una discusión más actual sobre las razas véase Juan Pedro Viqueira, "Reflexiones contra la noción del mestizaje", en *Nexos*, mayo de 2010. En <<http://www.nexos.com.mx/?p=13750>>.

²⁵ Drouin, *op. cit.*, p. 17.

²⁶ González-Izás, *op. cit.*, p. 242.

entrenamiento para este fin, otros veían estériles estos proyectos dado que la verdadera civilización moderna sólo sería posible mediante la inmigración de sus mejores miembros: la población de origen europeo. Además, con ello se contribuiría al blanqueamiento de los sectores populares: el ladino y el indígena.²⁷ Un ejemplo de esta última visión es citado por González-Izáz, a través de lo expresado por los miembros de la organización guatemalteca Sociedad Económica. Uno de sus integrantes escribió en 1871, en una de sus publicaciones, lo siguiente:

¿Queréis poblar y cultivar tantos lugares que quedarán siempre desiertos e improductivos mientras domine, por su número, una raza que no habéis podido asimilar, raza que salvo excepciones sumamente raras, prefiere el *far niente* al trabajo productivo y la decencia; raza que a pesar de tantos años de un gobierno que la protege no ha dado un paso adelante y ha conservado con sus añejas costumbres un resto de idolatría y una aversión contra los descendientes de los conquistadores?

La inmigración ha sido, es y será siempre un bien para un país que se encuentre en las mismas circunstancias que el nuestro. Por consiguiente —la Sociedad Económica— desea que, bajo el amparo de una compañía de agricultores e industriales y la protección inmediata del gobierno arribe a nuestras playas una pequeña población honrada que adopte esta tierra como una segunda patria, y nos ayude a fertilizarla, a aumentar el caudal de nuestras riquezas.²⁸

La historia de Guatemala continuó hacia el siglo xx con el racismo andando de su mano. Bajo la dictadura del general Jorge Ubico (1931-1944) se dejaron atrás los intentos de civilizar al indio y asimilarlo a la vida nacional, como los liberales del siglo xix habían

²⁷ Palmer, *op. cit.*, p. 111.

²⁸ Citado en González-Izáz, *op. cit.*, pp. 157-159; Casaús Arzú, *Genocidio: ¿la máxima expresión...?*, p. 29.

ensayado. Esas tentativas de “regeneración” ya no eran necesarias, pues se decía entonces que el régimen ya la había logrado mediante el trabajo forzado. Así, bajo distintas formas la estructura de la encomienda colonial continuaba; la diferencia estribaba en que la justificación para la dominación ya no giraba alrededor de la fe y la civilización, sino en torno al racismo biológico.²⁹

En esos mismos años Europa vivió las consecuencias extremas de las ideas raciales y eugenésicas que llevaron a la Alemania nazi a intentar el genocidio de judíos, gitanos, homosexuales y otras poblaciones. La influencia del nacionalsocialismo alemán se hizo sentir en la cultura política de esa década en Guatemala —tierra fértil para el cultivo del racismo y la discriminación—, donde algunos intelectuales incluso “se manifestaron partidarios de la tesis del exterminio de judíos, chinos e indígenas”.³⁰

La Guerra Fría sucedió a la Segunda Guerra Mundial, en ella se enfrentaron, como se mencionó, las dos ideologías de las potencias triunfantes. Estados Unidos consideró a América Latina como su esfera de influencia y difundió un anticomunismo fervoroso a través de propaganda y de la instrucción militar e ideológica de elementos de los ejércitos latinoamericanos. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX el anticomunismo y el racismo se entremezclaron de una manera particular en el país cafetalero. El anticomunismo que discriminaba con base en la ideología se fusionó con el histórico racismo de Guatemala.

En este sentido, el surgimiento de las cooperativas indígenas impulsadas por la Iglesia católica durante el último tercio del siglo fue visto por las cúpulas sociales como un peligro. Estas organizaciones, al abrir un camino alternativo al que establecía el orden exis-

²⁹ Casaús Arzú, *Genocidio: ¿la máxima expresión...?*, p. 37.

³⁰ *Ibid.*, p. 36.

tente y renunciar a la llana sumisión cuando protestaban en las calles y las carreteras, evidenciaban, al menos a los ojos de las élites, una clara inclinación comunista.⁵¹ La idea del indígena como ser inferior y la percepción del comunismo como enemigo nacional se trenzaron en una visión donde el indígena y el discurso revolucionario de liberación de las guerrillas se juntaron en una misma imagen que amenazaba al *statu quo*, la cual era necesario destruir.

Las concepciones discriminatorias sobre el indígena que se iniciaron en la Colonia se fueron transformando pero, en esencia, conservaron una valoración sumamente negativa hasta llegar a los años ochenta del siglo xx. En este periodo se buscó poner remedio al “problema indio” —al que se sumó el del comunista subversivo— mediante el uso del terror, la violencia y el exterminio de poblaciones enteras compuestas, en su mayoría, de grupos mayas. La solución buscada se debatía entre dos respuestas radicales: el completo control de la población —el cual requería una purga de sus elementos “contaminados”— o el exterminio del sector más problemático o propenso a la subversión. El racismo de las clases oligárquicas del país centroamericano,⁵² que fue adoptado incluso por estratos sociales “menos favorecidos”, permitió que la mayor matanza durante la Guerra Fría en América Latina se llevara a cabo.

“Del total de víctimas solo el 6% correspondió a población implicada directamente en el conflicto armado [...] y de todos los casos registrados, el 83% eran mayas y el 17% ladinos”.⁵³ El racismo fue un pilar que posibilitó la perpetración de cientos de

⁵¹ Durante la represión del gobierno de Romeo Lucas García (1978-1982) el Instituto Nacional de Cooperativas declaró ilegales 250 cooperativas rurales (de base principalmente indígena) por una presunta relación marxista. Drouin, *op. cit.*, p. 29.

⁵² Esto fue investigado a finales de la década de 1970 por Marta E. Casaús Arzú, en *Guatemala: linaje y racismo*, 2ª ed., San José, Costa Rica, Flacso-Costa Rica, 1995.

⁵³ Casaús Arzú, *Genocidio: ¿la máxima expresión...?*, p. 11.

masacres que constituyeron el genocidio, ¿jugó también un papel en la violencia contra los no indígenas?, ¿fueron los ladinos, de algún modo, también objeto del racismo, uno de los principales elementos que dio pie a la violencia y provocó la huida de miles hacia México? No hay respuesta clara, pero me atrevo a proponer lo siguiente como una posibilidad, como una hipótesis.

En los años sesenta y setenta del siglo XX un proceso de colonización de nuevas tierras hizo que ladinos y campesinos mayas migraran al norte del país, hacia tierras selváticas donde juntos, y con el apoyo de la Iglesia católica, fundaron nuevas comunidades. De estos espacios surgieron organizaciones campesinas y cooperativas que hicieron lo que nunca antes en Guatemala: reunieron a indígenas y no indígenas en su interior. Las diferencias entre las dos poblaciones, históricamente vistas como antagónicas, se difuminaron en las nuevas organizaciones, aunque ciertas divisiones persistieron en determinada medida. Tales diferencias también comenzaron a desvanecerse bajo los ojos del aparato contrainsurgente. Así, indio era el rebelde e indio era el ladino, independientemente de su identidad étnica, si también asumía la rebeldía, si habitaba los mismos espacios, si participaba en las cooperativas de mayoría maya. Resulta paradójico que durante siglos la marginación y discriminación que forzaron la ladinización de miles y miles de indígenas diera un giro en sentido inverso a la tendencia histórica: el hecho de habitar en los territorios subversivos, de vivir a la par y con los “indios rebeldes”, *indianizó* a los ladinos.³⁴ De este modo, la estructura del racismo que se expresó en una violencia máxima los convirtió también en su objetivo.

³⁴ Esta hipótesis parte del concepto de “geografías racializadas”, término que retomo de Rosalva Aída Hernández Castillo, “La guerra contra el narco. Violencia de género, militarización y criminalización de los pueblos indígenas”, en Santiago Bastos y María Teresa Sierra (coords.), *Pueblos indígenas y Estado en México*, México, CIESAS, 2017, pp. 247 y 248.

Las masacres que ocurrieron entre 1981 y 1983 tuvieron precursores de un origen lejano, pero hay que evitar una visión teológica de aquellos que iniciaron en la Colonia. Si bien fueron elementos que construyeron un ambiente que coadyuvó a la ejecución del genocidio, al final fueron las decisiones y hechos de esos años en su propio contexto los que condujeron al intento de exterminio. Las ideas son potentes motores de la historia pero no son los exclusivos propulsores de las acciones humanas. La discriminación encontró una cuna idónea para perpetuar, por “razones científicas” o “naturales”, las desigualdades de una sociedad colonial. El racismo por sí solo no provoca el genocidio; factores económicos, sociales y particularmente políticos son los que completan la imagen. Tales son los elementos a tratar en el camino de este capítulo.

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y EL RÉGIMEN REVOLUCIONARIO (1944-1954)

El siglo XX fue, más que cualquier otra, la centuria de las revoluciones. Con el proceso de descolonización, acelerado tras la Segunda Guerra Mundial, las revoluciones se extendieron hacia África y Asia, y otras más volvieron a surgir en Latinoamérica pero con un carácter distinto al de las independencias iberoamericanas. Guatemala fue uno de estos países, con su revolución de 1944.

El 20 de octubre de aquel año, un grupo de jóvenes militares liderado por Jacobo Árbenz y Francisco J. Arana puso fin al gobierno de Federico Ponce Vaides, sucesor y allegado del último dictador, el general Jorge Ubico.⁵⁵ El gobierno de este militar se había caracterizado por la concentración del poder en la figura presidencial y

⁵⁵ Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala. The Foreign Policy of Intervention*, Austin, University of Texas Press, 1982, pp. 38-40.

por la represión a toda disidencia. La caída de estos regímenes fue motivada por la lucha contra los estados fascistas en Europa, lucha que enarboló la bandera democrática y que divulgó sus ideales a través de la propaganda. Aquellas ideas pusieron pie en Guatemala y propiciaron la caída del dictador así como la puesta en marcha de un proyecto democrático en el país centroamericano.⁵⁶

Así inició una etapa de diez años que tuvo como principales figuras al presidente Juan José Arévalo (1945-1951) y a su sucesor Jacobo Árbenz (1951-1954). En este periodo se dio paso a una serie de reformas que buscaron sacar de su conservador quietismo a la economía de aires feudales que predominaba en el país. Se buscó insertar plenamente a Guatemala al sistema capitalista para impulsar por este medio el desarrollo y bienestar de su población, incluidos los indígenas.

La década que duró la revolución empezó bajo la protección de una junta militar que tuvo la tarea de convocar a elecciones y redactar una nueva constitución. Ésta última fue la base de los cambios de los años venideros, pero, quizá por la inexperiencia democrática de los políticos que estuvieron a cargo de su redacción, no pudo poner remedio a los peligros que las nuevas democracias afrontaban: el poder militar.⁵⁷

La subida de Arévalo a la presidencia marcó el inicio del gobierno revolucionario y, por lo tanto, también el de una oposición que iba desde posturas moderadas hasta reminiscencias oligárquicas que contaban, además, con el apoyo de la Iglesia católica y el gobierno de Estados Unidos.⁵⁸ Sin embargo, a pesar del antagonis-

⁵⁶ Luján Muñoz, *op. cit.*, pp. 230-239.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 255; CEH, *op. cit.*, p. 100.

⁵⁸ Alfredo Guerra-Borges, "Apuntes para una interpretación de la Revolución guatemalteca y de su derrota en 1954", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. 14, núms. 1-2, 1988, p. 111.

mo de estos grupos, el presidente Arévalo empezó a dar pequeños pero decisivos pasos hacia el cambio de la estructura económica de Guatemala. Uno de estos avances, aunque poco efectivo, fue la Ley de Arrendamiento Forzoso de diciembre de 1949 que, como su nombre indica, obligaba a rentar las tierras no trabajadas a los campesinos para que estos pudieran laborarlas y hacerlas producir; por su parte, el arrendador estaba obligado a no cobrar más de 5% del producto que de éstas se obtuvieran.³⁹ Esta reforma tenía como objetivo estimular el crecimiento de pequeñas familias de agricultores sin alterar en modo alguno las bases económicas de la propiedad de la tierra.⁴⁰

La acusación hecha por los grupos conservadores contra el presidente Arévalo derivaba del antagonismo de estas élites con el programa del nuevo gobierno, el cual promovía el desarrollo social y económico del sector más amplio de la población con el fin de romper el estancamiento de la economía guatemalteca. El anticomunismo era entonces —y continuó siendo— un arma política que solía carecer de fundamentos,⁴¹ pero que suscitaba temores en el imaginario de las élites conservadoras. Así, bajo los lentes del anticomunismo, el programa defendido por el presidente, de un capitalismo de reformas sociales y tolerante —mas no ligado

³⁹ Ésta es una reforma importante pues anteriormente a los campesinos se les exigía un pago de hasta el 60% de su producción. Sin embargo, muchos propietarios recurrieron a artimañas para evitar que se les aplicara esta nueva ley, de modo que lo marcado en papel fue poco efectivo en la realidad. *Ibid.*, p. 112.

⁴⁰ Robert Wassestrom, “Revolution in Guatemala: Peasants and Politics under the Arbenz Government”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 17, núm. 4, octubre de 1975, p. 452.

⁴¹ La idea de la “prueba del pato”, descrita por un diplomático estadounidense —la cual dice que aunque un pato no tenga el letrero de pato, pero actúa, habla y camina como tal, entonces indica que en efecto es un pato—, muestra lo ofuscada que estaba la razón a causa del “terror rojo”. Con estas frases que parecen sacadas de un libro infantil es como el anticomunismo argumentaba sus ataques contra el régimen.

con los comunistas—, era percibido como una verdadera “amenaza roja”.⁴²

Por otro lado, además de las cuestiones agrarias, se abordaron los problemas laborales y se establecieron nuevas legislaciones, tales como la regularización de la organización sindical, la semana laboral de 48 horas, las vacaciones pagadas y se creó la Inspección General de Trabajo. Dichas medidas no fueron radicales, por el contrario, éstas eran comunes en los países capitalistas desarrollados.⁴³ Sin embargo, la regla para medir el extremismo “comunista” no fue la misma entre Guatemala y aquellos países. Los parámetros que marcaron su radicalidad dependieron de cómo se vieron afectados los intereses políticos y económicos de las élites nacionales así como los de la compañía de capital estadounidense *United Fruit Company* (UFCO), que apelaba a la protección de su gobierno.⁴⁴

La empresa agrícola, también conocida como La Frutera, se sintió agraviada cuando le expropiaron 65% del 85% de los terrenos que mantenía sin trabajar. Ante esto el gobierno estadounidense creyó, por la paranoia en la que la Guerra Fría lo tenía propenso, que estaba siendo víctima de un ataque dirigido en su

⁴² Luján Muñoz, *op. cit.*, p. 258.

⁴³ *Ibid.*, p. 259.

⁴⁴ Esto no sucedió sólo en Guatemala, ni exclusivamente fuera de Estados Unidos, pues incluso en territorio estadounidense la idea de “comunista” o “rojo” fue normalmente esgrimida por políticos y empresarios contra sus adversarios. Un caso es descrito por John Steinbeck en su novela *The Grapes of Wrath* (*Las uvas de la ira*) cuando en el relato un trabajador pregunta quiénes son los rojos (*reds*), a lo cual se le contesta: “¡Un rojo es cualquier hijo de puta que quiera treinta centavos la hora cuando estamos pagando 25!” (traducción propia). Esto nos previene de creer que el anticomunismo, en cualquiera de sus ámbitos, fue utilizado exclusivamente fuera de Estados Unidos y nos hace advertir lo eficaz que resultaba como arma política en un ambiente de miedo y paranoia para atacar a cualquiera que fuera en contra de ciertos intereses. John Steinbeck, *The Grapes of Wrath*, introd. y notas de Robert DeMott, Nueva York, Penguin, s. f. (Penguin Classics), p. 298.

contra para mermar su posición en Centroamérica.⁴⁵ Con esta situación, la relación entre el gobierno de Guatemala y el de Estados Unidos comenzó a desgastarse.⁴⁶ A esto habría que agregar que en el país norteamericano se vivía una “verdadera cacería de brujas” contra los comunistas, esto bajo la dirección del senador/inquisidor Joseph McCarthy, lo que propició que la fobia comunista se encontrara para aquellos años en su punto más álgido.

El camino entre la presidencia de Arévalo y la de Árbenz no fue terso. La transición se vio envuelta en polémica por el asesinato, en 1949, de Francisco J. Arana, ministro de Defensa de Arévalo y quien planeaba un golpe de Estado; además, era el principal contrincante de Árbenz por la sucesión presidencial. Esto hizo intuir a muchos un asesinato político.⁴⁷ Muerto Arana, el Ejecutivo lo ocupó Jacobo Árbenz tras unas elecciones donde ganó por una amplia mayoría; así se convirtió, a los 37 años, en el presidente más joven de América de su tiempo.⁴⁸

Durante lo poco más de dos años que duró la presidencia de Árbenz, el gobierno comenzó la construcción de importantes proyectos de infraestructura, realizó una reforma agraria más profunda y efectiva que la anterior, y propició la integración a la vida política nacional de un sector de la población guatemalteca que había quedado excluido y que era paradójicamente el mayor: el indígena.

El nuevo presidente buscó, al igual que su antecesor, crear una Guatemala de economía capitalista, romper las inercias feudales que la ataban a un pasado de atraso y convertir al país en una na-

⁴⁵ CEH, *op. cit.*, p. 102.

⁴⁶ Luján Muñoz, *op. cit.*, p. 261.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 263.

⁴⁸ Immerman, *op. cit.*, p. 61.

ción moderna con mejores estándares de vida para su población.⁴⁹ Para Árbenz, la manera de lograrlo implicaba volver económicamente independiente al país, y hacia eso se volcó su proyecto.

En un discurso el presidente expresó uno de los puntos más importantes de su plan para la modernización de Guatemala:

[Uno de los objetivos fundamentales] de nuestro desarrollo económico es la transformación de nuestra Nación en un país capitalista [...]. (La Nación) ya no puede seguir desenvolviéndose si la organización predominantemente feudal de nuestra economía no es sustituida por otra de tipo capitalista. La existencia misma de nuestra revolución es la mejor prueba de la necesidad inevitable e inaplazable de este cambio [...]. Industrializar a Guatemala y transformarla en un país capitalista son, en nuestra Nación y en esta etapa de nuestra historia, dos maneras de denominar una misma cosa [...]. Por consiguiente, la industrialización del país no podrá realizarse sin la reforma agraria.⁵⁰

Como se entiende en este fragmento, el presidente Árbenz no buscaba destruir el sistema económico existente, sino modernizarlo bajo esquemas capitalistas que procuraran el beneficio social de la población guatemalteca. Sus métodos tampoco fueron radicales, la expropiación sólo se realizó en las tierras que no estaban siendo trabajadas, y de manera muy moderada.

La revolución, en sus términos más clásicos, es aquella que destruye el orden establecido para construir desde las ruinas un orden nuevo, siempre imaginado mejor que el anterior. No pretende hacer enmiendas ni correcciones, no hay que retocar nada, sino co-

⁴⁹ José Luis Valdés Ugalde, *Estados Unidos: intervención y poder mesiánico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, trad. de Ana Tamarit, pról. de Christopher Hill, México, IJ-CISAN-UNAM, 2004, pp. 148 y 149.

⁵⁰ Citado en Guerra-Borges, *op. cit.*, p. 112.

menzar de nuevo la construcción de algo distinto.⁵¹ Muy diferente a este concepto de revolución tenemos a Árbenz, haciendo precisamente lo que la revolución niega, basándose en modelos preexistentes, pero buscando mejorarlos. Si bien sí procuró terminar con formas antiguas de feudalismo, Guatemala ya estaba dentro de la economía capitalista y no había que sacarla de ella, sino hacer que ocupara un lugar más prominente. Lejos estaba la idea de una revolución comunista o socialista, ésta era, mejor dicho, una revolución de carácter nacionalista que movía a Guatemala hacia una modernización capitalista. La revolución era, si se me permite la contradicción de términos, una revolución reformadora.

Los ataques contra el gobierno de Árbenz tuvieron el apoyo de aquellos que veían con recelo el intento del presidente de incorporar al indígena a la vida nacional. Pero su integración, como señala Morna Macleod, a través del mejoramiento de las condiciones económico-sociales dirigidas a la población en general, para el indígena tendría el coste de la asimilación.⁵² De este modo, la revolución reconocía al indígena como integrante de la nación, pero integrante en cuanto se asimilara a un proyecto más homogéneo. La población ladina vio esto como un intento de mermar su posición que, durante toda la historia de Guatemala, había estado por encima del indígena. Nuevamente la discriminación racista aparecía en la historia del país y menguaba el apoyo de Árbenz.⁵³

⁵¹ Melvin J. Lasky, *Utopía y revolución*, trad. de Juan José Utrilla, México, FCE, 1985, p. 65.

⁵² “Las políticas que en efecto priorizaron la asimilación por su abordaje ‘universal’ y homogéneo del periodo revolucionario contribuyeron a mejorar las condiciones económico sociales —y en alguna medida políticas— de los indígenas, cuyo costo subrepticio sería que ‘dejaran de ser indígenas’”. Morna Macleod, “Pueblos indígenas y revolución: los (des)encuentros entre indianistas y clasistas”, en Álvarez, Figueroa, Taracena, Tischler y Urrutia, *op. cit.*, t. III, p. 28.

⁵³ Wassestrom, *op. cit.*, p. 457.

El gobierno del joven presidente debió acabar en junio de 1957, pero la fobia comunista y los intereses oligárquicos nacionales e internacionales truncaron el proyecto revolucionario diez años después de su nacimiento. En junio de 1954, un golpe de Estado fue orquestado en contra de la administración en turno con el importante apoyo de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos. El levantamiento contra el gobierno guatemalteco resultó victorioso.

En 1954 acabó otra etapa de la historia de Guatemala. El golpe de Estado demostró las fracturas que desde 1944 habían ido separando a los revolucionarios, grupo heterogéneo y numeroso que a lo largo de diez años fue resquebrajándose a causa de las diferencias ideológicas y políticas.⁵⁴ Tal fragmentación de la sociedad impidió que los esfuerzos por defender al Estado contra los golpistas fueran efectivos. Bastó un puñado de hombres armados llamado los *liberacionistas* (el cual logró verse como una amenaza más grande de lo que realmente era) para poner fin a lo que, con sus aciertos y errores, se había podido construir en el país centroamericano. Una junta militar sustituyó a Árbenz, y a partir de ese año y hasta 1985 gobiernos militares o bajo protección militar tuvieron el poder en Guatemala.

LOS GOBIERNOS MILITARES, LA CONSTRUCCIÓN DEL PELIGRO COMUNISTA Y EL SURGIMIENTO DE LA INSURGENCIA Y LA CONTRAINSURGENCIA (1960-1972)

El nuevo gobierno que emergió del golpe de Estado no sólo ostentó la ideología anticomunista, sino que la puso en acción a través del encarcelamiento y persecución de todo aquel que fuera consi-

⁵⁴ CEH, *op. cit.*, p. 98.

derado comunista, lo que en términos prácticos fue todo opositor. Pronto se creó el Comité Nacional de Defensa Contra el Comunismo y se emitió la Ley Preventiva Penal contra el Comunismo (1954), mecanismos nuevos del Estado para justificar y llevar a cabo la persecución. En los primeros meses, tras el derrocamiento de Árbenz, fueron arrestadas 12 mil personas y se exiliaron otras 2 mil, entre dirigentes locales y políticos, en los países vecinos.⁵⁵ Tan sólo unos meses después, el 21 de diciembre de 1954, el Comité ya contaba con una lista de 72 mil personas que, según éste, habían participado en alguna actividad comunista. El hecho de encontrarse en el listado implicaba una presunción de peligrosidad del sujeto, además de que limitaba sus derechos políticos.⁵⁶

El comunista formaba parte de una agresión externa, así que contra él y en defensa de Guatemala se podía hacer cualquier cosa. A partir de 1954 la desfiguración del comunista (como ser humano) comenzó: la cúpula política lo colocó “más allá de lo permitido”; la alta jerarquía católica lo situó “más allá de lo humano”; y finalmente fue ubicado “más allá de la nación” por la élite nacionalista.⁵⁷ Así, el comunista no sólo dejó de ser un “guatemalteco”, sino también de ser una “persona”. A estos, mediante la negación de cualquier valor, se les convirtió en monstruos de los cuales había que defenderse, y a los que, en última instancia, había que incapacitar y exterminar.

La derrota del gobierno revolucionario llevó al Partido Guatemalteco del Trabajo —organización comunista— y a otras en-

⁵⁵ Entre los países hacia los que se dirigió este exilio se encontró México. *Guatemala: nunca más*, Guatemala, ODHAG, 1998 (Informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica), p. 259.

⁵⁶ *Loc. cit.*

⁵⁷ Manolo E. Vela Castañeda, *Los pelotones de la muerte: la construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 67 y 177; Drouin, *op. cit.*, p. 32.

tidades afines al gobierno que encabezaba Árbenz a una serie de reflexiones sobre la derrota. La lucha armada a través del golpe de Estado y la lucha guerrillera se presentaron para muchos, no sólo para los radicales o los comunistas, como vías para defender la revolución contra sus enemigos.⁵⁸ La idea de obtener el poder a través de las armas recibió un impulso anímico gracias al triunfo de la Revolución cubana (1959), la cual dio esperanzas para un éxito similar en Guatemala. No obstante, el gobierno del entonces presidente Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963), al observar el triunfo cubano, endureció consecuentemente la represión hacia sus opositores.⁵⁹ El dilema entre la lucha armada y la posibilidad de una vía democrática fue un punto de discusión constante durante años.

El 13 de noviembre de 1960 dio inicio un intento de golpe de Estado contra Ydígoras Fuentes por parte de militares descontentos con la corrupción del gobierno y con el hecho de que fuerzas cubanas anticastristas fueran entrenadas en territorio guatemalteco para el desembarco en Playa Girón/Bahía de Cochinos.⁶⁰ Al fracasar la sublevación, tras sólo una semana de haber comenzado, muchos de sus participantes huyeron a países vecinos.⁶¹ A pesar del fracaso que significó el movimiento contra el gobierno en turno, aquellos que se habían decidido firmemente por el levantamiento y no se habían abandonado a la amnistía no permanecieron en un exilio pasivo, sus acciones continuaron incidiendo en la historia de Guatemala. Así inició el primer ciclo de insurgencia (1960-1972).

⁵⁸ Carlos Figueroa Ibarra, Guillermo Paz Cárcamo y Arturo Taracena Arriola, “El primer ciclo de la insurgencia revolucionaria en Guatemala (1954-1972)”, en Álvarez, Figueroa, Taracena, Tischler y Urrutia, *op. cit.*, t. II, pp. 32, 45 y 68.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 43.

⁶⁰ *Guatemala: nunca más...*, p. 261; Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 47; CEH, *op. cit.*, p. 122.

⁶¹ *Guatemala: nunca más...*, p. 262; Ibarra, Paz y Taracena, *op. cit.*, p. 51.

Al año siguiente de la rebelión algunos de los militares levantados (23 de un total de 70) regresaron de manera secreta al país y entraron en contacto con el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), que desde 1954 se encontraba en la clandestinidad. El grupo castrense conformó el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13); y en una decisión entre el PGT, el MR-13 y otras pequeñas organizaciones rebeldes, se instituyeron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR).⁶²

Los grupos guerrilleros fueron múltiples, algunos surgieron alentados por las acciones del MR-13, pero diferían en varios aspectos y no siempre actuaban en conjunto. Muchos tuvieron una breve existencia, pues a consecuencia de su inexperiencia y falta de entrenamiento pronto fueron detectados y barridos por el ejército.⁶³ Además, los cuerpos de la guerrilla tuvieron una composición muy heterogénea: la integraban exmilitares, estudiantes universitarios, obreros y campesinos; lo cual ocasionó que resultara muy complicado acordar una forma clara y conjunta de actuar.⁶⁴

El auge de la lucha guerrillera dio inicio en 1963; no obstante, ya se habían llevado a cabo acciones violentas contra el gobierno y sus fuerzas de seguridad, acciones que lograron algunas tomas militares —como las de Río Hondo y Panzós— y que mantuvieron su iniciativa contra el ejército.⁶⁵ Ese mismo año se dio un nuevo golpe de Estado contra Ydígoras Fuentes, esta vez efectivo, para dar un mayor empuje a la estrategia contrainsurgente. Con este golpe el régimen militar anticomunista se consolidó en el poder al impedir el probable triunfo electoral del expresidente Juan José

⁶² Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 47; CEH, *op. cit.*, p. 128; *Guatemala: nunca más...*, p. 265.

⁶³ *Guatemala: nunca más...*, p. 264.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 265.

⁶⁵ Ibarra, Paz y Taracena, *op. cit.*, p. 73.

Arévalo (quien era considerado comunista) en las próximas elecciones. Así se inhibió cualquier posibilidad de democracia.⁶⁶ Fue también en 1963 cuando los militares guatemaltecos obtuvieron un mayor apoyo por parte del gobierno estadounidense para fines de combate contra la “amenaza externa”.⁶⁷

En 1966, los rebeldes se esperanzaron con el triunfo electoral de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), civil que había formado parte de la Revolución de 1944. A la espera de cambios por parte de este nuevo gobierno, las organizaciones guerrilleras bajaron sus armas (aunque no por ello hicieron paro total de sus actividades).⁶⁸ No obstante, el nuevo presidente estaba imposibilitado para emprender cualquier acción de verdadero significado puesto que el poder en realidad estaba en manos del grupo castrense. Méndez Montenegro había ocupado la presidencia sólo por el beneplácito de los militares que habían asegurado el control del gobierno en un acuerdo previo con quienes serían los nuevos dirigentes de Estado. Por eso el cambio esperado por la guerrilla nunca llegó y, en contraste, ésta se encontró con una respuesta más violenta por parte del ejército.⁶⁹

Ya en 1965 había comenzado la contraofensiva de las fuerzas armadas dirigida no sólo hacia los combatientes, sino también contra la población civil; paso incipiente de lo que sucedería en las décadas siguientes. Pero fue en 1966, ya con Méndez Montenegro en la presidencia, cuando los militares se avocaron al exterminio de los rebeldes. La guerrilla fue duramente golpeada por lo que pretendió ser una ofensiva definitiva: se determinaron zonas bajo influencia

⁶⁶ *Guatemala: nunca más...*, p. 266.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 270; CEH, *op. cit.*, p. 142.

⁶⁸ *Guatemala: nunca más...*, p. 267.

⁶⁹ CEH, *op. cit.*, p. 134.

rebelde; sobre la Sierra de las Minas al oriente del país, por ejemplo, se desplegaron 6 mil soldados que peinaron la montaña buscando a los insurgentes y pusieron a la población bajo estricto control; patrullajes, retenes, controles de identidad, incluso bombardeos a las montañas, fueron los métodos utilizados y que lograron —entre octubre de 1966 y julio de 1967— menguar significativamente la fuerza de la guerrilla, la cual ya no estuvo más en posibilidades de operar.⁷⁰ Fue en esta zona y en este tiempo que empezó a funcionar la política de terror con desapariciones forzadas y ejecuciones a través de escuadrones de la muerte que, si bien no eran miembros del ejército, el gobierno los dejaba operar impunemente.⁷¹

La siguiente etapa de la historia de Guatemala se caracterizó por la violencia hacia los líderes sociales que surgieron en los años posteriores. Ésta fue una represión selectiva que tuvo el propósito de controlar a la población mediante el terror. Aquella violencia dio paso a una represión masiva e indiscriminada contra poblaciones enteras cuando el movimiento guerrillero vivió su mayor auge y, aunque no consiguió exterminarlo, sí cerró sus posibilidades de éxito.

LAS COOPERATIVAS COMO ACCIÓN POLÍTICA Y LA REPRESIÓN COMO RESPUESTA

Los altos volcanes que se alzan en el istmo centroamericano fertilizaron con sus cenizas las selvas verdes que se extienden a sus pies y que revelan el potencial agrícola de las tierras guatemaltecas. Tra-

⁷⁰ Ibarra, Paz y Taracena, *op. cit.*, p. 81; *Guatemala: nunca más...*, p. 272. La Sierra de las Minas es una cordillera al oriente de Guatemala que atraviesa los departamentos de Baja Verapaz, Alta Verapaz, El Progreso, Zacapa e Izabal.

⁷¹ Ibarra, Paz y Taracena, *op. cit.*, p. 92.

bajar el campo y recoger sus frutos ha sido el principal sostén económico del país centroamericano. Cuando en la década de 1960 el gobierno estadounidense lanzó el plan Alianza para el Progreso con el objetivo de impulsar el desarrollo económico de América Latina para, supuestamente, ahuyentar el comunismo de la región, el crecimiento económico no podía sino implicar, en un país agrícola como Guatemala, una expansión proporcional de la frontera agrícola.

Con este objetivo reinició la colonización de tierras vírgenes que había que conquistarle a la selva. En zonas de El Quiché y Huehuetenango los milenarios montes dieron paso al trazo de nuevas plantaciones donde arribaron indígenas y ladinos de diversas partes del país. Con este proyecto de expansión agrícola se multiplicaron las llamadas cooperativas, organizaciones campesinas para el trabajo de la tierra.⁷²

Las cooperativas tuvieron un importante apoyo para su estructuración y desarrollo por parte de sectores de la Iglesia católica que, a raíz del Concilio Vaticano II (1962-1965), dieron un mayor énfasis a la dignidad de las personas y al compromiso social de la Iglesia.⁷³ De este conjunto de ideas reinterpretadas en su contexto latinoamericano surgió la Teología de la Liberación, la cual tomó como guía una frase del Concilio donde se hablaba de una Iglesia con “una opción preferencial por los pobres”. Mientras que las instituciones del gobierno se limitaban a entregar tierras para que fueran trabajadas, sectores de la Iglesia, que se habían acercado a la vida de los campesinos e indígenas, tomaron el papel de vigilar e impulsar el desarrollo y bienestar en los nuevos asentamientos.⁷⁴

⁷² *Guatemala: nunca más...*, p. 277.

⁷³ CEH, *op. cit.*, p. 139.

⁷⁴ La orden católica Maryknoll, por ejemplo, fue activa en la creación de cooperativas y mediadora entre el Instituto Nacional de Transformación Agraria y los campesinos. Virginia Garrard-Burnett, *Terror in the Land of the Holy Spirit. Guatemala under*

En las décadas de 1960 y 1970 nuevos caminos se abrieron paso a través de la inaccesible selva,⁷⁵ y con el trazo de estos también se inauguraron otras líneas de comunicación entre los pueblos que, a filo de machete, se hicieron de espacio para nuevos asentamientos. La diversidad marcó de inicio a muchas de las comunidades recién fundadas, sus habitantes arribaron de distintas regiones de Guatemala, la mayoría de pueblos mayas. En este contexto, el español fungió como lengua franca —sobre todo entre los hombres—, rompiendo con ello los cercos del monolingüismo y haciendo posible la organización y coordinación entre los nuevos pobladores.⁷⁶ Los programas de educación impulsados por la Iglesia católica eran parte central de la vida comunitaria, con ellos se enseñaba a leer y a escribir en español y se difundían ideas que iban más allá de las preocupaciones inmediatas de la comunidad y de lo cotidiano. Un proceso de politización se llevaba a cabo en las recién fundadas comunidades a través de las cooperativas, convirtiéndolas en agentes de su propio cambio.⁷⁷

Así, estas organizaciones no limitaron sus acciones al desarrollo técnico de la producción agrícola, sino que también impulsaron el progreso rural a través de la educación, la salud, la participación religiosa, las estrategias de mercado para sus productos, así

General Efraín Ríos Montt, 1982-1983, Nueva York, Oxford University Press, 2010, pp. 32 y 33.

⁷⁵ Roddy Brett, *The Origins and Dynamics of Genocide. Political Violence in Guatemala*, Londres, Palgrave Mcmillan, 2016, pp. 92 y 93.

⁷⁶ Severo Martínez Peláez reflexionó sobre el papel del monolingüismo como forma de control en la Guatemala colonial. Negarse al aprendizaje de la lengua del opresor, sustraerse de la conquista cultural y tener una resistencia a través de la identidad que da la lengua coincidía con el objetivo del opresor de mantener a “los siervos aislados y culturalmente estancados, desunidos en el parcelamiento lingüístico, mediatizados y desarmados por desconocimiento lingüístico del idioma portador de la ley”. Martínez Peláez, *op. cit.*, pp. 493 y 494.

⁷⁷ Garrard-Burnett, *op. cit.*, pp. 33 y 34; Brett, *op. cit.*, p. 93.

como la incidencia y organización política para la formulación de demandas que, cabe señalar, fueron esencialmente reformistas.⁷⁸ Mediante estas acciones las cooperativas se convirtieron en una importante base para la revitalización rural, lo que fortaleció la economía de las comunidades y logró mejorar sus condiciones de vida.⁷⁹ Éstas fueron también centros importantes para la práctica organizativa y la capacitación de nuevos líderes.

Su eficiencia para la organización fue puesta a prueba en febrero de 1976 cuando un terremoto devastó gran parte de Guatemala, principalmente las zonas rurales y más marginadas. La catástrofe desbordó las capacidades del gobierno, por lo que estas agrupaciones y sus líderes locales hicieron frente a los problemas por sí mismos, convirtiéndose, en la práctica, en los poderes locales de ese momento y generando una importante experiencia organizativa y autónoma.⁸⁰

Para ese año ya existían 500 cooperativas rurales, de las cuales 60% se encontraba en el altiplano organizado en 8 federaciones que contaban con más de 132 mil participantes.⁸¹ Estos grupos formaron una nueva manera de resistencia indígena, continuación de luchas que se remontan a la época colonial. Sin embargo, nuevas características la diferenciaron de todas las anteriores: estas organizaciones trascendieron las fronteras étnicas y lingüísticas, además tenían claro que sus demandas y protestas eran dirigidas directamente hacia el Estado guatemalteco.⁸²

⁷⁸ Drouin, *op. cit.*, pp. 24 y 25.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 24; *Guatemala: nunca más...*, p. 278.

⁸⁰ CEH, *op. cit.*, p. 161; *Guatemala: nunca más...*, p. 284; Megan Thomas, "La gran confrontación: el segundo ciclo revolucionario 1972-1983", en Álvarez, Figueroa, Taracena, Tischler y Urrutia, *op. cit.*, t. II, p. 147.

⁸¹ Drouin, *op. cit.*, p. 24.

⁸² CEH, *op. cit.*, p. 166.

Las cooperativas mediante su organización crearon canales para la acción de comunidades cada vez más politizadas. Cuando las tierras de los indígenas y de los campesinos pobres, antes consideradas marginales, cobraron nuevo valor gracias a los avances de la Revolución Verde,⁸⁵ los intentos para despojarlos de ellas, por parte de los empresarios, encontraron mayores resistencias como consecuencia del trabajo de las cooperativas para defenderlas.⁸⁴ Dentro de este contexto, en el que las tierras estaban siendo sistemáticamente arrebatadas a quienes las habían trabajado, surgió el Comité de Unidad Campesina (CUC), el cual hizo su primera aparición pública el 1° de mayo de 1978.

La violencia fue una constante a la que las organizaciones campesinas y obreras debieron hacer frente desde sus inicios. Prueba de esto fue cuando una protesta de agricultores en Panzós, Alta Verapaz, tornó en una de las más icónicas masacres que, a diferencia de tantas otras que le seguirían, fue objeto de la mirada pública. La represión que el gobierno estaba dispuesto a ejercer en contra de las disidencias pudo constatarse por cientos y miles de ojos a través de los medios. El 29 de mayo de 1978, 53 campesinos de la etnia q'eqchi' fueron asesinados por resistir la expropiación de sus tierras. Detrás tenían el apoyo del Partido Guatemalteco del Trabajo, organización clandestina cuya presencia quizá puso en marcha el anticomunismo corrosivo del régimen y que, probablemente, jugó su papel en impulsar la represión. La masacre fue premonitoria de los eventos por venir, de los cambios de estrategia del ejército.⁸⁵

⁸⁵ La Revolución Verde fue el aumento de la producción agrícola gracias al uso de la tecnología, el uso de fertilizantes y la expansión de la frontera agrícola.

⁸⁴ *Guatemala: nunca más...*, p. 279.

⁸⁵ Garrard-Burnett, *op. cit.*, p. 46; Rachel A. May, *Terror in the Countryside. Campesino Responses to Political Violence in Guatemala, 1954-1985*, Atenas, Ohio, Ohio Uni-

Los kaibiles fueron los victimarios de esta masacre. Con este nombre se le conoce al grupo especial de las fuerzas armadas guatemaltecas creado en 1974, que fue un pilar fundamental en la estrategia contrainsurgente. Su entrenamiento, su estructura y su organización sirvieron como modelo dentro de la estructura castrense. La “kaibilización del ejército” —como fue llamada por el sociólogo Manolo Vela— fue fundamental para extender y ejecutar la estrategia de tierra arrasada y hacer del genocidio una posibilidad.⁸⁶

La masacre de Panzós, a diferencia de cientos de otras, no quedó bajo el velo del anonimato. Periódicos y distintos medios reportaron los hechos, los cuales llegaron a ser conocidos internacionalmente. Sin embargo, éste no fue el único evento que tendría tan lamentable fama. Otra gran masacre se llevó a cabo en el corazón de la capital guatemalteca, evidenciando sin pudor alguno la violencia del régimen. El 31 de enero de 1980 más de 30 campesinos del CUC fueron asesinados, a ojos de todos, devorados por llamas que prendió el gobierno para acallar sus voces de protesta. Los campesinos y activistas habían tomado en días previos la sede de la embajada española. Su objetivo era usarla como una plataforma de denuncia en contra de la violencia que se estaba sufriendo en El Quiché, localidad donde las miradas públicas e internacionales no llegaban.⁸⁷ Una triste ironía hizo que ese objetivo —visibilizar la violencia— se alcanzara sin atisbo de duda.

Sin recato alguno, el Estado guatemalteco demostró por sí mismo y a los ojos del mundo que estaba dispuesto a ejercer la máxi-

versity Press, 2001, p. 118. Las cifras sobre los muertos son discutidas y se elevan hasta 150 según la fuente que se consulte.

⁸⁶ Vela Castañeda, *op. cit.*, pp. 249-295.

⁸⁷ Thomas, *op. cit.*, pp. 166 y 167; entre los campesinos estaba el padre de Rigoberta Menchú, quien sería una líder maya que mostraría al exterior de Guatemala la violencia y condiciones de desigualdad sufridas por los mayas de su país.

ma represión sin titubeo y sin consideraciones humanitarias. El presidente Romeo Lucas García ordenó el desalojo de la embajada, no importaba el medio. Las instrucciones fueron atendidas. La policía asedió el edificio (cuyas puertas ya estaban bloqueadas desde su interior por los ocupantes), y una vez cercadas las salidas atacó el edificio con bombas incendiarias y granadas. El fuego abrasó la embajada. Los campesinos fallecieron sofocados o incinerados, y los medios de comunicación fueron testigos de cómo los gritos del interior trocaban en silencio. Entre campesinos, diplomáticos españoles, empleados locales de la embajada y el mismo ministro de Exteriores de Guatemala, murieron 39 personas. Sólo hubo un sobreviviente que, con serias quemaduras, fue llevado al hospital; pero allí tampoco halló seguridad: fue sacado del nosocomio por desconocidos, probables escuadrones de la muerte, y su cuerpo fue hallado con señas crueles de tortura en el campus de la Universidad de San Carlos.⁸⁸

Si la violencia con su brutalidad tenía la intención de inmovilizar, fue, por el contrario, disparadora de más protestas. A la masacre de la embajada le siguió una huelga en los ingenios de azúcar en demanda de un aumento salarial.⁸⁹ A su vez, las llamadas “caminatas”, largas marchas del campo a la capital, se habían consolidado como estrategia de lucha. La presencia de los marginados en el corazón político del país, hombres y mujeres que habían pasado de la sumisión a presentar sus exigencias, dejaban claro que algo en Guatemala se había salido de “su lugar”.

Así, quizá la acción que más estremeció al país e hizo palpable la organización de campesinos e indígenas fue su presencia “en las orillas de caminos y carreteras empuñando machetes” durante

⁸⁸ Garrard-Burnett, *op. cit.*, p. 47.

⁸⁹ May, *op. cit.*, pp. 140 y 141.

las manifestaciones. Además, entre sus filas de gente marchaban no sólo ladinos, no sólo mayas, sino ambos. Aunque la mayoría de los miembros del CUC era predominantemente indígena, los ladinos también hacían parte. Este hecho contrastaba con la larga tradición de oposición entre estos dos grupos, dicotomía que había servido a lo largo de la historia guatemalteca como instrumento de control y dominación. Las marchas llegaron finalmente a la capital y por primera vez la empobrecida masa campesina, llevando sus reclamos a las calles de la Ciudad de Guatemala, apareció ante los ojos de la sociedad capitalina.⁹⁰ Viejos miedos coloniales hicieron eco en la capital.

Frente a estos actos de protesta a un nivel inédito y al adaptar las circunstancias globales de la Guerra Fría, ciertas autoridades acusaron de ser comunistas a los líderes indígenas de las cooperativas.⁹¹ La misma espada que había herido de muerte a la Revolución de Octubre volvía su filo ahora contra las nuevas organizaciones.

La Guerra Fría continuaba; la fobia comunista no había desaparecido, por el contrario, se acrecentó como consecuencia del triunfo de la Revolución sandinista en 1979 y del hecho de que las guerrillas salvadoreñas tomaran mayor vigor; por ello, la idea de que Guatemala sería capaz de mantenerse inmune a un resultado similar comenzó a tambalearse y a cubrir el futuro de incertidumbre. Ante las demandas de los movimientos rurales y urbanos que reclamaban mejoras sociales y económicas, las élites en el poder vieron en ellas un plan comunista que, de ser tolerado, socavaría el estado de cosas en Guatemala.

⁹⁰ Drouin, *op. cit.*, p. 27; May, *op. cit.*, p. 136; Judith N. Zur, *Violent Memories. Mayan War Widows in Guatemala*, Boulder, Westview Press, 1998, p. 82.

⁹¹ Drouin, *op. cit.*, pp. 24 y 25.

Bajo este contexto, los “nuevos grupos empresariales manifestaron una acentuada intolerancia frente a las reivindicaciones de los trabajadores, lo cual al final del periodo [terminó] conduciendo a una parte de los empresarios a alianzas con el ejército para destruir violentamente a las dirigencias y organizaciones laborales”.⁹² La represión no desapareció del país centroamericano en ningún momento, inclusive hubo periodos en que se acentuó y se desbordó. Fue el caso del gobierno de Romeo Lucas García (1978-1982), cuya administración, a través de asesinatos, desapariciones y posteriormente mediante masacres indiscriminadas, castigó a las organizaciones campesinas, sindicatos, catequistas, estudiantes, incluso jueces y abogados o cualquier otra forma de organización y liderazgo que articulara demandas o representara un estorbo o peligro para el mantenimiento del *statu quo*.

El aumento en la participación política de sectores indígenas posibilitó que miembros de estas comunidades ocuparan cargos de alcalde desde los cuales se pudieron plantear programas esencialmente reformistas. A pesar de que dichos movimientos siguieran la línea acordada de hacer política, esto no los salvó de ser reprimidos por el Estado. Se llegó, incluso, a asesinar a los alcaldes indígenas, lo que cerró espacios para la participación pública y contribuyó a la intensificación del conflicto en algunas regiones donde, al desaparecer la vía política, la lucha guerrillera se abrió como única alternativa de las comunidades para empezar a tejer vínculos.⁹³

La represión no era ejercida exclusivamente en el campo o hacia los opositores políticos,⁹⁴ sino contra organizaciones como

⁹² *Guatemala: nunca más...*, p. 285.

⁹³ CEH, *op. cit.*, p. 171; Zur, *op. cit.*, p. 81.

⁹⁴ Los líderes democráticos Alberto Fuentes Mohr y Manuel Colom Argueta, que representaban una alternativa política, fueron asesinados en 1979. Thomas, *op. cit.*, p. 151.

los sindicatos, que habían formado el Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS) y que establecieron su lucha con base en los derechos que la ley misma establecía. Estos grupos fueron igualmente reprimidos por guardias blancas de la extrema derecha —claramente clandestinas pero avaladas por el gobierno—, cuyos crímenes eran ignorados o respaldados por los funcionarios que parecían preferir muertos a los líderes sociales antes que atender sus demandas.⁹⁵

En este contexto, Centroamérica volvió a caer en una grave recesión económica al comenzar la década de 1980. Mientras subía el costo del combustible, los precios de los productos agrícolas se precipitaban, la economía se tambaleaba y en el altiplano, zona indígena, el desempleo y el subempleo causaban alarma. En una economía donde la mano de obra barata era esencial para sacar una alta ganancia, los hombres que debían ser sumisos y trabajar a cualquier precio la tierra ajena recurrían a alternativas cooperativistas, al sindicalismo campesino, incluso algunos de ellos optaban por la insurrección armada: “Si hubo algún momento apropiado —explica Marc Drouin— para ejercer formas de violencia [en contra de estos grupos y sus miembros...] los primeros años de los ochenta eran, sin duda, el momento propicio”.⁹⁶

Buscando desarticular a estos nuevos actores políticos, sociales y económicos, el Estado continuó la campaña de terror desapareciendo o asesinando a sus líderes y a campesinos, estuvieran o no afiliados al CUC, mermando así la capacidad y voluntad organizativa de la sociedad.⁹⁷ Al ser respondidas las demandas de estas or-

⁹⁵ Gilles Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*, trad. de Jorge Alaniz Pinell, México, FCE, 2008 (Col. Historia), pp. 251-257.

⁹⁶ Drouin, *op. cit.*, pp. 53 y 54; CEH, *op. cit.*, p. 185.

⁹⁷ Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 53; Figueroa Ibarra, *op. cit.*, p. 187; Thomas, *op. cit.*, pp. 184 y 185.

ganizaciones con violencia y miedo, sus miembros voltearon a ver el camino de la guerrilla como única alternativa. Cuando la voz y la protesta tuvieron como respuesta la mordaza de la muerte, las palabras se cambiaron por las armas.

RESURGIMIENTO DE LAS GUERRILLAS Y LA REPRESIÓN MASIVA COMO MÉTODO CONTRAINSURGENTE (1972-1983)

Dos ríos atravesaron simultáneamente la historia de Guatemala: uno por su superficie, otro por su subsuelo. El primero fue el movimiento cooperativista, cuya estrategia fue hacerse visible, demandar y exigir el respeto a los derechos; el segundo fue el de los movimientos guerrilleros, que se mantuvo oculto hasta que creyó encontrarse en el momento idóneo para brotar a la superficie. Su estrategia fue sumar afluentes (base social) y desarticular con un continuo golpeteo las fuerzas del gobierno para finalmente reemplazarlo. Dos corrientes distintas, la cooperativista legal y la guerrilla clandestina, fueron equiparadas como una misma por el Estado, el cual respondió con violencia. Fue ésta la que trazó el canal para que ambas convergieran y, sin fundirse en su totalidad, sumaran caudales.⁹⁸

La corriente clandestina, la de la lucha guerrillera, se constituyó en su segundo ciclo (1972-1996) por cuatro organizaciones: el PGT⁹⁹ y las FAR, sobrevivientes de la primera época de lucha armada, y dos nuevas que se escindieron de éstas, la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) y el Ejército Guerrillero de los Pobres

⁹⁸ CEH, *op. cit.*, pp. 173 y 179.

⁹⁹ El PGT es de carácter esencialmente urbano en este segundo ciclo, sus acciones en el campo, que es mi centro de atención, no tuvieron grandes alcances.

(EGP). La diferencia generacional era marcada: las veteranas PGT y FAR, que fueron también las más ortodoxas, se dedicaron al trabajo de masas, principalmente con la clase obrera y el movimiento sindical; eran grupos de carácter esencialmente urbano pues mantuvieron cierta suspicacia hacia el ámbito rural.¹⁰⁰ En cambio, los nuevos grupos guerrilleros se dieron a la tarea de construir las condiciones para desatar la guerra y se mantuvieron alejados de la discusión doctrinaria y programática.¹⁰¹

Un primer grupo del EGP se adentró en 1972 a las selvas guatemaltecas desde México para empezar a construir dichas condiciones. En el libro *Los días de la selva*, el exguerrillero Mario Payeras describe los primeros tiempos de este grupo guerrillero en tierras guatemaltecas y da cuenta del día a día, de las dificultades, frustraciones y triunfos con los que se encontraron. Una de las principales tareas de la nueva organización guerrillera fue resarcir el error en el que cayeron los combatientes del primer ciclo de insurgencia: la ausencia de una base social. En las páginas de su libro el autor recordó cómo el éxito (o fracaso) en la construcción de una base de apoyo estaba condicionado por las experiencias e historia de las comunidades a las que se acercaban. Un pasado marcado por la represión, que habitaba aún en la memoria colectiva, conllevaba un distanciamiento hacia los guerrilleros; un pasado de resistencia de larga duración facilitaba el apoyo y simpatía. Mientras que en un pueblo su llegada despertaba temor, en otros eran recibidos con agrado y esperanza.

Por ejemplo, en el primer contacto del grupo rebelde con la población indígena, en la que se buscaba ayuda, encontraron no el

¹⁰⁰ Cabe mencionar que las FAR sí entablaron una lucha de carácter rural en el departamento de Petén, pero su acción no es equiparable a la de las otras dos organizaciones que tuvieron la lucha rural como eje.

¹⁰¹ Thomas, *op. cit.*, pp. 127 y 128.

apoyo que esperaban, sino reticencia, temor y alejamiento. Payeras describió aquel día: “Nunca olvidaremos aquellos momentos. La guerrilla, de pronto, quedó sola en las calles. Los pocos moradores de la aldea que aceptaron conversar [con nosotros] se atrincheraron en su dialecto y fue imposible obtener de ellos granos o información”.¹⁰² Tras el golpe anímico, el guerrillero apuntó lo que creyó que fue la raíz de ese temor: “El recelo fue a causa de una represión del ejército por haber permitido a anteriores guerrilleros haber acampado y obtenido alimento”. Los militares —explicó— habían torturado física y psicológicamente a quienes habían apoyado a los primeros combatientes.¹⁰³ El miedo a una nueva represalia ya estaba sembrado en los pobladores y les impedía cometer el mismo “error”.

Pero, así como la pasada experiencia de la comunidad provocó el rechazo y cerrazón hacia Payeras y sus compañeros, las de otras predispuso la acogida del grupo rebelde. El guerrillero rememoró y describió su encuentro con un hombre en otro pueblo:

El señor era agrarista viejo y admirador del expresidente Árbenz. A los pocos días de conocerlo, junto con bastimento que llevó para nosotros sacó ajados recortes de periódicos que conservaba del pasado. En una fotografía de entonces aparecía Árbenz en plena campaña electoral [...]. “Era galán el hombre” comentaba con nostalgia [...], “lástima que se dejó tumbar cuando la cosa se estaba poniendo buena para nosotros”. Con la Reforma Agraria, en efecto, le había tocado tierra, pero al entronizarse la reacción anticomunista en 1954, la parcela recibida le fue arrebatada nuevamente. Desde entonces añoraba aquellos días y no perdía la esperanza.¹⁰⁴

¹⁰² Mario Payeras, *Los días de la selva*, La Habana, Casa de las Américas, 1980, p. 32.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 33.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 59 y 60.

Esto refleja que había pueblos con una larga tradición de lucha —que incluso puede remontarse a la época colonial—, los cuales no necesitaban ser convencidos por rebeldes externos, pues su propia historia ya los inclinaba a la resistencia.

Si bien las nuevas organizaciones guerrilleras estaban convencidas de que era esencial la participación de las masas populares, la forma en que debían colaborar variaba dependiendo de cada organización.¹⁰⁵ Para algunas era de mayor importancia la separación entre las luchas reivindicativas llevadas a cabo por cooperativas, sindicatos y otras agrupaciones y la lucha clandestina armada que realizaba la guerrilla. No hacerlo podía conducir a una sangrienta represión de las organizaciones visibles y, por lo tanto, las más expuestas.¹⁰⁶

Este fue el caso del EGP; al anular la distinción entre la lucha armada y las organizaciones populares con las que tuvo contacto, condicionó una brutal violencia contra éstas últimas sin que el grupo guerrillero tuviera la capacidad para defenderlas. Por ello, la región de El Quiché —principalmente Ixcán y la zona Ixil—, donde se había insertado el EGP, fue las más golpeada por la contrainsurgencia y donde ocurrió el mayor número de masacres durante el conflicto, lo que provocó que se convirtiera en la mayor expulsora de refugiados.¹⁰⁷

Los tres grupos guerrilleros (EGP, ORPA y FAR) tuvieron a modo de estrategia geográfica la frontera mexicana, la cual sirvió como retaguardia para tener una vía de escape y de abastecimiento; por lo tanto, los departamentos fronterizos con México fueron sus

¹⁰⁵ Thomas, *op. cit.*, p. 153.

¹⁰⁶ CEH, *op. cit.*, pp. 180 y 181.

¹⁰⁷ “El EGP se asentó inicialmente en Quiché —Ixcán y, posteriormente la región ixil—, extendiéndose luego a Huehuetenango, el sur de Quiché, el norte de Sololá, Chimaltenango y Alta Verapaz”. Thomas, *op. cit.*, p. 159.

principales áreas de acción. Las FAR se instalaron en Petén, región que había cobrado importancia en la última década por la explotación petrolera que se realizaba y por ser el departamento donde los militares y sus socios habían acaparado tierras.¹⁰⁸ Además, estaba poblado de cooperativas de migrantes de la Costa Sur y muchos de sus miembros eran agraristas ladinos o indígenas desarraigados.¹⁰⁹ La ORPA tuvo como territorio la Sierra Madre Occidental, principalmente la zona montañosa del volcán Tacana, una región de población indígena, de producción cafetalera (esencial para la economía de agroexportación) y que además contaba con las condiciones topográficas ideales para desarrollar la lucha guerrillera.¹¹⁰

Estas organizaciones armadas hablaban frecuentemente en nombre del pueblo guatemalteco, del que se habían autoproclamado portavoces así como su representación real y legítima.¹¹¹ Sin embargo, aunque creyeran ser portadoras de la voluntad de los guatemaltecos, su habilidad para defenderlos de los ataques contrainsurgentes nunca se concretó. Sus acciones no fueron más allá de escaramuzas o emboscadas, propaganda armada, sabotajes o golpes efectivos;¹¹² no alcanzaron la capacidad de liberar territorios —como el ejército temía que hicieran— ni de poder defender a la población contra un ataque planeado. Aumentó su número de miembros pero no tuvo la pericia de entrenarlos, armarlos y desplegarlos de manera efectiva.¹¹³ La guerrilla triunfó ideológicamente ganándose simpatizantes, pero perdió en el campo de batalla, donde lo que contaba eran las vidas humanas.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 130.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 139.

¹¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹¹ *Ibid.*, p. 141.

¹¹² *Ibid.*, p. 176.

¹¹³ *Loc. cit.*

Ofuscados por los triunfos revolucionarios en Nicaragua y El Salvador, los guerrilleros guatemaltecos creyeron que la victoria se hallaba a la vuelta de la esquina, que el ejército estaba desmoralizado, a la defensiva y al borde de la derrota.¹¹⁴ Probablemente la idea de una revolución social que se extendía por el mundo era una utopía tan seductora que los encasilló en el mismo análisis de siempre —la crisis del sistema, del Estado o del capitalismo—; esto les impidió darse cuenta de las especificidades de cada caso y de que lo que en ellos suscitaba euforia y optimismo, en el ejército despertaba un temor que, después, se tradujo en una reacción violenta que acabó con toda posibilidad de un triunfo guerrillero.¹¹⁵

Fue entonces cuando el ejército buscó exterminar la insurgencia “hasta la semilla”. El gobierno estadounidense encabezado entre 1977 y 1981 por Jimmy Carter había puesto énfasis en la protección de los derechos humanos, actitud que perjudicó al represor Estado guatemalteco cuando Estados Unidos le supeditó la ayuda militar bajo la condición de respeto a tales derechos.¹¹⁶ Esto cambió con el triunfo del republicano Ronald Reagan, quien puso su atención en el enfrentamiento Este-Oeste y quien, buscando mantener la posición estadounidense en Centroamérica, dejó de censurar las violaciones a los derechos humanos de sus aliados, entre estos el régimen guatemalteco, abriendo así la puerta para una agudización de la opresión militar en Guatemala.¹¹⁷

Eventos específicos definieron los derroteros que tomaría la represión. Tal fue el caso del 30 de abril de 1981 cuando el EGP llevó a cabo una de sus más grandes operaciones: el asalto contra

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 177.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 139.

¹¹⁶ Bataillon, *op. cit.*, p. 246.

¹¹⁷ Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 129.

el cuartel de Cuarto Pueblo, en Ixcán. Si la maniobra pretendía presionar la retirada de los militares de la zona, su corolario fue la identificación de la comunidad como territorio subversivo. Al año siguiente, en marzo de 1982, una de las grandes masacres que marcaron el genocidio guatemalteco se llevaría a cabo ahí, en esa región que había exhalado triunfo para los guerrilleros y que después se cobraría la vida de cientos de personas.¹¹⁸

Ya en noviembre de 1981 se había decidido un cambio de estrategia en la lucha contrainsurgente.¹¹⁹ Los soldados dejarían los cuarteles y se internarían en las selvas como si de guerrilleros se tratara, de manera que la violencia dejaría de ser ejercida hacia ciertas personas o grupos y se volcaría contra poblaciones enteras. La masacre de Cuarto Pueblo y cientos de comunidades más fueron prueba de ello.

Esta estrategia, que arreció de manera desbordada la violencia, no fue la única medida que tomó la contrainsurgencia. Si la guerrilla buscó tras su lección aprendida el ciclo anterior formarse una base social que le diera sustento, en los últimos meses del gobierno de Romeo Lucas García un plan similar sería empleado por el ejército a través de la coerción, y alcanzaría un mayor éxito. Las llamadas aldeas modelo, polos de desarrollo y patrullas de autodefensa civil —formas que tomaron el control sobre la población— fueron pilares para despojar a las guerrillas del apoyo que tenían. Si bien estas aldeas modelo comenzaron a implementarse a finales de 1981, para el siguiente gobierno serían un eje fundamental de la contrainsurgencia.¹²⁰

¹¹⁸ Brett, *op. cit.*, p. 158.

¹¹⁹ Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 232; Drouin, *op. cit.*, p. 41.

¹²⁰ Brett, *op. cit.*, p. 159.

El gobierno de Romeo Lucas García se encontraba a inicios de la década de 1980 en medio de una crisis política y económica, a lo que se sumaban las amenazas de un triunfo guerrillero y de ver menguada de manera significativa su legitimidad. En marzo de 1982 la debilidad se puso en evidencia. Un golpe de Estado destituyó del poder al general y fue remplazado por otro político castrense: el general Efraín Ríos Montt. Bajo su mandato se cometió el mayor número de masacres, el máximo de muertes y la represión alcanzó su culmen.

La lucha contra la insurgencia se mantuvo en el foco. En junio de 1982, Ríos Montt declaró una amnistía a quienes desistieran en los siguientes 30 días de la lucha armada. Este llamado sirvió de justificación al gobierno para que, una vez que expirase este periodo, se diera continuidad y se acrecentaran las políticas contrainsurgentes de tierra arrasada y exterminio de la base de apoyo de los grupos rebeldes.¹²¹ Una vez terminado el plazo, el 1º de julio de 1982 se declaró al país bajo estado de sitio y se dividió el territorio en zonas militares. Con la elaboración del Plan de Asistencias para Áreas en Conflicto (PAAC), conocido también como “Fusiles y Frijoles”, se dispusieron las bases para una violencia más sistemática, en comparación con el relativamente desordenado despliegue del gobierno anterior.¹²²

Las acciones del ejército dirigidas hacia la población de manera indiscriminada, además de provocar horror entre los habitantes, llegaron a su punto más alto con el plan Victoria 82 (precedido por Ceniza 81 y sucedido por Firmeza 83). Este programa consis-

¹²¹ *Ibid.*, p. 134.

¹²² Garrard-Burnett, *op. cit.*, pp. 86 y 87. Una diferencia interesante entre la represión de los gobiernos de Lucas García y Ríos Montt, que señala Garrard-Burnett, fue el empleo de la desaparición forzada en el primer caso, mientras que en el segundo fue una violencia más metódica pero que no dejaba duda sobre la muerte de la víctima.

tió en operaciones de tierra arrasada, es decir, en la destrucción de aldeas, de sus habitantes y de cualquier forma de sustento, para terminar con la base social del movimiento insurgente. Esto llevó a que cientos de comunidades fueran aniquiladas de manera sistemática. El punto culmen fueron los meses en que se desplegó el plan, periodo en el que se concentró la mayor parte de las masacres y en el que, a fuerza de miles de muertes, se rompió la posibilidad de un triunfo guerrillero. Estas acciones motivaron el éxodo.¹²³

Cuando el horror llega, los murmullos se multiplican; cuando las palabras tratan de reflejar la atrocidad de las torturas y de la muerte, la mente no siempre es capaz de creerlo. Guatemala llevaba décadas viviendo el terror. Los murmullos no repetían invariablemente el mismo suceso alrededor de los mismos muertos, los mismos desaparecidos; el terror que se abría espacio brindaba siempre nueva materia para las murmuraciones.¹²⁴ Todo el tiempo había otro y otro, y la radio repetía a su modo las mismas historias pero ocultando la verdad más cruda. Toda la gente se cubría de un miedo hermanado con la duda. La incertidumbre por conservar la vida empañaba el transcurrir del tiempo. Cada día en el pueblo se esperaba la llegada del ejército y a la vez se rezaba para que nunca apareciera. “Quizá este pueblo se salvará” —se creía con alguna esperanza—.

Unos decidieron no tentar su suerte y partieron del país antes de ver la sangre regada, pero ésta también fue una apuesta de vida: si

¹²³ CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 218.

¹²⁴ Los tomos que componen *Guatemala: memoria del silencio* no son sino un fragmento que comprueba los abundantes hechos de violencia y de terror.

llegaban a ser detenidos en el camino por el ejército o la guerrilla y sospecharan traición, la existencia se ponía en juego. Otros permanecieron en sus casas, convencidos de que su inocencia los mantendría alejados de la violencia o de que la guerrilla los defendería cuando el ejército se presentara. Ni lo uno ni lo otro pasaba con frecuencia cuando éste llegaba con la misión de arrasar la tierra.

Ya con el miedo traspasando cada nervio, el primer grito alertaba sobre la llegada de los soldados. Los murmullos habían dado aviso de lo que podía pasar, así que cuando los pelotones militares se acercaban la gente huía: “Porque ya sabíamos lo que hace el Ejército cuando llega, matar gente y quemar casas, entonces mejor salir a la montaña, ya sabemos que el plan del Ejército es agarrar y matar, y acabar con toda nuestra gente”.¹²⁵

Los soldados que llevaban a cabo estas tareas eran en su mayoría indígenas, e indígenas fueron también quienes principalmente padecieron esta violencia. Entre 60 y 80% del ejército guatemalteco era indígena, pero los cargos de liderazgo eran ocupados casi de manera completa por ladinos.¹²⁶ Vela Castañeda explica que esto fue posible porque la distinción en la base militar no era étnica sino ideológica:

La identidad étnica había sido desplazada por una identidad más poderosa, por lo útil que les resultaba para sobrevivir: la identidad ideológica. Antes que indígenas, aquellos jóvenes eran soldados del ejército. No importaba si detrás de las montañas, el enemigo era más parecido a ellos, ni si quienes los comandaban eran mayoritariamente ladinos. Los chivos expiatorios debían ser inmolados para que los otros siguieran su camino en la tierra.¹²⁷

¹²⁵ CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 218.

¹²⁶ Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 148.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 410.

Si en el pensamiento de las élites la lucha contrainsurgente implicaba una batalla contra el comunismo para salvar al país y al Estado que beneficiaba sus intereses, en la mente de los soldados otras piezas daban coherencia a sus vivencias y eran otros los motivos que los empujaban a cometer lo que perpetraban. Abajo, donde se vivía la batalla, la experiencia directa revelaba motivaciones distintas. Donde otros veían una conflagración comunista y extranjera contra la nación, los soldados veían a sus compañeros muertos en una emboscada; su lucha no era para “defender la civilización occidental”, incluso la defensa de la patria parecía secundaria frente a la necesidad de querer cobrar venganza por la muerte de sus colegas. Sabían que si se entrenaban y obedecían podrían vengarlos y, quizá, hasta sobrevivir para regresar, tras 30 meses de servicio, a casa.¹²⁸ Convencidos como estaban de que matar era un deber y de que sus víctimas no cabían más en lo humano, las masacres sucedían una a la otra con asombrosa simplicidad.

Dichas masacres estuvieron a la orden del día; cuando el ejército llegaba rodeaba a la población, en ocasiones separaba a los hombres de las mujeres y los niños —aunque todos tendrían la misma suerte pues se asesinaba sin distinción—. Las acciones de los grupos castrenses fueron más allá de simplemente quitar el apoyo social y material que estas poblaciones daban a la guerrilla —aunque esto último se supuso y no en todos los casos fue cierto—. Una vez destruidas las aldeas y los cultivos, los sobrevivientes eran aún perseguidos para darles muerte.¹²⁹ El gobierno los señalaba como parte de la guerrilla; sin embargo, las Convenciones de Ginebra de 1949 indican que un no combatiente es “una persona que no porta armas, que no es miembro de un grupo guerrillero, y quien

¹²⁸ *Ibid.*, p. 169; Garrard-Burnett, *op. cit.*, p. 104.

¹²⁹ Drouin, *op. cit.*, pp. 47 y 48; CEH, *op. cit.*, t. 3, pp. 221 y 222.

no participa activamente en las hostilidades que intentan causar daño físico a personal enemigo, ni a sus propiedades”;¹⁵⁰ por lo que, incluso si las comunidades proporcionaban ayuda a la guerrilla de manera voluntaria o bajo coerción, esto no las convertía en combatientes. De esta manera, la violencia ejercida por el ejército contra ellas era una violencia hacia civiles.

Cuando los pueblos no eran arrasados, aquellos que a pesar de los temores habían decidido quedarse eran sometidos a una vigilancia y estricto control militar. En ocasiones los campesinos eran desplazados de sus pueblos a las aldeas modelo o polos de desarrollo con la idea de impedir cualquier contacto con la guerrilla.¹⁵¹ Los bienes básicos (comida y vestido) eran regulados por el ejército, por lo que la obediencia de la población hacia los militares se volvió indispensable para la sobrevivencia. Además, los hombres y jóvenes eran obligados a participar en las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) que, junto con el ejército, hacían labores de contrainsurgencia y vigilancia, motivo por el cual fueron también atacados por la guerrilla. A pesar de su composición civil, las PAC a su vez participaron en masacres, a veces bajo vigilancia del ejército y otras de manera autónoma.¹⁵²

Por otro lado, muchos de los miembros de la guerrilla se aliaron a ésta cuando las demás alternativas fracasaron al ser reprimidas violentamente por el Estado. Otros decidieron unirse una vez que la represión empezó, esto como un acto de venganza contra el ejército que había matado a un ser querido y había destruido todo cuanto tenían. Sin embargo, también sucedió que en ocasiones algunas personas se vieron forzadas a incorporarse a la guerrilla bajo amenazas.

¹⁵⁰ Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 39.

¹⁵¹ Thomas, *op. cit.*, pp. 180 y 181.

¹⁵² CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 237; Vela Castañeda, *op. cit.*, pp. 59 y 60; Thomas, *op. cit.*, p. 181.

Testimonios recolectados por el CEH narran casos en que ésta llegaba a reclutar por la fuerza: “En otras aldeas... se resistieron [a participar en la guerrilla] y si alguien se quejaba al Ejército, la guerrilla lo sacaba. En esos momentos fue cuando empezaron a presionar a la gente, cuando la presión del Ejército también se intensificó [y se decía] ‘o te quedas o te vas’; es decir o te aliás o te matamos”.¹⁵⁵ Por un lado, el fusil del ejército amenazante; por el otro, el de la guerrilla. Sin embargo, es imposible equipararlos, finalmente el ejército fue el principal perpetrador de las muertes y masacres que sucedieron en más de tres décadas de guerra civil. Fue en este contexto de violencia que la salida hacia México se convirtió en una opción que permitió alejarse —relativamente— de aquel conflicto.

Según el organismo instituido en 1996 por las Naciones Unidas para la investigación de lo ocurrido en aquellos años, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, lo vivido en Guatemala entre 1981 y 1982 en el marco de las operaciones contrainsurgentes fueron actos genocidas contra las poblaciones Ixil de Zacualpa, norte de Huehuetenango y Rabinal.¹⁵⁴ El conflicto del que huyeron los refugiados guatemaltecos, que duró 36 años (1960-1996) pero que se acentuó principalmente durante los gobiernos de Romeo Lucas García (1978-1982) y Efraín Ríos Montt (1982-1983), tuvo un saldo final de 200 mil muertos, dentro del cual se cuentan 40 mil desaparecidos. Hubo 669 masacres, 554 cometidas entre 1981 y 1982, de las cuales se “atribuyeron 626 a las fuerzas del Estado, 32 fueron imputadas a las fuerzas insurgentes, mientras que en 11 casos no se pudo determinar a los responsables”.¹⁵⁵ Los ataques también se concentraron geográfica y principalmente en

¹⁵⁵ CEH, *op. cit.*, t. 1, pp. 181 y 182.

¹⁵⁴ *Ibid.*, t. 3, p. 422.

¹⁵⁵ Drouin, *op. cit.*, p. 34; Vela Castañeda, *op. cit.*, p. 56.

cinco departamentos: El Quiché sumó 327, Huehuetenango 83, Chimaltenango 63, Alta Verapaz 55 y Baja Verapaz 26.¹⁵⁶

Los números no reflejan lo que representaron esos años para muchos guatemaltecos, cada cifra guarda una historia de esas experiencias vividas, aunque muchas de ellas fueron silenciadas para siempre con un golpe certero de la almágana o con un disparo de fusil. Sin embargo, otras fueron formándose en la memoria de los sobrevivientes, de entre los cuales 200 mil cruzaron la frontera mexicana para continuar sus vidas en un exilio que no tendría una duración determinada. Lo que se creyó que serían meses, o a lo mucho años, se transformó para algunos en un siempre. Tras la salida de su país, la vida de muchos guatemaltecos tomó nuevos derroteros.

RECUESTO Y REFLEXIONES: LARGO PRÓLOGO DE UN REFUGIO

A partir de 1981, decenas de miles de guatemaltecos comenzaron a llegar a México huyendo de la violencia vivida en su país. Para tratar de explicar por qué se desató esa violencia (que tornó en genocidio), me remonté a la época colonial para mostrar los inicios de la discriminación y la explotación en Guatemala entre el indígena y el no indígena, y cómo estas prácticas cubrieron con una carga negativa al primero, convirtiéndole en un ser inválido e inferior que debía ser protegido y que, a cambio, debía servir. El racismo no permaneció igual a lo largo de la historia guatemalteca, pues en el siglo XIX, en consonancia con el resto del mundo, éste trasmutó en un racismo biológico y por lo tanto esencialista, que siguió propiciando la reproducción de la desigualdad social. A

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 59.

lo largo del siglo XX ese racismo se trenzó con el anticomunismo de las élites conservadoras del país y, con el contexto propicio, el indígena y el comunista se fundieron en un mismo problema en la mentalidad de los gobernantes.

Aquellos dos factores ideológicos se encontraron con las protestas sociales y las luchas guerrilleras que tuvieron su origen en la Revolución de Octubre de 1944. Ésta, bajo el liderazgo de sus dos presidentes, Arévalo y Árbenz, planteó reformas sociales moderadas que a los ojos de las élites conservadoras eran de un carácter radical, pues atentaban contra sus intereses. Para hacerles frente, estas élites hicieron uso del discurso anticomunista, el cual atrajo la atención y despertó la alarma de Estados Unidos. El gobierno de Washington, en conjunción con grupos derechistas de Guatemala, llevó a cabo un golpe de Estado en 1954 que derrocó a Árbenz. A partir de entonces, y hasta fines de siglo, el gobierno guatemalteco tendría una política anticomunista y de persecución hacia quienes se asumieron como tales.

Desacuerdos provocados por el rumbo y las condiciones en que Guatemala se encontraba llevaron a un malogrado intento de golpe de Estado en noviembre de 1960, sin embargo, de éste nacieron los primeros grupos guerrilleros. Ese primer ciclo de insurgencia fracasó por la inexperiencia y la falta de una base social, pero dio lecciones para el segundo ciclo.

Los movimientos cooperativistas iniciaron en la década de 1960 y conformaron, con la ayuda de sectores de la Iglesia católica y vinculados a la teología de la liberación, un importante movimiento autónomo y organizativo que se convirtió en una vía para impulsar el propio desarrollo, a la vez que exigió al gobierno guatemalteco el respeto a sus derechos y mejores condiciones de trabajo y vida. Estas organizaciones fueron también tachadas de comunistas

y reprimidas sistemáticamente, ocasionando que muchos de sus miembros optaran por la lucha guerrillera y se unieran a los grupos que ya se habían reorganizado a finales de los años setenta: el PGT, las FAR, la ORPA y el EGP.

El gobierno reaccionó con una violencia desbordada para exterminar a la guerrilla y la base social que la apoyaba en el momento en que se creyó al borde de la derrota. Las fuerzas militares dejaron los cuarteles y la violencia se ejerció indiscriminadamente hacia toda la población, estuviera o no relacionada con la guerrilla, la cual fue incapaz de defender a dicha población y de organizarse militarmente para hacerle frente al ejército. Esto provocó la salida de miles de guatemaltecos del país para salvar sus vidas.

Buscar las historias remotas que dieron origen a la historia reciente puede llevar a caer en el error de generar una visión en la que el desenvolvimiento del pasado conduce necesariamente a un proceso o suceso en específico, es decir que de algún modo el genocidio estaba escrito en la historia de Guatemala por su pasado. Es el riesgo que se corre cuando el único sostén que hay son las observaciones estructurales de un amplio suceso histórico. Para hacerle frente es necesario también el poder explicativo de las experiencias individuales (y no sólo las de los dirigentes de la política o de la economía) de un pasado que fue vivido y es recordado. Tales experiencias nos ponen los pies en la tierra y dan explicaciones alternas o complementarias a esas grandes estructuras. Creo, al fin y al cabo, que el genocidio ocurrió como ocurrió por las decisiones personales de individuos a lo largo de siglos de historia, la cual, en su contexto y dentro de las estructuras existentes, por su inmensidad y complejidad, es difícil de abordar. Sin embargo, intentarlo ayuda a entender su intrincado tejido.

II. LA EXPERIENCIA Y LA COMPRESIÓN HISTÓRICA

Marina Tsvetáieva, sobreviviendo apenas, escribió desde el amargo destierro al que se vio empujada por los sucesos de la Revolución de 1917 en Rusia:

Mi tierra me ha perdido
y el que investigue, astuto,
el ámbito de mi alma —¡mi alma toda!
no encontrará la traza.¹

Estos versos, que son parte de un poema más largo, hablan de un sentimiento de desarraigo, de la pérdida de sentido anteriormente dado por la patria y el hogar, de cómo cuando estos desaparecieron sólo quedó un vacío. Tsvetáieva erró por Europa, saltando de

¹ Marina Tsvetáieva, *Nostalgia de la patria: ¡qué fastidio!...*, trad. de Severo Sarduy. En <<http://amediavoz.com/tsvetaieva.htm>>.

Bohemia a Berlín y de Berlín a París. Aquel deambular en tierras extranjeras mantuvo la pobreza como constante y provocó que a la extranjería territorial se sumara la extranjería de la lengua, dolor incluso peor para una poeta.² Estos sentimientos probablemente fueron una de las razones que la empujaron a su fatídico regreso a su país en 1939.

La poesía es personal, pero al ser verbo busca transmitir, decir algo al otro, sean sentimientos, ideas o sensaciones. Sin embargo, a pesar del carácter universal que se le atribuye a la poesía, sus palabras no nacen fuera del tiempo y del espacio, por lo tanto, las condiciones sociales, políticas y culturales no dejan de ser coparteras de los versos. Por ello, el poema de Tsvetáieva, a la vez que refleja su sentimiento, es también indicio de cómo un pasado se vivió cuando fue presente. Como testimonio de una experiencia es una fuente para la historia.

Esta disciplina trata del ser humano, tal es su constante. Y si el ser humano es diverso, diversa es también su historia. Millones de vidas, miles de generaciones, culturas, sociedades, espacios. Mas hay también otra característica que comparte toda la historia, tan obvia que a veces se olvida pero que como hilo amarra todas las historias entre sí y hace de ellas un mismo tejido: ésta ha sido vivida, el pasado fue siempre un presente, un tiempo y un espacio de vivencias. Esto no hay que olvidarlo.

Las experiencias de los hombres y las mujeres son también objeto de la historia. La experiencia, la posibilidad de tenerla, es universal y forma parte de la condición humana, sin embargo, a pesar de la obviedad de este aspecto, se puede leer una obra histórica sin ser conscientes de ello. Las experiencias, esos pequeños bloques

² Nina Berbérova, *El subrayado es mío*, 2ª ed., trad. de Ana María Moix, Barcelona, Circe, 1990, p. 154.

significativos de las vidas, se difuminan en la mirada abarcadora —temporal y espacial— que suele adoptar la historiografía. Esta se construye a partir de la distancia temporal y entiende los factores que coadyuvieron a formar el camino que tomó un proceso histórico, una comprensión que los contemporáneos de aquella época no podrían tener, pues la distancia temporal es la que la posibilita.

Este capítulo, que habla de la experiencia y la comprensión histórica, pretende centrarse en cuatro aspectos. Primero reviso la función que se le ha dado a la experiencia dentro de la disciplina de la historia según tres estudiosos: Wilhelm Dilthey, Robin Collingwood y Joan W. Scott, y tras esta presentación doy cuenta del proceso de construcción de una experiencia, para distinguirla conceptualmente de la mera vivencia. Terminado este aspecto, en segundo lugar abordo el tema de la memoria puesto que ésta es el vehículo de las experiencias pasadas y ambos conceptos están forzosamente ligados. Como tercer punto trato las cuestiones metodológicas relacionadas al uso de la experiencia para la construcción de un texto que busca comprender el pasado y transmitir dicho entendimiento. Finalmente, en cuarto sitio muestro cómo la experiencia enriquece la comprensión histórica.

A lo largo del capítulo citaré las entrevistas que realicé, las cuales tuvieron como foco el refugio guatemalteco en el sur de México —y que fueron el detonante y sustento de estas reflexiones—, para ejemplificar los aspectos que, aunque aparecen aquí como algo teórico y abstracto, tienen sus raíces en casos concretos. El concepto de experiencia y los detalles que brindan los recuerdos son la base de una historia donde el hilo general puede ir deshilvanándose en uno más y más fino que nos conduce siempre a excepciones y particularidades. Así como la luz blanca es la fusión de todos sus colores, la historia es también el hilado en un solo te-

jido de múltiples historias cuyas particularidades se ven eclipsadas por el tejido final. Para comprender el refugio guatemalteco como proceso histórico es necesario deshilarlo en vidas, y éstas en experiencias y vivencias.

LA EXPERIENCIA SEGÚN TRES HISTORIADORES

La experiencia es uno de esos grandes temas que han demostrado ser inagotables. Que valga, al menos, presentar las reflexiones de tres historiadores en torno a ésta y su relación con la historia.

Wilhelm Dilthey

Wilhelm Dilthey (1833-1911), filósofo e historiador alemán, produjo su obra en la época del predominio del positivismo. El concepto de experiencia es central para su pensamiento porque permite que la vida de los individuos se torne en el punto de partida para la comprensión de la historia y de las ciencias sociales y humanas, a las que llama “ciencias del espíritu”.⁵

Dilthey, al igual que el filósofo estadounidense John Dewey, distinguió entre experiencia y percepción. La primera incluye a la segunda, pero la experiencia se diferencia en que se enriquece con la reflexión y el conocimiento de hechos.⁴ Las “experiencias significativas” son las que nos permiten, según Dilthey, entendernos con los otros y las que dejan comprender al historiador la ex-

⁵ H. P. Rickman, “Editor’s Introduction”, en Wilhelm Dilthey, *Pattern & Meaning in History. Thoughts on History & Society*, ed. e introd. de H. P. Rickman, Nueva York, Abingdon/Routledge, 2015, p. 85.

⁴ Martin Jay, *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*, Berkeley, University of California Press, 2005, p. 227.

perencia de las personas del pasado. Es a través de lo que hemos vivido que podemos tener idea de las existencias de los demás, de nuestros contemporáneos y de quienes nos antecedieron. Son nuestras propias experiencias la puerta de entrada a la comprensión de las experiencias del otro.⁵

Sin embargo, si fuera exclusivamente nuestra propia experiencia la manera de comprender a los demás, entonces la posibilidad de entender las diferencias entre el presente y el pasado estaría vetada, puesto que sólo tendríamos conocimiento de lo que nuestra experiencia actual tuviera en común con la experiencia de la gente del pasado. Así, lo diferente quedaría fuera del alcance de nuestra comprensión. Dilthey resuelve esta dificultad al esgrimir la idea —la misma que Giambattista Vico— de que la humanidad es capaz por naturaleza de entender sus creaciones; y la historia es creación suya.⁶ El pasado de todas las sociedades tiene un común denominador: ser creación humana, por lo tanto, es comprensible a todo miembro del género y no hay experiencia pasada que sea inexplicable a través de la experiencia del presente.

La salida que toma Dilthey no resuelve el problema. ¿Qué tanto el tiempo nos distancia de poder comprender a las personas del pasado? ¿Basta con pertenecer a la especie humana y dar por sentado el puente comunicativo entre nosotros, los contemporáneos, y quienes nos precedieron siglos o milenios antes?

La falta de comprensión en la actualidad entre personas de distintas culturas y generaciones evidencia que éste no es un proceso tan llano. ¿Qué tanto nuestros prejuicios y nociones presentes nos alejan de ese pasado? ¿Qué tanto nuestros aspectos culturales nos limitan comprender al otro? No creo que haya abismos

⁵ *Ibid.*, p. 330; Dilthey, *op. cit.*, p. 87.

⁶ Jay, *op. cit.*, p. 229; Dilthey, *op. cit.*, p. 90.

infranqueables, pero la incertidumbre y la duda siempre deben estar presentes. Nuestras más certeras convicciones no dejan de ser hipótesis indemostrables una vez que el pasado ha partido para siempre. No creo que la historia asegure de manera definitiva una mejor comprensión de los demás, contemporáneos o ancestros, pero considero que es una herramienta para abrir caminos en este interminable proceso.

El filósofo alemán también señaló que lo general solamente puede ser entendido a partir del estudio de sus partes y en una relación de mutua dependencia, es decir, lo particular adquiere sentido en su relación con el todo. Bajo este lineamiento, la vida (el todo) únicamente sería comprendida a través de las “experiencias vividas” (las partes), pero éstas sólo tendrían una significación verdadera si se les pusiera en relación con su totalidad, que es nuevamente la vida entera.⁷ El individuo observa su pasado desde su presente, y según los planes que tiene para el futuro es que sus recuerdos adquieren un sentido, un significado;⁸ por lo tanto, sólo aquello que el individuo recuerda y tiene un valor a la luz actual de su mirada recibe un lugar en el contexto de su propia vida.⁹ Dilthey también sostuvo la idea de que la significación de las experiencias por parte del individuo enlaza a las experiencias entre

⁷ Un ejemplo son las oraciones gramaticales, que sólo adquieren sentido a partir de las palabras que las conforman; a su vez, las palabras —capaces de múltiples acepciones— solamente consiguen su significado preciso en relación con el resto de los vocablos de la oración. Asimismo, la nota musical logra su valor con respecto a la composición de la que forma parte. Wilhelm Dilthey, *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*, trad., pról., y notas de Antonio Gómez Ramos, epíl. de Hans-Ulrich Lessing, Madrid, Istmo, 2000 (Fundamentos, 164), p. 146; Dilthey, *Pattern & Meaning in History...*, p. 107.

⁸ *Ibid.*, p. 106.

⁹ *Ibid.*, p. 100.

sí. La significación es la que da unidad a la vida, pero ésta, lazo que une, no deja de estar propensa al cambio.¹⁰

Los razonamientos de Dilthey apuntan a que no sólo son los hechos los que determinan la historia, tampoco exclusivamente las ideas; es la significación que damos a esos eventos, el valor que le otorgamos a nivel social —o individual— como ese pasado es valorado. A lo largo de cientos de años, a través de las acciones de millones de individuos, la historia ha transcurrido hasta el día de hoy, ocasionando el surgimiento y caída de civilizaciones, crisis económicas y auges de prosperidad; hoy las sociedades humanas se han vuelto abrumadoramente complejas. Por ello no es de extrañar que el individuo se difumine y que las explicaciones se aparten de ellos para buscar, en cambio, colocar sus argumentos en el funcionamiento de distintos sistemas como los económicos, las ideologías, el desarrollo tecnológico, etc. Los señalamientos de Wilhelm Dilthey argumentan que detrás de los grandes sistemas están los individuos, y no sólo las grandes figuras; que la explicación y composición de los sistemas parten necesariamente de los sujetos; y que si los eventos tienen una significación es porque ésta se origina de la significación de las acciones y vidas de las personas. Si bien la historia no puede limitarse a ser la suma de vida y de acciones —las sociedades son más que la recopilación de sus partes—, tampoco puede negarse a ver y estudiar esas partes que la constituyen.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 74, 105 y 106. Según Dilthey, lo que hace significativa a una experiencia son diversos aspectos: su propósito, ser una expresión de la interioridad del sujeto, el poder que tiene para afectar una situación a partir de nuestras propias decisiones, si forma parte de una cadena que constituye un todo, entre otros elementos.

Robin Collingwood

Décadas después de Dilthey, en Europa, el inglés Robin Collingwood (1889-1943) también reflexionaría sobre la experiencia. Collingwood escribió que el conocimiento histórico es posible gracias a la operación de “recreación de la experiencia pasada”. El historiador, a partir de las “piezas de pasado” que encuentra en las fuentes y con un profundo conocimiento del contexto, recrea la experiencia del sujeto histórico en su mente. “Recreación” es, para Collingwood, colocarse en el papel del sujeto del pasado —coloquialmente diríamos “ponerse en sus zapatos”—. El historiador debe “ver por su cuenta, tal como si la situación del [individuo] fuera la suya propia, la manera como podría resolverse semejante situación; tiene que ver las posibles alternativas, y las razones para elegir una con preferencia a las otras”.¹¹ Así, expresa Collingwood, se trasciende el simple conocimiento textual de la fuente y, al recrear el pensamiento pasado, se alcanza el conocimiento histórico.

Para el autor, la historia no da conocimiento del pasado en cuanto pasado “sino del pasado en cuanto componente ideal del presente”; es decir, la realidad de la que da cuenta el historiador se compone de la unidad del sujeto y el objeto (lo pensado) en el presente.¹² La experiencia, apunta, tiene dos componentes: primero el inmediato (ligado a las sensaciones) y luego el mediato (relacionado con la reflexión y el pensamiento).¹³ Por lo tanto es indispensable, señala,

¹¹ Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, 3ª ed., trad. de Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos, ed., pref. e introd. de Jan van der Dussen, México, FCE, 2004, p. 368. Tal vez al lector le suene que en la historiografía de la Grecia Antigua esto es lo que pretendía hacer Tucídides.

¹² Rodrigo Díaz Maldonado, *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*, México, IIH-UNAM, 2010 (Teoría e Historia de la Historiografía, 11), p. 121.

¹³ *Ibid.*, p. 108.

que para que una experiencia sea tal, ésta sea reflexionada, y que la persona sea consciente de lo que ha vivido.

Collingwood apunta que podemos analizar el pensamiento de otros, seguir la línea lógica de su razonamiento si se conoce su contexto, su psicología, sus opciones, puesto que existen las fuentes históricas que guardan y expresan el pensar de los hombres en el pasado. Según el historiador inglés, esto es posible gracias a que el pensamiento racional y lógico está fuera del discurrir común de las acciones percibidas por la conciencia. Por ello es posible reconstruir un pensamiento racional, incluso si fue elaborado hace cientos de años, y recrearlo de nuevo en la mente.¹⁴ Esto es, para Collingwood, el acto reflexivo que va más allá de las sensaciones del momento, es “conocimiento de uno mismo en cuanto [se está] viviendo en estas actividades”.¹⁵

Recuperar ideas del pasado para recrearlas en la mente es posible porque éstas no dependen de su contexto para ser lo que son. Para argumentar esta proposición, Collingwood ejemplifica con los principios de Euclides y Arquímedes, pensamientos lógicos que no varían con el paso de los años.¹⁶ Hoy es posible ver el empuje hidrostático —puesto que es lógico y racional— tal como Arquímedes lo pensó, sin requerir que estemos como él dentro de una tina; tampoco importa si él tenía frío o hambre, o la tempera-

¹⁴ Jay, *op. cit.*, p. 237.

¹⁵ Collingwood, *op. cit.*, p. 383.

¹⁶ El principio de Arquímedes postula que un cuerpo sumergido en un líquido experimenta una fuerza de empuje ascendente que es igual al peso del fluido que desaloja cuando es sumergido. Collingwood al poner este ejemplo se refiere a la conocida anécdota en la que Arquímedes descubrió el principio que lleva su nombre. Lo escribo según lo recuerdo: Arquímedes tenía el encargo de probar si la corona del rey estaba hecha de oro sólido para saber si el orfebre no le había robado parte de ese oro al rey. Arquímedes estaba pensando cómo resolver el problema cuando se metió dentro de una tina a tomar un baño y al ver que el nivel del agua aumentaba al sumergir su cuerpo en ella, dio con la solución y salió gritando: ¡Eureka, Eureka!

tura del agua en la tina; por lo tanto la idea es independiente del contexto inmediato en que fue formulada. Nuestro contexto tampoco sería relevante en el proceso de repensar esa idea, ni cualquier otra de antaño.¹⁷

Pero el contexto al que el filósofo de Oxford hace referencia en la operación de recrear el pensamiento del pasado es el de las meras sensaciones (estar cansado, tener frío o hambre, etc.), cuando, más bien, es el contexto cultural, político, económico o social el que no sólo condiciona los hechos, sino el que forma al sujeto pensante. Collingwood no hace referencia a cómo el contexto incide y construye al individuo, y de qué manera éste puede marcar la diferencia entre el pensamiento pasado y el pensamiento presente. Si bien cuando hoy hablamos del principio de Arquímedes nos referimos a la misma idea que el filósofo griego tuvo hace miles de años, su significación en aquel momento era diferente; su contexto, su mundo cultural, era radicalmente distinto al del siglo xx que le tocó a Robin Collingwood. Es decir, aunque recreemos en nuestra mente la lógica del principio de Arquímedes, esto no implica, necesariamente, que hayamos recreado el pasado. La idea no depende por completo de su contexto, bien lo señala Collingwood; sin embargo, sí tiene lazos con su contexto, con el significado y sentido que adquiere para las personas de la época. No es lo mismo un pensamiento si se le piensa en una sociedad en guerra o en crisis que si se le piensa en una sociedad próspera o en paz. Una idea jamás está aislada, por más racional o matemática que sea, y en su contexto operan las emociones, lo irracional. Suponer que podemos recrear el pensamiento del pasado, como pretende Collingwood, es también negar la subjetividad del historiador,

¹⁷ Collingwood, *op. cit.*, p. 384.

sus propios sesgos, emociones o prejuicios. Los pensamientos, las ideas, pueden mantener su perfil a través de los años, cambiar de significación y sentido dependiendo desde dónde se les piensa. La tarea del historiador no es recrear, sino comprender, y esta acción necesita de la distancia. En suma, irremediamente algo siempre se pierde del pasado.

Creo que en ese mismo sentido Martin Jay señala que Collingwood hace una radical división entre el contenido del pensamiento y su origen, transmisión y recepción.¹⁸ Además, el encontrar distintos sentidos a las mismas ideas o acciones del pasado es, a mi parecer, lo que hace fundamental volver una y otra vez a estudiarlo, pues la manera en que una sociedad entiende su devenir habla también de su presente.

Entre los aportes de Collingwood para la historiografía, y particularmente para este trabajo, se encuentra el hecho de que fijara su atención en tratar de comprender la vida de las personas en el pasado a partir de lo que experimentaron y, a través de sus vestigios, recrear la experiencia. Con esto abre el camino para tratar de comprender el pasado según fue entendido por las personas que lo vivieron como presente. Y si bien, como señala Louis Mink, el conocimiento histórico no se puede limitar a la comprensión que de su presente tuvieron los actores históricos, sin duda tampoco se le puede excluir.¹⁹

¹⁸ Jay, *op. cit.*, p. 240.

¹⁹ Argumento lógico para alguien que se ha dedicado al estudio y análisis de la historiografía, por ejemplo, la del mismo Collingwood. Louis O. Mink, "Collingwood's Historicism: a Dialectic of Process", en Michael Krausz (ed.), *Critical Essays on the Philosophy of R. G. Collingwood*, Oxford, Clarendon Press, 1972, p. 163.

Joan W. Scott

Dilthey y Collingwood vieron la experiencia como herramienta para el conocimiento histórico. La historiadora estadounidense Joan W. Scott, en cambio, en su artículo “The Evidence of Experience” advierte sobre aceptar la experiencia como dada y evidencia llana.²⁰ En su texto apunta que la experiencia no puede ser la base para la explicación histórica, sino que hay que definir de qué modo se constituye y de qué manera ésta, a su vez, forma a los sujetos.²¹ Scott hace varios señalamientos importantes que enriquecen la discusión sobre los aspectos de la experiencia pero llevan a la afirmación demasiado amplia, y en mi opinión errónea, de que ésta no puede ser base para la comprensión histórica. Al ser la experiencia el tema principal de este libro, revisaré las ideas principales del artículo de la historiadora estadounidense.

El texto es una crítica a la historiografía de la llamada “historia desde abajo” (historia de las mujeres, clase obrera, minorías étnicas, etc.). La autora no se opone a esta práctica historiográfica, por el contrario, ella es una de sus principales representantes y estudia a profundidad la historia de las mujeres. Esta disciplina fundamenta parte de sus aseveraciones en la experiencia y testimonios de los sujetos subalternos, ignorados previamente por la historiografía he-

²⁰ Joan W. Scott, “The Evidence of Experience”, en *Critical Inquiry*, vol. 17, núm. 4, University of Chicago, 1991, pp. 775-797.

²¹ “When experience is taken as the origin of knowledge, the vision of the individual subject (the person who had the experience or the historian who recounts it) becomes the bedrock of evidence on which the explanation is built. Questions about the constructed nature of experience, about how subjects are constituted as different in the first place, about how one’s vision is structured —about language (or discourse) and history— are left aside. The evidence of experience then becomes evidence for the fact of difference, rather than a way of exploring how difference is established, how it operates, how and in what ways it constitutes subjects who see and act in the world”. *Ibid.*, p. 777.

gemónica. Sin embargo, según Scott, al tener los historiadores como base de la explicación histórica la experiencia de los grupos que antes no eran tomados en cuenta, fallan en aclarar las condiciones sociales que produjeron la exclusión de esos grupos.²² Es decir, las experiencias de los sujetos no tienen elementos para explicar los supuestos y las prácticas que generan la diferenciación y la exclusión de la que dan cuenta los individuos a partir de sus propias vivencias.²³

La historia que Scott tiene en mente es la historia estructural, aquella que explica el funcionamiento de instituciones, el cambio de las mentalidades y la construcción de los mecanismos de diferenciación y exclusión de ciertos grupos. Finalmente, señala que son estos los marcos donde se constituyen las experiencias; por ello, la experiencia falla en dar una explicación de estos mecanismos, porque son inaprensibles por la experiencia directa al ser cambios que se dan en la larga duración y en las estructuras. Algunos ejemplos de estos procesos son las fluctuaciones de precios, los movimientos demográficos, “los cambios climáticos y el proceso de transformación en bien de cambio y comercialización a largo plazo”, que Dominick LaCapra denominó procesos estructurales objetivados.²⁴ Scott apunta a que es necesario ver cómo estos andamiajes estructurales constituyen los conceptos y las instituciones que a su vez conforman la experiencia. Por lo tanto, más que utilizar la experiencia como evidencia, “es necesario explicar cómo se construye la experiencia”.

²² *Ibid.*, p. 779.

²³ Michael Bérubé, “Experience”, en Tony Bennett, Lawrence Grossberg y Meaghan Morris (eds.), *New Keywords: a Revised Vocabulary of Culture and Society*, Malden, Massachusetts, Blackwell, 2005, p. 123.

²⁴ LaCapra escribe que es posible que “podamos experimentar los efectos de la transformación en bien de cambio en el bien de cambio como fetiche, sin experimentar por ello el proceso estructural de la transformación en bien de cambio a largo plazo en la transformación y el funcionamiento a gran escala de una economía y una sociedad (como lo analizara Karl Marx en *El capital*)”. *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*, trad. de Teresa Arijón, Buenos Aires, FCE, 2006, pp. 73 y 74.

Concuero con la autora en señalar las limitantes de la experiencia para explicar la conformación de esos mecanismos y estructuras. No obstante, la experiencia es una fuente particular que arroja luz a ciertos aspectos y que no da cuenta de otros. La experiencia no basta para dar una comprensión amplia del pasado, sin embargo, ninguna fuente puede hacerlo. En contraste, la experiencia es un concepto que permite comprender la forma en que el pasado fue vivido así como la manera de significarlo y asimilarlo. La experiencia de los individuos puede errar en identificar las raíces de la exclusión social y las explicaciones sobre las dinámicas y procesos sociales de su época, pero estas visiones parciales son en sí mismas un hecho, son parte de la historia.

Los mecanismos de diferenciación de grupos y personas, por ejemplo, así como la forma en que se construyen y reproducen las dinámicas de exclusión, podrán ser bien entendidos por los historiadores o científicos sociales. No obstante, el pasado también consta de la experiencia de las personas que, sin entender el funcionamiento de esos mecanismos que Scott explica, vivieron esa realidad. Los dos puntos de vista —el que se enfoca en los mecanismos de exclusión y el que centra la mirada en la experiencia— forman parte de la historia.

Otro punto que Scott señala es el continuo cambio e historicidad de los conceptos utilizados por los historiadores, el de la experiencia entre estos. Por su carácter histórico las categorías y conceptos no pueden tomarse como naturales o dados para la labor historiográfica. El historiador debe lanzarse a la tarea de entender por qué algunas categorías o conceptos definen, en cierta sociedad y época, lo que definen.²⁵ En este sentido, una de las tareas centrales del estudio del pasado es entender cómo las experiencias son construi-

²⁵ Scott, *op. cit.*, p. 780.

das por los sujetos en un momento y espacio determinados, pues a la vez son las experiencias vividas las que constituyen al sujeto.

Scott señala que, dado que la experiencia es una construcción histórica, no puede haber una que sea intrínsecamente feminista, ni una de clase obrera o de esclavitud, sino construcciones sobre estos tipos de experiencia. La historia siempre ha sido un arma contra ese tipo de esencialismos. El señalamiento está bien hecho, sin embargo, el énfasis que la autora hace en la historicidad de los conceptos ensombrece el carácter funcional que tienen en cualquier época. Los conceptos son herramientas cambiantes, pero herramientas al fin y al cabo. Hay que entender cómo las experiencias se constituyen y cómo construyen a los sujetos mismos; pero finalmente también nos interesa conocer la manera en que se vivió el pasado y se le dio sentido, aspectos que la experiencia permite entrever. Aunque producto de estructuras e instituciones, las experiencias a la vez moldean y cambian a las propias estructuras e instituciones.

Para poder comprender la especificidad de la experiencia del refugio guatemalteco, que es el eje conductor de esta investigación, hay que entender primero la historia y el contexto en que los refugiados se encontraban insertos. El refugio, el desarraigo, el exilio no son conceptos ahistóricos; hay que entenderlos como consecuencia de un devenir y en relación con sus estructuras. El estudio del refugio guatemalteco a través de la experiencia de sus actores requiere entender qué aspectos conformaron e influyeron en las miradas e ideas que los actores tenían cuando vivieron o presenciaron tales o cuales acontecimientos. Para ello hay que entender la experiencia, no como estática, sino como conocimiento siempre en construcción, y que los sujetos han formado parte de una historia y son capaces, desde su perspectiva y de las que han tomado de otros, de dar cuenta de un fragmento de ella.

Me parece que Joan W. Scott hace señalamientos precisos al recordar al historiador que la experiencia tiene sus inconvenientes y que es un concepto complicado. Sin embargo, no por ello hay que abandonar la experiencia como fuente, porque ésta como hecho histórico y creadora de significados es un objeto de estudio necesario. Los sujetos se conforman a partir de la experiencia y ésta indica una forma de experimentar una época; si bien no habla de cómo ésta última se estructura, sí nos dice cómo fue vivida y significada. La experiencia no deja de ser origen de una forma de explicar y comprender “la historia vivida”, por lo que no resulta vano señalar que la experiencia no es capaz de explicar todos los elementos del pasado, ninguna fuente ni concepto ni historiador es capaz de hacerlo.

Después de haber visto en estos tres autores el uso dado al concepto de experiencia, tras haber apuntado sus aspectos positivos y haber realizado algunas críticas, es necesario explicitar una definición propia de este concepto base. La experiencia se desdobra al ser reflexionada y rehúsa una definición sencilla; se muestra como proceso mucho más que como instante; es más cambiante que perpetua y está abierta a ser utilizada por la historia.

EXPERIENCIA: DEFINICIÓN DE UN PROCESO

Al hablar de “experiencia” o “experiencia histórica” se hace referencia a uno de sus dos sentidos en el campo de la historia.²⁶ El primero alude a la experiencia del sujeto que se dedica al estudio del pasado, por lo común el historiador. Esta es la experiencia de acercarse al pasado desde un tiempo distinto para estudiarlo y tra-

²⁶ *Ibid.*, p. 218.

tar de comprenderlo. Son las sensaciones e ideas que brotan de la lectura de las viejas cartas de un hombre en guerra lejos de su hogar, a su familia, o del diario personal de una mujer que describe sus actividades y nos muestra su vida cotidiana; es también la sensación de reflexionar cómo los objetos en los estantes de un museo fueron utilizados en sus días, o imaginar lo que los números y anotaciones de los viejos archivos dicen de un mundo que ya no es.

La segunda acepción se refiere al pasado que se vivió cuando fue presente; es decir, a aquella experiencia de hombres y mujeres que atestiguaron, que participaron en eventos o que simplemente vivieron durante la época que hoy es el objeto de estudio del investigador. Aquí se yerguen los sujetos históricos —que no sólo son los que realizan las acciones sino también quienes las presenciaban— como generadores de experiencias. Cada uno tiene experiencia de su tiempo y momento histórico, sea que esté en el fulgor de los acontecimientos que en el futuro se considerarán históricos o que esté lejos de ellos en la apacibilidad de un pueblo. Ambas posiciones nos muestran que el pasado fue heterogéneo en la manera de experimentarlo cuando fue presente.

En la actualidad la historiografía genera cada año una inmensa cantidad de conocimientos sobre el pasado. Páginas y páginas se avocan al estudio de determinados acontecimientos y dan cuenta de los factores que influyeron en ellos, de las decisiones tomadas por ciertos personajes y de sus vidas, que también son relatadas a lo largo de páginas de voluminosos tomos. Así, siguiendo la lógica causa-efecto, se va tejiendo una compleja red donde cada línea dibuja el desenvolvimiento específico de los sucesos, a la que hemos dado el nombre de historia.

Sin embargo, y a mi parecer, esta erudición y entendimiento del pasado están bajo el velo de una cierta ironía. Ironía porque

la distancia que genera el paso del tiempo permite al observador —en un momento distinto, en el futuro de ese pasado— conocer cierta época mejor que los contemporáneos de aquel tiempo. Lo que en el pasado se presentaba como inmediato, hoy queda distante, y lo que entonces se desarrollaba como trama, hoy tiene ya un final. A la distancia, los múltiples factores que en la época parecieron invisibles se hacen patentes, y con esto es más fácil seguir el camino de sus orígenes hasta desembocar en sus consecuencias.

Así, el historiador construye una visión del pasado que jamás tuvieron las personas de aquellas épocas, pues su visión es la de un pasado que sólo es posible en su presente. Por ello, en nuestro afán de conocer lo que fueron los tiempos de antaño logramos, sí, entender su desenvolvimiento, causas, consecuencias y los factores que incidieron en su desarrollo, pero no el pasado, pues la comprensión que de él tenemos ya es ajena a ese tiempo y oriunda del nuestro.

Me parece que uno de los deberes de la historia es buscar comprender cómo fue experimentado el pasado, acercarse a las personas que carecían de esa visión dada por el paso del tiempo y que no sabían cómo ni qué factores incidieron en su época, en su sociedad e incluso en sus vidas. ¿Cómo fue experimentado ese pasado?, ¿qué certezas había, qué esperanzas, incertidumbres?, ¿cuáles eran las visiones, quizás ingenuas o acertadas, de lo que ocurría? Para aproximarse a una respuesta hay que buscar no en los hechos concretos, sino en la forma en que fueron experimentados. Si la distancia es la luz que ilumina el cuarto de la historia, a aquel que como historiador le interese la experiencia del pasado debe preguntarse también qué se sentía caminar entre sombras.

En ese andar a tientas del presente hacia el futuro, no todo paso dado equivale a experiencia. De acuerdo con John Dewey, las cosas y los momentos son experimentados, pero no todos articulan

una experiencia.²⁷ Ésta no es cualquier vivencia, sólo aquello que por medio de la reflexión trasciende el olvido, aborda el vagón de la memoria y se constituye como parte del individuo a través de las significaciones y sentidos que genera puede ser considerado experiencia. Sin embargo, también hay centenares de miles de momentos sin importancia a lo largo de los años que componen nuestras vidas, de los cuales el olvido se hace con ellos. Esas vivencias comunes forman parte de nuestras vidas pero no son objeto de una especial reflexión. Así, pasan sin dejar mayor huella y sólo queda la suposición de que, en ese vacío que dejó el olvido, algo hubo que únicamente se deja entrever como una mezcla de momentos semejantes.²⁸

La experiencia, o la “experiencia integral” para usar el término de Dewey, viene ligada a la reflexión de lo vivido, y lo vivido está siempre unido al presente y al porvenir. Al reflexionar sobre un momento de nuestras vidas, sea un recuerdo de hace unos minutos o de hace veinte años, traemos ese antaño (aunque el recuerdo lo haya alterado) al presente. La reflexión requerida para la conformación de una experiencia no es una acción rápida y fugaz, no se puede restringir al hilado de unos rápidos pensa-

²⁷ John Dewey, *El arte como experiencia*, trad. y pról. de Jordi Claramonte, Barcelona, Paidós, 2008 (Paidós Estética, 45), p. 41.

²⁸ Esta idea me remite a un pequeño juego de mi infancia en el que era imposible ganar. Probábamos nuestra memoria preguntando al otro: “¿Qué estabas haciendo el 5 de octubre a las 4:35 de la tarde el año pasado?”. Si uno no mentía o nada particularmente especial había pasado por esas fechas, sólo quedaba pensar en la cotidianidad y más o menos suponer lo que uno estaba haciendo en aquel momento con base en la rutina de nuestras vidas. Tal vez estuviera viendo la tele pues es lo que normalmente hacía a esa hora, ¿pero qué programa estaban dando?, ¿en qué silla estaba sentado, o acaso estaba acostado en el sillón?, ¿estaba nublado afuera?, ¿qué ropa usaba, cómo me sentía o qué pensaba en ese momento? De todas estas experiencias cotidianas sólo queda un marco general, pero los detalles se olvidan, pues aquellas vivencias no llaman particularmente la atención y se olvidan como un momento más.

mientos sobre lo acontecido. Esta reflexión será un lento proceso en el que la consideración de lo vivido vuelve constantemente. Es como la fermentación de un licor en la que, así como el tiempo de añejamiento y el entorno en que ocurre influyen en su sabor, olor y textura, en la experiencia la reflexión sobre la vivencia, los acontecimientos que se le suman y el contexto en que se realiza son los que le dan su significación y sentido.

La reflexión de lo vivido constituye la experiencia, y ésta última modela nuestra forma de entender el mundo, creando la mirada con la que veremos el futuro. Por lo tanto, cuando la experiencia se conforma empieza a configurarnos también a nosotros. La experiencia se vuelve parte del bagaje mediante el cual interpretaremos y reflexionaremos nuestras futuras vivencias y en el cristal a través del cual veremos y comprenderemos nuestros futuros presentes. Así, la elaboración de una experiencia íntegra y articula los tres tiempos: pasado, presente y futuro.

Pero son muchos los momentos que pasan y la mayoría de las vivencias no siempre llegan al punto de conformarse como experiencias:

Porque en gran parte de nuestra experiencia no nos ocupamos de la conexión de un incidente con lo que ha sucedido antes o con lo que ha de venir después. No hay ningún interés que controle la atenta selección o rechazo de lo que ha de organizarse en la experiencia en desarrollo. Las cosas suceden, pero ni las incluimos definitivamente ni las excluimos con decisión; nosotros nos abandonamos. Cedemos de acuerdo con la presión externa o nos evadimos y nos resignamos. Hay comienzos y paradas, pero no hay inicios ni conclusiones genuinas. Una cosa reemplaza a otra, pero no la absorbe ni la lleva consigo. Hay experiencia, pero tan laxa e inconstante que no es *una* experiencia.²⁹

²⁹ Dewey, *op. cit.*, pp. 46 y 47.

Si hay reflexión es superflua, si hay experiencia es laxa. Esta cita del filósofo John Dewey señala algunos de los aspectos que conforman *una* experiencia. Lo significativo en contraste con lo laxo, la conciencia frente al abandono.

La experiencia no es la percepción de un instante ni la sensación de un momento ni un acto mecánico, sino que se conforma de distintas partes que le otorgan una estructura y la convierten en un proceso. Propongo un esquema para entender la composición de una experiencia significativa: primero, ésta se forma cuando la realidad —virtual o física— es percibida por la conciencia; tras ello, la experiencia es reflexionada y por este medio se le dota de significado y sentido; finalmente, esta significación puede ser comunicada y, bajo la influencia de nuevas experiencias, puede ser también reinterpretada.⁵⁰ Desglosaré ahora cada etapa.

En la primera, la realidad es percibida —algo necesita ocurrir para que sea objeto de experiencia—, pero no se limita a la realidad física sino que también engloba aquella que aunque no sea física no es por ello menos “real”, por ejemplo, los sentimientos y las fantasías, las esperanzas y los deseos, los sueños y las utopías, a los cuales Dominick LaCapra ha denominado experiencias virtuales.⁵¹ Asimismo, las percepciones pueden ser erróneas con respecto a la “verdad” o “realidad” de ciertos hechos, sin embargo, las ideas existen y tienen efectos sobre el pensar y actuar de la persona.

⁵⁰ Dewey habla igualmente de la estructura y modelo que tiene una experiencia, sin embargo, su definición de ésta se encuentra más enfocada hacia la experiencia estética y creadora. Define la experiencia en cuanto ésta se lleva a su consumación (fin) y en su relación con el hacer y su consecuencia (percepción). Aunque diferente, he tomado algunos de sus planteamientos generales sobre la experiencia. John Dewey, “Cómo se tiene una experiencia”, en *ibid.*, pp. 41-65.

⁵¹ LaCapra, *op. cit.*, p. 72.

Los sentimientos han sido objeto de cuantiosas reflexiones y se les ha asociado comúnmente con la parte más íntima y subjetiva de la persona. Pero incluso estos, que parecen ser de lo más individual, no están exentos de la influencia de la sociedad donde una persona se desenvuelve. La tristeza, el miedo, la alegría o la esperanza son construcciones sociales y, por lo tanto, también están sujetas a cambios y son objetos plausibles de la historia. No quiero decir que el miedo o la nostalgia, por ejemplo, generen sensaciones distintas según la época y el lugar —el miedo puede incluso definirse a partir de las reacciones corpóreas que genera (por lo tanto es aplicable a todo ser humano), como la aceleración del pulso, el aumento de la tensión en el cuerpo, la agudeza de los sentidos; todos ligados con el desasosiego y la inquietud de la mente—; más bien, el significado y el sentido que se le da a tener miedo o nostalgia difieren de una sociedad a otra y de un tiempo a otro.

¿Qué implicaba que un soldado medieval sintiera miedo o temor ante un duelo o una batalla?, ¿cómo lo veía la sociedad de su tiempo? ¿Ese miedo y la manera de percibirlo era el mismo para el soldado japonés y su cultura durante la Guerra del Pacífico? Los sentimientos son indicativos de diversos aspectos de la sociedad, como puede ser la actitud ante la muerte, el honor o la lealtad a una ideología. Así visto, los sentimientos no están libres de las condiciones de su contexto.⁵²

⁵² Philippe Ariès escribió sobre las diferentes actitudes ante la muerte, actitudes que evidentemente implican sentimientos. Asimismo, habla del cambio en la aceptación tranquila de la muerte hacia la creación más moderna de ésta, asociada con el miedo y lo innumerable. Philippe Ariès, *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días*, trad. de Victor Goldstein, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008 (Filosofía e Historia); François Dubet, *Sociología de la experiencia*, trad. de Gabriel Gatti, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Universidad Complutense de Madrid, 2010, p. 93.

La experiencia del refugio guatemalteco ofrece varios ejemplos de cómo los sentimientos individuales son vías por las cuales es posible comprender la historia de una sociedad. Es normal encontrar en las experiencias de exilio la nostalgia por el hogar y por la patria abandonada a la que no se tiene la posibilidad de regresar, lo que conlleva cierta amargura. Según los testimonios de los entrevistados, el alivio y la alegría se antepusieron a la nostalgia pues, frente a la persecución y el miedo, la seguridad —aunque fuera en un país extraño y tras haber dejado sus tierras— hacía experimentar sosiego. En este sentido va el testimonio de Rufino Martín cuando recién llegó a México:

Era una alegría. Era una alegría para nosotros porque al llegar ahí, ya los que [se] habían quitado [antes de Guatemala], aquí [en México] nos empezaron a contar: “Aquí ya está tranquilo”. Nosotros aquí ya abandonamos cuantas cosas tenemos, pero ya que ahí [en Guatemala] se queden, porque ya lo de uno... Ya mató mis tíos, no sólo en mi comunidad, sino que aquí también se murieron mucha gente, dicen: “Se murió mi tía, mi mamá, mis hijas. Yo no quiero matar, tengo más hijos. Aquí mejor nos quedamos, aquí estamos bien nosotros”.⁵⁵

Tampoco Reyes Padilla, quien salió de su cooperativa en Petén donde trabajaba como campesino en buenas tierras, recuerda con añoranza el momento de la huida. Incluso su decisión de partir se vio reforzada por vivencias posteriores cuando ya se encontraba en el refugio en México:

Ah, después, mucho después [extrañé] un poco; pero con la situación que estaba [de peligro y matanzas...] no, no extrañaba casi lo que

⁵⁵ Entrevista con Rufino Martín por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

tenía. Y después uno de los que trabajaba conmigo ahí en la parcela se metió al ejército, o sea, lo metieron pues, y vino a jugar ahí a la frontera y platiqué con él, y me dijo: “Vaya, Reyes, que estás bien. Qué bueno que te viniste —me dice—; ahorita si algún día te dan ganas de regresar, regresa, pero piensa bien cuándo; menos ahorita porque ahorita está duro aquí”.³⁴

Dos sentimientos se mezclan e interactúan en el refugio guatemalteco: el miedo y la nostalgia. El primero parece opacar al segundo, sin embargo, cuando en ocasiones los exrefugiados recuerdan la exuberancia y las riquezas de las tierras que dejaron, una pequeña nostalgia se atisba.³⁵

La segunda etapa del proceso es la reflexión de la experiencia. En ella se significa lo que se percibió o se sintió para darle un sentido dentro del marco de las creencias que se tienen. Para ello la vivencia vuelve una vez y otra vez a la mente, en un constante rumiar. La nueva experiencia se acomoda entonces dentro de los sistemas de creencias existentes, ampliándolos y definiéndolos; aunque también se encuentra la posibilidad de que sea una experiencia radical que rompa con uno o varios de esos sistemas y dé comienzo a la construcción de otro nuevo a partir de esa experiencia significativa o traumática.

Las experiencias significativas estructuran una forma de entender la realidad; las vivencias que, gracias a la reflexión y a la significación se vuelven experiencias, son las que conforman el

³⁴ Entrevista con Reyes Padilla por Hugo Alfaro, domingo 4 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

³⁵ La nostalgia no implica un sentimiento de tristeza por no encontrarse en aquel lugar, sino una aceptación de que lo que se vivió o donde se estuvo guarda un aspecto positivo y parte de la memoria de la comunidad o del sujeto. Ghassan Hage, “Migration, Food, Memory, and Home-Building”, en Susannah Radstone y Bill Schwarz (eds.), *Memory: Histories, Theories, Debates*, Nueva York, Fordham University Press, 2010, p. 416.

cristal a través del cual vemos el mundo. Las bases de la interpretación están en lo que el individuo cree, en lo que ha vivido y lo que espera del porvenir, y todas están propensas en mayor o menor medida al cambio de los nuevos acontecimientos y experiencias. Por ejemplo, si un día la violencia que se vive en México nos alcanzara en Los Laureles —se dice a sí misma Juana Mo— no podríamos, como hicimos antes en Guatemala, escapar al monte para encontrar ahí un refugio:

Aguantamos [cuenta Juana Mo] porque ahí había arroyos con agua, seguiditos los arroyos; cosa que aquí no hay. Que si Dios no lo permite, ¿verdad?, que nos toque aquí, aquí de sed nos vamos a morir, puro desierto; en cambio allá, sí, ¡seguiditos los arroyos! Y agua fría, fría. Había piña, había plátano, había frutas para comer.⁵⁶

Sólo basta dar una mirada alrededor de Los Laureles para ver por qué sería imposible. En ese lugar no cruzan arroyos y no crecen en abundancia los frutos, por lo que no habría alimento para sobrevivir, además, apenas existe una poca vegetación que pudiera servir de escondite a las personas. Esta comparación tiene como contrapunto la experiencia pasada, a pesar de las distancias obvias entre contextos. La experiencia siempre está ahí, y sirve para pensar y entender el presente que se vive.

Las experiencias pasadas también abren caminos para la empatía. Hoy, como ayer, miles de migrantes de decenas de países dejan sus hogares para buscar un lugar más seguro en el cual continuar con sus vidas. La experiencia que hoy viven cientos de personas también la padecieron los laurelenses en un exilio forzoso.

⁵⁶ Entrevista con Juana Mo por Hugo Alfaro, martes 6 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Sus recuerdos sobre los pesares de aquellos años los ven reflejados en las vidas de los migrantes actuales, aunque no tengan contacto directo con ellos. Así lo ve Juana Mo quien, una vez transcurridos los años del refugio en México, volvió a Guatemala para asistir a la graduación de su hijo como profesor (retornado previamente). En la ceremonia escuchó el himno nacional de Guatemala, país donde pasó los primeros treinta años de su vida y que tuvo que abandonar forzosamente. Juana Mo habló de ese recuerdo: “Sí, no soporté, lloré amargamente cuando escuché el himno nacional. Qué tristeza digo yo que por la represión uno abandone su patria. Me da tristeza cuando veo [a] los sirios ahorita en las noticias, huyendo también de su nación, de su país. Y así, fíjese, yo no olvido mi patria”.³⁷ De este modo, a pesar de las enormes distancias y los diferentes contextos que caracterizan a Guatemala y Siria, hay un rasgo en común que une a todos los desterrados: la sensación de desarraigo.

Jaime Rosas, que dejó su cooperativa en Petén para partir al refugio, tuvo la suerte de no vivir directamente la violencia represiva del ejército o de los guerrilleros; sin embargo, a su comunidad llegaban las advertencias de que algo no andaba bien, por lo que fue mejor partir. Desde entonces ha vivido en México, escucha las noticias de este país y tiene una amplia idea de lo que en el pasado ocurrió en Guatemala. A partir de lo que él vivió en ese entonces y de lo que reflexionó después, compara lo sucedido en Guatemala con lo que actualmente pasa en México, donde el punto en común es, además del peligro, la impunidad:

Mire esos que acaban de secuestrar en Veracruz, que ya habían dado el rescate y siempre los mataron. Fíjese entonces, está mal, está un

³⁷ *Loc. cit.*

poco crítico. A nosotros nos da pena y tristeza de escuchar todo eso que hay en Acapulco, en Guerrero, todo eso de Ayotzinapa [...]. Fíjese, en Guatemala así empezó, y se fue agrandando y se fue agrandando y hasta finales se hizo un desastre todo el país. Fíjese de los muertos, ¿quién va averiguar quién los mató? Nadie.⁵⁸

La etapa de violencia vivida en Guatemala se ha vuelto una experiencia a partir de la cual se comparan y entienden otras situaciones con las que los exrefugiados se encuentran en su presente. Los hechos que en los últimos años se han extendido por México no les son extraños y resuenan fuertemente en sus memorias.

Ahora; una vez estructurado el significado de la experiencia se abre el camino a la tercera etapa: la comunicación de la experiencia. Toda comunicación es interpretación, pues al hacerlo le imponemos a la continuidad de eventos un principio y un final; allí cada acción tiene sus antecedentes y también acciones que le suceden. Asimismo, al comunicar se eligen las características de lo vivido que se consideran importantes, aquello que al emisor le interesa o le ha llamado la atención, ya que es imposible contar cada detalle. La narración sólo puede hablar de lo que el sujeto recuerda, y la memoria y la narración son síntesis de la realidad percibida.⁵⁹

⁵⁸ Entrevista con Jaime Rosas por Hugo Alfaro, martes 2 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche. Lamentablemente han sido tantos casos que no me fue posible determinar específicamente el referido por don Jaime.

⁵⁹ La significación de la experiencia puede darse sin necesidad de su comunicación, pues ésta se reflexiona en la intimidad de la mente y adquiere un sentido para quien realiza esta acción. En muchas ocasiones nos descubrimos meditando reflexionando algún suceso del día, de ayer, de meses o de años pasados que mantenemos en la memoria y, a veces, aquel momento sirve como contrapunto, pero que por alguna razón callamos. Las experiencias constituyen a la persona, pero ésta no necesariamente las expresa. Sin embargo, aunque esto ocurra, la experiencia solamente adquiere su valor social y logra jugar su papel para la comprensión histórica cuando es comunicada.

La experiencia siempre está abierta a la reinterpretación. Puede ser vista con otros ojos, comprendida de otra manera, como algo que transmuta sus sentidos a la luz de nuevas experiencias o reconsideraciones. El entendimiento de una acción o su significado pueden ser revisitados y cambiar cuando se han vivido y reflexionado nuevos momentos en la vida. Por lo tanto, la experiencia siempre está sujeta a transformaciones y continúa mientras transcurre la vida. El refugio guatemalteco en México nuevamente muestra ejemplos.

Durante el conflicto en Guatemala muchos creyeron que la guerrilla tenía posibilidades de derrotar al ejército —se sabía que en Nicaragua eso había pasado, que los guerrilleros habían acabado con la dictadura somocista y habían alcanzado el poder; sin embargo, el tiempo mostró que aquello fue una ilusión que nunca se concretó. Algunos pensaban que fueron unos ingenuos por haber mantenido esas esperanzas, y es que lo que vivieron después, durante el refugio, los transformó. Nuevas consideraciones surgieron sobre sus creencias, expectativas y visiones. Y al cambiar eso, cambiaron también ellos, los refugiados. Adelina Hernández, una laurelense que salió a los doce años de su país, dice que la gente era ignorante por tener esa creencia; reflexiona y concluye que fue un error pensar que mediante la guerrilla se llegaría a un cambio:

pero pues la gente... Como vuelvo a repetir, la gente seguimos siendo ignorantes, pero en ese tiempo [éramos] más ignorantes, pues cuándo le iba a ganar [la guerrilla] al ejército, ¿nunca, verdad? Sí, ellos pensaban que con las armas, que con lo que ellos hicieran. Mataron, mataron a muchos soldados, a muchos; mataron a mucha gente... ¿Dónde se terminó eso?⁴⁰

⁴⁰ Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 25 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Se considera que en el pasado se erró, que la idea de poder ganarle al ejército fue ingenua. A partir de las nuevas experiencias y al observar el pasado desde una mayor distancia, nuevas reflexiones surgen sobre lo que se vivió. De esta manera, la experiencia se reinterpreta y lo vivido adquiere otro sentido a través de nuevas ideas y formas distintas de entenderlo.

Experiencia es entonces un proceso que le da sentido a las vivencias a partir de la reflexión. Con base en la primera se construye una forma de entender el mundo, los nuevos sucesos y vivencias; es un proceso que incluye la percepción física o virtual, su reflexión, la comunicación, y mantiene las puertas abiertas a la reinterpretación. Para la historia, la experiencia descubre una ventana para ahondar en los significados y sentidos del pasado. Si la historia pretende ser una disciplina que va más allá del registro de los hechos, el uso de la experiencia ayudaría a superar esa primera visión superficial y a abrir las puertas hacia el mundo de los sentidos y significados del pasado. Esta definición de experiencia delimita un concepto que tiene la capacidad de enriquecer la historiografía, como muchas veces lo ha hecho sin necesidad de ser nombrada.

La experiencia que tanto he tratado de definir y estructurar, que Dilthey, Collingwood y Scott han estudiado en sus trabajos, no viene en paquete individual. La experiencia se encuentra ligada con otros conceptos, entre ellos la memoria, de la que es inseparable.

MEMORIA, EXPERIENCIA E HISTORIA

Memoria, experiencia e historia son tres senderos distintos que nunca se alejan mucho entre sí y que cruzan sus caminos con bastante frecuencia. Aunque los tres provienen del mismo punto (el pasado) y apuntan hacia el mismo destino (el futuro) son vías úni-

cas que se diferencian entre sí. Al comenzar la penúltima década del siglo xx la memoria hizo “explosión” en el ámbito historiográfico, los estudios en torno a ella se multiplicaron y los debates sobre su pertinencia y su relación con la historia se volvieron focales. Si se quiere hablar de experiencia —y para esto es imposible no pasar por la memoria—, entonces habrá que dar cuenta, siquiera, de algunos aspectos que hicieron que la memoria se discutiera y replanteara en el ámbito de la historia durante aquella “gran explosión”.

La memoria ha sido objeto de reflexión de investigadores sociales e historiadores. Habría que destacar, por su relevancia, las del historiador francés Pierre Nora. En su magna obra colectiva, *Les lieux de mémoire*, el historiador de la Escuela de los Annales coloca a la memoria como opuesta a la historia.⁴¹ Nora presenta una dualidad antagónica entre memoria e historia que va a la par de la oposición tradición/modernidad. El historiador francés escribió:

Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos conciencia de que todo los opone. La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones.⁴²

Los rasgos que se le atribuyen a la historia, opuesta a la memoria, son los de una historia positivista, aquella que busca el dato duro, lo concreto, hacer del pasado un hecho inamovible, científico y

⁴¹ Los textos de Pierre Nora que aparecen en esta gran obra que él dirigió se encuentran, en su versión en castellano, en Pierre Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, trad. de Laura Masello, Santiago de Chile, LOM/Trilce, 2009 (Col. Historia).

⁴² *Ibid.*, p. 20.

exacto. La memoria, entonces, sí sería su contraria, pero la historia como disciplina se ha distanciado de esa mirada, y en ese alejamiento ha encontrado los lazos que la hermanan con la memoria.

Las características de la memoria que describe Nora ¿no las comparte, acaso, también la historia? Es vida, porque la historia siempre se piensa desde el presente, desde éste se formulan las preguntas que se hacen al pasado. Al igual que la memoria, la historia se encarna en los grupos vivos, porque es justificación de sus reclamos, confirmación escrita de sus identidades, y porque está siempre forzada a andar el camino del cambio, pues se encuentra atada al fluctuante presente.⁴⁵ La historia siempre es una selección, la palabra escrita constantemente está acompañada del silencio de lo que se calló, no es una transcripción íntegra de las fuentes y, por ello, siempre habrá omisión, un olvido, sea deliberado o inconsciente. Ésta es, por excelencia, una herramienta política y es susceptible a la manipulación, a retoques, falsedades e invenciones, y sus fines son potencialmente infinitos. Una mirada al devenir de la historiografía demuestra, asimismo, que la historia está propensa a revitalizaciones, pero también a letargos y que se encuentra abierta a nuevas interpretaciones que habrán de hacerse camino frente a las que son dominantes. No hay que ver, por lo tanto, a la historia y a la memoria como antagónicas, sino como hermanas por su relación con el pasado. Por más que la preponderancia de una implique la destrucción de la otra, ambas se complementan e influyen mutuamente.

Habría que dejar de pensar a la historia como sepulturera y hacer que le dé la bienvenida a la vida en lugar de que la despidan; convertirla en partera de futuros y presentes que adquieran,

⁴⁵ Bernard Lewis, *La historia recordada, rescatada, inventada*, trad. de Juan González Hernández, México, FCE, 1979.

gracias al pasado, un sentido. La memoria se volvió un deber a causa de la miseria que fueron capaces de provocar las acciones humanas evidenciadas, como nunca, durante el siglo xx. A consecuencia de aquellos eventos se imprimió en la conciencia del siglo la obligación moral de recordar y testimoniar lo vivido, aunque la aspiración para muchos era, y no sin motivos, el olvido.⁴⁴ Creo, sin embargo, que junto con la obligación de la memoria está también la obligación de la historia de hacer historia. Esta disciplina reunirá las múltiples memorias, tomando en cuenta su subjetividad e individualidad, y con ellas construirá narraciones, argumentos y cuestionamientos para la sociedad presente y futura. El historiador, artífice de la historia, al contextualizar los testimonios y hacer uso de otras fuentes, tendrá la tarea de ver el significado que estos relatos tienen para el presente en el que vive y el sentido que se deriva de dicho significado. La distinción entre experiencia y memoria puede ser una herramienta para alcanzar este objetivo.

La relación entre experiencia y memoria es fundamental para la historiografía, pues el presente es inasible y la memoria es la que mantiene —aunque siempre propensa a cambios— la experiencia en el presente. Al tener la experiencia su origen en el pasado, ésta sólo nos puede alcanzar gracias a la memoria.⁴⁵ La experiencia significativa que he definido es posible gracias a la memoria que, como enlace dinámico con lo percibido, permite observar y

⁴⁴ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2000 (Paidós Asterisco), p. 18.

⁴⁵ “El concepto de experiencia pone a la vista el problema de la relación entre historia y memoria, dado que lo que nosotros entendemos como experiencia es, en realidad, la memoria de la experiencia”. Ana Carolina Ibarra, “Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes”, en Maya Aguiluz Ibargüen y Gilda Waldman M. (coords.), *Memorias (in)cógnitas: contiendas en la historia*, México, CEIICH-Coordinación de Humanidades-UNAM, 2007 (Debate y Reflexión), p. 35.

reflexionar las vivencias que se han tenido. La remembranza abre paso para la constitución de las memorias en experiencias y, al ubicarse éstas dentro del transcurrir de una vida, adquieren un significado y sentido particular.

Al igual que las experiencias, las significaciones y los sentidos, la memoria no permanece inmutable al paso del tiempo y continuamente toma nuevas formas. El contexto social y las futuras experiencias influyen en lo que es recordado. Por eso aquello que “guarda” la memoria no es estático, ni permanece igual, puesto que, cuando a ese baúl de la memoria se agregan y quitan contenidos, lo que hay en su interior se altera y se adapta a esos cambios. Es decir, las memorias (como contenidos) no son objetos individuales, sino que están ligadas unas a otras, y alterar una parte puede influir, aun imperceptiblemente, en el resto.

La memoria es como un lápiz que va trazando las experiencias sobre una hoja de papel. Sobre la página encontramos las líneas de los recuerdos de la infancia, los viajes y, con un poco de suerte, también los estudios. Estos son los diseños que permiten ir vislumbrando lentamente algunas formas, los sentidos de esas experiencias que no son, sin embargo, inmutables y estáticos. Por ejemplo, si en algún momento nos pareció que las líneas tenían forma de perro, en el futuro podríamos cambiar de parecer y ver, aparentemente en el mismo dibujo, un automóvil. Es decir, el trazo en el papel representando los hechos, supuestamente imperturbable, en realidad cambia. La mirada cambia, ya que el individuo también se transforma con las experiencias que suma y que lo conforman. La línea que antes parecía recta deja de serlo, se curva, zigzaguea y continúa dibujando, desdibujando y reformulando el pasado vivido. Dificilmente nos percatamos de estos traslados, pues la memoria crea la ilusión de que lo que recordamos así pasó.

La memoria tiene una cualidad simplificadora. Lo que podemos recordar siempre es un resumen de una realidad más compleja y extensa debido a que es imposible evocar todo a detalle.⁴⁶ La memoria no capta todo lo vivido, sino una parcialidad que se decanta una y otra vez a lo largo del tiempo y a través de varios tamices. Sin embargo, esa imagen cortada de la realidad percibida se introduce a un mundo, tal vez incluso más complejo del que ha sido abstraído: el mundo interior del individuo. Esa imagen, palabra, sonido o sensación se convierte en recuerdo y entra en dinámica con el pasado del individuo y sus expectativas; luego puede crear sentidos, relacionarse con otras imágenes e ideas y quizá, en algún momento, ser desechada hacia el olvido.

Dado que en el presente sólo es posible recordar lo que marcos y nociones posibilitan y que el pasado va siempre ligado a éste, ambos tienen una relación dependiente.⁴⁷ En el caso de los refugiados guatemaltecos que hoy residen en México, esos marcos y nociones se asentaron en las bases de las nuevas poblaciones. Al ser todos refugiados, las vestimentas típicas de diferentes partes de Guatemala eran usadas con orgullo por muchos de sus habitantes; algunas calles sirvieron como recordatorio al tener el nombre de lugares de Guatemala o de fechas relacionadas con la fundación del pueblo, y se continuaron celebrando festividades guatemaltecas. Todo era recuerdo del viaje realizado hacia México con el fin de encontrar resguardo de la violencia que se había desatado en Guatemala, lo que terminó por convertir esa vivencia en un marco para explicar el presente de esos nuevos poblados. Hoy, sin embargo, los marcos y nociones que posibilitan la memoria lentamente

⁴⁶ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, trad. de Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 148.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 114.

se van erosionando, por lo que entra la duda de hasta cuándo el refugio guatemalteco será un “recuerdo vivo” que explique el origen de Los Laureles.

A pesar de que “memoria” sea una palabra cotidiana —o tal vez sea por ello—, su uso da cabida a confusiones. Ésta se refiere a “la capacidad de conservar determinadas informaciones” (el “recordar”), así como al recuerdo mismo.⁴⁸ Ambas acepciones aluden a la memoria individual, sin embargo, ésta no es un acto exclusivamente individual, también existe lo que se ha llamado “memoria colectiva”, que es un proceso social. Individual y colectiva, ambas están ligadas entre sí pues, como el sociólogo Maurice Halbwachs señaló, las memorias individuales están ligadas a la sociedad en que se forman.

La memoria cultural, otra de las categorías de la memoria, es aquella que ha logrado formar parte del bagaje de la sociedad a través de los monumentos, la historia, la literatura, la música y otras formas culturales que ésta reproduce, y que a su vez la definen. Tal identificación empuja a la preservación de ese pasado recordado.⁴⁹ La memoria cultural podría describirse como una “memoria trabajada” cuando lo que cuenta se va volviendo parte de la cultura de una sociedad por medio de conmemoraciones, peregrinajes, películas y textos literarios que refuerzan cierta memoria en el seno de dicha sociedad.⁵⁰ Según Marek Tamm, la historia participa de la “memoria cultural” al coadyuvar en la incorporación de ciertos aspectos y acontecimientos del pasado en la identidad de una nación. Aunque este privilegio se restringe, claro

⁴⁸ Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, trad. de Hugo F. Bauza, Barcelona/México, Paidós, 1991, p. 131.

⁴⁹ Marek Tamm, “Beyond History and Memory: New Perspectives in Memory Studies”, en *History Compass*, vol. 11, núm. 6, junio de 2013, p. 462.

⁵⁰ *Loc. cit.*

está, sólo a ciertas obras historiográficas de gran difusión, pues muchos libros de historia quedan en sus estanterías únicamente para la lectura de unos pocos o, de plano, para el olvido.

El historiador Enzo Traverso menciona que son las memorias fuertes —aquellas que tienen un reconocimiento público e institucional— las más susceptibles a ser exploradas y puestas en la historia.⁵¹ El refugio guatemalteco ofrece un buen ejemplo. En los antiguos campos de refugiados, al finalizar la crisis humanitaria, las instituciones que sostenían y apoyaban la permanencia de la historia y cultura guatemaltecas, partieron dejando un vacío institucional que diera reconocimiento a ese pasado. Esa historia preponderante, la de las razones que llevaron a la fundación de estos pueblos en los años de emergencia del refugio guatemalteco, en la actualidad ha ido quedando como nota a pie de página.

Hay historiografía que, no obstante, surge a contracorriente de las tendencias del presente. Si bien su fuerza y su injerencia parecerían ser menores, nuevas narrativas y argumentos históricos se abren paso y tienen la potencialidad de generar formas distintas de entender el pasado. Recuperar testimonios y confrontarlos críticamente con “las fuentes autorizadas” es un camino a través del cual las memorias no institucionalizadas afluyen y encuentran un espacio para juzgar, cuestionar o debatir las versiones del pasado.⁵² Por ello la

⁵¹ Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, trad. de Lucía Vogelfang, Buenos Aires, Prometeo, 2011, p. 60.

⁵² Un ejemplo de una obra historiográfica que cuestiona y pone en debate público y académico una versión de la historia es el libro de Caroline Elkins, *Britain's Gulag: The Brutal End of Empire in Kenya* (2005). Esta obra, que nace de una investigación doctoral, cuestiona la suavidad del colonialismo inglés y la amable aceptación de la independencia de sus antiguas colonias, tomando como base los relatos orales de las víctimas de los campos de concentración ingleses en Kenya. Marc Parry, “Uncovering the Brutal Truth about the British Empire”, *The Guardian*, 18 de agosto de 2016. En <<https://www.theguardian.com/news/2016/aug/18/uncovering-truth-british-empire-caroline-elkins-mau-mau>>.

tradición, común baluarte de las memorias que no fueron aceptadas e institucionalizadas, es un venero del cual abrevar —tratando siempre de hacerlo desde una posición crítica— para encontrar la diversidad y heterogeneidad de miradas que del pasado se tienen, y así hacer frente a la falsa idea del pasado único y concreto.

Sin embargo, comparto la idea de que memoria e historia son distintas. La historiografía puede cooperar en la construcción de un pasado que va más allá de “la obligación moral de recordar”. La historia como la disciplina académica que se avoca al estudio del pasado, pero siempre e inevitablemente escribiendo desde el presente, tiene la oportunidad de ver el ayer en perspectiva. La historia no sólo es dar cuenta de los hechos del pasado, implica también reflexión y significación de los acontecimientos de una sociedad y de la humanidad entera.

La memoria empezó a tomar una continua relevancia para la historia a partir de la década de 1980. La historia oral fue una de sus principales metodologías, la cual recurrió a entrevistas y a la capacidad de las personas de recordar ciertos aspectos de su pasado para dar testimonio de ello y crear así nuevas fuentes. Sin embargo, este nuevo método para la investigación histórica fue consciente de sus limitantes para la construcción de una historiografía de datos concretos, puesto que la memoria es cambiante y endeble, y difícilmente puede dar información precisa. En lugar de buscar la exactitud del pasado, la historiografía que usó la historia oral puso el acento en cómo la historia es recordada por los individuos y las sociedades del presente.⁵³

La memoria singulariza la historia, escribe Enzo Traverso, puesto que se compone de relatos subjetivos; con ella el pasado se

⁵³ Tamm, *op. cit.*, p. 464.

ve como si se observara a través de una pequeña mirilla por la que sólo se aprecia un pequeño fragmento de la enorme imagen.⁵⁴ A pesar de la individualidad que tiene cada memoria, cada recuerdo y cada relato, la memoria es también producto de una colectividad y está sujeta a su perpetua influencia. En aquel pequeño fragmento de la mirilla cabe también un mundo de interpretaciones. Traverso tiene razón en apuntar que la mirada de los contemporáneos del pasado estudiado siempre es fragmentaria; pero también lo es la de los historiadores, pues por más piezas que agreguen a la imagen, siempre habrá espacios vacíos que no son posibles de rellenar. Lo que el historiador ve como parte de un proceso más amplio, que se desarrolló afectando de muchas maneras a un grupo o una sociedad, el testigo lo ve como propio, como “un acontecimiento crucial, el bascular de toda una vida”.⁵⁵

Si bien la experiencia es resguardada por la memoria, no toda memoria es experiencia. La memoria no implica una reflexión. Se puede recordar algo con base en la repetición irreflexiva, sea la historia nacional aprendida en la escuela, una noticia que se observa una y otra vez en noticieros y periódicos, un mensaje político en tiempos de campaña, o incluso una vivencia propia que constantemente es reiterada en la memoria pero que jamás llega a ser reflexionada o su reflexión es laxa.

Creo que el término experiencia tiene una mayor funcionalidad que el término memoria para la historiografía al distinguir

⁵⁴ Traverso, *op. cit.*, p. 24.

⁵⁵ *Loc. cit.* De igual manera, en el cuento de Iván Bunin, “Un otoño frío”, la narradora cuenta su vida, la cual es significada a partir del momento personal que se da en el marco de su juventud y del inicio de la Primera Guerra Mundial. Iván Bunin, “Un otoño frío”, en *Paisaje caprichoso de la literatura rusa*, trad., selec. y notas de Selma Ancira, pról. de Juan Villoro, México, FCE, 2015 (Biblioteca Universitaria de Bolsillo), pp. 206-211.

entre lo recordado y la experiencia elaborada a partir del pasado. Los recuerdos dan los detalles que también ayudan a constituir experiencia, van delineando la forma que tiene el pasado evocado. Sin embargo, es la experiencia la que significa el pasado propio a través de esos detalles, así como la historia es la reflexión sobre el pasado de la sociedad y a través de la cual se significa lo que las sociedades humanas han vivido. La forma de vivir ese pasado está más del lado de la experiencia que del de la memoria.

Un ejemplo de diferenciación entre experiencia y memoria se puede hallar en la articulación de los eventos traumáticos vividos, como en el caso del genocidio judío durante la Segunda Guerra Mundial, el cual ha sido, además, el más estudiado. Una memoria traumática puede volver al presente reiteradamente, repetirse compulsivamente de manera que no haya separación entre el pasado y el presente.⁵⁶ La reelaboración del pasado, que es una reflexión que da sentido a la vivencia y a su constitución como experiencia, permite su aceptación y la apertura de posibilidades para la construcción del futuro.

Por ello discrepo cuando Primo Levi, en su libro *Los hundidos y los salvados*, menciona que los “musulmanes” —sobrenombre dado a aquellos que abandonaron sus intenciones de sobrevivir— se llevaron el verdadero sentido de los campos de exterminio, pues como no sobrevivieron hicieron posible encontrar el profundo sentido del Holocausto.⁵⁷ Los “musulmanes” también fueron aquellos que perdieron el sentido de la vida dadas las terribles circunstancias en que se encontraban. Buscar el sentido de lo vivido,

⁵⁶ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, trad. de Elena Marenco, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005 (Cultura y Sociedad), pp. 46 y 47.

⁵⁷ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados (Trilogía de Auschwitz)*, trad. de Pilar Gómez Bedate, pról. de Antonio Muñoz Molina, Barcelona, El Aleph/Océano, 2005 (Modernos y Clásicos, 222), p. 481.

sobrellevar los momentos y reflexionar al respecto era una tarea enorme, a veces imposible, pues como el mismo autor escribió, el hambre y el dolor inhibían en gran medida la reflexión, y es que las fuerzas se centraban en la sobrevivencia.⁵⁸ Sin embargo, a partir de los testimonios se puede decir que la creación del sentido de la experiencia fue la que permitió, en parte, la sobrevivencia en los campos.⁵⁹ Creo que el principal valor de las experiencias límite o traumáticas, como fueron los genocidios de la Segunda Guerra Mundial y del conflicto guatemalteco, está en articular y dar sentido a esas vivencias, aunque por momentos parezcan no tenerlo.

La historia como disciplina tiene los conceptos de memoria y experiencia para alcanzar una mejor comprensión de los hechos de antaño. No son concepciones que puedan dar cuenta de todo el pasado, hay aspectos que escapan a ambos; sin embargo, iluminan espacios que otros no, como la parte subjetiva y, particularmente, las bases de la significación. La experiencia es una especie particular de la memoria y sirve a la historia porque no es la sola percepción de un pasado, sino su valoración y significación. Ésta nos habla de cómo fue visto el pasado y de la forma en que ese pasado se vivió como presente; ello es parte de la historia y necesario para la comprensión del pasado.

Al realzar el concepto de experiencia sobre el de memoria busco dar un mayor énfasis a la creación de significados antes que a la simple rememoración de los hechos. La memoria da los detalles, señala el camino que se recorre para la constitución de la experiencia, pero finalmente es ésta última la que al ver el camino recorrido

⁵⁸ *Ibid.*, p. 480.

⁵⁹ Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, trad. de Christine Kopplhuber y Gabriel Insausti Herrero, ed. y pról. de José Benigno Freire, Barcelona, Herder, 2004.

valora las vivencias acaecidas en el trayecto y las convierte en algo más que pasos dados por mera fuerza que empuja al futuro.

DE LA EXPERIENCIA A LA HISTORIA

Ahora bien, la experiencia no tiene el camino libre y llano para ir de la fuente hacia la obra historiográfica. Implica el mismo proceso heurístico, interpretativo y comunicativo que acompaña todo escrito en su elaboración. Sin embargo, los pasos de la experiencia a la historia tienen también sus propias características, rumbos diferentes y metas particulares.

La experiencia no tiene una etiqueta que la señale como tal, hay que saber buscarla en las fuentes y, tras hallarla, entender su utilidad para la historiografía al igual que sus limitaciones. La experiencia puede enriquecer la historiografía, pero su utilización como categoría para la comprensión histórica debe tener como base lo que se halla en las fuentes y una correcta contextualización.

Primero está la cuestión de dónde hallar la experiencia: ¿qué fuentes permiten el acercamiento a la experiencia del pasado? Generalmente son relatos sobre la propia vida o impresiones de ella en los que resalta su carácter subjetivo, es decir, se trata de diarios, memorias, autobiografías, notas, relatos de viaje, cartas, así como relatos de vida construidos a través de entrevistas por medio de la historia oral; fuentes que están entre los más comunes repositorios de la experiencia.

La riqueza de éstas no se encuentra, como se ha dicho, en la precisión de datos y fechas, sino en la visión subjetiva del autor plasmada en ellas. Incluso los “errores” en la narración, que podrían resultar inconvenientes en otro tipo de investigaciones, resultan reveladores bajo esa otra mirada, pues indican de qué

manera fueron percibidos ciertos sucesos en contraste con como sabemos ahora que probablemente ocurrieron. La distancia entre la experiencia vivida y la realidad concreta de los hechos, es decir, la falta de una visión clara de lo que sucedía en aquel momento, es el caminar entre sombras al que también hay que prestarle atención.

Al tratar las fuentes es necesario preguntarse por la intención que produjo su elaboración: ¿para qué se escribe sobre la propia vida? Muchas de las autobiografías y memorias expresan sus objetivos: dar testimonio de algo vivido que consideran nodal en sus vidas y encontrar un sentido a través de la visión del pasado. Las razones que llevan a dar un testimonio son diversas: pueden buscar la denuncia de victimarios, dar justificaciones de actos, mostrar el sufrimiento de un grupo o simplemente satisfacer la necesidad de compartir lo vivido para que la historia contada trascienda la memoria individual. El estudio de estas fuentes suele convertirse en un trabajo arqueológico, pues son pequeños trazos en los cuales los autores obvian su contexto, pero que, una vez ubicados, ayudan a dar una idea de cómo fue la experiencia de aquel pasado.

Estos textos, sobre todo si provienen de testigos aún vivos, han cuestionado el papel del historiador en el ejercicio de la crítica. La disciplina histórica basa sus afirmaciones en el análisis de sus fuentes y no en una fe ciega en lo que éstas dicen; sin embargo, la crítica del relato que el testigo ha confiado al investigador —narración que puede incluir aspectos personales y dolorosos de las vivencias—, levanta una cuestión moral. Annette Wieviorka describió este dilema:

El historiador sabe que todas las historias de vida son construcciones pero también que estas (re)construcciones son la armadura, la

columna vertebral, de la vida en el presente. Los historiadores se encuentran enfrentados con un problema que es casi imposible de resolver porque imperativos morales entran en conflicto. Cada persona tiene el derecho de hacer su propia historia, de poner lo que él o ella recuerdan y lo que él o ella olvidan a su manera.⁶⁰

La memoria falla con mucha frecuencia; en la cotidianidad modificamos de modo inintencionado nuestros recuerdos y normalmente estamos convencidos de manera terca que pasaron tal como los evocamos, a pesar de que difieran de los recuerdos de los demás, que también vieron o escucharon lo mismo que nosotros. Sin embargo, el historiador no tiene por qué “corregir” la memoria del testigo, ni señalarle los “errores” dentro de ella ni decirle que aquello en lo que basó sus creencias está equivocado; tampoco tiene el derecho a hacerlo.

No obstante, no hay que ver en los testigos (incluso en los sobrevivientes de hechos violentos) sólo a víctimas, sino también a actores que jugaron un papel en los sucesos que narran. La historia se ha judicializado al adoptar una visión de víctimas y perpetradores, ofendidos y culpables. La visión de una historia que se padece es una visión maniquea que vuelve a los testigos sujetos pasivos que no son capaces de hacer historia, sino sólo de sufrir sus consecuencias.⁶¹

La cuestión moral de la crítica adquiere entonces otro carácter cuando es capaz de ver más allá de una víctima al sujeto que tiene

⁶⁰ “The historian knows that all life stories are constructions but also that these (re) constructions are the very armature, the vertebral column, of life in the present. Historians find themselves faced with a problem that is almost impossible to resolve because two moral imperatives come into conflict. Each person has the right to fashion his or her own history, to put together what he or she remembers and what he or she forgets in his or her own way”. Annette Wieviorka, “The Witness in History”, trad. de Jared Stark, *Poetics Today*, vol. 27, núm. 2, verano de 2006, pp. 395 y 396. La traducción es mía.

⁶¹ Traverso, *op. cit.*, pp. 18 y 87.

enfrente. Cada persona tiene derecho de hacer para sí misma su propia visión del pasado, sin embargo, la historia busca entender ese pasado no de un solo sujeto, sino de la sociedad. Enfrentar el relato del testigo con lo que otras fuentes aportan no es negarle su verdad ni su derecho a creer en ella, sino demostrar lo que son el pasado y la historia: una multiplicidad de visiones. El historiador navega sobre una pluralidad de miradas acerca del pasado, pero no debe echar anclas y conformarse con una de ellas, pues sería restringir la historia a una bahía de un mar inmenso. La historiografía no tendría que convertirse, por lo tanto, en un monumento más para provocar el sufrimiento y dolor de las víctimas, sino en una herramienta para que la sociedad se comprenda a sí misma a través de su pasado. Creo que esto sería más provechoso para las víctimas, ya que los sujetos que han aportado su testimonio formaron o forman parte de esa sociedad y de la humanidad.

La historia se asocia generalmente a los datos duros;⁶² estos son los bloques que le dan solidez, como los ladrillos a una construcción, pero no son por sí mismos historia. A ésta la conforman principalmente los sentidos de los hechos y de los procesos, encontrarlos implica ver los sucesos en un contexto más amplio, enmarcarlos entre sus antecedentes y su porvenir, con el fin de hallar un significado para la sociedad presente y entender el que tuvo para la sociedad pasada.

Por ejemplo, en el golpe de Estado contra el gobierno de Árbenz —que consistió en una serie de acciones realizadas por un grupo armado que recibió el apoyo de un gobierno extranjero, y que logró desplazar al gobierno y hacerse con el poder—, los eventos no tienen significación por sí mismos, son sólo eso, eventos,

⁶² *Ibid.*, p. 22.

acciones. Sin embargo, estos acontecimientos tuvieron distintas valoraciones y fueron interpretados de distinto modo dependiendo de la posición y el contexto sociocultural de la persona que los analizó. Lo que unos llamaron golpe de Estado fue visto por otros como una “batalla de liberación” contra el comunismo. Hoy los años nos separan de aquella época haciendo posible entender aquellos hechos como un punto focal en la dirección que tomó la historia de Guatemala. Y es que a partir de entonces se establecieron los regímenes militares que durante las siguientes décadas perseguirían violentamente a la oposición.

La caída de Árbenz representó la fragilidad de un sueño, la afirmación de las esferas de influencia en el tablero de la Guerra Fría o el papel que pueden tener las ideologías en el desarrollo de la historia. Pero después se oirían otras historias. Las personas recordarían y relatarían cómo tuvieron la oportunidad de obtener un terreno para cultivar en aquellos años, luego hablarían de sus pérdidas tras el golpe de Estado, después contarían sobre su migración hacia El Quiché o Petén y, en el caso de los refugiados, la huida hacia México como consecuencia de una persecución que muchos no entendieron del todo. Todas son miradas locales de la misma historia.

Por ello la utilización de la memoria como fuente cuestiona la idea de una historia “estructural concebida como un proceso de acumulación, a largo plazo, con múltiples estratos (territorio, demografía, intercambios, instituciones, mentalidades) que permiten aprehender las coordenadas globales de una época, aunque dejen muy poco lugar a la subjetividad de los hombres y de las mujeres que *hacen* la historia”.⁶⁵

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 17 y 18.

Cada visión citada para dar una explicación de aquellos acontecimientos dará cuenta de distintas significaciones. Por esto mismo la historia nunca se encuentra finalmente escrita, siempre está propensa a nuevas interpretaciones y significaciones. Por ejemplo, la historia colonial y del siglo XIX en Guatemala puede tener una lectura distinta si ha sido vista tras el genocidio guatemalteco. Un ejemplo es el libro de Matilde González-Izás, *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*, donde la autora volvió la vista al pasado con una mirada que buscaba comprender los aspectos que hicieron posible la guerra genocida acaecida en las últimas décadas en Guatemala. El pasado se vuelve un tiempo en el que las estructuras, distintos procesos y la violencia hicieron posible las masacres sistemáticas de los años ochenta.⁶⁴ La historia siempre es más que los datos; en el centro de ella está la significación que tiene el pasado.

Dicha significación no es por sí misma evidente; no es como el dato contenido en la fecha que resulta inmutable y que puede corroborarse en documentos. En el caso de los sentidos, estos son contruidos por los sujetos; entre ellos existen los de la persona que fue testigo y los de aquellos que en el futuro se interesan por los eventos y los significan partiendo de su presente.⁶⁵ Por ello, para entender el marco en que se construyen las significaciones

⁶⁴ La autora apunta: “Mi argumento es que el despliegue de la violencia y los actos de genocidio cometidos por el Estado durante el conflicto armado interno no son ajenos a todas aquellas ideas y representaciones de la ‘modernidad’ y el ‘progreso’ que privilegiaron la eugenesia e inmigración europea, el fomento de la economía de plantación y el enriquecimiento desmedido de oligarcas nacionales y extranjeros a expensas de las formas de reproducción de la vida de la mayoría de la población indígena”. González-Izás, *op. cit.*, p. 22.

⁶⁵ Graciela de Garay, “Prólogo”, en Graciela de Garay (coord.), *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, 2ª ed., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2013 (Perfiles), p. 5.

en el pasado, es necesario comprender el contexto histórico en el que esas interpretaciones y significaciones fueron producidas.⁶⁶ El historiador al ver ese contexto puede encontrar una significación distinta a la que tuvieron los sujetos de la época, pues él tiene sus propios marcos interpretativos.

COMPRESIÓN HISTÓRICA

Es posible encontrar detalles en la narración de un recuerdo que permiten comprender cómo fue vivido el pasado y, a partir de estos, deducir la construcción de la experiencia que engloba aquellos detalles y momentos vividos.

En las biografías y novelas cada detalle mencionado y cada personaje presentado en la trama tienen el fin de construir un ambiente para que, a través de él, el autor haga ver en las acciones concretas un sentido paralelo al texto que nace asimismo de las acciones que narra. La historia, a pesar de las importantes diferencias que tiene con la literatura, puede hacer explícito un ambiente que se crea alrededor de ciertos eventos o de ciertas épocas, pese a que el historiador está limitado, a diferencia del literato, a lo que pueda encontrar en sus diversas fuentes.⁶⁷

La historia da cuenta de estos ambientes, ya sea en los momentos de gran incertidumbre para una sociedad o cuando se viven épocas de cambio. El refugio guatemalteco en nuestro país, por ejemplo, vivió también momentos de incertidumbre. A causa de las incursiones del ejército guatemalteco a suelo mexicano para

⁶⁶ *Ibid.*, p. 6.

⁶⁷ Sobre la relación de la historia con la literatura véase Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, FCE, 2016.

atacar o intimidar a los refugiados, el gobierno de México, para evitar mayores roces diplomáticos con Guatemala y buscar la autosuficiencia de los refugiados, trasladó desde Chiapas a alrededor de 23 mil guatemaltecos hacia nuevos campos en Campeche y Quintana Roo. En aquel entonces los refugiados poco o nada sabían de esos dos lugares a los que serían llevados; sin embargo, hoy se pueden contar las razones de ese desplazamiento y los problemas que hubo durante el traslado.⁶⁸ El cuadro habría de incluir también de qué manera se vivió ese desplazamiento hacia un lugar desconocido. Adelina Hernández recuerda las maneras peculiares en cómo se expresaba esa incertidumbre:

la gente [...] se organizaba: “No, pues nos vamos a ir a Campeche...”, [pero había otros que comentaban:] “¡No!, qué nos van a llevar a Campeche. No nos van a llevar a Campeche; nada más lo que van hacer es meterlos a una lancha, les van a ir a dar una vuelta por allá, y ya por ahí se mueren, ¿quién va a preguntar por ustedes? Nadieee, y por eso se los están llevando”.⁶⁹

El recelo sobre la finalidad del traslado se sembró en algunas personas; aquellas que habían visto y experimentado los actos más terribles en contra suya bien podían creer que volvería a pasar. En contraste, también hubo reacciones distintas a la preocupación y la duda; la gente no conocía nada de Campeche, sin embargo, apareció una bulla alegre que hacían algunos muchachos por el traslado:

⁶⁸ Pues incluso se usaron fuerzas militares para obligar el traslado de los refugiados reticentes. Graciela Freyermuth y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993, p. 46.

⁶⁹ Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, 27 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Los muchachos, así que para hablar de Campeche, [pasaban y] decían [...]: “¡Ey, ya nos vamos a Campeche, nos vamos a Campeche!”. Todos hacían una fiesta, pues qué tele y qué nada. Nada de nada, ¿verdad? Esa era la diversión, sí. “Yo ya me voy a Campeche”, [gritaban]. En fin, que eran felices, pero nomás por decir porque conocer o saber algo [de Campeche], nada, nada, nada.⁷⁰

Un mismo acontecimiento genera distintas emociones o la mezcla de muchas y se manifiesta de diferente modo por las personas. La inquietud de no saber cómo era el lugar al que se iría podía despertar tanto preocupación como ingenua alegría, pero ambas actitudes mantenían el trasfondo de la duda. Las descripciones de los ambientes en los relatos dan espacio para la comprensión de los sentimientos generados en la sociedad y permiten ver cómo las acciones individuales tienen más sentido cuando se les entiende en ese contexto. La experiencia del traslado a Campeche señala la diversidad de actitudes que un mismo hecho puede despertar en una población, lo que indica la complejidad que encierra la historia.

La memoria en ocasiones es capaz de evocar los detalles que son los marcos de la experiencia, de las emociones y vivencias.⁷¹ Creo que la importancia de los detalles no recae en que den una descripción de un tiempo perdido —parecido a ese afán de querer recrear con precisión las tradiciones de grupos hace mucho tiempo perdidas—, sino en su aporte para construir su significación.

Otro ejemplo ayudará a concretar la idea. El ecosistema natural de Guatemala (selvático) y el de la zona de Campeche donde se ubicaron los campos de refugiados (sabana caliza) son muy dis-

⁷⁰ *Loc. cit.*

⁷¹ Garay, *op. cit.*, p. 7.

tintos. Para comprender la experiencia de este cambio no bastaría con señalar las diferencias de un entorno y otro a modo de tratado científico; en estos casos, en el detalle puesto dentro de las narraciones se encuentran las implicaciones emocionales de haber vivido en ambos lugares. La misma exrefugiada recuerda:

donde vivíamos nosotros ahí eran arroyos, las pozas, [...] en la parcela de mi papá pasaba el río Tzejá, pero casi no me fui a meter [...]. A mí me gustaban las pozas, me gustaba ahí donde estaba el agua clara con sus pececitos y todo. ¡Ah, a mí me daban ganas de ver eso, eso era bonito! Pero ya cuando llegamos acá... pues sí ya no. [...] hasta que vivimos en Laureles ya vivimos una vida un poco más tranquila. [...] me gusta vivir en Laureles, estoy bien viviendo en Laureles; aquí en Laureles sí tuvimos que acarrear agua [pues el pueblo depende de pozos profundos para su suministro].⁷²

También se le escucha decir:

Para mí era muy alegre porque nos gustaba [ir a] nadar a los arroyos. Los arroyos eran preciosos, aseados, estaban en la pura selva, [...] no había [¿basura?], o si había era poca; y muy limpios, con sus peces. Ahí se lavaba pues. Pero sí era, ahora sí, casi un paraíso.⁷³

El manejo de fuentes donde se presenta la memoria de hechos pasados, en este caso de un lugar que se perdió, de un paraíso del que hubo que escapar, permite hacer énfasis en los aspectos que se apreciaban de aquel que fue un hogar —aunque esto no implica un decremento en contra de la comunidad donde se vive actualmente, puesto que, frente a la exuberancia natural, se consiguió la

⁷² Entrevista con Adelina Hernández, 25 de septiembre de 2015...

⁷³ *Loc. cit.*

tranquilidad—. Los detalles dan mayor peso a este cambio y nos ayudan a comprender las vivencias del pasado, el giro que dieron las vidas durante el proceso de refugio y la forma en que esos cambios son valorados por los refugiados. A la violencia del desplazamiento se sumó la modificación radical del entorno.

Las experiencias individuales no sólo hablan del sujeto que las expresa, sino también de cómo su vida se encuentra ligada a la sociedad que lo circunda, que lo inserta en su dinámica; de modo que la experiencia implica, ineludiblemente, el entorno social del individuo.⁷⁴ Por ello estudiar las experiencias de personas no consiste en conocer una vida, una entre millones, por el simple gusto del relato; aquí el devenir de esas existencias nos abre, a la vez, las puertas para conocer más a la sociedad y el entorno en que esas vidas se desenvuelven. Valga otro ejemplo del refugio guatemalteco. Adelina Hernández habló de su comunidad antes de emprender el camino para México cuando se hacía sentir la amenaza que se erguía sobre ellos:

Fíjese que hasta los perros, hasta los perros se ponían tristes [...]. Yo no me acuerdo,⁷⁵ pero eso yo lo sentía, [que] me costó cuando alguien moría después. Todavía sentía yo que se ponía todo de otro color, y así veía yo ahí como pardo; no sé cómo veía yo, como turbio todo y, cuando mataron a esos, eso, fue lo más, o sea, eso fue lo más.

Se fueron a cortar cardamomo ese día, porque mi papá empezaba a cosechar los primeros pocos de cardamomo; se fueron. Cuando regresaron ya el ejército ya estaba esperando.⁷⁶

⁷⁴ Garay, *op. cit.*, p. 6; Halbwachs, *op. cit.*, p. 319.

⁷⁵ Aquí llama la atención cómo las sensaciones parecen trascender la capacidad de recordar imágenes y/o recuerdos concretos.

⁷⁶ Entrevista con Adelina Hernández, 25 de septiembre de 2015...

En este fragmento menciona cómo ella, apenas una niña de doce años, vivía y sentía el miedo; cómo las constantes amenazas estaban siempre presentes y hacían que se viviera en la incertidumbre. Este recuerdo no sólo habla de la forma de percibir la situación de una niña, según es contada por ella misma muchos años después, sino de qué manera, gracias al marco de las emociones y los detalles que se establecen en el relato, se conforma el ambiente de duda, miedo y terror de la población. A esta imagen creada por la narración —cuya precisión no importa sino el sentido que involucra— hay que añadir las acciones de reprimenda selectivas, ejecuciones y desapariciones que finalmente empujaron a su familia al refugio en México —familia a la que pronto le seguirían decenas de miles de guatemaltecos más—. Este testimonio es una experiencia personal, una manera única de ver y que, sin embargo, traza los lazos con una sociedad donde esas emociones y sentimientos se transmiten.⁷⁷

RECuento y REFLEXIONES: EXPERIENCIA E HISTORIA

El refugio guatemalteco en el sur de México durante las dos últimas décadas del siglo pasado fue una etapa en la que se constituyeron una serie de experiencias para muchos de los exrefugiados guatemaltecos que hoy habitan en el país. Éstas han ido entrando en reconsideración con el devenir del tiempo, los cambios en Los Laureles, los giros de la vida y con la transformación de la percepción del país que fueron obligados a abandonar. Difícilmente

⁷⁷ Otro ejemplo es el ambiente que expresa Stefan Zweig en sus memorias *El mundo de ayer*, cuando habla de su optimismo —ingenuo— al firmarse los tratados de Múnich y el desengaño que vino después, o el terror en las épocas de las purgas estalinistas, etcétera.

podrían haber ocurrido cambios tan radicales en sus vidas sin que estos despertaran la reflexión y se convirtieran en cimiento de su forma de comprender. Recordar el pasado, comunicarlo y, en el proceso, transmitir el sentido dado a esas vivencias —posteriormente constituidas en experiencias— muestra cómo fue vivido ese pasado cuando fue presente, así como el valor y significado otorgado a ese pasado.

Para hacer uso del concepto de experiencia fue indispensable clarificar qué se entendía por él y qué interpretaron otros autores cuando lo utilizaron. Se marcó la diferencia entre memoria y experiencia, que suele ser intrincada y confusa debido a que ambas se relacionan con el pasado vivido. Asimismo, fue necesario marcar los usos posibles y potencialidades de ambos conceptos dentro de la disciplina de la historia para esbozar una forma plausible de proceder con los objetos de estudio de esta investigación, y así constituir un trabajo propio de dicha disciplina.

Ahora el camino de este trabajo continúa hacia su eje central. En el siguiente capítulo construyo un relato del refugio guatemalteco partiendo de las memorias de los exrefugiados, hoy habitantes de Los Laureles. Las significaciones de dichas memorias se encuentran en la experiencia de estas personas y en el sentido que le dan a su pasado.

III. EL REFUGIO GUATEMALTECO EN MÉXICO: DE GUATEMALA A LOS LAURELES

Más de cuatro décadas han pasado desde que dio inicio la campaña de tierra arrasada en Guatemala y el éxodo masivo de campesinos guatemaltecos hacia nuestro país. Libros, tesis universitarias y artículos académicos y periodísticos aparecieron en abundancia durante los años del refugio, la inmensa mayoría hasta antes del 2000. Sin embargo, creo que es necesario, ahora que la urgencia de aquellos momentos ha terminado, entender aquel suceso con perspectiva histórica.

La historia de un proceso de refugio de antaño puede arrojar luz a los procesos migratorios y de refugio actuales. Por ejemplo, hacia finales del siglo pasado finalizó el refugio guatemalteco en México, no obstante, el refugiado y las causas o razones que convierten a una persona en tal persisten en Centroamérica, en México y en otros parajes del mundo. Nuestro país, que décadas atrás recibía refugiados, hoy también es expulsor del mismo tipo de personas. Y es que en la actualidad siguen llegando a él centro-

americanos desplazados por la violencia que, aunque de carácter distinto a la de hace cuarenta años, continúa forzando a la huida.

He dividido este capítulo en siete apartados. El primero aborda la situación de México en relación con el refugio así como cuestiones jurídicas, políticas y económicas. El resto de las secciones sigue el orden cronológico del desenvolvimiento del refugio; pero, más que trazar la sucesión específica de los principales procesos, con ellas se hace hincapié en los eventos significativos según se desprende de las entrevistas realizadas. En primer lugar, se da una descripción de la vida de los refugiados antes de su salida de Guatemala; en seguida viene su partida del país; luego el inicio del refugio en México en el estado de Chiapas; a lo que le siguió, unos años después, el traslado hacia Campeche; se plantea que el refugio en esta entidad marcó un nuevo inicio en la vida de los guatemaltecos y, finalmente, el capítulo concluye en la época del retorno cuando la mitad de los refugiados de Campeche regresó a Guatemala.

Las secciones toman como eje principal las entrevistas realizadas a seis exrefugiados guatemaltecos que hoy viven en Los Laureles, Campeche. Este capítulo no pretende dar una visión total del proceso del refugio, sino resaltar las visiones que se tienen sobre el pasado, la manera en que fue experimentado y el sentido que se le otorga a las vivencias, según se percibe en las entrevistas.

REFUGIO EN MÉXICO:
ORGANIZACIONES, FRONTERAS,
ECONOMÍA Y POLÍTICA

El arribo de las primeras olas de refugiados ocurre casi siempre de manera imprevista. Por este carácter —y si no se cuenta con

experiencia previa— es difícil que existan en el país de recepción mecanismos y políticas adecuadas para su atención. México había tenido una rica historia de recepción de expatriados de la que se enorgullecía, y el refugio guatemalteco era, según los políticos, una continuación de esa práctica. El presidente Miguel de la Madrid (1982-1988) dijo en su momento:

Seguimos una tradición que mucho ha honrado y beneficiado a México. El derecho de asilo está consignado en los tratados internacionales que México ha suscrito y es un deber de humanitarismo que México ha cumplido siempre en forma consistente. Ello explica, también, nuestra política centroamericana. En la medida en que no podamos pacificar al área centroamericana, la avalancha [de refugiados] puede ser mayor. Por eso es que Centroamérica es para México de interés vital.¹

Si bien la política de asilo se había practicado a lo largo de la historia mexicana, en su legislación la figura jurídica del refugiado no existió sino hasta 1990.² En la práctica, los exiliados y perseguidos que buscaban en México algún tipo de protección, y que no se ajustaba al asilo, tenían un carácter más o menos ambiguo frente a la ley. Su estancia en México era legalizada bajo alguna otra fórmula migratoria en ausencia de la figura legal de refugiado.³

¹ Citado en *Refugiados guatemaltecos. Fotografías de Didier Bregnard*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, 1985.

² Edith Kauffer, “Leadership and Social Organization: the Integration of the Guatemalan Refugees in Campeche, Mexico”, en *Journal of Refugee Studies*, vol. 15, núm. 4, 2002, p. 372. Además, fue hasta 2001 que México firmó la convención de 1951 sobre refugiados; Americas Watch Committee, *Guatemalan Refugees in Mexico, 1980-1984*, Nueva York/Washington, Americas Watch Committee, 1984, p. 20.

³ Sergio Aguayo, *El éxodo centroamericano: consecuencias de un conflicto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985 (SEP Cultura, Foro 2000), p. 121.

La atención a este tipo de poblaciones no estuvo dentro de las perspectivas y planes a largo plazo de los gobiernos. Sin embargo, el siglo xx y el xxi (que ha mostrado continuidad en este aspecto con su antecesor) han hecho del refugiado una figura permanente. El 22 de julio de 1980 se creó la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) para que el país contara con un organismo nacional que atendiera a la población refugiada existente, particularmente al sector salvadoreño que entonces estaba creciendo en la capital.⁴ Pero a menos de un año de su creación la incipiente organización tuvo que hacer frente al mayor arribo de personas perseguidas en la historia de México, situación para la cual, en definitiva, no estaba preparada.⁵

La gran mayoría de los extranjeros que hasta entonces habían llegado al país buscando protección eran personas que contaban con educación superior, intelectuales, profesores, técnicos, ingenieros o licenciados. Llegaban de manera más o menos planeada y su recepción se realizó relativamente en orden. Ejemplo de ello fueron las acogidas de exiliados españoles, chilenos, argentinos, entre otros. Fue el refugio centroamericano el que le dio la vuelta a esta constante y, por sus características, fue el caso guatemalteco el que reveló con mayor claridad la emergencia de la región.

Hay que remarcar que no sólo fueron guatemaltecos quienes atravesaron la frontera sur en busca de seguridad. Cientos de miles de salvadoreños abandonaron también su país a causa de la intensa guerra civil que ahí se vivía y llegaron a México, ya fuera para permanecer en él o para encontrar el camino que los llevara

⁴ Víctor Montejo, *Voices from Exile: Violence and Survival in Modern Maya History*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 253.

⁵ Gabino Fraga, "Creación de la COMAR", *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México. Memoria*, 2ª ed., México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados-Secretaría de Gobernación/FCE, 2000, p. 27.

hacia Estados Unidos. A mediados de los años ochenta se calculó que había entre 120 mil y 150 mil salvadoreños en México, a los que habría que sumar a todos aquellos que atravesaron su territorio rumbo al país del norte, donde la población salvadoreña llegó a contar entre 200 mil y el medio millón de personas.⁶

Las características de la población salvadoreña en el exilio eran distintas a la del refugiado guatemalteco. En su mayoría los salvadoreños provenían de centros urbanos, de modo que al entrar al país se dirigieron a las grandes ciudades en lugar de permanecer en la frontera.⁷ Por ello su llegada fue menos notoria a pesar de su alto número. Los guatemaltecos, en cambio, eran campesinos, la mayoría de origen indígena, y se concentraron en la frontera sur de Chiapas por lo que su presencia fue más patente.⁸

Además de la COMAR, el otro gran organismo presente a lo largo del refugio guatemalteco fue el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Esta organización inició sus funciones en 1951 con el objetivo de atender y ayudar a los refugiados desplazados internacionalmente por algún conflicto. El ACNUR, sin embargo, no tiene las manos libres para trabajar según sus planes dentro de una nación, su capacidad de acción está limitada por la soberanía territorial de los países receptores.⁹

⁶ Aguayo, *op. cit.*, p. 24.

⁷ Graciela Freyermuth y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993, p. 33; Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 18.

⁸ Aunque también hubo guatemaltecos que se internaron en las ciudades o buscaron asentarse en otras zonas del país. Sin embargo, al estar dispersos no fueron reconocidos como refugiados por el ACNUR o la COMAR.

⁹ Aguayo, *op. cit.*, p. 68. "In October of 1983, the Mexican government delivered an official letter to protest to the High Commissioner for refugees in Geneva about the role of the representative of the Mission in Mexico, Pierre Jambor. He was later recalled for consultations to Geneva. At the beginning of 1984, Pierre Jambor was replaced

Este fue el caso de México, pues —en lugar de atender directa y, a veces, exclusivamente a la población refugiada como lo había hecho en otras partes del globo— el ACNUR trabajó a través y a la par de los organismos mexicanos y con la COMAR, la cual obtenía entre 90 y 95% de sus recursos del ACNUR.¹⁰

Cuando el refugio guatemalteco en México empezaba a contar sus primeros años, una de las mayores crisis financieras en la historia impactó en América Latina. En 1982 México se declaró en moratoria y las perspectivas económicas se mantuvieron bajas durante toda la década, con tasas negativas de crecimiento de -5.2% en 1983 y -3.8% en 1986. A esto se sumó una muy alta inflación del 80.8% en 1983 y del 105.7% en 1986; además, el país se encontraba obligado a mandar un gran flujo de su capital al exterior para cumplir con los pagos de la inmensa deuda externa.¹¹ El carácter trágico de la década no se restringió a lo económico, el temblor de 1985 en la Ciudad de México devastó partes de la capital y otras zonas del país, y cobró miles de vidas.

La posición que tomó el gobierno mexicano frente a la llegada de los refugiados guatemaltecos jugó un papel primordial en el tablero de la política internacional en torno a Centroamérica. La decisión de México de aceptar a los desplazados incomodaba a la política del entonces presidente estadounidense, el republicano

in his position by Leonardo Franco. Thereafter, the Mission in Mexico has abstained from publicly criticizing and confronting the Mexican government on refugees' issues". Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 35. "Officially, the Mexican government has insisted that all international and domestic aid must be channelled through COMAR. [...] The UNHCR brings in most official international aid for the refugees. Its budget for Mexico has increased rapidly in the last few years: it went from about \$800 000 U.S. in 1981, to around \$2 000 000 U.S. in 1982, to nearly \$4 000 000 U.S. in 1983 and to over \$7 000 000 U.S. in 1984". Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 24.

¹¹ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 23.

Ronald Reagan. Aquel gobierno consideraba a los expatriados guatemaltecos no como refugiados sino como migrantes económicos, dificultando a los solicitantes la obtención del estatus de refugiado en Estados Unidos.¹² El reconocimiento o no reconocimiento del migrante guatemalteco como refugiado iba en línea con la política exterior del país estadounidense, puesto que aceptar la existencia de un conflicto que obligaba a huir a miles de personas hubiera implicado un golpe a la legitimidad de sus aliados en el istmo. Esto a la vez hubiera perjudicado su política de “no retroceder en Centroamérica”, surgida a raíz del triunfo de la revolución sandinista que Reagan enmarcó dentro del conflicto Oriente-Occidente de la Guerra Fría.¹³

La frontera sur de nuestro país siempre había sido muy permeable, las personas iban y venían continuamente y fuertes vínculos unían a las comunidades de uno y otro lado de la frontera. Chiapas y Guatemala forman parte de la misma área cultural y mantienen lazos económicos y étnicos. La frontera, que había sido trazada de manera definitiva en 1882, era puramente política; sin embargo, el cruce de esta línea imaginaria implicaba una mayor seguridad para los refugiados.¹⁴ La llegada a Chiapas de los guatemaltecos que huían de la violencia supuso un cambio en la dinámica de la frontera pues las medidas de vigilancia de la zona se incrementaron, pero, a pesar de esto, no se llegó a tener un control real de la frontera.¹⁵

¹² Aguayo, *op. cit.*, pp. 108 y 109; Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, pp. 79 y 80.

¹³ *Crisis en Centro América y refugiados guatemaltecos en México*, México, Ciencia y Tecnología para Guatemala, 1985 (Cuadernos, 5), pp. 3 y 4.

¹⁴ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 16.

¹⁵ Edith Kauffer, “De la frontera política a las fronteras étnicas. Refugiados guatemaltecos en México”, en *Frontera Norte*, vol. 17, núm. 34, julio-diciembre de 2005, pp. 9 y 10.

Pasar de Guatemala a México significó para muchas personas y familias un cambio en el curso de sus vidas, tanto si al final regresaron o no a sus países. Que fueran, además, miles de personas las que formaron parte del éxodo, refugio y, en muchos casos, retorno, trastocó no sólo las vidas de familias y comunidades, sino también la historia de sus países de origen y la de México.

Una vez que los refugiados cruzaban la línea divisoria, Guatemala quedaba de un lado y México del otro, pero con el paso de miles de guatemaltecos una parte de Guatemala entró a nuestro país a través de su gente. Por lo tanto, la historia del refugio contada por los exrefugiados empieza con sus vivencias en Guatemala. Un vistazo al pasado de esas vidas ayuda a entender quiénes eran las personas que llegaron a México y cómo, tras muchos años de dificultades, decidieron quedarse y formar parte de este país.

VIDA ANTES DE LA HUIDA

En un país pobre como Guatemala el bienestar está limitado a una pequeña minoría. En aquellos años la mayoría de los campesinos contaba con pocas tierras y sus cultivos eran en gran medida para la subsistencia. Sólo alguna eventual venta de sus cosechas o de su fuerza de trabajo en las grandes fincas (labor agotadora e injusta) les granjeaba un dinero extra.¹⁶ En esta dinámica se encontraba la familia de Rufino Martín; él habla de su lugar de origen, una comunidad pobre de la que había que desplazarse estacionalmente para buscar trabajo en las fincas:

¹⁶ Juan Ignacio Antonio, *El trayecto de Guatemala a Campeche: el caso de una familia Q'anjob'al*, Campeche, Conaculta/Gobierno del Estado de Campeche, 2013, p. 10.

En el año ochenta, pues, yo salí del Ixcán. Ixcán se llama el lugar, pero no somos de Ixcán, yo soy de Todos Santos, Huehuetenango; y las tierras de mi papá —allá donde nací— son tierras pobres. Es un lugar frío, no se puede, no se puede vivir [...] ahí bien, sino que es pura pobreza porque las milpas se siembran y [es] más del año cuando va a dar un elotito. Entonces, nuestra tierra donde nacimos obligadamente tuvimos que [dejarla y] trasladar a otro lugar [las fincas], donde sembraban algodón, sembraban café. Los finqueros —son finqueros, le dicen allá—. Allá es [así] nuestra vida: salir de la casa de donde nacimos e ir por meses, dos meses, tres meses, hasta que la cosecha se acaba y regresamos a la casa.¹⁷

Ésta era una práctica que se remonta a la época colonial y que existió durante siglos. Sin embargo, en las décadas de 1960 y 1970 se llevó a cabo un proyecto para la expansión de la frontera agrícola y la colonización de las tierras selváticas del Ixcán y del Petén. El plan atrajo a miles de guatemaltecos sin tierras dispuestos a trabajar; familias enteras llegaron de todo el país buscando las nuevas oportunidades laborales.¹⁸ Los avisos llegaron a veces por radio y otras por comentarios de vecinos, así la población se enteró del proyecto y, empujada por la pobreza y el deseo de tierras, lo atendió y migró dando inicio a su nueva vida en aquellos

¹⁷ Entrevista con Rufino Martín por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

¹⁸ Adelina Hernández menciona algunos lugares de los que provenían los nuevos pobladores de Santa María Dolores: “Había gente que llegó de Mazatenango, gente de Oriente, de ahí Oriente de Guatemala, de Jalapa, de Jutiapa. Sí, llegó gente de distintos lugares, y los cobaneros [...] que eran de ahí, de ese lugar”. Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 25 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche. Como se mencionó en el primer capítulo, estos proyectos recibieron el apoyo de la Iglesia católica; el bienestar que fueron logrando las cooperativas mermó la mano de obra que estacionalmente iba a trabajar a las fincas, lo que también llevó a la represión de estas comunidades. Sobre la dinámica en el Ixcán, véase Roddy Brett, *The Origins and Dynamics of Genocide. Political Violence in Guatemala*, Londres, Palgrave Mcmillan, 2016.

terrenos recientemente arrancados a la selva. Rufino Martín recordó la exuberancia de aquel nuevo lugar en contraste con su tierra natal en Todos Santos, y cómo su fertilidad era prometedora para alcanzar un mayor bienestar:

Entonces mis papás se fueron a ver los terrenos, cómo es el terreno. Era una selva grande: son palos grandes, ríos grandes. Es algo extraño porque en mi tierra así no lo vemos: maderas grandes no lo vimos, ríos no hay, pero hasta allá sí hay. [...] ¡No!, era una bendición porque allá se sembraba el maíz sin fertilizante, se sembraba plátano sin fertilizante, el café sin fertilizante, el cardamomo sin fertilizante, calabaza sin fertilizante, frijol sin... Daba una buena cosecha [...]. ¡Es para contarlo ahorita! Porque nomás un rato lo vimos y se nos quitó, porque hasta ahorita nos acordamos del santo lugar.¹⁹

La tierra se trabajaba y rendía abundantemente aquellos primeros años y, aunque en los terrenos se laboraba en algunas ocasiones bajo la condición de usufructo, se esperaba que algún día se les diera el título de propiedad. Los años pasaban en el nuevo hogar, se habían limpiado los terrenos, las cosechas habían dado ya su fruto, había relaciones con los vecinos y la vida se iba asentando bajo el abrigo de un mayor bienestar.²⁰ Quizá pareció entonces

¹⁹ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

²⁰ “La parcela familiar usual era mayor en el Quiché: entre 28 y 34 hectáreas”. Sergio Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales*, México, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social/Centro de Estudios Internacionales-El Colegio de México, 1989, p. 39. “Previo al desplazamiento, la comunidad [de Santa María Dolores] se había consolidado con cerca de 140 familias, cada una de las cuales poseía una parcela de aproximadamente 40 manzanas avaladas por el título profesional del INTA [Instituto Nacional de Transformación Agraria]”. CEH, *Guatemala, memoria del silencio*, 12 ts., Guatemala, Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas, 1999, t. 3, p. 154. Sobre el relativo bienestar en la zona del Ixcán (como en este capítulo describen los entrevistados), véase Brett, *op. cit.*, pp. 93-95.

que la decisión de haberse mudado había sido la correcta. Adelina Hernández rememoró cómo se fue acomodando la vida en la zona Reina, en el Ixcán, en el departamento de El Quiché:

mi papá ya empezó a ver una planta que le decían el cardamomo, que se vendía a muy buen precio; entonces mi papá sembró algunas hectáreas con cardamomo, y hizo potrero para tener ganado. Mi mamá tenía sus gallinas, mi mamá tenía sus cochinos. [...] la gente que venía de otros lugares, [así] como a la gente de ahí mismo, hacía mi mamá arroz en leche, hacía mi mamá alguna comida, y a la gente le gustaba llegar a comer ahí, con mi mamá.²¹

Ahí, en esas pequeñas localidades, se creó un mosaico de Guatemalas —característica que se trasladaría a los campamentos en México durante el refugio—, debido a que, llamadas por la oportunidad de tierras, habían llegado personas de diversos lados del país. Juan Ignacio Antonio, laurelense y exrefugiado de origen kanjobal, escribió: “En 1975, fuimos bajando de tierra fría, cerca de 100 familias para producir las 88 parcelas que nos entregó el INTA, después de muchos años de esfuerzo y sacrificio, no todos hablábamos el mismo idioma ni teníamos las mismas tradiciones. Fundamos nuestra nueva comunidad entre Ixiles, Kiches, Kanjobales y Quecquichis y algunas familias que solo hablaban castellano”.²²

Como Petén y El Quiché son departamentos fronterizos, muchas de las nuevas comunidades que ahí se asentaron empezaron a relacionarse con las comunidades mexicanas cercanas. Se establecieron lazos comerciales y laborales; lo que años después, al momento de huir de Guatemala, hizo más fácil y factible tomar la

²¹ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

²² Antonio, *op. cit.*, p. 12.

decisión de salir a encontrar resguardo en México.²³ Jaime Rosas provenía del departamento de San Marcos y había llegado a la cooperativa La Lucha en Petén, cerca de la frontera con Chiapas. Y precisamente por su proximidad con México era allí donde su comunidad comercializaba los productos de sus tierras:

México nos quedaba más cerca [...]. Para llegar a donde está México, [de] la frontera del río Usumacinta [de] ahí nomás caminábamos 12 kilómetros. Era bastante poco, y con bestias, con animales así, machos o lo que fuera, se saca la carga para la frontera y ahí, en los ríos, hay lanchas y todo lo que cruza para el lado de México. Y ahí igual llegan coyotes a comprar maíz, frijol, todo lo que se produce.²⁴

En las comunidades recién nacidas o que se habían agrandado con la llegada de nuevos pobladores, las primeras satisfacciones de relativo bienestar comenzaron a hacerse notar en esas regiones destacadas por su pobreza. Pero, en el lapso de unos pocos años, los hombres y mujeres que habitaban esas comunidades se vieron obligados a huir por la violencia desatada durante los gobiernos de Lucas García y Ríos Montt. Aquella salida, que fue en muchos casos precipitada, tuvo como preámbulo el desasosiego y la inseguridad: comenzaron a llegar murmuraciones sobre la guerra y, a lo lejos —aunque cada vez más cerca—, se empezaron a escuchar los sonidos de disparos y bombas. Y es que la guerrilla y el ejército fueron dos grupos opuestos que marcaron su presencia especialmente en los pueblos, al norte y noroccidente del país.

En aquella época, la situación de inseguridad imperante dejó prácticamente como único modo para seguir con vida la movilización hacia la frontera mexicana.

²³ Aguayo, *Los refugiados guatemaltecos...*, p. 37.

²⁴ Entrevista con Jaime Rosas por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

HUIDA

La represión se extendió por Guatemala, pero la información sobre lo que ocurría no siempre alcanzaba a los aislados campesinos. La radio y lo que los vecinos se contaban entre sí eran los únicos medios informativos, y el peligro creciente no alcanzaba a visualizarse. Las noticias llegaba en fragmentos dudosos: notas en la radio, comentarios de vecinos, el sonido lejano de las detonaciones, incluso las amenazas que los militares y los guerrilleros hacían a la comunidad. El ambiente de tranquilidad vivido en un principio se vio prontamente reemplazado por uno de incertidumbre:

Seis años, exactamente. Son seis años los que estuvimos ahí. Todos los seis años son tranquilitos. [Después] ya empezó el ruido como en el [...] oche [...], como en el 77, 78, creo empezó ruido por allá. Cerca ya [se] oye que el ejército está matando a la gente, que está persiguiendo a la gente [...]. Entonces ya nosotros nos dimos cuenta que el helicóptero del ejército venía sobre la montaña, [que] empiezan a tirar balazos con armas, o con armas o con bomba, no sé qué es, pero se escuchaba. Empieza pou-pou-pou-pou-pou-pou sobre la montaña.²⁵

Tales ruidos no eran buenos presagios. Muchos de los laurelenses que vivieron aquellos momentos eran niños, adolescentes o apenas unos jóvenes en los años de la guerra. Adelina Hernández, que en ese tiempo tenía once (y luego doce años), recordó cómo de niña no podía saber qué era lo que pasaba; no se lo confiaban por seguridad —podía ser que dijera algo a un extraño o a un soldado y que pusiera a la familia o a la comunidad en peligro—, pero aun así sabía que algo andaba mal.²⁶

²⁵ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

²⁶ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

Adelina Hernández también recordó algunas de las percepciones que tuvo en esos momentos de su infancia. Los soldados eran malos —pensaba—, así que, ¿qué es lo que harían cuando llegaran? La laurelense refirió entre risas, quizá por evocar la inocencia de sus pensamientos de entonces, que ella ya sabía que tendrían que salir huyendo, y en su mente maquinaba un pequeño plan:

yo en ese tiempo pensaba que los soldados eran malos, y yo sabía que sí eran malos. Fíjese qué tenía en mi mente de cuando [risa], de cuando era chica. Yo no lo había visto, pero yo sabía que nos teníamos que salir huyendo de ahí y que nos teníamos [risa], nos teníamos que ir. Y como siempre íbamos a la iglesia y ahí [en la iglesia] había un niño Dios bien bonito [...]. Ese niño Dios para cuando nacía, era el que yo ponía; pero después lo sentaba, lo ponía sentadito, y yo siempre veía a ese niño Dios y yo decía “Cuando vengan y nos corran [risa], yo voy a pasar trayendo al niño Dios”. Pero eso yo solita..., eso yo lo pensaba nada más así y yo no esperé... A nosotros no nos corrieron, [...] nosotros a la montaña no nos metimos [...].²⁷

Finalmente, como muchos ya lo intuían, el ejército guatemalteco llegó a sus comunidades. Sin embargo, su presencia y la represión no eran recientes. El castigo selectivo contra líderes era una práctica arraigada en Guatemala desde el golpe de Estado de 1954, pero que se recrudeció a finales de los años setenta. Durante el decenio siguiente las desapariciones aumentaron y afectaron a personas de más bajo perfil.²⁸ La sospecha cubrió a toda la población; en cada

²⁷ *Loc. cit.*

²⁸ Garrard-Burnett señaló que la desaparición forzada de personas fue una práctica de represión que se ejerció principalmente durante el gobierno de Romeo Lucas García, en cambio, durante la administración de Efraín Ríos Montt, la estrategia cambió, las muertes aumentaron y éstas no dejaban duda de lo que había pasado, como sí ocurría con las desapariciones forzadas. Virginia Garrard-Burnett, *Terror in the Land of the Holy Spirit. Guatemala under General Efraín Ríos Montt, 1982-1983*, Nueva York, Oxford University Press, 2010, p. 88.

campesino, en cada indígena había un potencial guerrillero. El ejército justificaba —cuando lo hacía— aquellos “arrestos” ante los pobladores. Su autoridad, como el cetro que sostiene un monarca, estaba en el fusil, un recordatorio de su capacidad para ejercer la fuerza hacia quien disintiese. No quedaba más que repetir lo que el ejército quería escuchar. Reyes Padilla recordó aquellos momentos cuando los soldados, utilizando metáforas bíblicas, justificaban la desaparición de sus vecinos:

[Viniendo de trabajar en la parcela o de alguna parte, si toca retén y a uno lo señalan (y a muchos falsamente sólo por denunciar) ya al] que apartan desaparece. Ya le decían a usted [y] a toda la gente del pueblo: “Si [hay] algún grano de maíz podrido en una mazorca, ¿qué prefieren?, ¿sacarlo o dejarlo que pudra lo demás?”. ¿Pues qué tiene que decir uno? Pues ahí están ellos, ni modo que va a decir “No”; [uno decía] que “Hay que sacarlo, hay que sacarlo”, y ya. Y ese ya no apareció.²⁹

La autoridad de la fuerza se imponía, sin embargo, frente a los terribles sucesos había cabida para acciones de dignidad, todas de bastante valentía, que reivindicaban la humanidad de las víctimas a pesar de la cercanía y amenaza de los victimarios. Adelina Hernández relató otra anécdota de un evento que le tocó presenciar cuando una noche fueron ejecutados, tras torturas, unos señores de su comunidad (Santa María Dolores), quienes al volver del trabajo tuvieron la desgracia de encontrarse con los militares:

Ya estaba oscureciendo, ya era como la oración, como la seis, cuando ya los cuerpos estaban ahí. [Y alguien dijo:]

²⁹ Entrevista con Reyes Padilla por Hugo Alfaro, domingo 4 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

—No, pues los vamos a ir a enterrar, y los vamos a ir enterrar sin caja porque ya es noche —la gente tenía miedo.

—No —dijo una señora—, mi marido sin caja no se va, a él primero le hago su caja y después lo enterramos.

Se pusieron a hacer las cajas de madera, a todos les pusieron caja, ninguno se fue sin caja, les hicieron sus cajas, los fueron a enterrar y [...] y se acabó. La señora le hizo su caja; ninguno de ellos se fue sin caja. Los fueron a enterrar. Y pues eso sí declaró el ejército, que los había matado porque eran [...] “subversivos”, eran “guerrilleros”.³⁰

Miles de personas fueron torturadas y ejecutadas. En la mente de los victimarios sus víctimas no eran seres humanos, sino bestias, animales que morirían como lo que eran. La decisión por parte de los dolientes de enterrar en sus cajas a quienes habían sido sus parejas, familiares o amigos era un acto de dignificación hacia sus muertos, pero también un desafío simbólico contra los perpetradores. Bajo el supuesto de ser guerrilleros se despojó de la vida a aquellos campesinos, trabajadores de su tierra, y en la forma de darles muerte, por medio de tortura, existió el privarlos de su humanidad. En este caso los pobladores, empujados por la fuerte decisión de una mujer, no dejaron que el significado de los victimarios se impusiera sobre aquellas muertes; en el momento de despedir a los difuntos, sus familiares y vecinos reafirmaron su humanidad. Aquellos que fueron ejecutados como si de bestias se tratara fueron dignificados en su entierro como lo que eran: hombres. Eran personas, y como personas debían irse. Más de treinta años después, aquella joven aún lo recordaría.

La guerra en Guatemala tuvo múltiples dimensiones. Lo que era un enfrentamiento armado e ideológico entre dos bandos, el

³⁰ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

ejército y las guerrillas, también brindó el espacio para zanjar venganzas personales, sacar provecho y alcanzar posiciones de poder. Adelina Hernández, al igual que Reyes Padilla, mencionó cómo falsas denuncias fueron utilizadas en muchas ocasiones para alcanzar beneficios económicos o personales, las cuales costaron la vida de personas:

Pero es que a veces se levanta mucha gente de los mismos de nosotros, y a veces por egoísmo hay gente que denuncia con la guerrilla: “Fulano es del ejército”, y viene la guerrilla y lo mata; vienen los del gobierno [y dicen lo mismo]: “Fulano es guerrillero”. Le cae mal, tal vez por interés de tierras, tal vez [porque] no les prestan dinero, o por un animal, o por cualquier cosa de esas denunciaba uno al otro conforme tuvieran la posibilidad.⁵¹

¿Qué era entonces el ejército?, ¿aliado o enemigo? ¿Qué era la guerrilla, el EGP, las FAR?, ¿aliada o enemiga? La situación era bastante desorientadora. Muchos campesinos le tenían confianza al ejército, al fin y al cabo era una autoridad en la que, según, se podía confiar; ellos mismos llegaban y lo afirmaban. ¿Pero hasta dónde había que creerles? ¿Cuánto podía costar esa confianza? Don Reyes habla de esa confianza que tenía en el ejército, la cual se fue deteriorando por las circunstancias adversas que finalmente le llevaron a tomar la decisión de salir para México:

Yo, fíjese que casi le puedo decir que sí [le tenía confianza a los militares en ese entonces]; como uno no se daba cuenta de la situación, yo decía “Pero yo no creo que nos maten por gusto”. No se me alcanzaba eso de que alguien pudiera denunciar a uno [falsamente] por

⁵¹ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

un interés personal, pero cuando ya lo tocan a uno, pues ahí sí, ¿qué hago? Me voy.³²

La percepción predominante era que la población se encontraba, como se suele decir, entre la espada y la pared. Todo camino conducía al mismo resultado: el riesgo a ser violentado por alguno de los protagonistas de la guerra. Aunque unos vieran de manera optimista a la guerrilla, también ésta realizaba acciones que la igualaban con su enemigo. Ejecuciones, represiones y forzar a la gente a unirse a sus filas fueron algunos de los actos que compartieron; aunque la guerrilla es culpable de muchas menos muertes en comparación con los militares. Nuevamente Adelina Hernández detalló este aspecto:

Una vez, entró la guerrilla ahí, a [Santa María] Dolores. [...] los sábados era día de plaza, ahí venían comerciantes [...]. [Fue cuando] venía la guerrilla buscando a un señor, que bendito sea Dios, el señor ya no estaba ahí; el señor ya se había ido, pasó [por] ahí, pero cuando la guerrilla llegó ahí ya el señor ya no estaba. Porque la guerrilla también tenía un plan, como quien dice, que uno no anduviera de chismoso, que no anduviera diciendo nada de las pozas³³ porque así iba acabar. La guerrilla tenía su mal modo, agarraba [a] que se reuniera la gente y ponía a quien iba a matar y ahí lo mataba delante de la gente, sí, para intimidar.³⁴

Había además una obligación implícita de colaborar con la guerrilla. En un ambiente de apoyo, si alguien no cooperaba se podía interpretar de mal modo, podía ganarse la antipatía de cierta par-

³² *Loc. cit.*

³³ Probablemente se refiere a las trampas en los caminos que hacía la guerrilla para atacar al ejército.

³⁴ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

te de la comunidad o de los guerrilleros y estar bajo su mirada de manera más aguda. A uno no lo obligaban a participar, recuerda Adelina, “pero uno sabía que uno tenía que cooperar”. Al igual que el ejército reclutaba forzosamente entre la población, la guerrilla a veces también exigía que los jóvenes entraran a sus filas:

con la guerrilla no, o sea, no lo obligaban a uno [a cooperar], pero uno sabía que uno tenía que cooperar, o sea, uno debía de cooperar con ellos y, por lo menos, yo [...] doraba maíz, lo molía y se les daba para que ellos tuvieran comida en la montaña; [también] doraban plátano y lo molían y se les daba eso ya molido. Sí, se les cooperaba. Si estaba la gente, [se] les preparaba y [se] les daba. Como quien dice, uno tenía que estar. Por lo menos, mis hermanos, ellos debían de irse con la guerrilla, ellos ya eran grandes, se debían de ir; pero bendito sea Dios, fíjese usted, mi mamá tenía, como quien, dice tres jóvenes buenos para que se fueran a la guerrilla... [pero no, ninguno se fue].³⁵

Vivir en aquel ambiente de relativo desconocimiento de la situación generaba dudas en la población. ¿Qué era la guerrilla, qué buscaban, quiénes eran? ¿Qué estaba haciendo el ejército? ¿Qué se debía hacer? Hubo campesinos que sabían qué era la guerrilla, pues ésta había tenido contacto con algunos y unos habían decidido unirse a ella o apoyarla de alguna forma; otros se mantenían al margen teniendo una idea vaga; mientras otros desconocían en general la situación. Los hombres estaban obligados a participar en las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) y algunos, a su vez, estaban dentro de la guerrilla. Existía presión por parte del ejército para que se denunciara, por lo que las divisiones y la desconfianza empezaron a crear grietas en la población, pues no se sabía a ciencia cierta a qué bando se pertenecía. En el conflicto entre ambos

³⁵ *Loc. cit.*

grupos quedaron otros campesinos que no veían reflejado en él su propio conflicto.

Reyes Padilla habló sobre el sentimiento de represión que significaba no poder hablar libremente en su comunidad, en Petén, porque no se sabía realmente quién era el vecino, a qué grupo pertenecía o las consecuencias que pudieran tener las palabras que uno dijera en su presencia:

Pues es bien feo, no puede decir usted nada; quedarse callado porque, ¿qué tal si lo están sordeando³⁶ a los otros? Y lo pueden denunciar porque, como le digo, ahí mismo está. Porque a veces nosotros nos juntamos y había un señor que nos dijo: “Miren, señores, yo trabajo con los del escuadrón de la muerte y yo siempre ando vigilando porai; salgo al monte y donde veo a la guerrilla ya denuncio, lo denuncio con los que son allegados del ejército”. Y uno no sabía, era amigo de usted, namás que le confiaban, según como fuera usted, le confiaban y ya le platicaban, ya le decían que no fuera a decir nada.³⁷

En otro caso:

Tenía un amigo, ese sí fue de la guerrilla, y ya después me dijo quiénes eran del escuadrón de la muerte; incluso había amigos míos, chavos como que los mira usted ahí y no aparentan nada, parece que andan buscando trabajo, que viene de otro lado; pero no era su misión trabajar, son del ejército y son del escuadrón de la muerte.³⁸

En esas circunstancias resulta lógico que predominara la incertidumbre respecto al mañana. No había seguridad sobre lo que sucedería al día siguiente, parecía que mucho dependía del azar: a uno

³⁶ Comunicar a alguien más lo que uno dice.

³⁷ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

³⁸ *Loc. cit.*

le podía tocar un retén o no, generar la envidia de algún vecino o no, ser confundido por guerrillero o no. No existía la certeza de que se estuviera a salvo. Si ya le había tocado a un familiar o a un amigo de los que se estaba seguro que eran inocentes, ¿no estaría también en riesgo uno mismo y su familia? La incertidumbre de que alguna noche o algún día la suerte se pudiera tornar en contra y ser la persona que desaparecía, la que no llegaba, la que de repente “pertenece” a la guerrilla, era la que generaba un ambiente de miedo e inseguridad. Es una constante en la historia de los regímenes represivos:

Pues ahí en ese momento lo que [se] espera es que le llegue a uno nada más, que le toque a uno también; pues como todo es sorpresa, los que llegan en la noche lo sacan... Ya no espera uno otra cosa, ni volver. Así era la cuestión. Muchos murieron inocentes, miles, la mayoría. Por lo menos la guerrilla se formaba y se iba a la montaña, peleaba con ellos, tenía cómo defenderse [...], ¿pero uno? Trabajaba, estoy durmiendo, cuando lo mejor que pensaba era trabajar otro día, ya no amanecía... Pues nombre, sin tranquilidad es duro, sí, cuando pasa.⁵⁹

Don Reyes cuenta la impotencia que sentía al ver que no podía hacer nada contra el ejército. Avisado de que no debía meterse a la guerrilla (después de la confidencia de un amigo que se había metido al monte), decidió irse para México:

Cuando sacaron a mi suegro [...], ya cuando tocaron a mi suegro, no, pues dije yo “No, esto no es por aquí” [...]. El ejército fue, porque a él lo bajaron. Al venir mi cuñado que vive aquí, estaba chiquitito, venía llorando que lo habían bajado, y fui yo a reclamar. Me dijeron que no lo habían bajado ahí: “¿Quién le dijo que aquí lo bajaron?”.

⁵⁹ *Loc. cit.*

“Un hijo —le digo—, un niño que andaba con él”. “No, pues aquí no lo hemos bajado”, me dijo. Pues ya [que] me dio más miedo y coraje, dije “No tiene caso que yo esté con ellos si ellos nos van a estar acabando, mejor me voy”. Por eso busqué la salida por acá. Ya aquí ya no sentía nada de lo que había perdido, tenía como 80 hectáreas de terreno, pura aplanada, buenas tierras, pero no lo sentí; yo lo que quería era defender mi familia, fue como lo logré y, gracias a Dios, aquí estamos.⁴⁰

Varias personas salieron de sus comunidades previendo lo que podía pasar. Algunas marcharon hacia otras partes de Guatemala, pero al ver que el peligro circulaba en todo el país decidieron irse a México, pues la frontera se encontraba relativamente cerca. Muchos otros partieron hasta que los militares llegaron a destruir sus aldeas y a asesinar a sus habitantes. Éstas fueron las situaciones más traumáticas. Ernestina Hernández, de entonces doce años, quien vivía en la comunidad de Los Josefinos en el departamento de Petén, cuenta cómo los soldados llegaron y cómo su familia se dispersó. Su padre fue asesinado y durante los siguientes seis años creyó que su madre había sufrido el mismo final,⁴¹ ya que con la repentina llegada de los soldados a la aldea la huida fue desordenada:

[Mis hermanos] se fueron detrás de [mi mamá]; la vieron [pero] nosotros no la vimos cuando ella salió huyendo entonces. Cuando ella dijo: “Salgan huyendo”, entonces nosotros nos quedamos ahí escondidos. La casa agarrando fuego y fuego, y dijo mi hermana: “Salga-

⁴⁰ *Loc. cit.*

⁴¹ Estando ya en Campeche, en Quetzal-Edzná, Ernestina se reencontró con su madre, quien se había refugiado con el resto de sus hijos en Belice. Ella escuchó que había campos de refugiados en México y un día fue a buscar a sus hijos y los encontró. Los dos niños menores se fueron a Belice con su madre, pero las dos hijas mayores, entre ellas Ernestina, permanecieron en México.

mos huyendo, ya se fueron los soldados, se fueron a otra casa”, y nos fuimos [...]. Y fuimos a ver la cama y ahí estaban los hermanitos. Si no nos hubiéramos dado cuenta que ahí estaban se hubieran quemado, pero fuimos a ver la cama y ahí estaban. Entonces agarré, estaban chiquitos [...], agarré yo uno (porque tenía año y medio él y el otro como dos años y medio), y agarré yo uno y ella uno y nos fuimos. Nos fuimos para el monte; ya fue que ahí nos juntamos con la demás gente que andaban huyendo igual en el monte.⁴²

No todos tuvieron que esconderse en la montaña con la esperanza de que los soldados abandonaran para siempre la zona y pudieran regresar a sus aldeas a continuar con sus vidas, incluso a pesar de la tragedia de la que habían sido víctimas. Algunos abandonaron sus aldeas antes de que llegara el ejército temiendo que la violencia continuara y, sintiéndose vulnerables, decidieron cruzar a México para esperar a que las aguas de la guerra se calmaran y poder regresar a sus hogares. Sin embargo, tanto el camino corto como el largo implicaban un peligro, todo aquel que estuviera fuera de su comunidad era sospechoso de algo: “¿Qué anda haciendo afuera si no es guerrillero?”. Este fue el riesgo que tuvo que enfrentar la familia Hernández: “Yo no sé cómo cuando nos venimos [y] pasamos por Playa Grande, no nos dijeron: ‘Estos son guerrilleros’ [...]; porque si usted estaba ya manchado, [y] ya estaba en la lista, de Playa Grande no pasaba. Ahí en Playa Grande había una fosa y todos ahí quedaban, todos ahí quedaban en Playa Grande; y nosotros pasamos y pasamos bien”.⁴³

Pero si unos se salvaron de pasar meses en la selva, hubo, en cambio, decenas de miles de personas que vivieron en la montaña

⁴² Entrevista con Ernestina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 30 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

⁴³ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

bajo pésimas condiciones, esperando el momento del retorno seguro a sus comunidades. Ahí estuvieron alimentándose de lo que encontraban y de lo que podían recuperar de sus parcelas, arriesgando su vida si eran descubiertos. La pésima alimentación agravó la salud de los desplazados que, además, tenían que soportar las enfermedades tropicales de la región.⁴⁴

Vivir en el monte conllevaba un estado de penuria: el silencio era una estricta orden, se comía las hierbas y frutos que se encontraran por ahí y los alimentos sólo podían cocinarse en la noche para evitar que el humo de las hogueras avisara al ejército sobre su ubicación, además, se estaba bajo el ruido de bombas. Se vivía al día y se encontraban como cruel advertencia las huellas de la brutalidad del ejército. Don Rufino recordó cómo un día hallaron a una anciana que había sido torturada y ejecutada por los militares:

A otra señora, una ancianita, no sé cómo la agarró el ejército. Estaba así un arroyito, estaba caminando agua, pero era trabajadera; hay milpas. Ahí la encontramos, pero ya había como las tres semanas [de muerta que la] fuimos a encontrar. ¡Ay, apestaba! Pero le pusieron un lacito aquí, en el cuello, y le metieron un palito aquí, y le dieron vuelta así —tortolo dicen que le llaman—, hasta que llegó al pescuezo. Sí, creo que la abuelita se murió de ahogado [...]. Ahí se quedó la cinta, la cinta va dar vuelta, le dieron vuelta. Cuando se murió ahí la dejaron. A las tres semanas fuimos a verlos y, ¡ay!, aguaditaaa todo ya estaba.⁴⁵

Los relatos de este tipo se cuentan por miles en Guatemala, quizá por cientos entre los exrefugiados, y evidencian la brutalidad distintiva de los militares. Los perseguidores no se limitaban a dar muerte a sus víctimas, la forma de hacerlo era fundamental para

⁴⁴ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 32.

⁴⁵ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

esparcir el terror entre aquellos que, escondidos, permanecían con vida. La ejecución por medios brutales del sector de la población más indefenso, como niños y ancianos, no sólo daba el mensaje de que tales ataques iban dirigidos contra aquellos capaces de tomar las armas, sino de que todos eran responsables y que a todos se les cobraría. Don Rufino describió el hallazgo de la anciana, persona que probablemente nunca se rebelaría contra el ejército y que, sin embargo, fue ejecutada por un medio lento que ocasionaba dolor y desesperación en el proceso. Al acabar con su vida, su cuerpo fue dejado ahí, a lado de las milpas (fuente de alimento para aquellos que se escondían) como advertencia y amenaza para aquellos que la encontrarán.

La población que alcanzó resguardo en la montaña contra los ataques pasó largos meses ahí. En esas condiciones las enfermedades se hicieron frecuentes, y es que, incapaces de procurarse una buena alimentación por las circunstancias, muchos enfermaron y fallecieron:

Sí, había unos que se hinchaban, se hinchaban; había unos que se morían porque como no había comida, no había comida; puros palos comía uno. Y había veces que salían así a las milpas a buscar maíz, lo cocían pero así sin cal, sin nada, namás cocido, y así comía uno. Los niños a veces se morían porque no aguantaban.⁴⁶

El ruido representaba un peligro porque podía delatar la posición del grupo que, escondido en la selva, se mantenía al resguardo de los ataques del ejército. A los perros los mataban, cuenta don Rufino, para evitar que sus ladridos los descubrieran; a los niños se les tapaba la boca. Juana Mo contó una situación en que los lloridos

⁴⁶ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

continuos de una pequeña bebé representaron un riesgo para un gran grupo de personas:

ya empezamos nosotros a huir y a huir y a huir en la montaña, ya le digo. Ahí estábamos cuando esta niña, hija de mi hermano, estaba llore y llore y llore, hasta que le dijo él [a la mamá]: “Mirá qué vas hacer con esa niña porque yo la voy a matar; es mi hija pero prefiero matar a mi hija y no que el ejército venga a masacrar toda esta cantidad de gente”. Eran más de 500 almas las que había ahí, entonces [...] pues [a] ella le dio miedo, le dio tristeza, que le fuera matar su hija.⁴⁷

Don Rufino también narró cómo era sobrevivir en medio del monte y de qué modo se hacía para conseguir comida. Por ejemplo, se entraba al viejo hogar escondidos, con miedo, como si fueran, dice, rateros de su propio trabajo:

Le pegaba un palo en la cabeza, no mucho, ¡todos los perros los mataban! Hacíamos huecos para enterrarlos, se quedaban también los perros enterrados, ya por nosotros, por miedo. Ahorita como está, ahorita está lateando [un perrito ladraba]... Cuando lo escucha el ejército es cuando viene el ejército, entonces ahí está la gente, ahí está la gente; entonces, mejor no hay nada [de perros]. Para cocinar comida de noche se hacía fuego porque estuco no hay, pura leña. De noche se hacía un fuego para cocinar un poquito de atolito. Y como a veces entramos —[los] guatemaltecos somos trabajadores, donde quiera hay trabajador de maíz, hay trabajador donde hay caña, hay trabajador donde hay plátano—, ahora sí ya entrábamos como rateros a traer la cosa. Que ya encontramos un racimo de plátano, cortarlo; ya llegar aquí, no hay necesidad de que esté maduro, así verde... verdes sazón, lo que sea, y hervirlo. Al hervir (tenemos molino

⁴⁷ Entrevista con Juana Mo por Hugo Alfaro, martes 6 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

de mano), meterle el plátano, a moler y ya salía harina o masa [y] a hacer un atolito. Éste es. Hay que dar un poquito a los niños, este es la comida.⁴⁸

Entrar a territorio mexicano fue una alternativa de resguardo para muchos que, tras el cansancio de estar en la selva esperando la salida definitiva del ejército, no encontraban aún paz. Unos ya habían ido a México o tenían algún tipo de contacto con gente del país. Pero otros, a pesar de estar cerca de la frontera, habían llevado una vida muy local. Don Rufino Martín contó que antes de salir a México ya había escuchado algo sobre él. Su tío se dedicaba al contrabando de aguardiente mexicano hacia Guatemala y recordó a aquel decir: “Voy a traer aguardiente de Estados Unidos Mexicanos”.⁴⁹

Como todo el mundo se estaba yendo de la comunidad La Lucha, don Jaime y todos los demás habitantes también tomaron la decisión de irse para México. Aunque la guerra no hubiera llegado directamente a ellos, los ruidos de los disparos, las bombas que dejaban caer los aviones y las constantes noticias de peligro los empujaron al otro lado del río:

Fue que una persona dijo: “Está duro, ya saben en tal lugar lo que sucedió. Yo mañana temprano salgo temprano para México, me voy”. Y ya dijeron otros: “Yo también”. Y luego al ver que todos se están yendo: “Yo también”. Así fue que agarramos camino. Ya los días de estar ahí ya viene otro grupo, y otro grupo, y otro grupo y otro grupo de otras comunidades, y así se amontonaban en las fronteras tantísimas comunidades.⁵⁰

⁴⁸ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

⁴⁹ *Loc. cit.* Montejo, *op. cit.*, p. 107.

⁵⁰ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

La guerra en Guatemala no sólo provocó el arribo de refugiados a México, también llegaron a Belice, Honduras, incluso a Costa Rica y, en menor medida, a otros países. Los que decidieron no salir del país se desplazaron hacia el interior de Guatemala, ya fuera a otros departamentos, municipios más seguros, la capital o las Comunidades de Población en Resistencia (CPR). Fueron alrededor de 600 mil los desplazados internos y más de 150 mil o 200 mil refugiados los que salieron de Guatemala hacia México.⁵¹

REFUGIO EN CHIAPAS

Tras pasar meses escondidos en la selva o tras un breve recorrido, pero dejando atrás cuanto había sido su vida, los campesinos amenazados por el peligro en su país llegaron a Chiapas. Aquel lugar tenía un clima y geografía idénticos al de su Guatemala, no obstante, una línea imaginaria —una frontera— trazada un siglo antes marcaba por lo menos políticamente una limitante a sus perseguidores. Ya se estaba, en teoría, en un lugar más seguro. Los recién llegados pensaron que sólo pasarían unos meses o un año cuando mucho esperando el momento oportuno y seguro para volver. Una vez que se tranquilizara la situación, pensaban, regresarían y reanudarían sus vidas en sus tierras, en Guatemala; en cambio, el refugio se alargaba con cada momento y los años seguían pasando.⁵²

⁵¹ CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 205.

⁵² Kauffer, “De la frontera política...”, p. 13. “Ah, pues yo pensé que nomás nos íbamos a esconder un tiempo y después nos íbamos a regresar para Guatemala, y ya no, ya no regresamos, ya no. De una vez nos venimos para Campeche y ya no”. Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

Sin embargo, México no fue para todos —y menos desde un principio— la seguridad firme ni el caluroso cobijo que, según las autoridades de nuestro país, era su costumbre ofertar. Cuando a finales de 1980 los primeros refugiados llegaron a Chiapas, la reacción inmediata de las autoridades fue su deportación. Éstas continuaron incluso después de que la COMAR asegurara que esa no era la política del gobierno mexicano frente a la crisis que se vivía al sur del país. En 1981 la COMAR y el ACNUR reconocieron a un sector de los guatemaltecos en Chiapas como refugiados, y a pesar de ello las deportaciones persistieron, aunque con menor intensidad.⁵³

Por un lado, estaban las directrices que tomaba la COMAR y, por otro, las autoridades regionales y locales de Chiapas y Migración, las cuales actuaron bajo su propio juicio, deportando a los refugiados con el argumento de que los recién llegados eran migrantes económicos y no gente perseguida.⁵⁴ Pero a diferencia del migrante económico que viaja solo, se vió a familias enteras llegar a Chiapas y, junto con estos grupos, a viudas con sus hijos y niños huérfanos. La situación del arribo masivo de los refugiados estaba lejos de los tintes que tiene una migración económica.⁵⁵

La cifra exacta de refugiados que llegó a México es muy difícil de establecer. Oficialmente fueron registrados 46 mil, no obstante, hubo una gran cantidad de guatemaltecos que no fueron inscritos por estas organizaciones como refugiados —su número superaba con creces a la cifra reconocida— y se estima que el total de guatemaltecos que huyeron de la violencia en aquella época hacia

⁵³ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 69.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 91, 94, 97; Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 48.

⁵⁵ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 30.

México fueron más de 150 mil.⁵⁶ Los 46 mil refugiados reconocidos que se concentraban en los campamentos fueron los únicos que recibieron ayuda y protección por parte del ACNUR y la COMAR; 50 mil guatemaltecos más, que habían salido de sus tierras por el mismo motivo, se integraron a las comunidades mexicanas, generalmente trabajando en el cultivo del café en el Soconusco, y estos, careciendo de cualquier tipo de protección jurídica, fueron más vulnerables al abuso de las autoridades;⁵⁷ otros 60 mil avanzaron al interior del país hacia las grandes ciudades, a los que habría que sumar la población flotante que se dirigió a Estados Unidos.⁵⁸

El arribo de cientos de personas, y luego de miles, no podía sino impactar la vida de los mexicanos que vivían cerca de la línea divisoria de los dos países. A través de las historias de los guatemaltecos perseguidos, reforzadas por las visibles condiciones de precariedad en las que arribaban, los chiapanecos de la frontera fueron conociendo la situación desesperada de estas personas y fueron los primeros en brindarles apoyo.

Antonio Sánchez, ejidatario de Ocosingo, Chiapas, relató cómo los disparos y bombardeos que causaron la masacre de Cuarto Pueblo⁵⁹ se escucharon hasta su casa. Poco después comenzaron a llegar decenas de personas temerosas a su hogar, algunos conocidos de él. Por su parte, él hizo lo posible por atenderlos, pero la cantidad de gente que llegaba sobrepasaba sus posibilidades:

⁵⁶ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, pp. 23, 62; Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 5.

⁵⁷ Montejo, *op. cit.*, p. 107.

⁵⁸ Americas Watch Committee, *op. cit.*, p. 17.

⁵⁹ La gente estaba confiada del ejército (que había estado un tiempo en la población y se había ido), por eso cuando se empezó a gritar que los soldados venían a matarlos muchos se quedaron; creyeron que hablando se solucionaría el malentendido o que portando sus papeles no tendrían mayor problema. Ésta fue una de las mayores masacres. CEH, *op. cit.*, t. 7, pp. 97-114.

Los siguientes días empezó a llegar más gente de Cuarto Pueblo, cada día llegaban muchos más. Nos la vimos negra con tanta gente que atender. Teníamos mucha yuca, plátano, elote y, gracias a Dios, unas redes grandes para pesca. Pronto se nos acabó la yuca, el plátano, los elotes. No hallaba qué darles de comer o qué comer nosotros. El maíz que tenía almacenado, y que era difícil de conseguir en la selva, también se acabó. Entonces nos fuimos al río con las redes, había muchísimo pescado y sacábamos las redes repletas. Les repararía pescado para que comieran en caldo, les daba sal, trastes, porque algunos no traían nada.⁶⁰

Si los tenían, los refugiados llegaban con conocidos (amigos, familiares, patrones) que se encontraban en México, y aunque no siempre se tenía a alguien, incluso así fueron recibidos y se les prestó ayuda. Muchos entraron, se quedaron con familias mexicanas que les apoyaron y lograron mejorar sus condiciones de vida al encontrar algún tipo de trabajo remunerado con el cual poder construir sus viviendas; otros, en cambio, permanecieron escondidos dentro de campamentos en la zona selvática de Chiapas, aguardando el momento para poder volver y temerosos de las autoridades mexicanas.⁶¹

Muchos de los refugiados que arribaron a la región del Soconusco ya lo habían hecho antes por años, incluso por décadas, con el fin de trabajar en las cosechas estacionales de café. Pero esta vez no fue la búsqueda de un jornal lo que les llevó a la región chiapaneca, sino la violencia que les expulsó de sus tierras. De este modo las autoridades, ciegas a los cambios de contexto, no reconocieron

⁶⁰ Antonio Sánchez Meraz, "Llegada de los refugiados", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México. Memoria*, 2^a ed., México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados-Secretaría de Gobernación/FCE, 2000, p. 41.

⁶¹ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 29.

a los guatemaltecos como refugiados y su llegada se vio como una actividad económica, sin notar que las condiciones en su país habían cambiado, que ahora estaban ahí porque huían.

Otros se acomodaron entre la población mexicana y, como siempre lo habían hecho, buscaron la oportunidad de trabajar. Muchos lo hicieron como jornaleros en los cultivos, incluso algunos trabajaron un pedazo de tierra prestado para producir el sustento necesario para sus familias. Este fue el caso de la familia de don Rufino Martín:

Entonces al llegar aquí, los mexicanos nos recibieron y nos dieron terreno para trabajar, no vendido, ni regalado [...], prestado. Entonces mi papá comenzaba a trabajar y nosotros lo mismo, empezamos a tumar montaña, empezamos a sembrar maíz. Aquí nos dio maíz pero de cantidad, dio calabaza; esa calabaza para comer. Aquí, ya de parte de México. Y aparte los mexicanos nos daban trabajo para sembrar cacao [...]. Nos pagan, no una cantidad de dinero, nos estaban dando [...], no me acuerdo, doce, doce pesos el día o quince pesos el día. Para llegar a ganar unos cien pesos teníamos que trabajar una semana.⁶²

Muchas de las familias que recibieron a los refugiados se encontraban en situación de pobreza. Adelina Hernández contó la angustia que tenía su madre al ver que eran un peso para la familia que los había acogido:

Ellos [la familia que los recibió en Chiapas] hacían su comida, y a mi mamá le decían: “Señora, agarre comida, comamos”. Ya mi mamá agarraba poquitita, y cuando la señora iba a ver, ella decía: “Ay, ya no quedó comida para don Nico”. Don Nico era su esposo. Y decía mi

⁶² Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

mamá que ella se sentía muy mal porque decía: “Yo había agarrado bien poquita comida, y ella decía que ya no había comida”. Y decía mi mamá que ella no podía, no sabía cómo.⁶³

Así como hubo personas prestas a dar su ayuda, incluso teniendo poco, otras aprovecharon la situación de la llegada de los refugiados para lograr ganancias, pues les compraban a bajo precio la mercancía que estos habían traído de Guatemala. Dada la situación crítica en la que estaban, los guatemaltecos no podían sino aceptar. Asimismo, los empresarios los vieron como una mano de trabajo dócil, barata y esforzada. Bajo esta situación, muchos refugiados, necesitados de ingresos, aceptaron una paga baja, lo que sumió los salarios y provocó el descontento de una parte de la población chiapaneca.⁶⁴

La alimentación y la subsistencia fueron problemas fundamentales a los que se enfrentaron los guatemaltecos durante los primeros meses del refugio en México. Incluso cuando la COMAR y el ACNUR comenzaron a canalizar los apoyos internacionales y nacionales para los refugiados, estos no llegaban a toda la población o no de manera suficiente.⁶⁵ Un kilo de maíz para una familia, un ocasional puñado de galletas de animalitos; el problema principal no era hacerse de suficientes alimentos, sino la logística para su distribución entre los refugiados desperdigados en decenas de

⁶³ Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, domingo 27 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

⁶⁴ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 99. Sobre los conflictos entre refugiados guatemaltecos y campesinos chiapanecos, véase Joel Pérez Mendoza, “México, ¿un país de refugio? El caso de los refugiados guatemaltecos en Chiapas, 1981-1999”, en Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández (coords.), *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, México, Bonilla Artigas/CIALC-UNAM, 2016, pp. 205-207.

⁶⁵ Americas Watch Committee, *op. cit.*, pp. 24 y 25.

campamentos a lo largo de la frontera. El número de asentamientos en Chiapas durante los años varió por factores como el crecimiento demográfico, la llegada de nuevos refugiados y las diferencias que podían existir entre ellos.⁶⁶

La emergencia que representó la llegada de los refugiados puso en movimiento a varias organizaciones dispuestas a ofrecer su ayuda. La diócesis de San Cristóbal de Las Casas fue una de estas instituciones, la cual tuvo un importante papel en el apoyo de los refugiados que arribaban: les brindó alimentos, vestimenta, asistencia médica, vivienda y asesoría legal; además, tenía un peso político y social que le permitía llamar la atención hacia la crisis que se vivía en la frontera.⁶⁷ También fue una institución que brindó atención a los refugiados no reconocidos y, por lo tanto, carentes de ayuda de la COMAR. Asimismo, llegaron organizaciones no gubernamentales para prestar apoyo en actitud solidaria, las cuales idealizaron a los refugiados, comprometiéndolas emocionalmente en su trabajo. Pero el tiempo en muchos casos convirtió esa idealización en desencanto y las relaciones que tenían se deterioraron o sus actitudes hacia los refugiados se volvieron menos amistosas.⁶⁸ Es una dinámica lógica que se espera que ocurra cuando los trabajadores y voluntarios humanitarios llegan con la idea de atender a víctimas en lugar de a personas.

Cuando el gobierno mexicano a través de la COMAR comenzó a tomar cartas en el asunto, buscó trasladar a los refugiados desde

⁶⁶ En 1982 existían 56 campamentos de refugiados y para 1984, 92. Edith Kauffer, *Refugiados de Guatemala en México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 2000 (Antropología Social), p. 6.

⁶⁷ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 30.

⁶⁸ Sergio Aguayo, "Del anonimato al protagonismo: los organismos no gubernamentales y el éxodo centroamericano", en *Foro Internacional*, vol. 32, núm. 3, enero-marzo de 1992, p. 328.

los terrenos o casas de las familias mexicanas que los albergaban a campamentos destinados para ellos. A partir de entonces las dos poblaciones —la mexicana y la guatemalteca— estuvieron separadas territorialmente, pero el lazo laboral continuó en algunos casos y en otros, debido a los trámites burocráticos, se interrumpió.

El traslado a los campamentos en Chiapas significó un cambio en la vida de los refugiados, pues éste implicó una organización y vida modulada por la COMAR. Algunos de ellos vieron que se empezó a regularizar la educación de los niños, que se hacía la limpieza colectiva del campamento, que se destinaba un lugar para la basura y se construían letrinas —algo nuevo para algunos—. Se estableció un orden que, según la percepción de don Rufino Martín, era un cambio que ayudaba a olvidar por un momento lo que recién había pasado.⁶⁹

La cotidianidad en el campamento adquirió rápido su propio ritmo y vida. Nuevas actividades se hicieron habituales para un grupo que no había tenido la oportunidad de practicarlas ni de conocerlas, entre estas don Rufino mencionó el fútbol. Fue en los campamentos de Chiapas donde aprendió a jugar, pues en Guatemala no lo hacía porque desde pequeño trabajaba: “Hay un tiempo donde no hay trabajo, llega una temporada donde se termina el trabajo, [entonces] ya la gente se ponía a jugar fútbol. Es donde lo vi. Yo sí participé también de fútbol. Yo no jugaba [antes], pues en Guatemala yo no sé qué es jugar”.⁷⁰ El refugio fue un gran cambio en la vida de los afectados, pero dentro de éste (como el salir del hogar y del país) hubo otros aspectos nuevos en la vida de los guatemaltecos, entre ellos el fútbol. Muchos de los refugiados seguramente conocían este deporte en su país, pero otros a lo largo

⁶⁹ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

⁷⁰ *Loc. cit.*

del refugio fueron descubriéndolo al igual que nuevas actividades y juegos.

Desde esos pequeños aprendizajes, que probablemente resulten para muchos incluso más significativos que los grandes procesos del refugio —como la organización entre líderes y la relación con las autoridades y las ONG—, es que el individuo construye su experiencia y visión del refugio guatemalteco. En el caso de este laurelense resultó una visión predominantemente positiva.

Sin embargo, no todo fue alegría, así como no todo fue tristeza. Entre aquellos momentos alegres había también unos de hondo penar. Muchos refugiados llegaban enfermos a los campamentos y morían en ellos, en los hospitales o clínicas. No toda relación entre los refugiados y las organizaciones de ayuda o las autoridades fue de plena confianza, según contó Adelina Hernández. Ante la muerte de sus familiares, algunos desconfiaban de la buena disposición de quienes pretendían ayudarlos:

La gente peleaba, decía: “No, pues ya se fue, al rato lo van a traer muerto”. Era capaz la gente de pensar que le quitaban los órganos. No, pues eso no era cierto; pero la gente lo pensaba. Muchos no querían, no daban a sus hijos. “Mejor que ni se vaya”, decían. “No, pues mejor lo curo yo”, decían. La gente era cerrada [...]. No, la gente no tenía confianza.⁷¹

El refugio impactó físicamente a las personas y también, como era de esperarse, de manera anímica. Los refugiados se habían visto obligados a salir de sus hogares y a vivir en un lugar que, aunque parecido al propio, se sabía que era ajeno. ¿Bastaba simplemente haberse alejado del peligro para sentirse alegres? Hubo quienes

⁷¹ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

así lo sintieron, pero otros —tal vez con una relación sentimental más estrecha con lo que habían dejado— sufrían la lejanía de su hogar y de su gente. Adelina Hernández describió la experiencia de su madre:

el clima era el mismo, todo era lo mismo. [Pero mi mamá], ella se sentía triste; mi papá cuando llegó a México ya no se sentía triste, ya estaba en México, ya no temía que lo van a perseguir, que lo van a matar. Mi papá estaba tranquilo. Pero dice mi mamá que ella no estaba tranquila, dice mi mamá que ella estaba agonizando, [...] ella [dice que] se sentía muy mal. Entonces, cuando llegó la gente, ya toda la gente a ese lugar, ya nos pasamos [a los campamentos de refugiados]. Dice mi mamá que ella volvió a vivir, que ella se sintió... Ella cuando vio la gente de nosotros, ella se sintió tan contenta.⁷²

Acerca del tema, Adelina Hernández recordó una anécdota sobre un señor, también refugiado, que había mandado una carta a los diferentes poblados donde se encontraban los guatemaltecos para hacer una reunión. Ésta no tenía ningún otro motivo, según recuerda la laurelense, más que la necesidad del señor de querer ver a la gente que, como él, venía de Guatemala:

Una vez, me acuerdo que un señor, igual guatemalteco, mandó una carta a donde nosotros estábamos. Ese señor quería que nos reuniéramos todos los guatemaltecos ahí donde ellos habían llegado. Y fuimos. Entonces le dijo mi papá que para qué nos habían mandado a llamar a todos, que si era para darnos un poco de mercancía que [entonces mejor] sólo hubieran ido los hombres. Y entonces [dijo] el señor: “Es que yo, yo —decía el señor— lo que quería...”. O sea,

⁷² *Loc. cit.*

él quería ver a la gente, ver que sí había más gente. [...] él quería vernos [...]. ¡O sea, él quería sentir a la gente!⁷³

Éstas son pequeñas anécdotas y, sin embargo, significativas. Dan cuenta de las emociones que la narradora percibió en los demás, por ejemplo en su madre o en un señor desconocido, quienes encontraron en los grupos de desterrados el lazo con su patria que la distancia de sus hogares no podía darles. Posteriormente, durante la época del traslado a Campeche, los guatemaltecos verían a miles de personas que compartían su situación, la cual en los años siguientes iría creando una identidad paradójica: la del refugiado.

La extranjería del refugio, a pesar de las similitudes culturales entre Chiapas y Guatemala, implicó también un cambio, particularmente para los refugiados de origen indígena. La gente en los campos se sentía angustiada por no poder continuar con sus costumbres, con parte de su identidad, debido a la ausencia de los elementos necesarios para poder realizarlas. Además, hubo quienes se vieron empujados a abandonar su forma de vestir para mezclarse entre la población mexicana y no ser identificada como refugiada⁷⁴ por el ejército guatemalteco: “le decían a la gente [indígena de Guatemala] ‘Ya no te pongas esa ropa, ahora ya ponte vestido’, así como ‘Ya no uses, hasta más te va a venir a perseguir el ejército. Ya ponte otra ropa’”.⁷⁵

No todos los cambios fueron fácilmente aceptados; lo desconocido, sobre todo en las condiciones adversas en que se encontraban, despertaba duda y temor: la comida, la atención médica y el am-

⁷³ *Loc. cit.*

⁷⁴ Montejo, *op. cit.*, p. 111.

⁷⁵ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

biente variaba de campamento a campamento; además, había un alto índice de morbilidad y mortandad:

la gente estaba muy cerrada; [...] las vacunas llegaban y mucha gente no quería vacunar a sus hijos. La gente se tomaba una parte de los medicamentos y ya no tomaba más. Yo, fíjese que pienso que [...] murió gente. Decían que hacía falta [comida], pero tal vez comida no era lo que hacía falta; como le vuelvo a repetir, la gente estaba acostumbrado a otra vida, sí. [Por eso] la gente se enfermó y les pasó tantas cosas. Pero, ¡ay, Dios, usted, comida había!⁷⁶

Había, sin duda, muchos problemas que atender y no sólo el de la alimentación, que por sí misma representaba ya un gran desafío. Existieron muchas enfermedades que fueron fatales, principalmente entre niños y ancianos; las más frecuentes fueron paludismo, tuberculosis, anemia, diarrea, dengue, hepatitis y sarampión. Hubo hospitales como el de Comitán que prestaron una ayuda importante, además, la Iglesia católica y otras organizaciones religiosas se hicieron cargo de trasladar a los enfermos a los hospitales de localidades cercanas. Pero, a pesar de la atención médica (aunque con deficiencias), hubo mucha gente que falleció por el mal estado en que se encontraban:

[Fallecimientos] sí hubo, porque allá donde ya falleció mi primera mamá, ella se quedó en Chiapas. Ya dentro de México, se murió mi mamá. Pero no estoy hablando sólo de ella, sino de que muchas personas se murieron. Entró mucha anemia, ya no comían; la sangre ya no se circulaba bien, la carne se puso blanca, blanca; ya no quieren comer. Se murió ella [...]. Pero no se murieron al instante, tardó. [...] “Aaay” están quejándose mucho, y se murió. Los llevaban a la

⁷⁶ *Loc. cit.*

clínica, les daban pastillas, pero ni con eso, no se logró [...]. Los que llegó su tiempo, sobre todo allá en Chiapas, se hizo cementerio en cada comunidad. Sí, se hizo cementerio.⁷⁷

El campamento que tuvo una mayor mortandad fue el de Puerto Rico (que fue también el más poblado), con una mortalidad que alcanzó a 33 de cada mil habitantes entre noviembre de 1982 y 1983. Ocurrían dos o tres muertes cada día. En total se calcula que entre el 5 y el 6% de la población refugiada que llegó a México no sobrevivió.⁷⁸ Pero no en todos los campos arrasó la enfermedad, por ejemplo, Jaime Rosas y Reyes Padilla mencionaron que en los suyos existió relativa salud y que ninguna epidemia tuvo resultados fatales, como sí los hubo en otros campamentos.

A pesar de los muchos cambios, el pasado estaba todavía presente. Dentro del campamento se hablaba de lo ocurrido en Guatemala, pero no de manera libre, aún quedaba algo que impedía decir abiertamente lo que había sucedido en sus aldeas. Algunos habían salido relativamente ilesos, pero otros sufrieron bastante. La gente contaba sus historias y se preguntaban qué sería de ellos estando en México, ¿cuánto tiempo se les permitiría seguir ahí?⁷⁹

Mientras el refugio en México se prolongaba más allá de los primeros años, el gobierno de Guatemala mantenía una posición contra los refugiados y los acusaba de formar parte de la guerrilla o de ser trasladados por ella a México como estrategia de despres-

⁷⁷ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

⁷⁸ Kauffer, *Refugiados de Guatemala...*, p. 26.

⁷⁹ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015... Adelina recordó que “la gente hablaba de todo lo que había hecho el ejército, de todo lo que le había pasado, que por qué había pasado. Tampoco era tan abierto; era poco lo que se hablaba de qué iba a pasar aquí en México”.

tigio internacional en contra suya.⁸⁰ El gobierno guatemalteco demandó, por lo tanto, la repatriación de los refugiados entre 1981 y 1982, pero ante las condiciones observables en los campos de la frontera sur, el gobierno mexicano entendió que la repatriación a corto plazo no era viable.⁸¹ Asimismo, las autoridades del país vecino acusaron al gobierno mexicano de que los campos de refugiados en su territorio eran centros de entrenamiento guerrillero y que, sabiéndolo, les daba cobijo.⁸² Igualmente lo acusó de utilizar a los refugiados para reforzar su imagen humanitaria y de inflar el número de estos en su territorio para recibir más recursos externos.⁸³ Las relaciones entre los dos países vecinos estaban tensas.

Los refugiados también estaban divididos ideológicamente, al menos, en cuanto a simpatía hacia la guerrilla: había quienes le guardaban confianza y quienes no; había a quienes “les caía mal la guerrilla”.⁸⁴ Esto muestra la diversidad política de los refugiados que llegaron a México. A pesar de esto, las agresiones del ejército guatemalteco contra los refugiados no hacían diferencia. Hubo un importante número de incursiones por su parte a territorio mexicano para atacar y hostigar a los refugiados que se encontraban en los campos⁸⁵ —fueron entre 52 y 70—. ⁸⁶ La más grave fue la masacre de El Chupadero en abril de 1984, donde murieron refugiados en territorio mexicano a manos de soldados guatemaltecos,

⁸⁰ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 77.

⁸¹ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 25.

⁸² Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 77; CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 247; “Intentan los militares guatemaltecos el retorno de los refugiados, México, 25 de mayo”, en *El refugiado (xre vaj ri)*, núm. 2, Grupo de Apoyo Mutuo, abril-junio de 1983, p. 5.

⁸³ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 82.

⁸⁴ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

⁸⁵ Aguayo, *El éxodo centroamericano...*, p. 78.

⁸⁶ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, p. 43; CEH, *op. cit.*, t. 3, pp. 247 y 248. Freyermuth menciona 70, la CEH menciona 52.

lo que aceleró los planes para evitar este tipo de ataques y roces mayores con la vecina Guatemala.⁸⁷

Hubo personas que estando refugiadas en Chiapas regresaron de manera individual, preocupadas principalmente por sus tierras y sus bienes.⁸⁸ Un exrefugiado recordó las noticias que llegaban desde Guatemala:

Contaban que todo el país estaba militarizado, había control y represión, es decir, continuaba la guerra, los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla. También nos llegó una grave noticia: el ejército estaba llevando a campesinos sin tierra a nuestras propiedades o a las aldeas que habitamos antes de ir al refugio. Los casos más graves eran la Cooperativa Ixcán Grande y la Zona Reyna, en El Quiché.⁸⁹

Muchos sentían las ganas de regresar a Guatemala, a pesar del peligro, a causa de las propiedades que allá tenían, desde tierras y ganado hasta otras pertenencias. Pero llegó la noticia de que éstas ya habían sido arrebatadas para dárselas a otros campesinos. “Porque muchos decían: ‘Yo dejé mis animales, dejé mi ganado, dejé mis cochinos, dejé mis cosas, todo’. Pero ya se sabía por otras personas que venían de por allá: ‘Ahí no hay nada, no hay vacas, no hay nada; todo se lo comió lo soldados, saber quién se lo comió. Ya no hay nada, lo vendieron’”.⁹⁰

⁸⁷ CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 213. Para una descripción más pormenorizada sobre estos ataques, véase Guadalupe Rodríguez de Ita, “Militares en la frontera”, en Diana Guillén (coord.), *Chiapas: frontera en movimiento*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005, pp. 99-152.

⁸⁸ CEH, *op. cit.*, t. 3, p. 249.

⁸⁹ José Espinoza Leyva y Rafael Figueroa, “Las comisiones permanentes”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos...*, pp. 162 y 163.

⁹⁰ Entrevista con Jaime Rosas por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015...

Tal vez con esto en mente, sin que fuera muy plausible un retorno próximo, fue que muchos aceptaron la nueva propuesta que tenía la COMAR: el traslado a Campeche y Quintana Roo.

TRASLADO A CAMPECHE

Chiapas no es Guatemala, pero se parece mucho. Es una zona maya, de grandes selvas, anchos ríos y también una región de conflictos frecuentes. A mediados de 1984, la mitad de la población refugiada que había hallado cobijo y reconocimiento oficial en esa tierra fue reasentada en otra región de México, igualmente fronteriza con su patria, igualmente maya, pero muy distinta y más alejada de sus hogares.

Fueron varias las razones que llevaron al gobierno mexicano a planear el reasentamiento de los refugiados en los estados de Campeche y Quintana Roo. Primero estaban las incursiones del ejército guatemalteco contra los campos de refugiados en territorio nacional, que amenazaban con forzar a México a ser parte del conflicto centroamericano si optaba por la militarización de su frontera. Aquella acción lo hubiera deslegitimado como integrante del Grupo Contadora que buscaba la paz en Centroamérica. Los ataques militares del país vecino probablemente tenían como objetivo —entre otros— empujar al gobierno mexicano a relocalizar los campamentos de refugiados dado que tampoco se decidía a repatriarlos.

Los campamentos de refugiados se contaban por docenas a lo largo de un amplio sector de la frontera sur; estaban en una geografía que dificultaba la comunicación y por lo tanto la entrega de la ayuda humanitaria. México, a mediados de la década de 1980, no se encontraba en una condición holgada y los guatemaltecos de

los campos dependían, casi en su totalidad, de la ayuda internacional que llegaba a ellos través de la COMAR. Fue entonces cuando el gobierno mexicano proyectó un plan para lograr la autosuficiencia de los refugiados a través del trabajo agrícola. Este sería un proyecto imposible en Chiapas dada la ausencia de tierras libres para el cultivo y los constantes conflictos agrarios y sociales. Sin embargo, los estados de Campeche y Quintana Roo sí tenían tierras abiertas para la colonización y eran regiones en las que no había oposición política ni social contra el gobierno. Existía también una razón no explícita, pero clara: se tenía el temor de que los refugiados simpatizantes con la guerrilla abonaran la semilla revolucionaria de la inestable e inequitativa Chiapas.⁹¹

El traslado a Campeche y Quintana Roo tuvo el propósito de superar la etapa de emergencia y establecer condiciones para que los refugiados pudieran acceder a un trabajo productivo que les permitiera conseguir un nivel de vida adecuado y tener seguridad. Esto consistiría en una labor agrícola a través de un proyecto de colonización de tierras y de otro tipo de planes comunitarios. Con esto se buscaba lograr la autosuficiencia de los refugiados para evitar que continuara su relación de dependencia con las organizaciones que les brindaban ayuda; esto a través de una actividad que los hiciera ocuparse en algo, pues para muchos su labor principal en Chiapas consistía en realizar tareas del hogar y en esperar a que las cosas cambiaran.⁹²

⁹¹ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, pp. 43 y 44; Aguayo, *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 18. El conflicto zapatista en Chiapas inició en 1994. No es el objetivo de este libro investigar alguna posible relación o influencia de los refugiados con aquel conflicto, aunque si la hubo fue probablemente muy ligera.

⁹² Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 12.

La noticia del traslado agarró a los refugiados por sorpresa. La gente no se lo esperaba. La vida iba asentándose en Chiapas, ya se habían hecho algunas escuelas, ya se tenían las casitas aunque fueran humildes y sencillas; sin embargo, cuando se vio que el refugio no terminaría pronto, aquellos indicios de que las cosas seguirían como hasta entonces no fueron certeros indicadores de su futuro. Así recuerda Adelina Hernández la seguridad con la que su padre decía que todo continuaría igual en Chiapas:

se hicieron casas ahí en Chiapas, casas así bonitas; la gente sabía hacer casas de madera y las hacía bonitas [por eso decía mi papá]: “No nos van a sacar de aquí, porque si nos fueran a llevar a otro lado, no nos estuvieran haciendo casitas, no estuvieran trayendo material para hacer casas. No nos van a llevar”. Ahí se quedaron las casitas y sí nos trajeron a Campeche [risas].⁹⁵

El gobierno mexicano no los regresaría forzosamente a Guatemala, pero sí podía mover a la población refugiada a otra parte dentro de México. Ninguna ley internacional impedía al país de acogida asentar a los refugiados donde decidiera mientras fuera en su territorio.⁹⁴ El traslado debía ser voluntario y sin coerción alguna por parte del gobierno, sin embargo, hubo diversos casos en que las autoridades trataron de forzar, por diferentes medios, a los refugiados para que aceptaran su reubicación en Campeche o Quintana Roo. Hubo casos en que trabajadores de la COMAR amenazaron a los guatemaltecos con la deportación si se negaban al traslado, otros en que el ejército mexicano y la Marina realizaron quemas de campamentos y otros donde la COMAR detuvo la

⁹⁵ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

⁹⁴ *Crisis en Centro América y refugiados guatemaltecos en México...*, pp. 37 y 38.

entrega de alimentos a quienes se negaban a reubicarse, lo que funcionó como forma de coerción para obligarlos a aceptar su reasentamiento.⁹⁵ Esto no fue una política extendida, pero hubo casos que marcaron la historia del refugio.

Por ejemplo, en el campamento de La Gloria de San Caralampio en el municipio de Las Margaritas y en el de La Cieneguilla en el municipio de La Trinitaria se presentaron autoridades diciendo que si no se aceptaba la reubicación serían regresados a Guatemala.⁹⁶ Incluso fueron agredidos cuando el 3 y 4 de julio de 1984 la Marina mexicana quemó el campamento de Puerto Rico con los alimentos y las medicinas “con el propósito de intimidarlos para aceptar la reubicación a Campeche, u obligarlos al regreso a Guatemala”.⁹⁷ Asimismo, junto al método de limitar la llegada de alimentos se aplicó el sello de “rebelde” sobre sus documentos de estancia legal en México (FM8) que se les habían proporcionado.⁹⁸

No obstante, no todo fue violencia, junto a las muestras de prepotencia de algunos funcionarios también existieron trabajadores que buscaron convencer a los refugiados de que el traslado hacia Campeche o Quintana Roo les beneficiaría. Algunas de estas personas trabajaban en la atención a los refugiados y se habían ganado su confianza, por ello hubo quienes se anotaron voluntariamente para la reubicación. Este fue el caso de Rufino Martín, quien habló muy bien de una de las servidoras de la COMAR:

⁹⁵ “Suministro parcial de alimentos”, en *El refugiado (xre vaj ri)*, núm. 8, Grupo de Apoyo Mutuo, junio-julio de 1984, p. 8.

⁹⁶ Comisión del Movimiento de Solidaridad con los Refugiados Guatemaltecos, “Informe general sobre los refugiados guatemaltecos en el estado de Chiapas, México”, en *Nueva Antropología*, vol. VII, núm. 26, México, 1985, p. 182.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 183.

⁹⁸ *Loc. cit.*

¡Entonces Miriam [fue] muuuy útil para la organización con los guatemaltecos! Muy amable, muy, muy, muy entregada para ayuda de los refugiados. Entonces ella llega a decir: “Aquí —dice— no está bien; sí es campamento pero también el campamento no es de ACNUR, tampoco es de COMAR, sino que nomás hicieron convenio con los mexicanos de que se prestara el campamento; es prestada la tierra”. Entonces decían ellos: “Aquí nosotros ya comprometimos, se pagó una renta o no sé cuánto tiempo y ellos hicieron contrato con nosotros, pero ellos van con la condición de que aquí están viviendo, pero siempre van a estar trabajando terrenos prestados con los mexicanos; mas Campeche hay un terreno, está para ustedes”.⁹⁹

Las promesas de un mayor bienestar en los nuevos campamentos ubicados en la península de Yucatán tuvieron sus antípodas en los rumores que surgieron sobre el traslado y que mantuvieron la incertidumbre al respecto. Algunos creyeron, como producto de murmuraciones y de la actitud hostil de algunas autoridades que así lo habían manifestado, que aquel itinerario tendría como verdadero destino Guatemala y las manos de su ejército. Por esta razón hubo quienes temiendo el cumplimiento de esas amenazas huyeron de los campamentos.¹⁰⁰ Incluso se extendió la creencia de que los llevarían a un lugar sólo para matarlos. Para esas personas que habían vivido y presenciado los actos más terribles en contra suya, aquella posibilidad no parecía increíble:

la gente [...] se organizaba, [decía]: “No, pues nos vamos a ir a Campeche”, [pero había otros que comentaban]: “¡No!, qué nos van a llevar a Campeche. No nos van a llevar a Campeche; nada más lo que van hacer es meterlos a una lancha, les van a ir a dar una vuelta por

⁹⁹ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

¹⁰⁰ Sánchez Meraz, *op. cit.*, p. 42.

allá, y ya por ahí se mueren, ¿quién va a preguntar por ustedes? Nadieee, y por eso se los están llevando”.¹⁰¹

Con estos miedos en mente y ante la insistencia de la COMAR con el traslado, cientos de refugiados huyeron de los campos. Por ejemplo, don Rufino Martín relató la partida de un tío de la que no se enteró sino hasta más tarde. El día en que la COMAR había programado la salida de las personas que estaban dispuestas a irse a Campeche, don Rufino fue a despedirse de su tío y del yerno de éste porque ellos se quedarían en el campamento (como la COMAR había dicho que podían hacer), pero al llegar a sus casas ellos ya no estaban:

Cuando llegué [ahí donde debían estar ellos], sileencio... Ya no están. Fui a otra casa y no están, fui a otra casa... Igual decían los demás; más vecinos [se] iban a despedir con su familia y ya no están. “Bueno, ¿y éste qué?, ¿cuándo se fueron? Pero si ya dijeron que [se] van a quedar en el campamento”. [...] La mente de nosotros: “Ya se fueron para Guatemala otra vez”, así pensábamos. “Ya se fueron. Mi tío [y] el otro ya no está, ya se fue, ya ni modo, ya no está él. Él se fue en medio de la noche o ¿a qué hora se fue? Cuando la gente no está despierta se fue”.¹⁰²

Rufino Martín permaneció con la idea de que se habían marchado a Guatemala aquel día, hasta que en 2015 su primo —el hijo de su tío— vino a México y don Rufino, recordando aquel día, le preguntó:

“Pero ese día —le dije yo— cuando nosotros salíamos aquí [a] Campeche, [yo] me fui a despedir con él [y] no está, ¿dónde fueron uste-

¹⁰¹ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

¹⁰² Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

des ese día?”. Entonces él dice: “Mira... es que con nosotros, los que decidimos no venirnos a Campeche, los que nos queríamos quedar en el campamento, llegó un chisme —dice— ‘Quítese de aquí usted, los que se quedan aquí en el campamento, mismo COMAR va a venir con el ejército de Guatemala [y] los van a entregar a la mano del ejército’”.¹⁰⁵

El laurelense comentó que su familiar dijo que fue la guerrilla la que metió el rumor de que serían entregados al gobierno de Guatemala si se resistían a la reubicación en Campeche. Ésta les aconsejó que huyeran y se escondieran para evitar ser deportados.¹⁰⁴ Tales temores no fueron imaginarios, hubo intimidaciones directas por parte de trabajadores de la COMAR que causaron que aquellas afirmaciones —aunque dichas sólo como amenazas sin fundamento— se fueran desperdigando como una certeza entre los refugiados de los demás campos.¹⁰⁵

A esta incertidumbre se sumó el completo desconocimiento sobre el lugar de destino. Campeche se mantuvo sólo como una palabra para la mayoría: “nadie sabía dónde es Campeche —comentó don Rufino—, nomás nombre es Campeche, nadie lo sabe Campeche”.¹⁰⁶ Trabajadores de la COMAR dieron información y descripciones del lugar, a veces complementada con las referencias de campesinos mexicanos, quienes no ayudaron a la COMAR en el convencimiento para el traslado, pues éstos describían Campeche como un lugar seco: “¡No, es un gran predrero; está feo Campeche!”, decían a los refugiados.¹⁰⁷ Pero incluso así un grupo de

¹⁰⁵ *Loc. cit.*

¹⁰⁴ *Loc. cit.*

¹⁰⁵ Comisión del Movimiento de Solidaridad con los Refugiados Guatemaltecos, *op. cit.*, p. 182.

¹⁰⁶ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

¹⁰⁷ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

jóvenes, sin saber mucho y quizá sólo para pasar el tiempo, iban gritando por la emoción del viaje:

Los muchachos, así que para hablar de Campeche, [pasaban y] decían los muchachos: “¡Ey, ya nos vamos a Campeche, nos vamos a Campeche!”. Todos hacían una fiesta, pues qué tele y qué nada. Nada de nada, ¿verdad? Esa era la diversión, sí. “¡Yo ya me voy a Campeche!” [gritaban]. En fin, que eran felices, pero nomás por decir porque conocer o saber algo [de Campeche], nada, nada, nada.¹⁰⁸

La COMAR, en cambio, daba descripciones menos pesimistas refiriéndose al lugar como una sabana, sí, más seca que Chiapas pero en la que los refugiados ya tendrían tierras para trabajar. Rufino Martín recordó esta descripción, pues fue la primera vez que escuchó la palabra “sabana”:

“Hay un lugar [al que] pueden ir aquí: Campeche. Somos claros en decir, es un lugar sabana”. Ahí lo escuché: sabana. “Es un lugar sabana, no hay montaña grande como aquí, es montaña chiquita, no llueve y cuando llueve se llena”. Ellos fueron claros en decir “Cuando llueve se llena, cuando no hay agua es seco, pero es muy bonito para que haya un pueblo para ustedes, pero voluntariamente [lo] venimos a decir [...]”.¹⁰⁹

Hubo resistencias al reasentamiento, muchos se negaban a abandonar Chiapas. Se argumentaba que el traslado alejaría la posibilidad de regresar a sus casas en Guatemala; distanciarlos de la frontera conllevaba esa posibilidad tan importante para ellos en

¹⁰⁸ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

¹⁰⁹ Entrevista con Rufino Martín, lunes 28 de septiembre de 2015...

aquel entonces.¹¹⁰ Además, Chiapas guardaba una cercanía de elementos culturales y características medioambientales con Guatemala, por lo que desplazarlos a otro lugar era cortar ese lazo común que, incluso en el exilio, todavía mantenían con su país.¹¹¹ Hubo refugiados que para evitar irse a los nuevos campos decidieron regresar a Guatemala y, de manera reveladora, la mayoría de los que así lo hicieron pertenecieron al grupo de los que serían trasladados a Campeche o Quintana Roo.¹¹²

Forzados o de manera voluntaria, el traslado se concretó para la mitad de la población de refugiados (reconocida) que se encontraba en Chiapas. Aquella decisión de moverse a los nuevos campamentos —expuesta como una elección que los guatemaltecos tomarían por cuenta propia— es recordada por la mayoría de los entrevistados como una orden de las autoridades que simplemente aceptaron.¹¹³ Algunos lo vieron de manera positiva, como una oportunidad de poder mejorar su situación de entonces; otros sencillamente obedecieron y abordaron los medios de transporte que los llevarían a un lugar desconocido: “Pues ahí era..., fíjese que ahí era obedecer porque le están diciendo: ‘Aquí ya no puede estar, y se sabe que

¹¹⁰ Óscar González, “Reubicación a Campeche y Quintana Roo: promoción de soluciones, 1984-1988”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 74. Este autor, quien fue director de la COMAR de 1984 a 1988, dice que “En ningún caso se realizara reubicaciones sin el consentimiento expreso de los refugiados”, a pesar de que diversas fuentes demuestren lo contrario.

¹¹¹ *Crisis en Centro América y refugiados guatemaltecos en México...*, pp. 37 y 38.

¹¹² Máximo García Tovar, “Programa de apoyo a la repatriación voluntaria”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 147. También, muchos de los que regresaron pertenecían a grupos evangélicos que eran motivados por sus preladados en Guatemala a retornar. Montejo, *op. cit.*, p. 226.

¹¹³ Una exrefugiada, hoy habitante de Maya Balam, expresó lo mismo. Paulina Cardona Hernández, “El papel de la mujer en el proceso de integración”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 257.

no puede regresar'. Entonces lo que podía hacer era pues decir: 'Pues me voy', sí. Y dijimos que nos venimos y nos venimos".¹¹⁴

El traslado no fue tomado por todos los refugiados de mala gana, hubo a quienes les agradaba la idea, pues alejarse de la frontera les daba más seguridad y se abría, así creían, la posibilidad de una nueva vida: "Sí —decíamos nosotros—, tal vez allá vamos a estar mejor, vamos a tener otra vida; ya no como acá que está cerca Guatemala y nos pueden matar. Como decían que estaba más lejos...".¹¹⁵ Ya para entonces en algunos, particularmente en los jóvenes, anidaba la idea de permanecer de forma definitiva en México.

El traslado fue masivo, movilizó a alrededor de 20 mil personas a través de cientos de kilómetros. Una mitad de los refugiados reconocidos en Chiapas fue removida; la otra mitad, por la resistencia que puso y el apoyo de las ONG, evitó su traslado.¹¹⁶ 23 mil no aceptaron la reubicación y se quedaron en tierras chiapanecas, no obstante, viviendo en condiciones más precarias y dependiendo, por medio de la COMAR, del Programa Mundial de Alimentos. A partir del traslado la mirada de la COMAR se centró principalmente en los campamentos de Quintana Roo y Campeche.¹¹⁷

La movilización se realizó por medio de tren, lancha, camiones e incluso, como le tocó a Ernestina Hernández, en volquetes.¹¹⁸ Para el traslado, a los refugiados se les permitió llevar a Campeche todas las pertenencias que tuvieran en Chiapas, aunque no eran

¹¹⁴ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

¹¹⁵ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

¹¹⁶ Aguayo, "Del anonimato al protagonismo...", p. 327.

¹¹⁷ Jorge Santistevan de Noriega, "Cinco ideas-eje sobre la experiencia con los refugiados guatemaltecos", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 119.

¹¹⁸ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

muchas. De los campamentos en Chiapas primero fueron llevados a Palenque, donde estuvieron aguardando la siguiente salida en un gimnasio, sin poder salir de él; de ahí fueron a las bodegas de Hecelchakán o de Chiná, ya en Campeche, mientras esperaban a que los nuevos campos estuvieran listos para ser habitados. Dichas bodegas quedaron rápidamente saturadas, no eran aptas para ser habitadas y sus condiciones de salubridad no eran las adecuadas, lo que evidenció la falta de planeación y preparación del traslado.¹¹⁹ Ese entorno fue un caldo de cultivo ideal para la propagación de múltiples enfermedades e infecciones entre los refugiados, muchos de los cuales estaban, además, en malas condiciones para realizar el viaje.¹²⁰

Mientras tanto, los hombres —y las mujeres encargadas de preparar sus alimentos— salían diariamente a los terrenos donde se construían los nuevos campamentos; fue así como los refugiados empezaron —con el apoyo material de las ONG— a construir sus casas. El resto de las personas aguardaba encerrada en las bodegas donde no había nada que hacer. Además, dado que las condiciones de higiene distaban del mínimo necesario, el manejo de los excrementos ocasionó que la peste se esparciera en el interior por falta de la estructura necesaria. Jaime Rosas al recordar esos desagradables momentos dijo: “[Había] mucha enfermedad de tantas moscas, ¡se propagó un mosquero! Eso, como le dije... eso sí fue un desastre la vida ahí. ¡Y para que saliéramos!... Cómo costó para que saliéramos de ese lugar”.¹²¹ Asimismo, Adelina Hernández

¹¹⁹ Laura Carrera Lugo, “Creación de nuevos asentamientos en Campeche y el Programa Multianual [sic]”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 89.

¹²⁰ Freyermuth y Godfrey, *op. cit.*, pp. 46 y 47.

¹²¹ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

hizo un relato sobre el tiempo que estuvo en las bodegas, primero en Palenque y luego en Chiná:

En Chiapas, ahí en Palenque [...], nooombre, sí nos daban plato de frijol con arroz, pero imagínese, cocinado todo junto, bien feo. Pues a uno nada le gustaba pero pues eso era lo que nos íbamos a comer. De ahí nos trajeron en tren. Ahí en las bodegas de Chiná, ay, Dios, usted; ahí en las bodegas de Chiná creo que tardamos dos meses. ¡Ahí la gente se llenó de piojos, mire usted! [...] ¡pero era un piojero!, ¡qué piojero! Ahí agarramos piojos todos, todos. Yo los piojos le digo que ahí los conocí. ¡Pero bien empiojados! [...]. Y el agua para bañarse: una cubeta, más no, una cubeta. Ahí nos enfermamos igual: nos dio fiebre. Ahí nos dio de todo, sí. Por lo menos nosotros dormíamos así, ya después dormían otros, después otro [todos amontonados].¹²²

Alimentos siempre hubo, pero el refugiado no estaba acostumbrado a comer algunos, pues llegaban enlatados desde países lejanos. Para campesinos que estaban habituados a consumir parte de lo que ellos mismos cosechaban de sus tierras aquellos productos resultaban aún más extraños y menos apetitosos. Los habían empezado a recibir en Chiapas —y continuarían llegando a los asentamientos en Campeche—. En las bodegas difícilmente se presentaría otra opción de alimentación. Juana Mo recordó alguno de esos comestibles y el sobrenombre que lo describía: “había de un frijol que daban, que los chamacos le decían frijol de a metro, ese lo daba Canadá, unos frijolones así, pero casi ni se cocían; la gente tragaba. Y [la tortilla] era de una minsa bien corriente”.¹²⁵ También había que acostumbrarse a otros aspectos, como el agua entubada y desinfectada con cloro que cambiaba el sabor a

¹²² Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

¹²⁵ Entrevista con Juana Mo, martes 6 de octubre de 2015...

las comidas y que a muchos les sentaban mal, quitándoles el apetito y enfermándolos.

Además, el traslado no implicaba sólo un cambio de lugar, sino volver a comenzar, una vez más abrir futuro en otra tierra. Pero aún para muchos aquel traslado no era definitivo, todavía el regreso a Guatemala era el objetivo de su espera. En los nuevos asentamientos habría que adaptarse a un ambiente donde el agua ya no sería abundante ni la vegetación tan frondosa, habría que volver a construir casas, preparar los terrenos para los cultivos y aprender el trato que habría que darse a la nueva y desconocida tierra. Esta fue la tarea de los primeros años en Campeche.

REFUGIO EN CAMPECHE

Hacia el dorso de la península de Yucatán, en el costero estado de Campeche, alrededor de 12 mil refugiados fueron trasladados, y estos, alternando espera y trabajo, hicieron nacer —con el apoyo de las organizaciones internacionales y nacionales— sus nuevos hogares. Aquellos campamentos se ubicaron en el Valle de Edzná, antigua zona maya. Los primeros asentamientos fueron Maya Tecún, en el municipio de Champotón, y Quetzal Edzná, en el municipio de Campeche, el cual en su nombre combinaba el ave nacional de Guatemala, el quetzal, con la región maya que recibía a sus habitantes. Los entrevistados llegaron al segundo de estos poblados, del cual se trasladarían seis años después para fundar la comunidad de Los Laureles.¹²⁴

¹²⁴ Según una encuesta llevada a cabo en 1999, de los habitantes de Los Laureles 42% proviene de Huehuetenango, 29% de Petén, 14% de El Quiché, 2% de Ixcán y 12% no sabe; *Refugiados guatemaltecos en Campeche e integración. Resultados preliminares de una encuesta*, San Cristóbal de Las Casas, El Colegio de la Frontera Sur, 1999, p. 6.

Los pueblos fueron edificados por los refugiados con su propia fuerza y trabajo; los aspectos técnicos quedaron a cargo de los profesionales empleados por la COMAR. Mientras algunos esperaban en las cogestionadas bodegas de Hecelchakán y Chiná, otros grupos de refugiados salieron hacia los terrenos que habían sido asignados para la construcción de los nuevos campamentos. Iban a cortar madera a los bosques de Campeche —madera que ya había sido comprada de antemano—. Con ésta construyeron los horcones que sostendrían sus casas y con la lámina que les dieron harían sus techos. Una casa estaba lista y a ella llegaba una familia; de esta manera los grupos en que se habían dividido los guatemaltecos para su organización —generalmente integrados por miembros de las mismas poblaciones de origen— fueron edificando las casas para las familias de sus integrantes.¹²⁵ Don Rufino Martín así lo describió, como un pueblo que poco a poco iba tomando forma:

como se trabajó por grupos se dividió la gente para ir a traer la madera a la montaña. Y póngale que no sólo una casa al día, sino que son como cinco o seis casitas porque es por grupo; depende de cuántos grupos hay. Entonces se sacó a una persona de cada grupo, e iba a

Quetzal Edzná, Maya Tecún, Santo Domingo Kesté y Los Laureles fueron los cuatro campos de refugiados que se crearon en Campeche, los dos primeros en 1984, los segundos en 1990. Los Laureles y Quetzal Edzná son de población no indígena en su mayoría, mientras que Maya Tecún y Santo Domingo Kesté son mayoritariamente indígenas. Kauffer, “Leadership and Social Organization...”, p. 364. De los refugiados, 80% está compuesto de población indígena y 20% son ladinos. De los 22 grupos étnicos que existen en Guatemala (incluidos los ladinos), al menos 8 de ellos están representados en los asentamientos. Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 43.

¹²⁵ Muchas familias se encontraban incompletas; en el censo de abril de 1985, 14.8% de las familias en Campeche estaban encabezadas por una viuda y 11.9% de los hombres en edad para trabajar (16-50 años) estaban incapacitados por alguna enfermedad crónica o por estar mutilados. Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo*, p. 23.

traer madera, y empieza hacer la casa el otro día; así el otro grupo, así el otro grupo; mientras que en la semana tal vez se hacen unas cinco, unas quince casas [...]. Entonces las casas ya están hechas y ya se traen [a] la familia, así, y ya llegó [a] quince familias; la otra semana otras quince familias y así, así van terminando hasta que terminó todo. [...] Se terminó las casas como en ocho meses y ya después, los demás meses, ya se hizo una escuela, una clínica, ya se hizo una cocina para la escuela. Terminando de hacer las escuelas, ahora vamos a ir por las letrinas.¹²⁶

Los solares que se dieron para la construcción de las casas eran de 24 m² más una cocina de 9 m² con un pequeño espacio para un huerto.¹²⁷ Sin duda había mucho más espacio que en las bodegas donde habían habitado los últimos meses, sin embargo, las pequeñas casas en los limitados terrenos aún daban la sensación de apretujamiento. La concentración de los refugiados en los dos primeros campos en Campeche implicó que las viviendas no pudieran ser muy grandes; por otro lado, las tierras que serían para el trabajo de los refugiados y que fueron prometidas desde Chiapas también resultaron ser de magra extensión, sumando apenas 4 cuerdas (1.5 ha). Para 1986 el pueblo de Quetzal Edzná tenía 4 596 habitantes.¹²⁸

Una vez terminada la construcción de los campos se permitió la contratación de los refugiados como fuerza laboral. Empleadores llegaban a solicitar trabajadores a los campamentos y con el aval de la COMAR, que aseguraba las condiciones de trabajo, los refugiados salían a ocuparse por temporadas, fuera a cosechar o a obrar en la construcción en Cancún, por ejemplo. Asimismo, hubo

¹²⁶ Entrevista con Rufino Martín por Hugo Alfaro, miércoles 30 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

¹²⁷ Carrera Lugo, *op. cit.*, p. 90.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 94.

un acuerdo entre el ACNUR, la COMAR y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para que los refugiados participaran como trabajadores en el proyecto de las ruinas de Edzná, ubicada a pocos kilómetros de los campamentos. No obstante, el trabajo principal fue el campo.

Uno de los objetivos e incentivos del traslado para que los refugiados aceptaran la reubicación fue proporcionar tierras para que fueran labradas, bajo usufructo, por ellos.¹²⁹ Sin embargo, la organización y la planeación del trabajo agrícola no fueron siempre las más adecuadas en el arranque del proyecto. La organización de las actividades productivas se realizó de manera colectiva-comunal, es decir, a los grupos se les asignaba cierto número de hectáreas para que las labraran, pero el fruto obtenido era repartido de manera igualitaria; cierta cantidad por individuo sin importar el resultado alcanzado en su propia hectárea, ni el trabajo invertido en ella.¹³⁰ Este tipo de producción desestimaba la propia visión de responsabilidad individual y de propiedad privada que pudieran tener los refugiados, idealizando, quizá, la idea de cooperativa, pero que a ojos de muchos de ellos resultaba injusta.¹³¹ Reyes Padilla no estaba de acuerdo y expresó que esa fue una de las razones por las que dejó el campamento de Quetzal Edzná:

Aquí lo vivimos, aquí en Quetzal lo vivimos [el] trabajo colectivo. Cada quien que saque lo que coseche, lo va a embodegar, y ahí tiene que hacer cola para que le dé racionado conforme familia. Ahí, por lo menos, si usted [está] solo y yo soy 10 de familia, ahí usted traba-

¹²⁹ Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 74.

¹³⁰ Carrera Lugo, *op. cit.*, pp. 90 y 91.

¹³¹ Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 75.

jaba igual que yo. Era por persona, aunque sea un niño que acaba de nacer. Si nos repartían 50 kilos a cada uno, a mí me iban a dar, como quien dice, somos 10, me van a dar 500 kilos y a usted nomás le va a dar 50, pero va a trabajar igual que uno. Eso es lo que no nos gustaba, por eso yo me salí después de allá de Quetzal.¹⁵²

Este sistema de trabajo colectivo no duró todo el refugio, la COMAR se dio cuenta de lo inconveniente que resultaba el sistema y lo cambió a uno que combinaba los sistemas asociativos de propiedad con sistemas privados de producción.¹⁵³

Pero al desatino en la forma de organización se sumó el desconocimiento general de los tipos de cultivo aptos para las tierras de la península yucateca. Era un suelo al que los recién llegados no estaban acostumbrados, que demandaba diferentes cultivos y donde la sola experiencia de estos campesinos guatemaltecos no bastaría para hacerla productiva. También se desconocían las mejores épocas de siembra y el tipo de semillas que se ajustaban a ese territorio y clima particulares.¹⁵⁴ Los refugiados al llegar y ver las tierras así como la escasa producción de los primeros intentos de siembra dijeron: “Aquí no se da nada, aquí no se puede vivir”. Esa fue la experiencia de Reyes Padilla:

Yo vine a trabajar también, y sembramos y no se nos dio, no llovió. Todo eso me decepcionó porque [...] yo que miro, dije yo: “Pues aquí no se da nada, yo me salgo”. Nada, así [bajito] llegó la milpita [...]. Ajá, pensaba que así era [que así sería siempre]. Y fijese que cuando

¹⁵² Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

¹⁵³ Luis Varese, “Retorno e integración. Solución de dos vías en los estados de Campeche y Quintana Roo”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 253.

¹⁵⁴ Carrera Lugo, *op. cit.*, p. 91. Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 76.

llegué a Chiapas, allá no dejaba trabajar el agua, día y día llovía, día y noche, unas milpas grandísimas; y aquí ninguna pasaba, pues dije yo: “No, no me quedó aquí, mejor es que me voy”.¹⁵⁵

A causa de ese primer desconocimiento sobre la calidad del terreno, se trató de sembrar cultivos que no eran aptos para la zona, como el arroz, lo que sólo trajo frustración a los campesinos y la idea de que el traslado a Campeche no traería nada bueno. Don Rufino Martín narró cómo se empezó con errores: “COMAR nos dio un terreno planito, lo tumbamos [...] y nos trajo COMAR semilla de arroz para sembrar arroz; pero no era lugar para arroz, no creció el arrocito, sólo llegó así, con abono, mucho abono; no aguantó porque no es terreno para el arroz”.¹⁵⁶ Aunque él, destacando su misma astucia, ignoró las indicaciones de la COMAR y en lugar de arroz sembró maíz, que se dio mejor y que después repartió.

Fueron los primeros tropezones que de haberse evitado habrían ahorrado angustias —y dinero—, pero de los que, por lo menos, se aprendió. Pronto llegaron agrónomos a estudiar la tierra y a enseñar a los refugiados las particularidades para el cultivo de ésta. Con el tiempo se aprendió a trabajarla, “la gente le fue buscando la vuelta al tiempo, COMAR les explicaba qué semilla, cómo tienen que sembrar, que tienen que hacer”,¹⁵⁷ y los campesinos guatemaltecos, que apenas unos pocos años atrás habían sembrado las fértiles tierras de Ixcán y Petén, aprendieron a cultivar y a hacer producir los campos de la península de Yucatán. En ellas se empezó a sembrar maíz, frijol, yuca y árboles frutales como la papaya y el plátano; además, se criaron gallinas, cerdos, guajolotes y se co-

¹⁵⁵ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

¹⁵⁶ Entrevista con Rufino Martín, miércoles 30 de septiembre de 2015...

¹⁵⁷ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

menzó a practicar la apicultura.¹³⁸ En mi visita supe que también se cultivaba soya, cacahuete y chihua.

Existieron también otros proyectos de trabajo apoyados por instancias internacionales, como la producción de artesanías, cría de aves, panadería y carpintería, entre otros. Se dieron talleres para que los refugiados aprendieran algún oficio. No obstante, estos programas de apoyo tuvieron éxito sólo mientras se les brindó un soporte externo, una vez que éste cesó, los desacuerdos y la poca eficiencia hicieron que estos programas terminaran.¹³⁹ En esta línea, Marco Carvajal criticó que el apoyo se diera a asociaciones y no a los individuos, como si los refugiados guatemaltecos no poseyeran una concepción capitalista y de mercado, y como si fueran sujetos ajenos al mundo económico occidental.¹⁴⁰ Jaime Rosas habló de aquellos proyectos que el ACNUR y la COMAR impulsaron:

Ahí en Quetzal Edzná cuando llegamos, como eran muy pocos los terrenos, ahí [con] lo que nos apoyó la COMAR [y] el ACNUR fue [que] se puso una carpintería grande para hacer muebles. Se puso una carpintería bien grande, una sastrería donde el ACNUR compró muchísima máquina industrial, que yo sé que es muy caro, eso compró. No sé qué cantidad de máquinas pero era un taller de costura muy grande, carpintería igual, todas las herramientas que se usan en una carpintería grande habían ahí.¹⁴¹

Pero si bien hubo proyectos que fracasaron, y que incluso a consecuencia de su mal manejo continúan causando disputas entre los

¹³⁸ Faustino Sánchez Martínez, “Recepción y autosuficiencia de refugiados en Quintana Roo, 1984-1989”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 84.

¹³⁹ Marco Antonio J. L. Carvajal Correa, “Refugio guatemalteco; asentamiento definitivo y desarrollo comunitario en Campeche”, en *Diario de Campo*, núm. 9, 2012, p. 66; Kauffer, *Refugiados de Guatemala en México...*, pp. 33 y 34.

¹⁴⁰ Carvajal Correa, *op. cit.*, p. 68.

¹⁴¹ Entrevista con Jaime Rosas por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015...

antiguos miembros de las organizaciones —como fue el caso del proyecto ganadero—, otro, en cambio, demostró su eficiencia y es hoy sostén de muchas familias. Este es el caso de la apicultura:

Hubo de eso, de abeja. COMAR nos trajo abeja, se trabajó por colectivo la abeja. Pero tenemos miedo con la abeja, [...] muy poca gente se animó para cuidar la abeja, pero también la gente en Guatemala. Yo en el lugar donde yo estuvo no lo vi la abeja, no trabajamos la abeja. [...] Pero la gente que sabe de abeja, ellos empezaron a trabajar la abeja, y sí hubo cosecha de miel, mucha miel [en] ese tiempo, porque como la montaña está grande no hay mucha abeja. Ahorita ya todos tienen, todos tienen de a poquito cada uno, pero antes no, no había. ¡Ja, viera qué miel sacamos!¹⁴²

Ahora los refugiados tenían tierras en las que laborar, oportunidades de vender su fuerza de trabajo, apoyo de múltiples organizaciones tanto en asistencia como en alimentos; sin embargo, aún estaban fuera de su país, sus derechos estaban limitados y dependían todavía, en buena parte, de las instituciones que los apoyaban. Los campamentos eran los únicos lugares de residencia legal que podían habitar, la entrada y salida eran vigiladas y las excursiones de los refugiados eran monitoreadas y posibles solamente a través de permisos de Migración que autorizaban su salida a los pueblos cercanos.¹⁴³ Por ello a veces los exrefugiados, así como las fuentes que hablan de esa época, se refieren a los campamentos como prisiones.

Pero, incluso así, hubo guatemaltecos que decidieron y consiguieron salir de los campamentos y hacer su vida en México fuera

¹⁴² Entrevista con Rufino Martín, miércoles 30 de septiembre de 2015...

¹⁴³ Aguayo *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo...*, p. 29.

de ellos. El refugio guatemalteco, por lo tanto, no puede restringirse a la narración de aquellos refugiados (pequeña porción del total) que obtuvieron el reconocimiento del ACNUR y la COMAR. Este fue el caso de Reyes Padilla, quien dejó Quetzal Edzná y encontró trabajo en un rancho cercano a San Antonio Bobolá:

Quando salí a ese rancho, salieron unos a trabajar y me despegué, fue cuando logré salir yo. Ya me dijeron que si me quiero ir con mi familia que me fuera; [ahí] fue que me salí. Sabían que me iba ir, había chance de salir, según; fue que me salí. Ya me quedé ahí trabajando, en el rancho, como 10 años, y ahí ya crecieron mis chamacos. Querían una escuela [y] ya fuimos al ejido San Antonio Bobolá hasta la fecha que estuve trabajando, hasta que mis hijos crecieron; ahí estudiaron. Ya todos están aparte, pues.¹⁴⁴

Se sabía y se esperaba que Campeche fuera un lugar muy distinto a Chiapas y Guatemala, y en Quetzal Edzná esa principal diferencia se presentó en la escasez de agua. Éste fue un problema que aquejó a la población durante dos años, durante los cuales dependieron de pipas para el suministro del líquido.¹⁴⁵ Las personas que proveían el agua, que obtenían así un beneficio económico, eran las de los pueblos cercanos de Alfredo V. Bonfil y Pich.

Los habitantes de estos pueblos vecinos tienen dos orígenes: los asentamientos más antiguos de inicios del siglo xx, que tienen raíces mayas de la región de Campeche (como Pich), y las comunidades migrantes de diferentes partes de México, sobre todo de Veracruz, Guanajuato, Oaxaca, Tlaxcala, Chihuahua, Coahuila, Chiapas y Michoacán, que llegaron en los años sesenta, setenta y

¹⁴⁴ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

¹⁴⁵ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

ochenta del siglo pasado, como sucedió en Alfredo V. Bonfil, San Luciano y San Miguel Allende.¹⁴⁶

Era lógico que la gente del lugar se preguntara quiénes eran aquellas miles de personas que llegaban a vivir en la región. Ésta en buena parte ignoraba quiénes eran los advenedizos y la razón por la que habían venido, por este motivo los guatemaltecos les contaban sus historias a esas personas que se volvieron sus vecinos. Jaime Rosas se expresó con simpatía de la gente de Alfredo V. Bonfil: “Cuando nosotros íbamos a viajar a Bonfil, ¡nombre!, ellos bien amigos nos empezaron a preguntar: ‘¿Qué ustedes son guatemaltecos?’. ‘Sí’. ‘Y cuéntenos, en sus países cómo estuvo la guerra y qué sufrieron’”.¹⁴⁷ También don Rufino Martín recuerda las reacciones de los vecinos cuando llegaron a Campeche:

“¿Por qué se vinieron?”, empiezan a preguntar (es muy extraña la gente de nosotros [para] ellos). Y les empezamos a contar: “Salimos por la guerra”. “Ah, por la guerra, ¿y qué hicieron?”. “Pues nos estaban matando la gente”. “Son muy malos sus gobiernos, muy malos sus gobiernos. Está bien, ya llegaron aquí, está bien, échense ganas; aquí, aquí todo tranquilo, nosotros somos tranquilos. Está bien”. Y sí se ve que son tranquilos porque nos traían costales de mangos: “¿Cuánto es?” [les preguntábamos]. “No, nada, lléveselo, lléveselo. ¿Tienen hambre?, pasen a comer”. Y nos daban de comer. Ahí vienes otro día: “No se quede aguantar hambre, véngase; si necesita también trabajar, con nosotros véngase a trabajar”.¹⁴⁸

Pero no todo fue miel sobre hojuelas. Así como hubo buenos encuentros también hubo roces entre los nativos y los recién llegados.

¹⁴⁶ Kauffer, “Leadership and Social Organization...”, p. 366; Carvajal, *op. cit.*, p. 66.

¹⁴⁷ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

¹⁴⁸ Entrevista con Rufino Martín, miércoles 30 de septiembre de 2015... Con base en las conversaciones sostenidas con gente de los poblados cercanos, se desprende que tenían una idea muy general de lo que había pasado en Guatemala: hubo una guerra y tuvieron que salir.

Los entrevistados mencionaron que particularmente los habitantes de Pich no se mostraron tan abiertos como los bonfileños, sino hostiles en ocasiones, aunque con el tiempo esa actitud cambió:

Primeramente la gente de Pich, no; ahí la gente de Pich fue muy mala con nosotros, esa gente de Pich lo que quería era que nos saliéramos, que nos fuéramos [...]. Los de Bonfil sí, ellos de un arranque nunca nos dijeron nada malo; en cambio en Pich sí. En Pich hasta [...] hace unos pocos años que ya empezaron a familiarizarse con nosotros... Ya hay mujeres de aquí viviendo con los de Pich y muchos se trajeron mujeres de Pich, y así ya se revolvió la gente; pero hace apenas unos años, casi unos 10, 12 años tardamos, así que... Si iba alguien a Pich era para que lo golpearan, le tiraran piedras.¹⁴⁹

Entre los refugiados y los campechanos que habitaban las regiones circundantes a los nuevos asentamientos hubo tanto acercamientos como roces. Pero el tiempo fue creando lazos que en el presente son estrechos entre los laurelenses y sus vecinos. Adelina Hernández cuenta de un evento que ayudó a unir simbólicamente a las poblaciones de Pich y Quetzal Edzná:

Me acuerdo que había un señor: Carlos Arjona, él era del IMSS. En la iglesia no había una Virgen, había tal vez una cruz, pero Virgen no había, estaba sin nada. El señor dijo que él nos quería regalar algo pero que él no sabía qué nos podía regalar, pero procuró la forma y trajo de México una Virgen de Guadalupe [...] y la regaló a Quetzal. Él quería que [a] Pich la fuéramos a recibir. En fin, que la fuimos a recibir entre cohetes y todo, unos espantados, porque la gente aún estaba espantada. [Así que] ahí vi yo como que en esa [ocasión], porque no fue nada planeado, se dijo: “Pues va llegar una Virgen, hay que ir a recibir. Nos vamos a ir en procesión”. [...] La gente espantada,

¹⁴⁹ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

pero la gente salió. Ahí los de Pich se vinieron. En fin, que hasta que llegó la Virgen a Quetzal. Eso me pareció que fue una forma de que se juntó la gente de allá con la de acá, los cantos de algún modo eran los mismos. O sea, sí, fue una experiencia muy bonita.¹⁵⁰

También la ayuda que se daría a los refugiados estaba planeada para beneficiar a las poblaciones aledañas de los nuevos asentamientos y no sólo a los guatemaltecos. “Se planteó llevar a cabo acciones que beneficiaran de manera general a 25 mil personas, que formaban aproximadamente 5 200 familias, 48% de origen guatemalteco y el resto nacionales”.¹⁵¹ Era un acto de congruencia, no se podía dar una mejor atención a los refugiados que la que se les proporcionaba a los mexicanos de los alrededores. Por lo tanto, no sólo la vida de los guatemaltecos cambió, sino que, de algún modo, también la de sus nuevos vecinos.

El apoyo internacional continuó llegando, aunque fuera en la forma de extraños alimentos. Ya se mencionaron los “frijoles de a metro”, pero también arribaban muchos productos procesados y desconocidos para los guatemaltecos. A veces venían en presentaciones muy raras, como pollo o puerco enlatado. Aquella comida generaba hartazgo, por lo que buscaron otras vías para abastecerse de alimentos más comunes para ellos y de otras necesidades materiales mediante la comercialización —no permitida— de los productos que recibían como donación.¹⁵² Aquel pollo en lata, que parecía tan distinto al pollo que conocían, quedó en la memoria de Jaime Rosas que habló de él entre risas:

Enlatado no conocíamos [risas]. Muchos hasta tiraban el pollo. Venía un pollo enlatado, según de Canadá lo traían. Lo tiraban o lo

¹⁵⁰ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

¹⁵¹ Carvajal, *op. cit.*, p. 65.

¹⁵² Montejo, *op. cit.*, p. 137.

vendían. Nosotros compramos mucho pollo, ¿verdad? Bien barato lo daban, y un pollo completito. No sé de qué tamaño sería el pollo pero era chiquitito porque para que cupiera en una lata de kilo [...]. Deshecho, deshecho estaba así, por eso mucha gente no lo comía porque estaba deshecho; lo agarraba uno así y se caía los pedazos [risas]. Según de Canadá venía ese pollo, y ha oído decir que lo regalado no se le busca lado, y por eso nosotros [...], regalado, pues lo comíamos.¹⁵³

Asimismo, Reyes Padilla cuenta sobre los refugiados que buscaban vender mercancía para suplir otras necesidades:

Mucha gente vendía parte de su mercancía [...] para comprar lo que hacía falta con dinero, sin embargo, se los impedían, se l[a]s quitaban las mismas autoridades encargadas del grupo. Se quedaban hasta de madrugada en el monte para quitarles la mercancía a quienes la llevaban a vender, así entre la misma gente.¹⁵⁴

Los refugiados recibían importantes apoyos, y a la vista de los observadores internacionales a ellos los rodeaba cierta aureola de víctimas. Ellos aparecían en las noticias internacionales, su bienestar cobró importancia incluso para gobiernos extranjeros tan distantes como Suecia, y esto se tradujo en ciertas paradojas cuando se contrastaba la situación de los mexicanos con la de los refugiados. Jorge Santistevan, quien fue representante del ACNUR en México, escribió cómo le molestó el percatarse de que la condición del refugiado hacía su vida más importante —al menos en los medios— que la de los mexicanos. Los primeros eran víctimas en ese momento de una condición excepcional, los segundos también, pero de una condición cotidiana y, por lo tanto, menos merecedora de atención:

¹⁵³ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

¹⁵⁴ Entrevista con Reyes Padilla por Hugo Alfaro, domingo 4 de octubre de 2015...

Guardo en la memoria la información aparecida en diarios españoles sobre un lamentable accidente en la ruta a Chetumal en el que fallecieron 10 refugiados guatemaltecos, sin que se mencionara que las víctimas mexicanas del mismo accidente habían sido muchas más. No olvido las preocupaciones expresadas en los faxes provenientes de Ginebra o Bruselas sobre los niños que morían como resultado de un brote incontrolado de sarampión en los campamentos en Chiapas, sin que importara que el saldo de víctimas en los poblados mexicanos aledaños había sido mucho mayor.¹⁵⁵

La figura de refugiado —creada por los medios de comunicación— ha trazado en la conciencia actual una idea donde el papel de víctima es su única faceta. Alrededor de ella se construye una trama que suele presentarse entre la épica y la tragedia y que llama la atención de las personas. Víctor Montejo escribió que “los refugiados son sobre todo víctimas”, pero no hay que dejar que este velo de luto cubra la identidad del refugiado —del guatemalteco y la de cualquier otra nacionalidad—, pues a la vez que víctimas son personas que fueron y son capaces de construir —si se les permite— su propio futuro.¹⁵⁶ La imagen de víctima hace del refugiado una criatura sufriente e indefensa que necesita ayuda externa para mantenerse y lo coloca en un estado de infancia y dependencia. La preponderancia de esta visión, más que ayudar, perjudica a estos grupos y, a través del tiempo, simplifica una rica y compleja historia.

El traslado, por ejemplo, es caracterizado por varias fuentes de la época como coercitivo, dado el uso de la fuerza. Este tipo de narración perseguía el objetivo de remarcar los procedimientos violatorios de los derechos humanos que el gobierno mexicano es-

¹⁵⁵ Santistevan, *op. cit.*, p. 109.

¹⁵⁶ Montejo, *op. cit.*, p. 196.

taba cometiendo contra los refugiados, y así denunciar esta mala práctica. Sin embargo, al hablar con algunas personas de Los Laureles, aquella brutal violencia no está presente en sus relatos. Por lo tanto, ¿cómo habría que narrar la historia del camino de Chiapas a Campeche? En sus recuerdos, el traslado fue una decisión voluntaria o de resignación frente a la orden de la autoridad que los protegía. Asimismo, hay relatos donde la violencia que se ejerció en diversas ocasiones no aparece ni por atisbo —éstas son sobre todo narraciones de los funcionarios—. La historiografía, más que decidirse por una versión, tiene que destacar la heterogeneidad del pasado y las múltiples experiencias a las que éste dio origen.

La condición de refugiado fue creando una identidad entre las personas guatemaltecas en México; a ellas las unía la experiencia común de haber abandonado su patria bajo las amenazas de violencia que en ella imperaban.¹⁵⁷ Para los vecinos mexicanos, ellos eran los refugiados; para la sociedad mexicana que leía los periódicos y revistas, ellos eran los refugiados, y así para el gobierno y los organismos internacionales. En el momento en que se abrió la posibilidad del retorno colectivo, ellos mismos también se identificaron frente a los demás como los refugiados que regresaban desde el exilio a su país. La identidad de refugiado trascendió los límites étnicos que se difuminaban en la pluralidad de orígenes de los campamentos y se convirtió, tras el paso de los años en México, en una identidad política y social.

Aquella identidad se vio reforzada por el bagaje cultural y tradicional de los refugiados, el cual, en cuanto pudieron, buscaron seguir conservando en México. Sencillas tradiciones como la preparación de comida típica, las fiestas patronales del pueblo de

¹⁵⁷ Kauffer, “De la frontera política a las fronteras étnicas...”, p. 15.

origen o la canasta de pan en Semana Santa eran tradiciones que, a pesar de las dificultades, los refugiados quisieron conservar. De particular importancia fue la vestimenta. Al llegar a Campeche desapareció el peligro de las incursiones del ejército guatemalteco a los campamentos; ahora no tenían por qué temer ser identificados como guatemaltecos. Por esta razón, a pesar de que llevaran varios años vistiendo la ropa ladina, hubo quienes en Campeche retomaron su viejo vestir y volvieron a usar sus trajes típicos.¹⁵⁸

Sin embargo, con el paso de los años, más la dificultad (y costos) que implica conseguir los materiales así como el estar lejos del contexto cultural y simbólico que produce esos trajes, la mayoría de las personas ha dejado de usarlos hoy en día. En ocasiones especiales las vestimentas típicas vuelven a ser portadas por las personas mayores, pero en la actualidad en Los Laureles, que se compone de un importante porcentaje de población ladina, es raro avistar algún traje regional guatemalteco en el día a día. Lo mismo va ocurriendo con otras tradiciones, incluso con la comida y la música donde las preferencias se han ido adecuando cada vez más al modo mexicano.

Pero en aquel entonces, a medidados de los ochenta y a cientos de kilómetros de sus viejos hogares, el trabajo se iba logrando. Y aunque el campamento distara de ser perfecto y de estar exento de problemas, el proyecto avanzaba. En contraste, el conflicto en Guatemala continuaba, aunque en menor intensidad; por este motivo y a pesar de la distancia y el tiempo, hubo algunos jóvenes que se sintieron apelados por el llamado de la guerrilla. Algunos volvieron con la idea de luchar por Guatemala y contra el ejército que había asesinado y hecho tanto daño a sus comunidades y a sus

¹⁵⁸ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

familiares. Adelina Hernández recuerda que, incluso estando ya en Campeche, hubo quienes regresaron a Guatemala para continuar con la lucha, en la cual varios hallaron la muerte:

le digo que muchos muchachos de aquí se fueron a, según, a luchar todavía. Sí, de aquí para allá. [...] Una vecina de nosotros era una chamaca de 13 años, nada más que bien grandota. Igual, después dijeron que se había ido para Guatemala y en un enfrentamiento que hubo —[...] creo que fue por San Marcos—, ahí hubo un enfrentamiento y que esa chamaca ahí murió. Sus papás nunca supieron de ella.¹⁵⁹

Incluso en los campamentos se destinaba parte de los alimentos que los refugiados recibían para mantener a la guerrilla o a las Comunidades de Población en Resistencia (CPR), los cuales eran llevados de México hacia Guatemala de manera clandestina y bajo el riesgo de ser descubiertos por las autoridades mexicanas o, peor aún, por los militares guatemaltecos:

Pero eso no lo sabía ni COMAR ni ACNUR, no, uno nada más. Entonces, pues, nos daban una caja de lo que pudieran, o le decían: “No, pues tienes que dar tal cantidad”. Y se fue un señor (a ese señor también lo conocí), y se fueron varios, quién sabe cuántos se fueron; se cargaron sus maletas para ayudarle a la gente y se fueron. A esos los agarró el ejército y los mataron, y por eso el ejército le decía a México: “Mirá, aquí está la leche que está llegando de allá contigo, para los guerrilleros aquí en Guatemala”.¹⁶⁰

El lazo con el conflicto en su país no se había roto para muchos. Mientras algunos se debatían entre la paz del exilio o la lucha en

¹⁵⁹ *Loc. cit.*

¹⁶⁰ *Loc. cit.*

el suelo de origen, el refugio continuaba, asimismo, en 1988 se lanzaba el Plan Multianual. Éste tuvo como objetivo asegurar la autosuficiencia económica de los refugiados, diversificar sus fuentes de ingreso y dotar de una mejor infraestructura a los campamentos con el apoyo de la entonces Comunidad Económica Europea. Para ello se planeó la construcción de dos nuevos poblados: Santo Domingo Kesté y Los Laureles, lo que distribuiría a la población de los dos campos existentes y abriría nuevas tierras al cultivo.

En Quetzal Edzná se preguntó quién se apuntaría para ir a formar el nuevo pueblo cercano al ejido de San Luciano. Esta nueva sede tendría como principal incentivo la disponibilidad de más terreno para el cultivo; en lugar de hectárea y media ahora se tendrían dos. No obstante, el cambio también implicaba empezar de cero, construir nuevas casas y edificar el naciente poblado, dejar el lugar donde habían vivido ya cinco años y abandonar los árboles frutales que con esmero habían hecho crecer y dar frutos. Unos se decidieron a dejar Quetzal Edzná y Maya Tecún, otros se quedaron, y de los dos pueblos existentes en Campeche nacieron dos pueblos más. Adelina Hernández rememoró aquel momento:

Entonces dijeron que había un Plan Multianual, [así] lo llamó COMAR: que había este terreno porque no nos lo dio el gobierno mexicano, [sino que] nos lo dieron las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas se las pagaron muy bien al gobierno mexicano. Entonces, que había el plan de que nos podíamos venir a Laureles, porque vivíamos en pedacitos chicos [...]. Yo dije “Yo me voy, yo me voy para Laureles”. [...] siento que vivir aquí sí ya fue mi decisión. Le digo [a mi esposo]: “Vámonos para Laureles, aquí pues todo estrecho”. Ya tenía yo mi primer hijo; mi esposo yo veía que no, o sea, no tenía dónde trabajar, o sea, [lo veía] como desanimado, como “¿Pa’ dónde agarro, qué

hago?, nada”. Le digo: “Vámonos”. “Pues vámonos”. Y empezó él a venirse, a conseguir el solar. Me hizo una casita muy pequeñita.¹⁶¹

A lo largo de casi todo el refugio, desde Chiapas hasta Los Laureles, estuvieron presentes pequeñas y grandes organizaciones religiosas y laicas, tanto internacionales como nacionales, que prestaron apoyo complementario a los refugiados. Llegaban personas de diversos ámbitos y de distintos lugares, algunas por periodos largos, otras por unos días o algunas horas. La historia del refugio también es recordada a través de las caras y relaciones que a lo largo de los años los refugiados guatemaltecos establecieron con estas personas, las cuales formaron parte de su experiencia. Jaime Rosas contó sobre la amistad que sostuvo con una religiosa estadounidense:

Mi señora y yo trabajamos muchos años haciendo hamacas. [...] Había una monja de la Iglesia católica que era muy amiga con nosotros, y ella era la que se encargaba de los mercados, ella traía los materiales [...]. [Después] llegó el tiempo que, pues ellos no están definitivamente en un solo lugar (saber de dónde llega el mando), [y le dijimos:] “Ya no vas a estar ahí, para tal fecha te vas a otro lugar”. Y es cuando a ella la iban a mandar a otro lugar, la mandaron para Bolivia [...]. Me dijo: “Me van a mandar para Bolivia”, y la mandaron para Bolivia y de allá me mandaba cartas.¹⁶²

Llegaron múltiples organizaciones que a la vez tenían múltiples objetivos. Unas eran de índole religiosa, otras laicas; unas buscaban apoyar en la producción agrícola o artesanal; unas daban servicios religiosos (como el Servicio Jesuita a Refugiados), otros

¹⁶¹ *Loc. cit.*

¹⁶² Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

atención médica, o apoyaban en la construcción de infraestructura para los campamentos. Estas organizaciones fueron esenciales en aliviar problemas específicos que tenía la comunidad refugiada. Ernestina Hernández, por ejemplo, contó que a su hija le diagnosticaron un problema en el corazón, un problema complejo que requería una operación especial y que, gracias al apoyo de la Iglesia, ésta pudo realizarse en Nueva York.¹⁶³

Las organizaciones sociales también trataron de hacer frente a importantes problemáticas dentro de la comunidad de refugiados, como el papel de la mujer, la equidad de género y la violencia intrafamiliar, por lo que se dieron talleres sobre la violencia en las familias, el cuidado de los niños y la violencia contra las mujeres. Adelina Hernández dijo que gracias a ello hubo un cambio y que, aunque probablemente estos problemas persisten de algún modo, ya no forman parte de la normalidad.¹⁶⁴ Como consecuencia, en el momento de retorno se crearon organizaciones de mujeres que exigían ser incluidas en el proceso y, por ejemplo, algunas pidieron que los terrenos que se darían en Guatemala no estuvieran sólo a nombre de los varones.

La ayuda monetaria y en especie que llegaba a los refugiados era cuantiosa, y mucha fue canalizada por autoridades mexicanas de manera ilícita para beneficio propio. A la vez, los refugiados habían cobrado conciencia de su importancia internacional y empezaron a exigir y cuestionar el modo en que procedía la COMAR.¹⁶⁵ Adelina Hernández recordó uno de estos casos: “a mí me lo contó uno que era chofer de los camiones: [que] venían las camionadas

¹⁶³ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

¹⁶⁴ Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 2 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

¹⁶⁵ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

de chanclas [...] para los refugiados, [pero] no llegaban [...], se iban a saber dónde a venderlas; esas no llegaban a los guatemaltecos. Y mucho más, sí, muchas cosas buenas”.¹⁶⁶

La ayuda —necesaria, por otro lado— se había extendido durante bastante tiempo en los campamentos de Campeche y Quintana Roo, lo que creó una situación de dependencia por parte de los refugiados, y es que mucho de lo que se tenía provenía de las organizaciones. Esto, durante los últimos años del siglo pasado, provocó una situación de inseguridad y de incertidumbre cuando dichas organizaciones se preparaban para abandonar los campos. Nuevamente Adelina Hernández habló sobre ese momento:

Ah, ¿cómo le dijera yo? Tantos chamacos en la escuela, pero los cuadernos nos [los] daba COMAR, los lápices los daba COMAR. Y entonces decía la gente (pero eso ya era un dicho) así: “Total, COMAR aguanta”, decían [risas], “COMAR aguanta”. Y ya después decía COMAR: “¿Saben qué?, COMAR ya no aguanta [risas]. COMAR ya se va a terminar, ya no anden pensando que COMAR los va a seguir manteniendo, ya no; ya COMAR ya no aguanta”. [...] para mí fue muy difícil. [...] tardó y sí tardó muchísimo, mucha, mucha pobreza. Y le puedo decir que de ese tiempo que ya COMAR nos dejó, a mí me costó, a nosotros nos costó mucho. No, no había nada, y si le digo que no había nada es que no había nada [...].¹⁶⁷

A finales de 1996 empezaron a entregarse las primeras cartas de naturalización o las FM2 a los refugiados que decidieran quedarse permanentemente en México.¹⁶⁸ En 1998, el estatus de los campos

¹⁶⁶ *Loc. cit.*

¹⁶⁷ *Loc. cit.*

¹⁶⁸ Betsabe Adriana Martínez Manzanero, “*Eso ya se me estaba olvidando, ustedes me están haciendo recordar*”. *Treinta años después. Recordar, olvidar y callar en Maya Tecún, Champotón, Campeche, Zamora*, 2010 (tesis de Maestría en Antropología Social,

de refugiados cambió a asentamientos rurales, poniendo punto final al refugio guatemalteco en México. Ante la partida de las organizaciones que les habían proporcionado apoyo, algunos de los refugiados optaron por lo que era entonces una tendencia general: migrar hacia Estados Unidos. Con el dinero ganado durante los años de trabajo en el país del norte, las casas de concreto fueron sustituyendo el paisaje de las sencillas casitas del refugio, hasta que Los Laureles llegó a ser lo que es hoy en la actualidad.

No obstante, antes de llegar a ese momento, los campamentos vivieron un cambio radical más: el retorno. La mitad de los refugiados en Campeche decidieron regresar a sus hogares, oportunidad que habían estado aguardando durante años. Esa partida de sus vecinos marcó también a los que decidieron permanecer en México.

LA ÉPOCA DEL RETORNO

La mayor parte de las personas que hoy habita Los Laureles años atrás tuvo que tomar una importante decisión: ¿regresar o no a Guatemala? Actualmente Los Laureles se conforma, en su mayoría, de aquellos individuos que optaron por permanecer en México y que, en muchos casos, eligieron adquirir la ciudadanía mexicana. Sin embargo, el retorno constantemente estuvo en la mente de los refugiados a lo largo de su estadía en México; algunos decidieron regresar por sus propios medios, otros continuaron esperando la coyuntura oportuna en que la paz en su país asegurara el respeto a sus vidas. Aquel momento se fue alargando y alargando, pero

El Colegio de Michoacán), p. 13; Kauffer, "Leadership and Social Organization...", pp. 371 y 372; Carvajal., *op. cit.*, p. 64.

finalmente llegó. El primer retorno colectivo y organizado, que tuvo un largo antecedente de negociación y planeación, se llevó a cabo en enero de 1993.

No fue esa, sin embargo, la primera ocasión en la que refugiados guatemaltecos decidieron regresar a su país a pesar de los riesgos que implicaba. Durante el traslado hubo quienes se dispusieron a volver a Guatemala antes de aceptar la reubicación, asimismo otros —que vivieron condiciones precarias y difíciles en los campamentos en Chiapas— regresaron a su país. Al retornar a su patria, la COMAR y el ACNUR perdían la pista de estas personas; algunas desaparecieron o fueron ejecutadas; pero las que regresaban, en su mayoría, eran colocadas en los polos de desarrollo o aldeas modelo bajo estricta vigilancia militar y obligadas a servir en las Patrullas de Autodefensa Civil, organización que había tomado parte en las masacres, ejecuciones, quema de pueblos y que los había expulsado de su país.¹⁶⁹ No existía la certeza de que los derechos de los repatriados se respetarían si volvían en aquel momento.

La primera esperanza de un regreso seguro a la patria llegó cuando, en enero de 1986, la presidencia de la República de Guatemala fue ocupada por primera vez, tras 16 años de continuos mandatos militares, por un civil: Vinicio Cerezo Arévalo. Pero como antes lo había sido Julio César Méndez Montenegro, entre 1966 y 1970, el nuevo presidente era la máscara civil que disfrazaba a un régimen militar.¹⁷⁰ A los refugiados se les seguía considerando guerrilleros en territorio extranjero, pero se les concedería una amnistía si aceptaban repatriarse; es decir, para el nuevo gobierno seguían siendo enemigos, pero tenían la oportunidad de

¹⁶⁹ Espinoza y Figueroa, *op. cit.*, p. 163.

¹⁷⁰ Montejo, *op. cit.*, p. 222.

ser perdonados. A pesar del peligro y la ausencia de garantías que implicaba regresar a Guatemala en aquel momento, hubo unos pocos que aceptaron volver. Adelina Hernández mencionó cómo también su padre consideró esta posibilidad:

Pues cuando fue la amnistía —yo no sé al cuánto tiempo iba amnistía—, yo veía que mi papá quería regresar; pero como había personas que decían: “La amnistía no es verdad, la amnistía es para tal y tal cosa”. Es como para quien dice: “Véngansen y aquí los acabamos”, o sea, buscando la forma. Muchos con la amnistía regresaron, se fueron para ese tiempo; algunos han de haber muerto, otros viven. Ya dijo mi papá: “No, pues vamos a esperar”.¹⁷¹

Con el nuevo gobierno civil no hubo cambios sustanciales que permitieran un retorno seguro, por ello la espera se prolongó unos años más para la vasta mayoría de los refugiados; mientras que otros se repatriaron individualmente o con sus familias donde las aldeas modelo y los polos de desarrollo, que seguían siendo el principal destino.¹⁷² No obstante, institucionalmente se dio un avance por parte del gobierno guatemalteco con la creación de la Comisión Especial de Atención a Repatriados (CEAR) el 26 de septiembre de 1986.¹⁷³ Ésta jugó un papel importante en la planeación del retorno colectivo en los primeros años de la década de 1990.

¹⁷¹ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

¹⁷² La periodista sueca Monica Zak escribió una novela que relata la vida de una familia guatemalteca que huye a México tras la masacre y destrucción de su pueblo en Guatemala. En la novela la joven narradora, que había logrado escapar con algunos de sus familiares y vecinos hacia México, regresa en secreto, después de un tiempo, a visitar su pueblo en búsqueda de su hermano y su abuela. Ahí encuentra que siguen vivos, pero que residen en una aldea modelo, donde todo está estrictamente controlado. Monica Zak, *La hija del puma*, trad. de Christina Norell de Pelcastre, México, Sistemas Técnicos, 1997.

¹⁷³ García Tovar, *op. cit.*, p. 147.

Sin embargo, una cara civil y una nueva institución no podían hacer desaparecer la desconfianza de los refugiados que, tras haber vivido la expulsión y aniquilación de sus pueblos, tenían razones de sobra para dudar. El recelo hacia las autoridades guatemaltecas se mantenía y el conflicto en aquel país aún continuaba. Aunado a estos factores, se hizo evidente la contradicción entre lo que el gobierno guatemalteco decía, aparentemente en buenos términos, y lo que expresaban los medios de comunicación en Guatemala, ahí los refugiados seguían siendo “los subversivos”.¹⁷⁴

Hasta entonces los guatemaltecos que habían regresado a su país lo habían hecho a través de la repatriación. Ésta no significó lo mismo que el retorno. La primera fue una decisión individual o familiar en la que los refugiados se sometían a las autoridades de Guatemala, con escasa o ninguna garantía de por medio. Sólo a partir de 1987 los repatriados tuvieron una protección por parte del ACNUR y del gobierno mexicano. El retorno, en cambio, implicó una negociación en la que participaron los refugiados, los gobiernos de México y Guatemala y el ACNUR. Fue un proceso de organización colectiva que tuvo supervisión y asistencia internacional y que tuvo un impacto político en Guatemala.¹⁷⁵

Las negociaciones para un regreso colectivo de los refugiados no empezaron sino hasta 1990 y, tras más de dos años de discusión y planeación —con frecuentes desacuerdos entre el gobierno de Guatemala y los representantes de los refugiados—, se concretó el 20 de enero de 1993 con el primer retorno colectivo hacia la nueva comunidad, elocuentemente llamada Victoria 20 de Enero.¹⁷⁶

¹⁷⁴ Espinoza y Figueroa, *op. cit.*, p. 163.

¹⁷⁵ Kauffer, “Leadership and Social Organization...”, p. 360.

¹⁷⁶ Aún más elocuente si recordamos que una de las campañas contrainsurgentes llevó el nombre de “Victoria 82”.

En este proceso los refugiados consiguieron garantías para su regreso, entre las cuales estaban: establecerse en un lugar de su preferencia, circular libremente en el territorio (lo que no era posible en las aldeas modelo), reconocimiento de la legítima propiedad o posesión de tierras así como su restitución, integración voluntaria a las Patrullas de Autodefensa Civil y ofrecimiento de amnistía para quienes la necesitaran.¹⁷⁷ Pero, a pesar de las promesas de seguridad, hubo un triste caso de una masacre de retornados que festejaban el primer aniversario de su regreso a Guatemala, en Xamán, municipio de Chisec en Alta Verapaz, el 5 de octubre de 1995.¹⁷⁸

El grupo que representó a los refugiados en las negociaciones para el retorno fueron las Comisiones Permanentes (CCPP), que se componían de portavoces elegidos por los mismos refugiados de diversos campamentos en Campeche, Quintana Roo y Chiapas. Fue un proceso que llamó la atención de la prensa, de los académicos, de los observadores internacionales y, evidentemente, de los mismos refugiados. Sin embargo, para algunos de estos últimos (que ya habían decidido permanecer en México) el proceso de retorno fue un exceso de entusiasmo que desembocó en un error: el regreso a Guatemala. Esta es la percepción de don Rufino Martín, quien habló de aquellos tiempos evidenciando que aquel periodo en el proceso del refugio fue experimentado de manera heterogénea, pues donde algunos encuentran el punto principal de una historia (el retorno de los expulsados de sus

¹⁷⁷ García Tovar, *op. cit.*, p. 148.

¹⁷⁸ Néstor Galicia, "A 20 años de la masacre de Xamán", en *Prensa Libre*, 5 de octubre de 2015. En <<http://www.prensalibre.com/hemeroteca/a-20-aos-de-la-masacre-de-xaman>>.

tierras), otros pasan por él apenas levantando la vista y viéndolo como una equivocación:

Son una gente, son parte de la guerrilla o algo por ahí [...] del gobierno; no sé qué gente; allá usaron un nombre de la gente que se llama [...] permanente, dice la gente. Permanente. No sé qué será esa gente de permanente. “Ya llegaron los permanentes”, dicen. Son permanentes, y llegaban y decían: “¿No piensas ir a Guatemala, no vas a ir a ver tu país? Podemos irnos, y vamos a organizar. Llegando allá vamos hablar con el gobierno, y que nos entreguen nuestro terreno de donde salimos”. “Ah, está bonito”. Y ya mucha gente empezó [...] a equivocarse.¹⁷⁹

Evidentemente no todos compartieron su visión, y es que en aquellos años el retorno para muchos de los refugiados fue una oportunidad de volver a sus tierras y rehacer sus vidas. Representantes o funcionarios del gobierno guatemalteco fueron a los campamentos para invitar a los refugiados a regresar a su país y para decirles que ya era seguro volver a Guatemala. Fue la esposa del presidente Vinicio Cerezo Arévalo, alcaldes de los municipios de los que habían sido expulsados, posteriormente incluso la premio nobel de la paz, Rigoberta Menchú y, en 1996, el presidente Álvaro Arzú.

Las visitas no fueron sólo de Guatemala hacia México, sino que, para ganar la confianza de los refugiados sobre la buena disposición de su gobierno, se organizaron visitas de sus representantes a las comunidades de origen en Guatemala o, en su caso, a las tierras que se les ofrecían en su lugar. Esto tenía el propósito de que los refugiados, acompañados por el ACNUR, vieran por sí mis-

¹⁷⁹ Entrevista con Rufino Martín, miércoles 30 de septiembre de 2015...

mos las posibilidades que había en Guatemala antes de tomar la decisión de volver o permanecer en México.

Esta acción fue primordial, ya que el problema de la tierra fue el asunto inmediato más importante del retorno.¹⁸⁰ Los refugiados habían sido forzados a dejar sus tierras y hogares, posteriormente estos fueron declarados como abandonados y fueron otorgados a otras personas, que con frecuencia eran leales al ejército y miembros de las PAC. Cuando se realizó el retorno, uno de los problemas era a quién correspondían esas tierras, ¿a sus primeros dueños o a sus actuales poseedores?¹⁸¹

En Santa María Dolores, antigua comunidad de Adelina y la familia Hernández, se presentaron problemas para el regreso de los refugiados, pues quienes habían ocupado las tierras formaban parte de las PAC y estaban armados, lo que contribuyó a que la situación se pusiera tensa y peligrosa. Finalmente, tras una espera de meses en condiciones inadecuadas que hacían recordar los primeros años de refugio —viviendo en campamentos improvisados y subsistiendo gracias a la ayuda de organizaciones—, y tras la realización de protestas pacíficas, el gobierno de Guatemala les ofreció a los retornados terrenos alternativos en Petén. Estos aceptaron para evitar una escala en el conflicto y porque el gobierno se comprometió a financiar el desarrollo de la comunidad.¹⁸²

¹⁸⁰ Otras cuestiones que habrían de trabajar los retornados junto con la sociedad guatemalteca serían la memoria y el hecho de la perpetración de un genocidio en su tierra, tarea esta última que quizá estará siempre inconclusa.

¹⁸¹ García Tovar, *op. cit.*, p. 158.

¹⁸² Rubio Mejía López, Rafael Figueroa Ramos, Juan Reynoso Zacarías *et al.*, “Retornos de la Vertiente Noroccidental”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, pp. 179-181. Las tierras que daba el gobierno de Guatemala (cuando no fue posible recuperar aquellas que antes pertenecieron a los retornados) no siempre eran fértiles y productivas. Algunas estaban extenuadas por el cultivo intensivo y volverlas productivas de nuevo no era una tarea fácil, principalmente en las ocasiones en que se carecía del apoyo gubernamental. Carlos Choc y Sergio Mendizábal, “La Vertiente Sur,

La perspectiva de que al regresar tuvieran que enfrentar problemas con otra población para reconquistar sus tierras desalentó el retorno de varios refugiados, sobre todo considerando la estabilidad que se estaba logrando en México —a pesar de que la extensión de sus tierras era mucho menor a la que habían poseído o trabajado bajo usufructo en Guatemala—. Para la mayoría de los entrevistados, la razón principal por lo que algunos regresaron es que allá tenían bastantes tierras y más fértiles que las de México. Por otro lado, algunos de los que no se decidieron por el retorno sólo fueron a Guatemala a recuperar sus tierras y, tras venderlas, regresaron a México.

Retornar a Guatemala era, una vez más, un volver a empezar para personas que ya lo habían hecho bastantes veces en su vida; algunas ya eran ancianas o habían formado familias y amistades en México. Así, sus razones para permanecer sobrepasaron sus deseos de volver a Guatemala. Ya no quisieron encontrarse nuevamente en el inicio de otro camino. Como otras tantas, la familia Hernández decidió en el momento del retorno permanecer en México:

mi papá creía que unos dos meses, un mes [iba a estar en México]. Él no creyó que se fuera hacer tanto tiempo. No, mi papá todito el tiempo [...] pensó regresar. Mi papá todavía pensó regresar cuando fueron los retornos; nada más que también mi papá ya estaba cansado. Dijo: “Yo hacer otra casa... otra casa ya no la hago, y yo... y yo ya no me voy”. Y por eso ya. También mis hermanos ya estaban grandes, o sea, ya cada quien. Y ya se tomó la decisión de que ya no... Y qué bueno que no nos fuimos porque mucha gente ya no se acostumbró, no, ya no se acostumbró.¹⁸⁵

como proyecto de retorno”, en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, pp. 194 y 195; Kauffer, “Leadership and Social Organization...”, p. 371.

¹⁸⁵ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

Fueron varias las razones por las cuales finalmente se decidió permanecer en México. Algunas fueron las condiciones económicas que se habían alcanzado en el país así como un relativo bienestar; la voluntad de los hijos, quienes habían pasado la mayor parte de su vida en México o que incluso eran mexicanos por nacimiento; y el sentimiento de arraigo que con el paso de los años se fue creando hacia la nueva tierra y el nuevo hogar.¹⁸⁴ Pero hubo también, al menos para Jaime Rosas (quien fungió como uno de los representantes que visitó las tierras en Guatemala), una razón que brotó de su propia experiencia ante la injusticia que lo había expulsado de La Lucha, su comunidad. En los terrenos ofrecidos vivía una población muy pobre que iba a ser obligada a abandonar esas tierras para que fueran ocupadas por los retornados, desarraigándola de lo que entonces era su hogar y su trabajo, y obligándola a buscar o a pedir otras tierras al gobierno. Jaime Rosas mencionó que, por su parte, él no quería ser partícipe de una acción que arrancaría a personas pobres de la tierra, así como años atrás la violencia los había expulsado a él y a los refugiados de las suyas.¹⁸⁵

Otra de las razones aludidas durante la entrevista fue la creencia de que, a pesar de la aparente paz que se veía en Guatemala, en cualquier momento la violencia regresaría. La tranquilidad que habían hallado en Campeche, y que se mantiene incluso hoy día, fue también uno de los motivos que los llevó a permanecer en México. Así lo comentó Ernestina Hernández: “[Yo no volví] porque decía la gente que todos los que se retornaron o se repatriaron, que ya cuando venga la guerra de vuelta, a esos los van a matar primero

¹⁸⁴ En Los Laureles, según una encuesta de 1999, las razones aducidas fueron: 41% condiciones, 27% arraigo, 23% hijos/familiares y 9% otra. Kauffer, *Refugiados guatemaltecos en Campeche e integración...*, p. 13.

¹⁸⁵ Entrevista con Jaime Rosas, viernes 2 de octubre de 2015...

por el hecho de haberse salido huyendo y de volver a venir”.¹⁸⁶ Guatemala podía estar en paz en aquel momento, pero quizá la guerra volvería algún día y entonces no sería más un lugar seguro. ¿Para qué volver, por lo tanto, si la historia parece repetirse en círculos? Se podía estar en paz en ese presente, pero el riesgo no desaparecería para el futuro.

El miedo fue un factor en algunos para no regresar a Guatemala. Sobre todo para quienes habían presenciado y experimentado de primera mano la represión del ejército. En la memoria, Guatemala era inseparable de aquellos recuerdos. Ernestina Hernández dijo que ella no quería volver después de lo que había vivido:

Sí, a mí me daba miedo. Yo, mejor que yo no me regresé porque me daba miedo. Pero como nosotros vimos... bueno, tal vez hubo gente que no vio, que nomás escuchó que venían matando y salieron huyendo, porque mi esposo, él no vio, no vio cuando mataron la gente; en cambio nosotros sí, sí vimos; se quemaron las casas, todo. Y hay gente que namás salió huyendo y se vino para México; pero nosotros sí vimos.¹⁸⁷

El retorno implicó también un cambio importante para las personas que permanecieron en México. Aquellas que partían habían convivido con éstas durante años en situaciones difíciles, algunas de ellas incluso habían salido del mismo pueblo y ahora decidían regresar. Así lo describió Juana Mo, quien, aunque estaba decidida a no volver a Guatemala, percibió cómo el pueblo cambió por las muchas ausencias que dejó el retorno:

No, ni por mi mente pasó [regresar], ya no; aunque me dolía, pues también [...] nos quedábamos llorando cuando se iban porque ya

¹⁸⁶ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

¹⁸⁷ *Loc. cit.*

estábamos acostumbrados a convivir con ellos. Nos daba tristeza. Tal vez lo veía [usted] en la noticia cuando salían los camiones [con] unas grandes mantas que les ponían a un lado, así las llevaban. “Adiós, México lindo”, decían; nos hacían llorar también cuando se iban.¹⁸⁸

Los cuantiosos años que había durado el refugio dieron tiempo para el surgimiento de varias generaciones entre la población refugiada: se encontraba la que había vivido la mayor parte de su vida en Guatemala, otra que sólo vivió su niñez o algunos años de ésta y aquellas que habían nacido en México. Había niños y jóvenes mexicanos, nacidos de guatemaltecos refugiados, que se negaban a retornar con sus padres a un país que sólo conocían por las palabras de sus mayores; decían que si los obligaban —para ellos no a un retorno, sino a una partida— regresarían por su cuenta a México.¹⁸⁹ Por ejemplo, Adelina recuerda que:

no daba ni tiempo ni de pensarlo, porque eso estaba sucediendo. [...] “Me voy para Guatemala”; me voy, pero se queda mi hija; me voy, pero se queda mi nuera. O sea, ya fue muy difícil; los retornos eran un mar de llanto, sí.

Otra cosa que pasaba, por lo menos [cuando] se va hacer un retorno, [era que] las muchachas se escondían y no se iban para Guatemala; ya estaba censadas que ya se iban a ir [pero] a la mera hora de subirse al camión, las muchachas no estaban: unas ya se habían ido para Campeche, otras buscaban que si se iban con sus novios. Pero en fin [...]. Entonces, pues ya se llevaban ya sólo a los chicos, ya no se llevaban a los grandes [...]. Era, pues, difícil porque se formaban nuevas familias; era como incierto, ¿verdad? No había nada, como le digo, apenas las casitas, apenas los solares [...].¹⁹⁰

¹⁸⁸ Entrevista con Juana Mo, martes 6 de octubre de 2015...

¹⁸⁹ Kauffer, “Leadership and Social Organization...”, p. 383.

¹⁹⁰ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

Años después, algunos de los retornados y sus hijos nacidos en México durante el refugio (y que fueron llevados a la tierra de sus padres en el retorno) decidieron regresar a México, incapaces de volver a adaptarse a su país o, en el caso de los hijos, al de sus padres. Volvieron a México buscando oportunidades que en Guatemala no habían encontrado o huyendo de otra violencia que golpeaba al país. Guatemala, escribe Evangelina Mendizábal, no se concretó para muchos en la patria que anhelaban durante el refugio.¹⁹¹ Los niños mexicanos que habían ido a Guatemala con sus padres guatemaltecos, años después serían los que retornarían a su primer país: “se los llevaron chiquitos, pues ya regresaron hoy de grandes”.¹⁹² De los guatemaltecos refugiados que se establecieron en Campeche en 1984, 9 062 regresaron a Guatemala, mientras que otros 9 mil decidieron permanecer en el estado.¹⁹³ El retorno y la nacionalización fueron los dos finales distintos para el refugio guatemalteco en México.

RECUEENTOS Y REFLEXIONES: MEMORIAS Y EXPERIENCIAS DE UN REFUGIO

Han pasado más de 40 años desde el inicio del refugio guatemalteco en México, más de 25 desde que terminó el retorno colectivo y empezó la nacionalización de los refugiados, y 8 desde que pisé por primera vez Los Laureles. Las entrevistas que sustentan el capítulo representaron para los entrevistados una ocasión para pensar y volver a contar el pasado y la historia que llevó a la cons-

¹⁹¹ Kauffer, “De la frontera política a las fronteras étnicas...”, p. 14; Evangelina Mendizábal García, “La construcción de la paz y el retorno”, *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México...*, p. 243.

¹⁹² Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

¹⁹³ *Loc. cit.*

trucción de su pueblo. Las nuevas experiencias llevan a repensar de un modo distinto lo que se vivió. Ahora, bajo el sosiego que da Los Laureles, Adelina Hernández comentó, sobre todo lo que se había vivido, que ahora en la tranquilidad conquistada le parece algo tan sorprendente que sus padres hayan podido pasar por una situación tan difícil:

Yo me quiero quedar aquí, yo no me quiero [risa] ir a otro lado, ya no. A mí me gusta Laureles, lo quiero, lo veo bonito, quiero a toda la gente (que por todo, por todo quiero a toda la gente), entonces, no me gustaría. [...] ahora que soy vieja, que ya soy grande, que tengo ya una edad que puedo pensar las cosas, yo no entiendo cómo mi mamá y mi papá soportaron, yo no entiendo. Yo me pongo a pensar que yo no lo soportaría, pero ellos soportaron porque eso fue un destierro. Mi papá tenía ganado, mi papá tenía su siembra, mi papá tenía su buena parcela; mi mamá tenía su buena casa, mi mamá tenía su familia; mi papá tenía su familia. Se vinieron, sí, sin nada. Con tanto trabajo, con todo lo que hubo de pasar, llegamos a Laureles, se logró hacer, pues sí, hasta donde estamos.¹⁹⁴

Los años pasaron y los hechos que los empujaron al refugio han quedado en recuerdos, mientras que otros han quedado en el olvido. Sin embargo, las razones que llevaron al ejército de Guatemala a expulsar a poblaciones enteras y a asesinar a hombres, mujeres y niños inocentes, todavía no están claras para varios de los entrevistados. Saben que los acusaron de ser guerrilleros, ¿pero en realidad fue sólo eso?, ¿por qué había empezado la guerra en primer lugar? Reyes Padilla se mostró inseguro al dar una respuesta: “Hmmm [...], pues la verdad fíjese que le puedo decir casi que ni sé por qué

¹⁹⁴ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

[peleaban]”.¹⁹⁵ Jaime Rosas también mostró su desconocimiento sobre las razones profundas que empujaron a tanta muerte: “No teníamos idea de por qué est[aban] peleando, [escuchábamos las bombas y disparos], pero nunca supimos [por qué]”.¹⁹⁶ Muchos aún no están seguros de poder dar una respuesta.¹⁹⁷

Tanto Reyes Padilla como Jaime Rosas salieron de Petén; en cambio Juana Mo y Adelina Hernández salieron de El Quiché, región donde se había acentuado la presencia guerrillera y, por lo tanto, los ataques de los militares. Ellas comentaron que el origen de la guerra se debió a la pobreza que había en Guatemala y a las condiciones de explotación y maltrato en que se tenía a la gente, especialmente indígena. Juana Mo dijo que “la guerrilla quería que ganaran ellos la batalla y que fuera un gobierno por los pobres”.¹⁹⁸ Adelina Hernández en el mismo sentido expresó que El Quiché era la región más pobre entre las pobres y que por ello la gente:

se tiró a la guerrilla a ver que hubiera cambios, algo con el gobierno [...] o a pelear sus derechos. O sea, la lucha no era mala; o sea, como comenzaron las cosas no era malo, pero pues el gobierno no recibió quejas de la gente, sino lo que hizo fue matarlos..., ajá. Sí, eso, la pobreza, la marginación, lugares muy marginados, sí.¹⁹⁹

Guatemala sigue siendo una zona de pobreza, marginación y corrupción pero, en las fechas en que se realizaron las entrevistas, dos importantes eventos estaban sacudiendo al vecino del sur:

¹⁹⁵ Entrevista con Reyes Padilla, domingo 4 de octubre de 2015...

¹⁹⁶ Entrevista con Jaime Rosas, lunes 28 de septiembre de 2015...

¹⁹⁷ La antropóloga Betsabe Martínez, en su trabajo de campo en Maya Tecún anteriormente citado, halló este mismo aspecto. Martínez Manzanero, *op. cit.*, p. 58.

¹⁹⁸ Entrevista con Juana Mo, martes 6 de octubre de 2015...

¹⁹⁹ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 25 de septiembre de 2015...

la destitución del presidente Otto Pérez Molina y las elecciones. El primero tuvo gran difusión internacional, por lo que, bajo el velo de este acontecimiento, la Guatemala que a los ojos de los entrevistados se suele mostrar como un lugar siempre violento y corrupto prometía un cambio. Juana Mo dijo que las manifestaciones que en ese momento irrumpían en Guatemala hubieran sido imposibles durante los años que ella vivió allá:

nosotros dijimos que no iba a tardar [en irse la violencia], pero vamos viendo que todavía hay matanza en Guatemala y de eso se aburrió y se enojó la gente, de que cambian y cambian los presidentes y no cambió la situación, no cambia la pobreza, no cambia la violencia, no cambia la discriminación y, mucho menos, el crimen. No hay libre emisión del pensamiento. [...] Así estaba allá y todavía sigue así, pero la gente también se levantó. Cosa que también, si lo hubiéramos hecho, ay, Dios, el ejército nomás los masacraba así, nomás a la gente. Ahorita ya hay más libertad, pero antes no.²⁰⁰

Pero no todos vieron con el mismo optimismo aquellos sucesos en Guatemala. Si para unos los eventos mostraban la posibilidad de un cambio, para otros estos no podrían llevar sino a los mismos eventos de los años pasados, es decir, a la represión y la guerra: “miramos aquí en la tele, que agarra un canal que es de Guatemala; ahí sale que mataron a fulano y merengano, que hay guerra, que sigue el gobierno peleando. Pero ya ahorita con esto que ese gobierno que estaba que hasta lo sacaron porque robó mucho dinero; no sé qué hizo, [pero] más guerra va a haber en Guatemala”.²⁰¹

En cambio, los entrevistados consideran que en Los Laureles se respira más tranquilidad y, a pesar de que se vean como un grupo

²⁰⁰ Entrevista con Juana Mo, martes 6 de octubre de 2015...

²⁰¹ Entrevista con Ernestina Hernández, viernes 30 de septiembre de 2015...

pobre, al compararse con las viejas condiciones de vida que tenían en Guatemala, aprecian un avance en su bienestar. Este es el caso de don Rufino Martín, quien se siente orgulloso del logro material que alcanzó en México para él y para su familia, algo de lo que careció en Guatemala. Esta satisfacción persiste a pesar de que sus hijos han dejado de usar la lengua de sus padres y de que las costumbres guatemaltecas van desapareciendo, pues ahora, dice, ya están en México:

En Guatemala, muchas casas, mi casa, que estuvo en Guatemala con mi papá, era zacatito de techo, con cerco de madera; mi cama de madera, mesa de maderitas, y el piso sin nada, es tierra en medio. Pero ya aquí estoy, aquí en México, Campeche, Laureles. Ya a como estoy ahorita ya me siento un poco más orgulloso. Orgulloso porque ya hubo una libertad más mucho mejor que como estaba. Mis hijos cada quien con sus cuartos, pero allá no había cuartos, era una sola casa así; nos quedamos todos adentro, una sola casa, piso de tierra, no piso de cemento, piso de tierra. Pero ya aquí, ya mucha, mucha, mucha diferencia. Bonito porque ya mi hijo, ya tiene cada quien su cuarto, en colchón, ya con cama más formada. [...] En Guatemala andaba caminando a pie muchos kilómetros (ya conté de cómo vendía maíz con mi papá), [...] pero ya ahorita ya no. Ahorita si quiero sacar un poco de cosecha, ya voy a traer con mi camioneta, ya con carro, con bicicleta, con moto. Ya no esa es una necesidad de pobreza, sino que ya un poco más superado, estamos superado. Y yo no fui en Guatemala a la escuela, por lo mismo mi papá no tuvo capacidad conmigo para ponerme en la escuela; [...] ahora, aquí, ya mis hijos ya son estudiantes.²⁰²

Incluso los familiares que viven en Guatemala —en los casos en que se logró restablecer contacto— y que han visitado Los Lau-

²⁰² Entrevista con Rufino Martín, miércoles 30 de septiembre de 2015...

reles así se los han dicho: “Mi hermana viene [de] Guatemala a vernos, y ya nos ve y dice: ‘Bendito Dios que se vinieron a Campeche. Nunca hubieran vivido allá en Guatemala como viven acá, nadie vive allá como viven acá; son pobres y todo, pero así no vive la gente allá —dice mi hermana—. Está bien que vivan ustedes acá’”.²⁰⁵ Asimismo, familiares de Jaime Rosas visitaron Los Laureles y hablaron de lo bien que estaba la comunidad: “[Cuando] ellos vinieron estaba algo bonita la carretera, [decían:] ‘¡Nombre, qué bonito! No los pies se ensucia uno para llegar a su casa; en cambio allá en la casa de Guatemala tenemos que caminar dos, tres kilómetros en el lodo para llegar a la casa —y dicen—, aquí están bien, tienen dónde vivir, no se mojan ni nada. Y allá no es así’”.²⁰⁴

Además, la Guatemala que habían conocido durante su juventud o infancia ya no era del todo la que ellos recordaban. La exuberancia y limpieza de las tierras y selvas a las que ellos habían llegado a trabajar habían menguado o desaparecido. Aquello sólo queda en la memoria. Así describió Jaime Rosas la desaparición del Petén que él conoció:

La zona del Petén, cuando yo me vine, era un lugar muy bonito; viera cómo se miraba de bonito eso. Yo admiraba mucho las montañas, las selvas, porque mire, árboles que se ven en ningún lugar: grandísimos y tupidos, y abajo, limpio. Y había tigres, había muchos animales, de esos monos; hay variedades de monos y tigres, sólo que sí nunca hubo elefantes [risas] [...]. ¡Nombre, cómo se miraba de bonito en la selva! Y mire, saber, [...] ya estábamos aquí cuando eso sucedió, saber qué gobierno fue el que permitió a compañías extranjeras explotar las selvas, sacar toda la madera buena de color [...]. [Ahora e]n el verano todo eso se seca y vienen y le echan fuego. Se

²⁰⁵ Entrevista con Adelina Hernández, domingo 27 de septiembre de 2015...

²⁰⁴ Entrevista con Jaime Rosas, viernes 2 de octubre de 2015...

terminó toda la selva en esos lugares donde yo vivía, viera cómo se veía antes.²⁰⁵

Finalmente el refugio acabó, pero permanece como momento fundador de las nuevas comunidades en Campeche y Quintana Roo y como una etapa influyente en la historia de Chiapas, donde también permanecieron muchos refugiados. Sin embargo, el refugio guatemalteco trasciende la historia local y regional en un siglo donde el fenómeno de la migración forzada ha obligado a miles incluso millones de personas a huir de sus hogares y de sus países. ¿Qué puede decir la historia del refugio guatemalteco en México de un proceso tan complejo, que ha existido por décadas y es a la vez tan contemporáneo? Para Adelina Hernández es una lección que se le puede dar a las nuevas generaciones laurelenses, las cuales, como sus padres y abuelos que mostraron valor y fortaleza para fundar nuevos pueblos, del mismo modo podrán hacer uso de esa fuerza ante dificultades parecidas: “Ahora sí, que busquen fuerza de donde no haiga, pero que sigan adelante, que aprendan a hacer las cosas bien. Como vuelvo a repetir, como lo hacían nuestros antepasados. Sí, eso pienso yo”.²⁰⁶

El refugio guatemalteco no sólo marcó el devenir de las personas que salieron al exilio perseguidas, sino también las historias de Guatemala y México. El proceso del refugio en nuestro país fue un camino que inició con el pesar y el dolor de los campesinos guatemaltecos por verse empujados de sus tierras y de su patria hacia un país extranjero, el cual, sin embargo, se fue convirtiendo en un hogar para miles de ellos que hoy se asumen tanto guatemaltecos como mexicanos. Probablemente todo refugio sea un curso dolo-

²⁰⁵ *Loc. cit.*

²⁰⁶ Entrevista con Adelina Hernández, viernes 2 de octubre de 2015...

roso, pero también es un proceso diverso que en momentos se resiste a las simples generalizaciones. Durante esos años hubo épocas de alegría y satisfacción, a la par de momentos de duda e incertidumbre. El refugio en México fue un proceso en el que hubo violencia —como en el traslado—, pero donde también existió comprensión entre las partes, donde la relación entre mexicanos y guatemaltecos fue de fricciones, pero también de simpatías.

Todas las hipótesis sobre el pasado, como he comprobado a lo largo de esta investigación, resultan parciales; sólo cuando se miran a detalle las experiencias personales de los individuos que vivieron aquel pasado cuando fue presente encontramos los matices y las excepciones. No creo que haya que eliminar de la historia aquellas particularidades que impiden las generalizaciones, al fin y al cabo éstas demuestran —una vez más— lo complejo y heterogéneo que es la vida humana y su pasado.

Así fue el refugio guatemalteco, prólogo de la comunidad de Los Laureles, de Quetzal Edzná y de otros pueblos en México. Y si bien Guatemala dista de ellos por cientos de kilómetros, esta historia une —junto con muchas otras— a estos dos países. Al final de su relato, Adelina Hernández contó cómo algunos de sus parientes y su pasado se encuentran en Guatemala, pero cómo el resto de su familia y su presente están en México:

Y yo Guatemala pues la quiero. Allá están mis tíos, allá están enterrados mis abuelos; solamente allá está mi hermana, mis sobrinos; ya todos los demás aquí estamos en México. Todos somos mexicanos. Y pues quiero a Guatemala, allá están mis raíces. Y quiero a México porque [risas], ahora sí que aquí están mis ramas, aquí están mis hijos, aquí está enterrado mi esposo. Y pues sí, que quede para la historia y que sea en un buen recuerdo, no en un mal recuerdo.²⁰⁷

²⁰⁷ *Loc. cit.*

CONCLUSIONES

Con el nombre Los Laureles se conoció a un campo de refugiados que después se convirtió en un pueblo mexicano. A su formación coadyuvó, históricamente, el racismo ancestral de Guatemala, la pobreza, la violencia de siglos, un genocidio y el refugio de miles de personas. Resulta irónico, entonces, que el laurel, símbolo de la gloria y el triunfo, sea nombre de un pueblo que es el hogar de un par de miles de exrefugiados guatemaltecos —y luego de sus hijos y nietos— que, tras mucho penar, hicieron de esa tierra su casa. Tal vez la apacibilidad de sus calles represente ese triunfo y gloria que los laureles remarcan.

Este trabajo inició motivado por una vieja duda que nació de mis vivencias, de conversaciones con migrantes forzados en un albergue al norte de México hace más de una década. Esta duda encontró una respuesta —aunque no definitiva— también a través del diálogo, ahora con aquellas personas que fueron expulsadas de sus hogares hace 40 años. Mi pregunta unió esos dos fenómenos

migratorios, de tiempo y contextos distintos: el antiguo y el actual. Para comprender el proceso migratorio —dentro del cual se enmarca el refugio—, tenía mi propia experiencia pasada, lecturas y discusiones; y con esto llegué al pueblo peninsular.

La tranquilidad del actual Los Laureles contrasta con la turbulenta y violenta historia que movió a su fundación. A lo largo de tres semanas, varios laurelenses se sentaron y compartieron conmigo sus historias. A pesar de que todas tuvieran un fondo en común, cada una era única y tenía la posibilidad de desenvolverse en más y más relatos. Sin embargo, por más agradables e interesantes que éstas fueran había que marcar límites aproximados entre ellas y restringirse al pasado que quería enfocarme.

Al llegar a Los Laureles me pareció encontrarme con el epílogo de una historia. El errar del refugio había terminado, las vidas se habían asentado y Los Laureles era un lugar al que siempre se podía volver sin miedo.¹ Esto contrastaba con las personas que, partiendo del albergue donde vivían, seguían su trayecto hacia el norte. Mi experiencia había sido con migrantes que aún estaban en el camino, su trama estaba en desarrollo, y de la gran mayoría nada supe después. Sus historias de migración seguían abiertas a un final enormemente incierto. ¿Hallarían éstas la paz y la seguridad, así como años atrás esos migrantes forzados (los refugiados), que huyendo de la violencia, encontraron un hogar en Los Laureles?

La imaginación fue necesaria para poder quitarle tres décadas y media a los rostros que me hablaban y así visualizarlos

¹ No quiero decir que la historia en Los Laureles acabara con el fin del refugio. Hay otras historias en Los Laureles que desarrollan una trama actual. Cada presente es trama. Hablo de un final y un desarrollo al tomar los límites temporales de este trabajo: 1980, porque fue cuando comenzaron a salir los primeros refugiados, y 1998, porque ese año desaparecieron jurídicamente los campos de refugiados para convertirse en asentamientos rurales.

más jóvenes en un contexto distinto al que ahora los veía, para tratar de comprender lo que fue el refugio guatemalteco. Esto me llevó a una situación en la que tenía frente a mí a las personas que habían vivido el refugio; ellas podían hablar de mi objeto de estudio, a diferencia de la mayoría de mis investigaciones previas donde los actores habían muerto décadas o siglos atrás. La historia del pasado reciente ofrece, en la mayoría de los casos, esta posibilidad. Conocer a estas personas le otorga al proceso investigativo una particularidad especial que no se tendría si sólo se trabajara con los vestigios y documentos legados por un fallecido.

El individuo, un ser particular en un espacio y tiempo determinados, es casi un mundo en sí mismo. En él, se pensaría que es posible hallar algo más concreto y sintético, en cambio, se encuentra diversidad y vastedad. Al estudiar la historia a través de los relatos y la subjetividad de las personas, ésta adquiere, por decirlo así, más color y viveza. Al incluirlos se complica el entramado de la historia, pues se está fijando la atención en los pequeños hilos —las vidas— que le dan forma.

La individualidad y lo subjetivo

La disciplina de la historia busca ser explicativa más que descriptiva, y creo que las vidas individuales ofrecen ventanas para dar con los porqués. Al fin y al cabo, si se quiere comprender al ser humano en su devenir, en algún momento habrá que llegar a sus principales elementos: el individuo y sus experiencias.

Lo particular y lo subjetivo plantean varias ventajas para la historia. Al tomarlos en cuenta, ésta se vuelve más concreta y, sobre todo, tangible. Cuando se habla de procesos donde los sujetos son la nación, fluctuaciones económicas o una organización sindical, por

poner algunos casos, se dificulta la comprensión, dado que, como individuos, nos es más fácil entender algo que se cuenta desde la individualidad. Día a día nos encontramos inmersos en el intercambio de relatos y opiniones personales, por ejemplo. Sin embargo, es desde nuestra individualidad como vivimos y experimentamos el mundo.

La subjetividad también abre las puertas de la historia a las emociones. Es necesario reconocer a las personas, tanto en el presente como en el pasado, como sujetos que no sólo operan en una lógica racional, sino con sentimientos que igualmente tienen injerencia en sus acciones. No tomar en cuenta el papel que estos han jugado en la vida humana —y no sólo en cuestiones novelescas de amor— es prescindir de un aspecto importante que ha compuesto al pasado y que, sin duda, sigue componiendo el presente. Nostalgia, satisfacción, orgullo, tristeza, miedo e incertidumbre son algunas de las emociones que necesariamente debieron presentarse en este trabajo sobre la historia del refugio guatemalteco.

También, y como se mencionó en varias ocasiones, tomar en cuenta la individualidad permite constatar la heterogeneidad de la historia y de las miradas desde la cuales se observa. Contar con diferentes relatos subjetivos da el material necesario para comparar visiones sobre el pasado y entender igualmente el origen y el porqué de esta diversidad. No basta con afirmar la diversidad de las visiones sobre el pasado, sino explicar su razón.

El camino andado

Los eventos inmediatos que empujaron a cientos de miles de guatemaltecos a buscar un refugio en tierras extranjeras son parte de un proceso histórico que se remonta a la época colonial. La discriminación contra el nativo dio inicio en aquella época; sin

embargo, a la opresión de los colonizadores se opuso en muchos casos la resistencia de los indígenas mayas. Aquella discriminación trasmutó en racismo, naturalizar las desigualdades era perpetuar, según “leyes científicas”, las diferencias sociales y económicas en pro de los grupos dominantes. Posteriormente, la discriminación por raza encontró un aliado en el anticomunismo y estos dos distintos conceptos se fundieron en uno para justificar la represión contra aquellos que desafiaron, cuestionaran o plantearan alternativas al *statu quo*. Al darse estas formas de resistencia —por medio de sindicatos, cooperativas y la lucha guerrillera—, el grupo en el poder ejerció una represión que mutó en masacres y la guerra contrainsurgente, es decir, en una matanza indiscriminada. Estos hechos empujaron a miles de guatemaltecos al exilio en tierras mexicanas. A lo largo de este trabajo vi cómo se desarrolló dicho proceso, tomando como eje principal la experiencia de seis exrefugiados.

Desarrollé el concepto de experiencia como uno que guarda el potencial de ayudar a la comprensión histórica y que consiste en un proceso de significación de las vivencias pasadas. El objetivo de la historia no es recitar los hechos del pasado sino explicarlos, encontrar el sentido que han tenido y que tienen para la sociedad de hoy. Por ello, la experiencia es fundamental, pues a partir de ésta los individuos significan su pasado y comprenden su presente. No habría que restringirse a entender las estructuras sociales, económicas o políticas como si fueran independientes de las acciones humanas; al contrario, habría que ver en las decisiones y actos de los sujetos y grupos los caminos a través de los cuales éstas han tomado forma. Dichas estructuras son capaces de dar explicaciones para muchos fenómenos, pero no ofrecen respuestas definitivas ni completas. La experiencia y la memoria —a su manera— tienen

el potencial explicativo que parte desde lo individual y subjetivo para comprender el modo en que se vivió el pasado y el significado que, siempre cambiante, tiene para el presente. De esta manera el ser humano vuelve a ser la figura central de la historia y escapa de la paradoja en la que, al querer explicar al ser humano a través de las estructuras en las que se desarrolla, prescinde de él mismo.

Hay que entender el pasado como un presente que fue vivido y que la forma en que fue experimentado y entendido en aquel momento también es parte de la historia. Con la perspectiva de la experiencia y la memoria del sujeto se encuentran excepciones y detalles de los eventos y procesos que dificultan o imposibilitan las generalizaciones. La experiencia y la memoria ofrecen una heterogeneidad de miradas que rompen con la posibilidad —para bien— de crear un monolito sobre el pasado, ya sea de carácter trágico, victimizado, épico o triunfador. La historia se resiste, gracias a su diversidad, a las homogenizaciones y expone sus múltiples caras.

En este trabajo propuse que la experiencia como concepto tiene una mayor funcionalidad para la práctica historiográfica que el llano término memoria, pues distingue entre lo recordado (la memoria) y la experiencia elaborada del pasado que involucra a los sentidos y las significaciones. Al usar la experiencia en la historia del refugio guatemalteco he buscado hacer una historia significativa y con sentido, en lugar de limitarme a dar exclusivamente una explicación del desarrollo de un proceso pasado.

Conocer cómo los refugiados vivieron antes de verse obligados a huir de sus hogares y la manera en que concibieron ese momento de sus existencias fue base para comprender su visión y los sentidos de los eventos que vinieron después. La huida de Guatemala fue uno de los ejes centrales que marcó el refugio: unos salieron

antes de que el ejército destruyera sus aldeas, a otros les tocó experimentar en carne propia esa violencia; unos vivieron en el monte por meses, otros buscaron inmediatamente el refugio en México. Aquel inicio caracterizó la experiencia de su refugio en nuestro país y la manera de ver a Guatemala después de su salida.

Quizá el refugio en Chiapas sea el que mostró la mayor diversidad de experiencias por los múltiples campamentos que existieron en distintas condiciones. Algunos refugiados vivieron un tiempo con familias mexicanas en pueblos locales y otros llegaron a vivir directamente a los campamentos. Luego vino el traslado que, tras años de estar en Chiapas, significó otro considerable cambio en sus vidas, pues no sólo varió el ecosistema natural y cultural (muy parecidos a los de Guatemala), sino que también implicó el inicio de otra vida con la construcción de nuevos pueblos y el trabajo de una nueva tierra. Aquella etapa mostró inconvenientes y mala planeación, por ejemplo, el desconocimiento de las características del suelo y la ausencia de recursos hídricos; sin embargo, el tiempo, el trabajo de los refugiados y las organizaciones de apoyo hicieron posible la adaptación a estos pueblos y a la nueva vida.

Finalmente, el retorno o la integración fue la última etapa del refugio guatemalteco. En él se mostraron las continuidades que, a pesar de los más de diez años de exilio, se mantuvieron con Guatemala, pero también evidenciaron los nuevos lazos que nacieron con México. Fue un momento de cambio radical tanto para quienes decidieron regresar como para quienes decidieron permanecer.

Todo lo vivido llevó a reflexionar y a crear experiencias de un modo particular; esto es lo que construye una mirada siempre abierta a cambios, con la cual se observa el presente —la actual violencia en México y Guatemala, los refugiados en Europa, etc.— y con la cual se observará el futuro.

Hallazgos del camino

Al iniciar esta investigación tenía tres hipótesis principales en mente. La primera consistía en que la historia del refugio conllevaba un aspecto de identidad para los habitantes de Los Laureles y que por ello sería ampliamente recordada. Esta hipótesis resultó ser cierta, pero la identificación fue menor de lo que había creído. Al leer la bibliografía de la época se tiene la impresión de que existía una fuerte identidad guatemalteca (a través de las tradiciones o los idiomas nativos) y de refugiado (gracias a las organizaciones que surgieron en torno a aquella situación); sin embargo, el tiempo y las nuevas generaciones de mexicanos, hijos de exrefugiados, fueron templando esa identificación, a lo que se sumó la partida de las instituciones que procuraban la conservación cultural de los refugiados.

La segunda hipótesis conjeturaba que el traslado de Chiapas a los campamentos de Campeche y Quintana Roo, al ser una medida coercitiva por parte del gobierno mexicano, implicó un segundo desarraigo para los refugiados guatemaltecos. Esta hipótesis no resultó completamente cierta (sobre todo al tomar como referencia las narraciones de los entrevistados) y redundó para mí en una de las principales revelaciones de la investigación. Las fuentes del periodo destacaban la violencia ejercida para obligar a los refugiados al traslado, no obstante, los entrevistados recordaron el traslado como un acto realizado con resignación frente a una orden de las autoridades, o como una aceptación de la idea de que la reubicación implicaría una mayor prosperidad.

Esto evidenció las múltiples miradas que pueden existir hacia eventos presentes y pasados. Las fuentes de la época, cuando el problema persistía, tenían como objetivo llamar la atención sobre los hechos violentos para exigir un mayor respeto a los derechos de

los refugiados. Por ello, una narración trágica donde la figura de víctima fuera predominante resultaba conveniente para esos fines. Sin embargo, al hacer ese énfasis, se dejaban de lado las otras narrativas que existieron a la par del traslado coercitivo y que son las historias de resignación o aceptación de la reubicación.

La investigación histórica tiene que aceptar el pasado con su heterogeneidad de experiencias, admitirlo incluso con sus contradicciones, y —aunque esa casi infinita diversidad abrume— tratar de entenderlo a través de las múltiples herramientas que da la disciplina de la historia. Al fin y al cabo, ese entramado de mil vericuetos no es sino un fiel reflejo de lo compleja e intrincada que es la vida humana.

La tercera y última de mis hipótesis principales apuntaba que los exrefugiados manifestarían que su decisión de quedarse en México fue influida por la violencia vivida durante aquellos años. Esto resultó ser una razón para algunos, sin embargo se sumaron otros aspectos para tomar esta decisión: el relativo bienestar que se había alcanzado, el trabajo que implicaría empezar de nuevo, el arraigo que ya se tenía en su nuevo hogar, la decisión de sus hijos mexicanos de querer quedarse (en su país), etcétera.

El refugio guatemalteco en México tiene múltiples caminos a través de los cuales se puede construir su historia. Está la ruta diplomática, la institucional gubernamental y no gubernamental, o la de las organizaciones internacionales y nacionales; pero creo que la del testimonio de los refugiados es igual de importante que las anteriores, porque ofrece varios aspectos que no son posibles de hallar con las perspectivas anteriores.

Gracias a la historia oral, los caminos hacia distintas interpretaciones se multiplican. Ésta deja ver que incluso las miradas de aquellos que comparten la misma clase social, oficio, etnia o pa-

tria pueden divergir, o de qué manera personas aparentemente distantes entre sí pueden mantener las mismas opiniones o perspectivas. La historia oral no debe entenderse simplemente como una contraposición a la historia tradicional o la historia oficial, sino como una fuente heterogénea y diversa, al igual que los archivos o la bibliografía. La principal ventaja de esta metodología es que permite crear las fuentes cuando éstas escasean, cuando son inaccesibles o son inexistentes.

Caminos abiertos para futuras investigaciones

Las hipótesis formuladas durante la gestación de esta investigación encontraron una respuesta. Sin embargo, como suele ocurrir, surgieron otras preguntas, puertas para investigaciones futuras. De muchas partes llegaron refugiados guatemaltecos buscando resguardo de la violencia de su país, diversas etnias, distintos grupos lingüísticos, diferentes ideas. ¿Qué funcionalidad tuvo la identidad de refugiado para crear lazos, una colectividad, entre los grupos guatemaltecos? ¿Aún permanece esa identidad y qué función desempeña? Habría que observar la forma de transmisión y comunicación del pasado vivido por padres o abuelos —si es que existe— y analizar qué suscita en las nuevas generaciones.

Un tema que me resulta particularmente interesante es la comparación entre la memoria de los exrefugiados que permanecieron en México con aquella de quienes volvieron a Guatemala. ¿Qué diferencias hay, cómo recuerdan y qué valor le dan al refugio vivido en México? De igual manera, un análisis sobre la construcción de la experiencia del refugio guatemalteco y su comparación con otros refugiados es una posible línea a seguir y que podría arrojar resultados interesantes. ¿Cuáles son los elementos que em-

patan y los que se diferencian, y a qué se deben estas similitudes o distinciones?

El refugio guatemalteco en México durante las dos últimas décadas del siglo XX fue una experiencia individual para quienes lo vivieron: refugiados, funcionarios, trabajadores, voluntarios, vecinos mexicanos...; pero, finalmente, también fue una experiencia social que tuvo sus significaciones y sentidos cuando fue vivido y que aún los tiene para la sociedad presente, donde la violencia y la figura del refugiado siguen siendo vigentes.

La historia del refugio guatemalteco plantea ante las migraciones del mundo contemporáneo un proceso que, con sus fallos, logró incluir dentro de su sociedad y su territorio a una población que fue desplazada forzosamente. Entre los habitantes de los antiguos campamentos y sus vecinos, entre los entonces refugiados y los trabajadores y voluntarios de las organizaciones, existieron o existen lazos que significan esta historia de un modo particular en la memoria de los laurelenses. Ante la xenofobia y el racismo que en el mundo de hoy levantan barreras contra aquellas personas que huyen de sus hogares por la amenaza de la violencia, este hecho no es menor. El proceso del refugio guatemalteco brindó experiencias que construyeron a hombres y mujeres y ofrece una historia significativa para nuestro presente.

Y ahora, tras haber caminado por sus calles, conocido a su gente, leído y escuchado sus historias, pienso que realmente este pueblo merece sus laureles.

ANEXO

ENTREVISTA CON ADELINA HERNÁNDEZ

De las seis entrevistas que realicé —las más breves duraron hora y media y las más largas, más de tres horas en distintas sesiones— he elegido una para presentar: la de Adelina Hernández. Esta selección se debió a lo prolífico de sus descripciones, sus opiniones e impresiones sobre la salida de Guatemala y la época del refugio en Chiapas y Campeche.

La entrevista se realizó en casa de Adelina en varias sesiones que sumaron más de tres horas de grabación. Con ella sostuve varias conversaciones previas en mi primera visita a Los Laureles, Campeche. Ella fue el primer contacto en esta localidad, gracias al apoyo de Carlos Morfin S. J., quien estuvo en Los Laureles durante la época del refugio.

La transcripción está editada para facilitar su lectura, por lo que se eliminaron repeticiones y algunos aspectos del lenguaje oral que pudiera entorpecerla. Sin embargo, se conservaron cier-

tas expresiones para que la lectura mantuviera la sensación de ser una conversación.

La decisión de anexas la totalidad de la transcripción de la entrevista tiene el objeto de permitir al lector o lectora ver el recorrido que tomó la conversación, entenderla como un todo y no como un fragmento recortado. Permite observar la dinámica de cómo emerge la rememoración.

*Primera sesión de la entrevista,
viernes 25 de septiembre de 2015*

HA (Hugo Alfaro): ¿Me puede contar su vida antes de que saliera de Guatemala? ¿En dónde vivieron, en dónde nació? Es decir, un poco de su infancia.

AH (Adelina Hernández): Yo nací en un municipio de El Quiché que se llama San Miguel Uspantán. Ahí vivíamos muy pobres porque ahí mis padres no tenían terreno [para] trabajar. Mi papá vivía un poco del comercio, pero mi papá quería tener un terreno, entonces, hace cuarenta años, mi papá decidió venir a la Zona Reina porque ahí iba a tener una parcela donde trabajar y iba a tener dónde hacer casa.

HA: ¿Y él qué comerciaba antes?

AH: Él comerciaba panela,¹ el dulce que se hace de la caña. [Con] lo que sacan del jugo de la caña en el trapiche después hacen la panela; eso comerciaba antes, o puerquitos así. Llevaba la panela a un lado y él traía algo para vender acá, y así de ese modo vivía. Tenía mi papá una bestia y con eso hacía su comercio. Y, pues, ya eran mis hermanos, pues estábamos Óscar, mi hermano Ermelindo, Angélica, Cristobalina, Rosa y yo, Adelina. Óscar, él era el

¹ También conocido en algunas zonas de México como piloncillo.

más chico cuando llegamos a la Zona Reina. Ahí donde nosotros vivíamos era la tierra fría, con un poco menos plaga que cuando llegamos a la Zona Reina. En la Zona Reina mucho zancudo, mucho mosquito de ese chiquito que le pican a uno, de ese que ni se ven; y pues más plaga de todo sentido. Pero mi papá, él procuraba tener una vaca parida para que tomáramos leche, para que no nos fuéramos a morir porque ahí el clima no era bueno y no se conseguía mucho mucha comida buena para comer.

Entonces eso: mi papá procuraba tener una vaca. Entonces empezó a llegar los sacerdotes ahí en ese lugar, pues no había. Se llamaba la Zona Reina; ahí no habían tumbado, ahí era la gente nativa de ahí, eran cobaneros que hablaban quechí, era gente que ahí nació; ellos sabían vivir, ellos vivían. Como había muchos, yo le digo, arroyos de agua, entonces los animales de monte se alimentaban de pescado y de hierbas, porque había variedad de cosas en la montaña para comer en la selva, pues. Entonces ellos ahí así vivían, se puede decir que ellos vivían bien. Ellos no necesitaban, hmmm, no necesitaban tanto argeles [*sic*]; medicamentos sí necesitaban, pero, pues ellos también estaban acostumbrados a tener sus propios medicamentos de las plantas...

Y así vivió la gente. Entonces mi papá ya empezó a ver una planta que le decían el cardamomo, que se vendía a muy buen precio; entonces mi papá sembró algunas hectáreas con cardamomo, y hizo potrero para tener ganado. Mi mamá tenía sus gallinas, mi mamá tenía sus cochinos. Mi mamá [a] la gente que venía de otros lugares, [así] como a la gente de ahí mismo, hacía arroz en leche, hacía mi mamá alguna comida, y a la gente le gustaba llegar a comer ahí, con mi mamá. Y así vivimos todo ese tiempo.

Para mí era muy alegre porque nos gustaba [ir a] nadar a los arroyos. Los arroyos eran preciosos, aseados, estaban en la pura

selva, sí; no había tumba [¿basura²], o si había era poca; y muy limpios, con sus peces. Ahí se lavaba pues. Pero sí era, ahora sí, casi un paraíso. Pero la gente no tenía... , yo puedo decir, como quien dice, que hubieran sido malos o que la gente hubiera tenido aborrecer al gobierno o no querer sentir a la demás gente, no. La gente se quería —porque la gente se quería mucho—, [y estaban] contentos con los que habíamos venido, que, según, no éramos del lugar de esa selva.

HA: ¿Y por qué habían decidido ir? ¿Cómo se enteraron de ese lugar?

AH: Ah, porque el gobierno estaba promocionando esas tierras, sí; era el INTAC, creo, sí. Mi papá... En ese tiempo se estaba poblando igual el Petén, las selvas de Petén y las selvas del Ixcán, y entonces mi papá se vino al Ixcán. Mucha gente se fue al Petén. Al Petén porque ahí todavía había tierras. Ya donde nosotros estábamos ya no, las tierras eran muy muy pequeñas, ¿verdad?, no había gran cantidad de tierra. Y mi papá se vino. Mi papá era una persona muy decidida; hace de cuentas que ve a Óscar,² [aunque] un poquito más grande mi papá, un poquito más claro sus ojos.

HA: Se parecían mucho.

AH: ¡En todo! Hace de cuenta, nomás que un poquito más altito él y sus ojos más claros y ahí está mi papá; mi papá, un poquito más formal. Mis hermanos hace[n] un poco más [de] ademanes: todo mi papá... Pero cuando veo a mi hermano... Yo a mi papá lo quise muchísimo... Cuando veo a mi hermano veo a mi papá mucho, mucho.

Entonces, ahí vivimos en Santa María Dolores; [después] empezó a llegar el sacerdote. Yo no me acuerdo del nombre de ese

² Su hermano menor.

sacerdote; Óscar sí se va a acordar, él sí le va a decir cómo se llamaba. Él empezó a traer ganado. Les daba una vaca, entonces esa vaca iba a criar, ¿verdad?, y entonces ya se compartían las crías. Y él [también] les traía un toro; eso yo no me acuerdo mucho, pero de que así fue, así fue.

Y ya [después] les empezó a formar cooperativas, y Santa María Dolores se hizo una tienda, una cooperativa. Esa cooperativa [la] ayudaba, como quien dice, el gobierno, pero [...] cómo le dijera yo..., la organización, o sea, lo esencial de lo que eran las cooperativas, yo digo que eso se lo enseñaba a la gente los sacerdotes, más que todo el sacerdote que llegaba. Él sacerdote llegaba a caballo.

HA: ¿El sacerdote era de ahí de Guatemala?

AH: Yo digo que era español.

HA: Español.

AH: Sí, español, no era sacerdote guatemalteco.

HA: Se le notaba el acento extraño.

AH: Sí, era español, nada más que esos sacerdotes hablaban los idiomas guatemaltecos ahora sí que mejor que uno, que cualquiera de los que hablan. Sí, ellos entendían muy bien, ellos entendían, conocían el sufrimiento de la gente. Como ahí con nosotros había pista de aterrizaje —el terreno fue bueno para hacer una pista [de] aterrizaje—, llegó a aterrizar carabi [¿?] ahí en ese lugar, y pues así empezó a llegar el ejército ahí con nosotros. Gracias a Dios, hubo destacamento un tiempo pero no todo el tiempo. Ya hubo destacamento. Le puedo decir que ya después de eso ya se empezaron, hmmm..., rumores de que existía la guerrilla, que la guerrilla estaba en contra del gobierno.

HA: Y, además del ejército, ¿el gobierno apoyaba de otra manera? Porque les avisó que ahí había tierras disponibles, pero ¿les ofreció alguna otra ayuda?

AH: Fíjese que llegaba Acción Cívica, nada más. Yo eso tampoco [recuerdo], yo nada más me acuerdo bien cuando entregaron los títulos, los títulos de las parcelas, porque mi mamá tiene el título todavía. Ahí estaba el general Romeo Lucas García, ¿verdad? Sí, ahí aparecía su foto de ese presidente en esos títulos, en esos documentos de las tierras. Llegaba Acción Cívica, pero ese era el ejército con medicamentos para sacar muelas. Ahí la gente de los pies se enfermaba mucho, de granos, [entonces] el ejército cargaba algunos medicamentos que eran requetebuenísimos para cualquiera de esas enfermedades, buenísimos, sí. Por qué no decirlo, ellos atendían muy bien a la gente.

Pero el gobierno, que hayan llegado así del gobierno, que no haya sido por medio del ejército, fíjese que no me acuerdo. ¿Sabe quiénes llegaban de repente con medicamentos también? Eran unos [que] a mí se me imagina que hayan sido sabáticos³ o, si no, [de] una Iglesia protestante; pero no, no me acuerdo. Ellos llegaban con medicamentos porque me acuerdo que ellos llegaban con libritos así. Pero del gobierno, el gobierno pagaba, como quien dice. [A quien] después fue mi cuñado, él era un técnico en salud rural, entonces él trabajó ahí en Santa María Dolores; pero [era] un técnico nada más. También a los maestros les daban unos galones así de... Era un medicamento para ver parásitos, para los chicos y los grandes, ¿verdad?

Me acuerdo que cuando íbamos a la escuela seguramente al maestro le tenían dicho “A cada tanto tiempo le das una copa de esto a los niños para que...”, entonces nos daba una dosis el maestro. Y el que era de salud rural, él tenía lo que era aspirinas, mejores, algunos medicamentos; algún medicamento especial que él

³ Sabatistas, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

hubiera necesitado ya lo mandaba a traer, o [para] algún parto que se complicaba. Dicen que en una ocasión se complicó un parto, entonces mi cuñado hizo las técnicas que él tenía que hacer, que él como estudiante sabía hacerlas. Ya el niño había nacido, la placenta, dicen, era lo que la señora no podía expulsar. [Mi cuñado] hizo todo y la mujer pues estaba ya bastante grave. Pero como le digo, como la gente de ahí sabía, entonces la señora agarró sus aguas, hizo sus aguas y se lo dio a la muchacha para que se lo tomara. Ya de aquí a que bajó el helicóptero para venir a ver a la señora... Vino y ya le hizo la mecánica que le tenía que hacer para que ella expulse la placenta; se la hizo facilito y ya la expulsó. Entonces dijeron que mi cuñado no había hecho ni eso, y que por eso ella... Entonces ya mi cuñado se le acercó a la comadrona y le dijo:

—Doña Chagua —Chagua se llamaba la señora Rosaura, pero Chagua le [decían]—, usted sabe que yo hice todo, ¿qué fue lo que pasó ahí?

—Ahhh, es que yo hice tal y tal cosa, por eso cuando ellos vinieron ya estaba suave, ya rápido la señora expulsó la placenta.

Entonces, como quién dice, [le dijeron que] no sabía ni los medios más esenciales. Y sí los sabía, pero no fue eso lo que hizo, sino que fue lo que sabía la señora, porque ellos conocen...

HA: ¿Entonces su cuñado era el técnico de salud?

AH: Sí, el médico; pero no médico, sino que era un técnico. Pero esa gente estaba muy preparada... ellos sabían mucho, mucho, mucho... Pues sí, yo no le puedo decir qué sabe lo que sabe un médico (porque yo no sé cuánto sabe un médico), pero ellos sabían hacer, rescatar a las mujeres, a menos que hubiera venido un niño muy atravesado, muy mal así [...]. Viera qué sufrimiento para la gente así. Como le digo, las comadronas sabían que se complicaba un parto [y] ellas sabían cómo hacerle, todo; pero llega la hora de

que no se puede. [Entonces] se tenían que cargar: hacían una silla —silla de manos, le llamaban—, una silla de puros palitos delgaditos y se la ponían aquí, de muy lejos, para bajar hasta donde ya había pista, donde probablemente, si no estaba muy nublado, iba a venir el avión [o] la avioneta para sacarla a Cobán. Eso, que ya hubiera requerido operación, ¿verdad?

HA: Sí. Entonces ahí en la comunidad sólo conocimiento básico, ¿no? Pero no para lo más complicado.

AH: Eso ya no, eso tenía que ser [por] afuera, sí.

HA: ¿Y cómo era el pueblito de Santa María Dolores? ¿Cuánta gente vivía ahí? ¿Cómo están hechas las casas o la comunidad?

AH: Fíjese que Santa María Dolores es un pacerlamiento. Santa María Dolores de el Ixcán, Quiché, tenía su iglesia, su puesto de salud, ya tenía para ese tiempo buenas escuelas, su pista de aterrizaje, habían arreglado un puentecito [sobre] un arroyo. Sus casitas eran pamac, les decían; hace de cuenta que es guano, pero no es guano, es otro que se da ahí para hacer las casitas. Mi papá ya había hecho su casita, la había hecho con pura tabla de caoba; la había hecho un carpintero, ¿verdad? Sí, estaba bonita la casita, y la gente ya estaba mejorando.

Otro señor que vivía más arriba de nosotros, ese señor tenía buena casa. Él ya tenía piso, así [de concreto]; él tenía una tienda [...]. La mujer de él era de apellido Clark; porque esos “Clarks” creo que vinieron [y] entonces dejaron [a] sus hijos con los cobaneros. Hubiera visto [a] esas señoras inditas, inditas, con sus hijonas con sus ojones azules, porque esos finqueros vinieron... “Alemanes”, decía mi mamá, esos no eran españoles, [sino] alemanes, porque “esos son cruzados con alemanes”, decía mi mamá, sí. Y esa familia vivía bien. Esa gente le daba mucho al tabaco, les gustaba mucho; pero eran puros, no eran cigarros. Las señoronas

con sus [puros]. Dicen que lo hacían para que no se les acercaran mucho los moscos. Ellas sus puros; la gente de nosotros no; pero ellos con sus puros, echándole a su puro. Y cuánta gente: llegó gente de la costa, llegó gente del Puerto de San José, llegó gente de...

[Llega un borracho con un saco del cual sale un maullido; quiere vender un gato, pero Adelina le dice que ya tiene uno —que justo está ahí—. Ese mismo gato se le acerca al borracho y Adelina le dice: “Llévatelo, porque te va a morder”. El borracho ve con miedo al gato de Adelina, que ya se le acerca. “Córrele, porque te va a morder”, y el borracho se fue].

Había gente que llegó de Mazatenango, gente de Oriente, de ahí Oriente de Guatemala, de Jalapa, de Jutiapa. Sí, llegó gente de distintos lugares, y los cobaneros, que eran gente de ellos, eran de ahí, de ese lugar.

HA: ¿Y qué decían los cobaneros de que llegara tanta gente de otros lados?

AH: Pues ellos estaban contentos porque se estaba formando el parcelamiento, sí. Ellos estaban felices, sí, porque se estaba haciendo más grande el lugar. Ya, por lo menos,⁴ sembraban chile, un chile que es muy sabroso; yo lo quiero volver a probar, ya no lo he vuelto a ver, ese picaba, picaba. La gente cobanera hacía unas salsotas de chile, de puro chile; sus tortillas de maíz grandotas. Un día invitaron a mi cuñado, pues él había venido de afuera:

—Si quieres, pasa a comer con nosotros.

—Está bueno, voy a comer con ustedes.

Y que [llega] la salsa de puro chile y las tortillas, y mi cuñado esperando a ver a qué horas iba a llegar la comida, y no había comida, era el puro chile con las puras tortillas; esa gente así comía, así vivía.

⁴ Esta es una expresión que Adelina usa de manera muy frecuente, que equivale a “digamos” o “por ejemplo”.

Ellos estaban contentos de que había llegado gente diferente. Ellos tenían buenas costumbres; por lo menos, cuando iba a ser la siembra del maíz se juntaban las mujeres y hacían olladas de comida, hacían caldo de pavo —igual ya tenía su chile el caldo de pavo, ese estaba picante, picante, picante—. Se hacía así en canto —no tenían trastes—, así en puros... nosotros les decíamos morritos o tolitos, que también se dan en el monte, no se sientan. Ellos así comían el primer día de siembra. Un día iban todos los hombres a sembrar con un hombre y ya está hecha la siembra de él; otro día con otro; otro día con otro... hasta que sembraban lo de todos. Cuando sembraban lo de todos ya se juntaban otra vez a comer juntos.

HA: ¿Entonces no había problemas con las tierras?, ¿todos trabajaban la tierra de cada uno?

AH: Ahí problemas de tierra no había.

HA: Se ayudaban entre todos.

AH: No... por lo menos, las tierras ya estaban medidas; por lo menos, a usted le tocó acá, eso es suyo; al otro le tocó para allá, eso es de él; pero yo le decía a usted: “Hoy es lunes, vamos a sembrar”, ya [el] martes ya todos los hombres van a sembrar con usted. Todos iban a tener su siembra, [...] nadie se iba a quedar atrás. Entonces, pues sí, la gente sabía vivir. Había en las casas de esa gente vieja (de los más viejos), ahí ya había limón, había mandarina, había unas clases de lima, guayabas... Para celebrar el Día de los Santos se parece [como] aquí en Campeche; pero aquí en Campeche, así como quien dice, lo hacen en una mesa con sus comidas y todo, y allá hacen, como quien ve, un arco así, un arco. Y también [hay] de todas las bebidas, de todas las comidas, de toda clase de frutas, flores... Adornado con frutas, racimos de naranja, racimos de mandarina. Así, muy, muy bonito.

HA: ¿Y extraña o extrañó cuando salió de su pueblo?

AH: Fíjese, cuando nosotros llegamos aquí a México, yo tenía 11 años e iba yo para 12 años. A mí, fíjese que no me gustaba, pero nada nada, lo de acá; pero mire [que] a mí no me gustaba. Yo, fíjese, siento... siento que yo como [que] sufrí, sí, a mí no... Para decirle la verdad, cuando yo miraba la bandera de México: ¡Ahh!, a mí no me gustaba ver la bandera. Sí, a mí no me gustaba; yo quería que también aquí hubieran puesto la bandera de Guatemala porque la bandera de Guatemala yo la veía muy bonita, sí. [Y] cómo hablaban, porque hablaban diferente, y como nosotros llegamos ahí a Chiapas, a un lugar donde se llama..., la gente era como la gente de Bonfil, y la gente de Bonfil es como una gente muy fuerte. Tanto los hombres como las mujeres dicen groserías o se tratan [fuerte], o sea, como gente muy libre, ¿verdad? Y nosotros no, nosotros éramos gente que para tratar a otra persona [lo hacíamos] con delicadeza, como con mucha humildad; uno muy sencillo. Y ahí donde llegamos pues la gente... Fíjese que yo era chica y a mí no me gustaba.

Ah, y otra cosa, donde vivíamos nosotros ahí eran arroyos, las pozas; entonces, yo no era muy buena para nadar, pero en fin, que mis hermanos se subían a unas ramas de árboles, ¡y caían a la poza a nadar! Yo de vez en cuando [...], pero este Óscar... seguro que tenía 3 años, él nadaba normalmente en una poza, sí, él era bueno. Llegamos donde había río. Yo me pasé a ahogar varias veces al río; el río de repente tiene más fuerza que otros ratos... Me espanté..., no estaba yo acostumbrada.

Sí, en la parcela de mi papá pasaba el río Tzejá, pero casi no me fui a meter [sólo] me metí en la orillita. A mí me gustaban las pozas, me gustaba ahí donde estaba el agua clara con sus pececitos y todo. ¡Ah, a mí me daban ganas de ver eso, eso era bonito! Pero ya cuando llegamos acá... pues sí ya no, no. Yo le puedo decir que

hasta que vivimos en Laureles ya vivimos una vida un poco más tranquila. O sea, como quien dice, me gusta vivir en Laureles, estoy bien viviendo en Laureles; aquí en Laureles sí tuvimos que acarrear agua todavía pero ya fue menos, Dios. Ya como quien dice, [después de que] se estableció bien el pozo, entonces ya no tuvimos que ir a jalar agua; porque salía uno a jalar agua [y] se disgustaba con los demás, sí; no alcanzaba, no alcanzaba. Las mujeres estaban cansadas, las mujeres tenían un bebé... Tenían un bebé, embarazadas y con su cubeta de agua en la cabeza... Ay, la vida fue bien, bien difícil, hasta este tiempo. Ya es otro tiempo, pero sí, de que sufrimos, sufrimos. Veníamos espantados de las muertes en Guatemala. Mi mamá, como le vuelvo a repetir, mi mamá y mi papá fueron ordenados (más o menos ordenados en su vida); ellos tenían sus buenos trastes; mi papá tenía sus cosas, como quien dice, tenía su caballo, tenía sus cosas para andar a caballo. No estábamos ricos, pero lo necesario, o sea, era otra vida cuando mi papá se vino para acá. Todos sufrimos, [aunque] sí uno deseaba que la guerra en Guatemala hubiera acabado y haber regresado.

HA: ¿Y cómo se vivió o cómo se sintió el comienzo de la guerra cuando vivían allá?

AH: Ah, cuando estábamos allá el comienzo de la guerra [...]. Uno encendía la noticia [y] era sólo escuchar: “No, que mataron a uno en tal parte, que la guerrilla entró e hizo tal cosa, que el ejército hizo tal cosa, que mataron a tal fulano”... Ya de repente: “Fíjate que dicen que en tal lugar —decía mi papá o mis hermanos—, dicen que mataron a un señor, o que ya sucedió esto, o que ya sucedió lo otro”.

HA: ¿Entonces todo lo que pasaba se difundía por la radio?

AH: Sí...; no todo, o suponga usted que mucho. Pero lo hizo el ejército [y] le echaba la culpa a la guerrilla. Ya de repente alguno

que tenía valor [y que] hacía un comentario —allá le llamaban campo pagado—, pagaba algo a la radio para que pasara [el anuncio], pero eso pasaba poco... y pues para el que lo pasaba era peligroso. Pero sí, el principio de la guerra, para uno de chico como para los grandes, fue muy amargo porque salían los hombres a donde hayan ido, pero no se sabía si la gente iba a regresar.

HA: ¿Y sus padres les explicaban a ustedes, que estaban chicos, qué estaba pasando?

AH: Nada, nada. Uno nada más: “Cállese”. Los papases todo lo platicaban en secreto; [aunque] uno lo sabía, también entendía; uno se daba cuenta [pero a] uno no le decían nada. ¿Por qué no le decían nada?, porque si ellos le hubieran dicho algo a uno, entonces si un soldado o una persona le iba a preguntar a uno[, uno diría]: “Es que mi papá así dijo”. Entonces los padres... ellos procuraban que uno no supiera nada.

HA: ¿Y usted de niña qué creía que estaba pasando?

AH: Pues yo en ese tiempo pensaba que los soldados eran malos, y yo sabía que sí eran malos. Fíjese qué tenía en mi mente de cuando [risa], de cuando era chica. Yo no lo había visto, pero yo sabía que nos teníamos que salir huyendo de ahí y que nos teníamos [risa], nos teníamos que ir. Y como siempre íbamos a la iglesia y ahí había un niño Dios bien bonito —tal vez como de este tamaño (estaba grande)—. Ese niño Dios para cuando nacía, era el que yo ponía; pero después lo sentaba, lo ponía sentadito, y yo siempre veía a ese niño Dios y yo decía “Cuando vengan y nos corran [risa], yo voy a pasar trayendo al niño Dios”. Pero eso yo solita... eso yo lo pensaba nada más así y yo no esperé... A nosotros no nos corrieron, nosotros nos salimos en avión. Mi mamá salió a pie, pero nosotros a la montaña no nos metimos; cállese usted los que se metieron a la montaña. Le digo, una señora... que se embarazaba y perdía sus bebeses, se em-

barazaba y perdía a sus bebeses, ya había tres que había logrado, y se embarazó y ese no lo perdió. Con ese estaba embarazada [y] decían que esa señora en una parcela... la mataron [...]. Ya ve que estaba esperando su bebé. La mataron, con otros, su varoncito, y dejó huérfanos a dos. Virginia se llamaba la niña y el muchacho se llamaba [...], tal vez se llamaba José o Enrique [...]. Uno se llamaba José y otro Enrique, tal vez Enrique sea el que vive y el otro es el que murió. [A] esa señora la mataron cruelmente.

HA: ¿Esos eran de ahí, de su comunidad?

AH: Sí, esos eran ahí de El Quiché. El vestido de esos del Quiché es una tele verde, verde así como de colorcitos, que se envuelve, se le envuelve, y se hacen dos como paletones así, sí... Y después se ponen su faja; después usan un delantalito, pero el delantal es como un adorno, no es para defender la ropa, no, es un adorno, un atuendo más que lleva la ropa; y [usan] rondas de seda... y... adornos de seda acá, mucho listoncito de seda, muy bonito. Ellos eran quichelenos, ellos no eran cobaneros.

A esa señora [que era concuña de la que le estaba platicando] la mataron con sus gemelas también. Dicen que a esa señora la agarraron viva, la agarraron viva. Pero quien sabe cómo terminó la vida de esa señora es mi hermano Hermelindo, porque mi hermano Hermelindo regresó, y los suegros de mi hermano se quedaron ahí en Guatemala y ellos saben dónde mataron a esa señora y cómo murió. Pero a esa no la mataron enseguida, a ella la agarraron viva y viva se la llevaron, pero yo medio escuché que los suegros de mi hermano sí sabían cómo fue la vida... el fin de esa señora, [...] pero ya no vivió.

HA: ¿Pero de eso se fueron enterando cuando ya estaban aquí en México?

AH: Eso que le cuento hasta que mi hermano regresó y fue a platicar personalmente con sus suegros. Su esposo [de la señora] vino a México [...]. Esa gente era buena gente; esa gente que murió de ese modo no merecía morir de ese modo. Sí, esa gente no era mala. No era, pues, que la gente hubiera sido delincuente, que hubiera [...]. Yo no tengo la palabra cómo decirle, pues era gente de trabajo, gente sencilla, sí, [a]sí como nosotros, sí, sí. A esos los mató el ejército, a esos el ejército los mató.

Una vez entró la guerrilla ahí, a Dolores. A mi mamá le gustaba hacer arroz en leche los sábados; los sábados era día de plaza, ahí venían comerciantes y ponían. Venía la guerrilla buscando a un señor, que bendito sea Dios, el señor ya no estaba ahí; el señor ya se había ido, pasó ahí, pero cuando la guerrilla llegó ahí ya el señor ya no estaba. Porque la guerrilla también tenía un plan, como quien dice, que uno no anduviera de chismoso, que no anduviera diciendo nada de las pozas porque así iba acabar. La guerrilla tenía su mal modo, agarraba [a] que se reuniera la gente y ponía a quien iba a matar y ahí lo mataba delante de la gente, sí, para intimidar.

Dice mi mamá, [que] ya [cuando] nosotros ya no estábamos, bajó el ejército. Y ahí venía el ejército con sus ánforas de gasolina, y cuando pasaron ahí con mi mamá decía que le preguntaron:

—¿Y dónde está la gente?

—Es mediodía, las mujeres se van a dejarles de comer a sus maridos al trabajo —la gente se había huido para que no los vieran, para no verlos a ellos— por eso, por eso no están —les dijo mi mamá.

—No —dice que le dijeron los soldados—, se fueron porque ya les dijeron [que veníamos].

—No, ellas les fueron a dejar de comer a la gente.

La gente que era, como quien dice, como nosotros que no hablaba dialecto, ninguno salía, todos se quedaban ahí. Y no sé cuántas casas encontró el ejército con gente y cómo halló esas casas con gente. No quemó, no quemó ese día, o sea, perdonó al pueblo. No, no incendió el pueblo. Que ya venían preparados a quemar todo, pero varias familias: la de mi mamá, la de los suegros de mi hermano, otros familiares de los suegros de mi hermano; ellos ahí se quedaron. Dice que les dijo mi mamá:

—Mirá, hijo, cómo viene esa pobre gente trabajando; miren qué enlodados vienen por verles el bien a ustedes.

—Pero la gente no agradece nada.

—Quién sabe qué se hizo la gente, al rato van a venir —les dijo mi mamá. Yo creo que nadie regresó.

—Usted nos va a hacer comida.

—Sí, yo les voy a hacer comida —les dijo mi mamá.

Había que moler en el molino el nixtamal para después, en la piedra, hacer la tortilla. Como Dios le ayudó, dice mi mamá que mi hermano le molía el nixtamal. [Luego], fueron agarrar los soldados la gallina de la gente y mi mamá les mató las gallinas y les hizo sus comidas, y les dio la comida.

—Mañana vamos a venir otra vez.

—Bueno.

Y ya llegaba, ahora sí como quien dice, el de más grado del ejército, y mi mamá les hacía lo que ellos pedían. Y en la noche, dice mi mamá que cuando ella sentía, ya estaban otros adentro: era la guerrilla preguntando que qué planes tenía el ejército, que a qué horas se va a quitar, que qué están pensando hacer. Y mi mamá les tenía que decir. Y dice que cuando agarraron los soldados:

—Ya nos vamos. Ya mañana ya no nos va hacer comida, ya nos vamos.

—Bueno.

Agarró el ejército para el Copón [¿?] porque de allá venía, sí, y se fueron. ¡Ja!, pero había que ver, les habían puesto dinamita a los soldados en el camino. Dicen que ahí murieron los soldados y se desparpararon: unos se fueron a un lado, bajaron helicópteros, se los llevaron y se fueron; por eso ellos, mis papás, ya no esperaron otra, si no [que] lo que hicieron fue irse. Yo no sé a los cuántos días o cuánto tiempo, eso sí no sé. De estar nosotros en México, quemaron ahí.

HA: Entonces, en esa ocasión que llegaron, que llegó el ejército, ustedes todavía estaban ahí.

AH: Mi mamá, yo y mi hermano Óscar ya nos habíamos quitado...

HA: Salieron en diferentes tiempos.

AH: En diferentes, sí, nos quitamos; no tanto tiempo, tal vez un mes [antes], pero sí ya nos estábamos quitando. No nos íbamos a quedar ahí. Y también entró una vez el ejército, antes de eso, y mató a un señor —eso fue del principio—; a ese señor lo mataron, cruelmente lo mataron, sí. Era uno de los que tenía mejor casa, tenía una tiendita. Cuando su mamá escuchó que lo estaban matando se fue, y le estaban mandando que se regresara y la señora no se regresó, entonces le dispararon. La dejaron viva, pero de todos modos la señora murió, ya era una señora grande, sí. La señora murió.

HA: ¿Y por qué cree que comenzó la guerra?

AH: Pues... pues dicen que en El Quiché comenzó la guerra porque... porque, o sea, lo más fuerte de la guerra, el más más golpeado dicen que fue El Quiché, porque dicen que el El Quiché es muy pobre, muy pobre. Todo Guatemala se puede decir que es muy pobre, pero El Quiché dicen que era más, entonces a la gente no le [quedaba más que decir:] “No tengo mucho que perder y a

lo mejor gane algo”. Y pues la gente se tiró a la guerrilla a ver que hubiera cambios, algo con el gobierno o a defender... o a pelear sus derechos. O sea, la lucha no era mala; o sea, como comenzaron las cosas no era malo, pero pues el gobierno no recibió quejas de la gente, sino lo que hizo fue matarlos..., ajá. Sí, eso, la pobreza, la marginación, lugares muy marginados, sí.

HA: Entonces me comentó que la guerrilla llegaba a la comunidad. Llegaba porque había una relación o porque pasaban por ahí.

AH: Es que la guerrilla es la misma gente, o sea, llegaron como... Es como si ahora pasara uno del partido político y dijera: “Mire, yo soy del PRI, afíliese con nosotros”, o que viniera uno del PRD [y dijera]: “No, pues nosotros queremos el cambio, vamos a hacer esto, con esto se va a lograr esto”; entonces ellos llegaban [a decirnos]: “No, pues sabe qué, nosotros somos el Ejército Guerrillero de los Pobres. Se está viendo que no tenemos ningún apoyo, que estamos bien fregados; pero vamos a procurar que cuando nosotros un día triunfemos, un día en la lucha, vamos a vivir de tal manera”, o sea, el rollo, ¿verdad?, como todo. Entonces decían: “No, pues sí está bien, sí está bien”; otros: “No, pues sí”. Pues de repente: “Vamos a platicar en tal parte”, y ya se iban rolando. Nada más que (como ya ve que donde sea) uno de los que participaba acá, iban y le decían al ejército: “No, pues tal fulano se están organizando”. Y ahí era donde si yo iba y me quejaba con el ejército pues me mataba la guerrilla, y si yo iba y llegaba con la guerrilla, pues el ejército... O sea, eso fue lo que sucedió, pero también sucedió [que] “Usted a mí me cae muy mal. Usted no está mal con la guerrilla, ni está mal con el ejército, pero usted a mí me cae mal; yo voy a ver qué digo para que alguien venga”. O sea, la cizaña ya estaba dentro pues, sí, para que lo quiten. Había que ser muy... para poder vivir en ese tiempo, ser muy delicado, o sea, muy bien en su vivir, sí.

Y pues la guerrilla así empezó, así empezó. [Una vez] mi cuñado —él se iba a cobrar su cheque a El Quiché; no sé dónde le pagaban a él—; un día que él venía [¿con algunas compras?] y ya en la noche salían a pintar [en] todas las calles, los árboles, el centro “Ejército Guerrillero de los Pobres... que no sé qué, que no sé cuánto”, ajá. Entonces el ejército decía: “El que trajo la pintura fue él” y se lo reclamaron a mi cuñado. Entonces cuando mi cuñado bajaba del avión se iba allá con los soldados y les decía: “Revisenme porque por tal y tal situación”, “No hay problema”, “Sí, pero yo me voy más tranquilo si me revisan qué traigo”. Y esa era la vida de la gente. La gente ya no tenía una vida buena; mi mamá, me acuerdo que ella hacía comida, [y ya] nadie comía, nadie... Entraron y mataron. HA: Por la mortificación.

AH: Fíjese que hasta los perros, hasta los perros se ponían tristes en las tardes... Yo no me acuerdo, pero eso yo lo sentía, [que] me costó cuando alguien moría después. Todavía sentía yo que se ponía todo de otro color, y así veía yo ahí como pardo; no sé cómo veía yo, como turbio todo. Y cuando mataron a esos, eso fue lo más, o sea, eso fue lo más.

Se fueron a cortar cardamomo ese día, porque mi papá empezaba a cosechar los primeros pocos de cardamomo; se fueron. Cuando regresaron ya el ejército ya estaba esperando. Un muchacho, de tal vez de unos 18 o 20 años, lo agarraron. No llegó él, ya no llegó a su casa. Venía, imagínese, bien mojado de su trabajo, de ir a cosechar cardamomo, y venía; lo agarró el ejército y adentro. Otro señor, adentro... él era cobanero, señor chaparrito, adentro. Otro se llamaba Rosendo Che, ese señor era muy listo, era cobanero, pero hablaba muy bien el español, era una persona muy, o sea... , cómo le dijera yo, muy preparada, puedo decirlo. Este otro señor [...] ya no me acuerdo cómo se llamaba.

En fin, que a esos señores los pusieron ahí en la iglesia, toda la noche, y a pegarles y a maltratarlos y hacerles y volverles a hacer para que ellos dijeran quiénes eran los guerrilleros, como quien dice, [para] que ellos [dijeran que] eran guerrilleros y dijeran quién más del pueblo, quiénes más estaban involucrados. Al fin que quiso Dios que esa noche amaneciera, pero el otro día, creo que era domingo, los agarró el ejército, los encapucharon (algunos ya poco caminaban) y se los llevaron. Las mujeres se iban detrás de los soldados, viendo que dejaran a sus maridos, pero les pegaban los soldados con sus armas y las hacían que se regresaran. Poco caminaron. Ahí se oyó cómo destallaron, pero no los mataron con armas, ya los habían matado. Pero uno se les perdió de ahí mismo, sí, de los que llevaban unidos ahí se les escapó uno; entonces, cuando vieron que ese se les escapó, detonaron muchas granadas, ¿serían?, ¿o qué serían?, quién sabe. Y dijeron los soldados: “Ahí se nos escapó uno, pero ahí quedaría hecho pedazos”. Y no, yo digo que ese señor todavía vive, ese señor no murió, no murió y por eso se sabe qué fue lo que les preguntaron, qué les hicieron y todo. Yo no sé si fue sólo ese o [si] fueron dos. Y a los otros los dejaron; a uno sin cabeza: a un lado tenían el cuerpo, a otro lado la cabeza.

¡Sí, estaba pero llovieeendo el puro lodo!, ¡el cementerio, pues el puro lodo! Ya estaba oscureciendo, ya era como la oración, como la seis, cuando ya los cuerpos estaban ahí.

—No, pues los vamos a ir a enterrar, y los vamos a ir enterrar sin caja porque ya es noche —la gente tenía miedo.

—No —dijo una señora—, mi marido sin caja no se va, a él primero le hago su caja y después lo enterramos.

Se pusieron a hacer las cajas de madera, a todos les pusieron caja, ninguno se fue sin caja, les hicieron sus cajas, los fueron a enterrar y [...] y se acabó. La señora le hizo su caja; ninguno de

ellos se fue sin caja. Los fueron a enterrar. Y pues eso sí declaró el ejército, que los había matado porque eran [...] “subversivos”, eran “guerrilleros”.

Sí, y había un señor que era el que tenía motor de nixtamal, a ese señor lo agarraron. Se lo llevaron al cementerio a [él], al maestro, ese profesor Carlos, y a mi cuñado. Allá dicen que los fueron [a] poner en el cementerio a hacerles preguntas; los amarraron a ver qué les sacaban, a ver qué les decían.

HA: ¿El ejército?

AH: El ejército, pero no... no los mataron; pero pudieron sentir que los... Sí, ya estaban allá pues, pero a ellos no los mataron.

HA: ¿Y la guerrilla o el ejército obligaban a la gente a cooperar de alguna forma con ellos?

AH: Ah, ¿como el ejército? Pues uno tenía que cooperar, pues sí. Ahora, con la guerrilla no, o sea, no lo obligaban a uno, pero uno sabía que uno tenía que cooperar, o sea, uno debía de cooperar con ellos y, por lo menos, yo molía, doraba maíz, lo molía y se les daba para que ellos tuvieran comida en la montaña; [también] doraban plátano y lo molían y se les daba eso ya molido. Sí, se les cooperaba. Si estaba la gente, [se] les preparaba y [se] les daba. Como quien dice, uno tenía que estar. Por lo menos, mis hermanos, ellos debían de irse con la guerrilla, ellos ya eran grandes, se debían de ir; pero bendito sea Dios, fijese usted, mi mamá tenía, como quien dice, tres jóvenes buenos para que se fueran a la guerrilla... Yo no sé cómo cuando nos venimos [y] pasamos por Playa Grande no nos dijeron: “Estos son guerrilleros”, porque si no [...]; porque si usted estaba ya manchado, ya estaba en la lista, de Playa Grande no pasaba. Ahí en Playa Grande había una fosa y todos ahí quedaban, todos ahí quedaban en Playa Grande; y nosotros pasamos y pasamos bien.

HA: Cuando ya venían para México.

AH: Ya veníamos para México [con] uno que está ahí en Ciudad del Carmen, ese muchacho también venía con nosotros. “A ver sus papeles”, subían ahí a ver. Se llevaban las cédulas, todas, y a compararlos con la lista de los que estaban ya quemados, pero ninguno estaba quemado, ninguno. Y vámonos. Ya cuando veníamos para México pasamos por un lugar donde acaban de matar a un comisionado militar y seguimos, nos venimos hasta México; [luego] ya pasamos en la Catorce. “¿Y a dónde van?, ¿ya van a México? Ah, bueno, que les vaya bien”, como uno estaba acostumbrado que ahí iban y venían de México, [para] ellos no era raro. Entonces ya, venimos a México. No encontramos ejército, no encontramos guerrilleros que hubieran preguntado “¿Y ustedes qué?”, nada. Nos venimos a México. “Ya de México nos regresamos a Guatemala” [pensamos la familia].

HA: ¿Y conoció o conocieron a alguien que sí estuviera en la guerrilla?

AH: Sí.

HA: ¿Y les daba razones o explicaba por qué estaba en la guerrilla?

AH: Pues la guerrilla... la guerrilla estaba porque querían pues que... Ya ve que en Guatemala el presidente era militar, o sea, se quería lograr [un] gobierno del pueblo, ¿verdad?, o sea, ese era el fin. El fin era ganar, ganar pues... algo como pasó en Nicaragua, ¿verdad? Sí, como quien dice, pero pues la gente... Como vuelvo a repetir, la gente seguimos siendo ignorantes, pero en ese tiempo [éramos] más ignorantes, pues cuándo le iba a ganar al ejército, ¿nunca, verdad? Sí, ellos pensaban que con las armas, que con lo que ellos hicieran. Mataron, mataron a muchos soldados, a muchos; mataron a mucha gente. ¿Dónde se terminó eso? Nunca. Yo puedo decir que conozco a muchos que de aquí se fueron a luchar para la guerrilla, y se fueron a morir, se fueron a morir. Acaba de morir aquí en San Luciano un muchacho que le dio un tumor

de cáncer en la cabeza. Él se fue de aquí, se fue para Guatemala, se fue a la guerrilla; dice que cuando estuvo en la guerrilla él ya no aguantaba. Se quiso desertar y le dijeron que estaba equivocado, que él no se podía salir; tuvo que hacer su tiempo hasta que cambió la situación. No sé qué, cómo fue, ya salió de la...

HA: ¿Y las personas que se fueron a la guerrilla decían por qué se iban?

AH: Pues sí, les decían que tenían que ir a liberar, a ganar sus terrenos, a luchar por Guatemala. Sí, sí, por eso se iba la gente.

HA: Y ¿cree usted que alguno de los bandos o el gobierno tenía razón en su lucha?

AH: [Silencio largo.] Pues seguro que tenía razón, seguro que la guerrilla tenía razón porque el pueblo estaba muy marginado, sí. Por lo menos, lo que es Rigoberta Menchú dice que se iba por allá a las fincas y eran muy maltratados en las fincas; dice que estaban cosechando lo que estaban cosechando y venía la fumigación y no respetaba que ellos estaban ahí [y] que los fumigaban con todo y las plantas. Sí, seguro que la gente tuvo sus razones. Como le vuelvo a decir, la gente, mayormente esa gente de El Quiché, [estaba] muy, muy marginada.

Entonces todo. Ahí en las fincas seguro que los trataban peor que animales, porque me dijo mi papá una vez (eso ya aquí en México):

—A esos indios, a esos les pegaban en esas fincas.

—¿Les pegaban, papá, a los trabajadores? —le dije yo.

—Sí, a los trabajadores les pegaban. ¿Qué valía eso? Los agarraban con el látigo y les daban —me dijo mi papá.

En esas fincas de San Isidro, San Francisco... ah, no sé cuáles otras fincas de por ahí, mi papá decía que sí le daban muy maltrato a las personas sencillas. Sí, porque decía mi papá:

—Uno con patrón no se debe de ir a trabajar. Así de una vez de irse a ganar una semana, así sí, pero, como quien dice, a depender del patrón, no, eso no lo hace uno. Mejor trabaja uno con hambre, con hambre en lo de uno, porque va a trabajar uno y nunca vas a salir, nunca se sale de eso. Sólo le dan para que se sostengan y así lo mismo, sólo para el patrón se trabaja.

Mi papá no trabajó nunca con patrón así en fincas. Decía mi papá que esa gente sufría. Esa gente que trabajó (de la clase que haya sido, que haya sido gente ladina) necesitaba del trabajo, y ahí trabajaban y los trataban mal; los inditos ahí trabajaban y los trataban mal, sí.

Y pues la guerrilla tenía razón; nada más que también, como todo uno lo tuerce, lo hace chueco, ¿verdad? También la guerrilla hizo cosas que no debió de haber hecho, o sea, recto, recto, no fue, ¿verdad? También le puedo decir que entre los soldados, porque hay un señor (que ahorita ya murió), [que] se lo dieron a un soldado: “No, pues tú tienes que matar a este hombre”. Dicen que el soldado le cortó por acá [en el cuello], como quien dice, para [que] botara mucha sangre, pero no lo mató, nomás lo dejó ahí, y el señor se recuperó; o sea, muchos no querían matar. Los soldados, pues ahí había unos bien... Unos que llegaron ahí, ay, hasta los ojos... quién sabe cómo tenían los ojos. Sí era gente especial para matar.

Decían que el coronel, ese coronel Castillo, cuando le fueron a decir: “Fíjate que ya mataron a tal o cual fulano y lo ha matado el ejército” —porque como el coronel Castillo venía a las cooperativas según a organizar [y] ver cómo iba la gente, pues por lo que sea se le agarra cariño a las personas, ¿verdad?— y pues él era coronel, y dicen que decía una mala palabra y decía pues que “Se pasaban ya”. Pues sí, porque todo, todo era maldad pues, y el ejército, pues hacía lo que el gobierno le mandaba, ¿verdad? Ellos le decían: “Tú

ve y hacer tal y tal cosa”, sí; entonces yo no puedo decir: “No, pues el ejército de al tiro pues se pasó”. El que fue malo, sí, mayormente más malo, pues Ríos Montt. Ese, como quién dice, él llegó a acabar, él quería acabar con la gente, digamos... con la gente de esos lugares de El Quiché, del Petén. Él quería acabar con esa gente, sí; él sí quería, él sí entró, como quien dice, a eso.

HA: ¿Y qué cree usted que pensaba Ríos Montt?, ¿por qué quería matar a toda esa gente, por qué la odiaba tanto?

AH: [Silencio largo]. Pues fijese que yo... a estas alturas... no me pongo a pensar por qué, por qué se ensañó tanto con la gente. Ellos decían de porque éramos guerrilleros, pero pues quién sabe, sí, quién sabe.

HA: Y cuando tomaron la decisión de irse, ¿quién la tomó?

AH: ¿De irse de aquí para Guatemala?

HA: No, de Guatemala para acá.

AH: ¿Quién tomó la decisión?

HA: De su familia... para...

AH: Ah, nosotros nos íbamos ir a la capital de Guatemala, entonces mi hermano se fue para la capital y dijo: “No, pues aquí nos van a estar buscando porque se sabe de dónde somos”... Otros nos venimos aquí a Rubelsanto, algo cerca de Tapachula, y también —pues ahí era Guatemala—, igual que nos habíamos quitado de un lado iban a pensar [que] por qué; pero otro (mi hermano) se vino aquí a México. Yo no sé cómo pensaron ellos dos venirse a México; yo le digo [que] México para mí era otro mundo, no, no. Sí veía en el mapa Campeche, Tabasco y Quintana Roo..., eso se me imaginaba otro mundo. “No, pues vámonos. Mejor vámonos a México, ya después regresamos”. Y vino mi hermano, vino a ver que sí se podía. Como no aparecía mi hermano, ya mi mamá parece que había pasado un anuncio en la radio [por] si lo habían visto,

porque no aparecía; pero en eso aparecieron. “No, pues vámonos a México”. “Pues vámonos a México”. Mi mamá no dejó su cocina, como quien dice “Ya nunca voy a regresar”; [al contrario,] la dejó acomodada, la dejó limpia, se trajo algunos trastes.

HA: Creyendo que iba a volver pronto.

AH: Sí, sí. Unas piedras —como molían en piedra de moler— sí las dejaron enterradas... Qué más dejaron... Pues sí, todo dejaron, todo. Ya cuando la gente llegó a México (la gente de ahí mismo de nosotros), unos traían unos trastes de mi mamá, y decía mi mamá: “Ahí vienen, también trajeron [risa] unos mis trastes”, porque les gustaron y... pues sí, se trajeron algunos trastes. Y pues, ya no, ya no regresamos. Yo por lo menos ya no regresé. Mi hermano ya fue ahí. [Yo] le digo a mi cuñada: “¿Y cómo están los arroyos?”. “Ya no son buenos, tienen verde —me dicen—, ya no es nada”. Yo pues era una chamaca, y seguro no hacía quehacer, [entonces] yo salía a pasear por todos los arroyos: había un pozo, así como ver el sascar blanco [*sic*], un pozo así, mire, y yo agarraba a tirarle el agua a ese pozo, a tirarle agua a ese pozo porque yo lo quería dejar sin nada, y seguía naciendo el agua. Pero ese pozo estaba acá y el arroyo pues pasaba así. Ay, tan... ay, tan bonito. Están bonitos esos lugares, sí. Donde nacía el agua era como ver una cueva así. Le costaba a uno bajar para ver cómo brotaba el agua. Pero le digo, como uno no tenía quehacer, yo me metía. A veces me iba con Óscar —a veces yo solita—, y nos metíamos. Por ahí podía haber una barbamaría,⁵ podía haber culebras; yo no tenía la conciencia de qué podía haber, yo lo que quería era meterme a ver cómo brotaba el agua.

La idea no fue tan fácil. [No fue sencillo decir:] “No, pues vámonos a México”, pues México no conocíamos, pero de ese modo nos venimos. Pero sólo la familia y un muchacho venimos.

⁵ La serpiente “barba amarilla” (*Bothrops asper*).

HA: ¿Luego ya se vino su madre?

AH: No, eso ya juntos nos venimos. Nosotros nos venimos de Rubelsanto, pasamos por Playa Grande y llegamos ahí, [a] la Veinte, creo que se llama ese lugar donde nos reunimos, ¿o era un polígono? O sea, cada lugar tenía un polígono —Polígono Catorce—, pero ahí donde nos reunimos fue en la Veinte, ahí nos juntamos una noche.

Acababan de matar a un comisionado militar ahí cuando pasamos, así que la gente no hablaba; la gente no decía nada, mire, usted. Calladita la gente. No, pues ahí había una como prima de mi papá, primos así lejanos; ellos nos dieron dónde dormir esa noche. Y al otro día jalamos, nos venimos y llegamos a México. ¡Qué lodo! Mi hermanito Leonel estaba chico; Telma mi hermanita estaba chica; nosotros traíamos unas cajitas; mi papá traía un caballito; traíamos cositas. La gente aquí en México, donde llegamos, eran pobres; yo considero que más pobres que nosotros allá en Guatemala.

HA: ¿Y cómo se sintieron que... por esta situación de la violencia y el miedo tuvieron que abandonar donde habían vivido, todas sus tierras, todas sus cosas?

AH: Ay, Dios, quién sabe. Dice mi mamá que ella no sabía nada, que ella no, ella no... había ratos que no pensara que le tenía que dar de comer a mis hermanitos. Ella no estaba... No es como uno ahorita “Ah, voy hacer esto, quiero hacer el otro, o esto no lo voy hacer que mejor voy hacer esto”; ella dice que ella se quedó... Dice que ella volvió a vivir, [que] se volvió a sentir diferente cuando llegó la gente guatemalteca a vivir ahí [donde estaban en Chiapas]; entonces dice que ella se sintió —cuando volvió a vivir entre la misma gente— viva. Ella dice que tampoco se acostumbró así con la gente mexicana; a ella no le gustaba...

HA: ¿Ya se volvió a sentir bien ya cuando estaba entre guatemaltecos, en los campos?

AH: Sí, en los campos de puro guatemalteco, sí. Digamos que ya de ahí, de la iglesia pa'llá, estaban los mexicanos en su ejido, como deberían estar. Ya, como quien dice, hacían, yo le digo, unos chorizos, unas casas así de madera —entonces pedacitos para cada familia— y ahí vivimos. Ya después, vino [la] reubicación: que nos iban a traer a Campeche [porque] entraba el ejército a veces —el de Guatemala— y que podían dañar a la gente mexicana, y eso no querían. Y también se me hace que un poco de conflicto tenía el gobierno con su gente... ajá, en Chiapas; entonces, mejor nos trajeron a nosotros a Campeche. Igual eso fue todo un..., pues sí, un proceso. No fue de la noche [a la] mañana.

HA: Y además de lo que ustedes vivieron allá en Guatemala, ¿de qué otra manera se fueron enterando de todo lo que pasaba, además de la radio?

HA: Pues por la misma gente, sí. Porque se venía la gente. Fíjese que los que le hicieron la casa a mi papá eran carpinteros; ellos cuando llegaron ahí a Santa María Dolores (ellos eran de Macalajau), llegaron a hacerle novena a los que les había ya matado el ejército ahí en Macalajau. Yo, fíjese que de los otros lugares no me acuerdo, pero esa era gente quichelena que hablaba quiché, pero de distintos. Todavía hace poco escuché ahí en la radio de Guatemala... Vi en la tele, vi ahí en la televisión que ahí por Macalajau, por... mire, usted, se me olvidó el lugar. Nomás que lo pasaron, ¡qué bonito! Así como para turismo, ¡qué bonito el lugar! Y nadie quiere, ningún turista quiere llegar ahí.

HA: Nadie quiere ir ahí por el peligro.

AH: Sí, ahí lo pueden matar, [existe] mucha delincuencia. Eso lo decía el que pasaba las noticias: mucha delincuencia en [¿?], sí. Lo

van a matar a usted por robarle a lo mejor hasta la mochila, sí, por eso. ¡Qué bonito se ve el paisaje de ese lugar!...; aunque nadie quiere llegar ahí.

HA: Y cuando salieron de Guatemala, ¿salió solamente la familia o alguien más fue con ustedes?

AH: Sólo un muchacho que ahora vive en Ciudad del Carmen. Ahora es un señor, se casó con una mexicana. Solamente él, ya de ahí no había más, sólo nosotros. Tampoco uno [iba] a contar a otra persona: “Me voy a México”.

HA: ¿Pero él también era de ahí [de Santa María Dolores]?

AH: De ahí, de ahí, sí. Era de Mazatenango, y llegaron a Santa María Dolores.

HA: ¿Y cuando salieron tenían una clara idea de a dónde ir, de a qué parte de México iban a llegar?

AH: Pues a la frontera, mero mero a la frontera. Aquí es Guatemala; aquí es México. Aquí México es [con] don Micoledes, aquí tiene su potrero y aquí llegamos. Así que a dos pasos ya estábamos en Guatemala, sí, habían cafetales.

HA: Se pusieron cerca.

AH: Bien cerca, sí, bien, bien cerca.

HA: Y ya cuando venían a México, ¿tenían miedo o cuáles eran sus temores?

AH: De encontrar al ejército o de encontrar a la guerrilla, [y que] preguntar[an]: “¿Y para dónde van?”. O sea, era como una cobardía, como quien dice, uno debió de haber quedado, como según ellos, a luchar, a defender las tierras.

HA: Ellos decían que tenían que defender a Guatemala, ¿no?

AH: Sí.

HA: ¿Y cómo se sentían cuando se enteraban de todo lo que estaba pasando en el país?

AH: Pues uno ya tenía mucho miedo; todo, todo era miedo. Me acuerdo de que una noche estábamos cenando, entonces cuando dicen: “¡Ya vienen!”, uno no sabía quién venía, si era la guerrilla o era el ejército. Pero como todo era lo mismo... porque si a usted ya lo habían ido a dejar mal con la guerrilla, pues la guerrilla también podía matarlo, o sea, no. Era como decía mi mamá: “Está uno en medio de dos fuegos”. Y pues esa noche era la guerrilla. Llegó, quién sabe qué hablaron, pero a mí... esa noche me acuerdo que a mí... me daban ganas de esconderme. ¿Y dónde me iba a esconder? Pues debajo de la mesa, según yo, sí. O sea..., uno sí tenía miedo, a mí no me daban ganas de irme a acostar a dormir.

HA: ¿Y cuánto tiempo creyeron que iba a durar así?

AH: Fíjese que la gente, los cobaneros, la gente natural, ellos dijeron que tres meses, sí: “Nomás que dé una buena espantada a la gente el ejército y el ejército ya no va a regresar”, así decía la gente. “Sí, que vengan aquí, hay que echarles cal en los ojos, hasta chile molido les vamos a tirar”, decía la gente. Y entonces, como quien dice, que ellos pensaban que ya el ejército ya se espantó de cómo está la gente. “Ya no va a volver”... ¡Ya no va a volver! ¡Volvió con más fuerza!, más enojados... y quemaron todo, sí.

Le digo, nosotros éramos de Santa María Dolores, el otro [pueblo] que seguía es Santa María Tzejá. Mis tíos vivían [ahí]; ellos se fueron a huir a la montaña, ellos sí se metieron a la montaña. Ahí dicen que bajó —ellos se enterraron en la hojarasca— bien cerca de ellos el helicóptero, [y] ellos sin poderse mover, enterrados en la hojarasca. Sí, ellos sí se metieron a la montaña. Ahí en Tzejá mataron. Ese sí lo mató la guerrilla también, era un señor. Ellos vestían unos trajes rojos, o rojos eran por los del tejido —ese color, ese traje casi no me gustaba pero pues es un traje de allá de Guatemala—. A él lo mató la guerrilla, a él lo mataron. Ahí en

Dolores nunca mató la guerrilla porque le digo que ya cuando los iban a buscar ya no estaban. Ese señor, pues ahí estaba en la casa (parece que saliendo de la iglesia); [se] lo llevaron y ahí lo mataron, le dispararon. Ahí también, en tiempos de Ríos Montt —ya estábamos acá en México—, agarró a varios. Eso por la radio lo pasaron: cuando los estaban matando, qué les hicieron, qué les dijeron y cómo les dispararon, qué dijeron los señores a la hora de morir. Eso lo pasaron por la radio. El lugar donde sucedió eso no me acuerdo tampoco.

HA: ¿Y por qué los mataba la guerrilla?

AH: A esos los mató... A esos que le digo que pasaron por la radio los mató el ejército. A ese que mató la guerrilla, según que porque les mal informaba con el ejército, sí.

HA: ¿Y supieron algo de la gente que, después de que ustedes salieron, se quedó en su comunidad?, ¿volvieron a saber de ellos?

AH: Sí, sí, porque empezó la gente a venir, la gente de Guatemala. Entonces, cuando venían mi papá les preguntaba —mi papá pues había viajado [y] conocía a mucha gente de otros lugares—: “¿Qué pasó con éste?”. “No pues está en tal parte”. “¿Qué pasó con el otro?”. “Pues se murió”. “¿Y qué pasó?”. “No, pues ellos creo que van a venir en tal tiempo. Poco a poco van a venir llegando”. Cuando llegaron, que se vino la gente de la Catorce a México, ¡ellos hasta su marimba traían!, sí. ¡Cargando así la trajeron! Yo veía pasar la gente. Otra señora que vino: “Yo me voy a quedar aquí con ustedes —le decía a mi mamá—, a saber dónde se quedó perdido Sebastián”, [así] se llamaba su marido. Su marido fue a salir a otro pueblo y ella salió a otro pueblo, pero pues, abusado el señor, él la buscó y pues la encontró también, y ya siguieron viviendo juntos. Eso fue ahí en Boca de Chajúl, ahí con los mexicanos. Ya cuando apareció COMAR y ACNUR ya fueron poniendo a la

gente, como le digo, concentrándola, ya no junto con los mexicanos sino que aparte.

HA: Y cuando llegaban a México, ¿cuánto tiempo creyeron que iban a estar?

AH: Pues cuando fue la amnistía —yo no sé al cuanto tiempo iba amnistía—, yo veía que mi papá quería regresar; pero como había personas que decían: “La amnistía no es verdad, la amnistía es para tal y tal cosa”. Es como para quien dice: “Véngansen y aquí los acabamos”, o sea, buscando la forma. Muchos con la amnistía regresaron, se fueron para ese tiempo; algunos han de haber muerto, otros viven. Ya dijo mi papá: “No, pues vamos a esperar”.

Después salieron las repatriaciones, pero pues había la gente que organizaba —aquí se formaron las comisiones permanentes—, y entonces: “No, pues no es tiempo, no es tiempo de regresar”. Ya después se hicieron los retornos. Los retornos ya fue como un derecho que la gente tenía de regresar a su nación, pero si se quería regresar; si no se quería regresar, dijo México que aquí se podían estar, que México no les negaba el derecho de irse, pero tampoco [el de quedarse]. Le preguntó la gente al gobierno: “¿Y si no nos va bien y nos regresamos?”. Pues si se regresan[ban], o sea, no les iban a dar para regresar, pero si regresaban, las puertas estaban abiertas. “Bueno”. Mucha gente se fue. Nosotros fijese que estuvimos a punto de ir, de regresar. Yo fui al Petén, fui porque mi esposo era de ahí. ¡Ay, a mí como me gustaba la pastura, lo verde! La gente ahí traía ganado. Yo dije “Yo me voy a ir ahí”, pero ya después ya no, ya no, y qué bueno que no nos fuimos.

HA: En los primeros momentos que llegaron a México saliendo de Guatemala, ¿creyeron que iban a estar mucho tiempo en México?

AH: No, no, mi papá creía que unos dos meses, un mes. Él no creyó que se fuera hacer tanto tiempo. No, mi papá todito el tiempo,

todo el tiempo, pensó regresar. Mi papá todavía pensó regresar cuando fueron los retornos; nada más que también mi papá ya estaba cansado. Dijo: “Yo hacer otra casa... otra casa ya no la hago, y yo... y yo ya no me voy”. Y por eso ya. También mis hermanos ya estaban grandes, o sea, ya cada quién. Y ya se tomó la decisión de que ya no... Y qué bueno que no nos fuimos porque mucha gente ya no se acostumbró, no, ya no se acostumbró.

HA: ¿Quiere que paremos aquí, que tomemos un descanso o seguimos otro día?

AH: Ajá.

HA: Ya llevamos como hora y media.

AH: Está bien.

*Segunda sesión de la entrevista,
domingo 27 de septiembre de 2015*

HA: Bueno, la vez pasada estuvimos hablando sobre el tiempo que vivió en Guatemala y el tiempo en que salieron de Guatemala y llegaron finalmente a México. Ahora vamos a hablar de la llegada a Chiapas.

AH: Como le digo, nosotros no fuimos a la montaña sino que nos venimos directo y, como nos dividimos, le digo que en la Veinte nos juntamos toda la familia de una vez: porque unos estábamos en Rubelsanto, otros se fueron a San Miguel Uspantán (donde antes estábamos, donde nacimos), y otros estaban en Santa María Dolores (donde tenía parcela mi papá). Entonces, después de eso ya nos reunimos ahí en la Veinte, pues para llegar a México, de donde salió mi papá y mi mamá, tardaron tres días; pero ya para llegar a México, de la Veinte hasta la frontera de México, en un

día, en un día caminando. Caminamos rápido y llegamos. Tal vez eran las cinco de la tarde cuando llegamos a México.

HA: ¿Y cuál fue su sentimiento, su reacción al saber que ya finalmente habían llegado?

AH: Pues nosotros cuando llegamos a ese lugar —como le digo, yo era chamaca—, nosotros pensábamos que ahí, pues sí, que ahí íbamos a estar. Uno cuando es chamaco no sabe qué. Llegamos a una casa extraña, con gente que no conocíamos nosotros. Yo me acuerdo que había unos árboles de naranja, pero las naranjas no eran dulces, eran naranjas agrias. Y yo pensaba que yo podía bajar todas las naranjas que quisiera, cortar y agarrar a la hora que sea, y no era así porque ya estábamos en una casa que no era nuestra, ¿verdad? Y la señora, donde llegamos, pues cocinaba los frijoles, cocinaba la comida para ella; entonces, para nosotros, mi mamá sacaba poquitita comida y nos daba un poquito a cada uno de nosotros.

HA: ¿Quiénes eran estas personas?

AH: Ellos eran... El señor se llamaba Nicomedes Cruz, la señora se llamaba Carmen o Carmela, el apellido de ella no me acuerdo; tenían a sus hijos ya grandes. Roberto [y] Enrique se llamaban los hijos, su nuera se llamaba Neida, otra se llamaba Tila, no sé cómo se llama ella realmente. Ellos hacían su comida, y a mi mamá le decían: “Señora, agarre comida, comamos”. Y ya mi mamá agarraba poquitita, y cuando la señora iba a ver, ella decía: “Ay, ya no quedó comida para don Nico”. Don Nico era su esposo. Y decía mi mamá que ella se sentía muy mal porque decía: “Yo había agarrado bien poquita comida, y ella decía que ya no había comida”. Y decía mi mamá que ella no podía, no sabía cómo. Pero como mi papá y mi mamá traían un poquito de dinero por las cositas que habían logrado vender, entonces —pues nosotros éramos

bastantes: era mi hermano Hermelindo, mi cuñada, mi hermano Angélico, mi hermano Daniel, Rosa, yo Adelina, Óscar, Leonel y Telma—, entonces le dijo mi papá al señor que si le daba permiso de hacer una casita de maderita ahí a un lado para no estar en la misma casa, y el señor le dijo que sí. Entonces mi papá ya compraba cosas y mi papá le trabajaba al señor. Mi papá le trabajaba al señor con la esperanza de que le pagara algo, ¿verdad?

HA: Sí.

AH: Pero pues no, le daría un poquitito o casi nada, y nos enfermábamos bastante. Dice que nos daba ese paludismo, sí, nos daba mucho frío, mucha calentura. Agarraban mi papá y mi hermano y se cargaban a mis hermanitos chicos y se los traían a un lugar que se llama Playón de la Gloria. Ahí había un doctor, ese doctor le vendía a mi papá aralenes.⁶ Mi papá se venía a trabajar con ese doctor para que le diera aralenes [pero] el trabajo de mi papá no alcanzaba para comprar aralenes. ¡Eran unas pastillas amargas bien feas! Se las daban bien caras, sí, bien caras se las daban a mi papá. Y pues, así como le digo, era bastante difícil.

[Un hombre viene a preguntar si le pesan la cera que tienen, Adelina llama a su hija para decirle que vaya.]

Sí, y les cobraba esas aralenes, bien, bien caras, así que mi papá no era capaz de pagar esas aralenes. Entonces, le iba a trabajar a ese señor. A ese señor le trabajó mucho. Entonces, como le platicué la vez pasada, cuando la gente refugiada llegó, toda la gente nos pasamos a vivir con la gente guatemalteca.

HA: ¿Y cómo llegaron a conocer a esas primeras personas con las que estuvieron?

⁶ Aralen: nombre de un medicamento que contiene cloroquina y que se usa para el tratamiento de la malaria.

AH: Le digo que mi hermano grande —Hermelindo es el grande, Angélico es el segundo—, él se vino aventurando con otro muchacho y le vinieron a preguntar al señor si les daba oportunidad de venir a vivir un tiempo, que se le iba a trabajar, y el señor les dijo que sí. Ellos ya habían venido y por eso fue que venimos, que llegamos.

HA: Ya sabían a dónde iban a llegar, entonces.

AH: Más o menos la familia ya sabía dónde iba a llegar. Cuando llegó la gente, entonces ya mi papá dijo: “No, pues nos vamos, nos vamos a los campamentos junto con nuestra gente”.

HA: Y este lugar en el que estuvieron con el señor, ¿era parecido a Guatemala o cómo era?

AH: Era igual, nada más que el río era grande. El río que pasaba en la parcela de mi papá era grande, pero no tan grande como éste. Éste era más grande, era parecido. Pero fijese, quién sabe, en Guatemala estábamos igual, pero no estábamos enfermos, y acá nos venimos a enfermar, sí... Lo que caminamos, el clima era el mismo, todo era lo mismo.

HA: ¿Y por qué cree que se estaban enfermado?

AH: A lo mejor porque... [Mi mamá], ella se sentía triste; mi papá cuando llegó a México ya no se sentía triste, ya estaba en México, ya no temía que lo van a perseguir, que lo van a matar. Mi papá estaba tranquilo. Pero dice mi mamá que ella no estaba tranquila, dice mi mamá que ella estaba agonizando, sí, que ella se sentía muy mal. Entonces, cuando llegó la gente, ya toda la gente a ese lugar, ya nos pasamos [a los campamentos]. Dice mi mamá que ella volvió a vivir, que ella se sintió... Ella cuando vio la gente de nosotros, ella se sintió tan contenta.

HA: ¿Y usted cómo se sentía en ese lugar?

AH: ¿Cómo me sentía? Pues fijese que a mí no me gustaba. Yo no me sentía... Yo quería ver a la chamacas con las que iba a la escue-

la, yo quería ver a las señoras, a la misma gente donde yo estaba.

A mí no... a mí no me gustaba.

HA: ¿Había más jóvenes y niños ahí donde se estaba quedando?

AH: No, jóvenes de mi edad no había.

HA: Y los señores con los que se quedaban, ¿dónde era el lugar?, ¿sí sabían por qué habían salido de Guatemala?

AH: Sí sabían, sí. Mi papá [y] mi mamá ya les habían explicado. Sí, ellos sabían.

HA: ¿Y sí tenían contacto con otras personas de Chiapas, mexicanos?

AH: Sí, sí, porque ahí hacían casamientos los mexicanos y nos invitaban a los casamientos cuando llegaba el sacerdote... Porque también, como no llegaba mucho sacerdote ahí con ellos, [y] llegaban ahí de vez en cuando —porque también estaban como nosotros: lejos—, el sacerdote no llegaba seguido. Cuando llegaba el sacerdote había una boda porque se iban a casar dos jóvenes, o unos que ya se habían escapado los casaban [risas], sí. Los casaban a todos ahí y ya... Y pues sí, nos invitaban a la comida, a la boda, ajá. Eso era alegre.

HA: ¿Y cómo se llevaban?, ¿sí convivían con los chiapanecos?

AH: Ellos eran gente como de Bonfil (yo pienso en don Jaime o mi esposo), pero no al 100%... Yo no estoy segura, pero más o menos ellos llegaron donde habían choles, era gente de dialecto mexicano, ¿verdad? Y nosotros llegamos donde la gente no era de dialecto sino que era así como es la gente de Bonfil, o sea, los norteños, ¿verdad? Ajá, son diferentes. Pues por una parte estuvo bien, pero por... [otra] parte, a la gente de nosotros, la gente indígena, nos trataban, como quien dice, que éramos así como cualquier cosa. Pues normalmente muy bien todo, pero ya, como para hablar mal de uno, sí hablaban mal, porque la gente indita —la gente, como le digo, no era gente muy civilizada—, no nos decían

ellos los mamb o kanjobales, nos decían los de refajo. Cuál sería la razón, ahorita no se me viene, pero eso era una forma de que uno sentía mal.

Pero [con] eso no le estoy diciendo que [al] ir a la casa de un mexicano vamos a ser bien tratados, tampoco maltratados, o sea, [vamos a ser tratados] así, normal. Como quien dice, así a quien le caiga, ya voy y platico con una persona así como debe ser. Ahí se recibía buen trato.

La gente guatemalteca en ese tiempo —ahorita la gente ya no se deja, ya no es lo mismo— les hizo a la gente mexicana toda clase de trabajo, sí. Por lo menos: “No, pues se va conmigo mañana a trabajar”, “Sí, ¿qué voy hacer?”, “No, pues tal y tal cosa”. Le dejaron sembrar plátano, sembrar maíz, sembrar... No le digo, la gente les hizo toda clase de trabajo a la gente mexicana en ese lugar, sí, mucho, mucho trabajo. Porque la gente... la gente de nosotros no amanecía durmiendo; esos se levantaban así. La gente no tenía eso de decir “¿Por qué voy a trabajar si no estoy en mi nación?” o “¿Para qué voy a hacer esto?”. La gente eso no lo tenía, la gente sabía que tenía que trabajar y a como fuera. La gente eso tenía en ese momento. A esa gente la dejaron bien, y en ese tiempo que nosotros llegamos a México el dinero guatemalteco valía mucho, sí.

Entonces le decían a la gente: “Ya no te pongas esa ropa, ahora ya ponte vestido”, así como: “Ya no uses, hasta más te va a venir a perseguir el ejército. Ya ponte otra ropa”. Entonces se iba una señora mexicana a comprar, venía a comprar a... no es Palenque, es otro lugar, ¿cómo se llama?

HA: ¿Comitán?

AH: Sí, Comitán. Se venía a comprar a Comitán y llevaba muchas telas. La gente compraba sus telas. Las señoras se empezaron a hacer vestidos, empezaron a vestir con ropa así, ¿verdad? Ah,

pero también la gente, cuando llegó a Campeche, botó el vestido, mandaron a comprar la ropa que es de ellos y se la volvieron a [poner]... sí. El vestido a ellos no les gustaba. Cuando ellos vieron [y dijeron:] “Aquí ya [no] nos va a venir a buscar el ejército”, mandaron a Guatemala a alguien que pudo ir. [Esta persona] trajo las telas, trajo lo que ellos usaban. La gente a la fecha, muchos ya usan short, falda, vestido, lo que sea, pero los que dijeron: “Yo esto ya no me lo pongo” volvieron a usar [su traje típico]. Aunque hayan usado un año, dos años, volvieron a usar la ropa que a ellos les gustaba. HA: ¿Por qué cree que la gente quería mantener tanto esa vestimenta que era de ellos?

AH: Para ellos, lo que ellos usan es muy caro, sí: lo que es su falda, lo que es su blusa, cada pieza de lo que ellos se ponen, todo es muy caro, sí. Y a ellos les gusta, ellos saben el contenido de su ropa. Y yo, como le vuelvo a repetir, a los Todos Santos, a los ixtahuacanes y a otros trajes, yo aquí en México los vine a conocer. Yo no conocía en Guatemala; yo en Guatemala conocí, pero otros, porque ahí hay de muchos (esos yo no los conocí).

Y allá en Chiapas, de repente se empezaron a casar algunas muy pocas chamacas con muchachos mexicanos. No se vio que un muchacho —por lo menos yo no vi—, que un muchacho guatemalteco se cas[ara] con una mexicana, pero sí vi muchachas que se casaron con mexicanos. Pero fíjese, todas eran trabajadoras, las guatemaltecas. Las guatemaltecas eran trabajadoras. Pero fíjese que se casó una muchacha —esa lo tengo bien en mi mente—, se casó por la Iglesia. A ese casamiento yo no [fui] porque me quedé en la casita; mi papá y mi mamá sí [fueron]. Y se casó. El muchacho no era muy muchacho, ya era bastante sazón, a lo mejor en ese tiempo ¿qué tendría el muchacho?, a lo mejor 27 años. Ya ve que en ese tiempo se casaban más jóvenes.

HA: Sí.

AH: Entonces el muchacho ya era sazón para ese tiempo; era... a mí me parece que era grande, ¿verdad? Y se casó con una muchachona que venía de Guatemala, de Mazatenango. Esa gente de Mazatenango es muy inteligente para llevar su casa y es muy inteligente para [la] cocina; es gente buena.

Pues sí, esa pareja no pudo vivir, ella era guatemalteca y él era mexicano. Pero en fin, que esos no pudieron vivir. Entonces, cuando no pudieron, el muchacho luchó mucho; digamos, se la llevaba, la maltrataba, la dejaba y todo. Nosotros estábamos acá a ladito —así estaba la casa de la muchacha, de la mamá del muchacho—, cuando veo que va el muchacho con otro (iba armado) y nosotros los vimos (nosotras estábamos chamacas). Entonces llegó él y dispararon, no para la muchacha, pero al aire. Ya habían tenido muchos problemas. Ya después llegó el muchacho a hablar con mi papá que él sí quería a su mujer. Mi papá le dijo que esa no era forma de querer a una mujer y que si no la quería, pues que la deje, pero que la deje. Pues se lograron dejar; la dejó en paz, digamos. Pero le quitó la muchachita, porque tuvieron una nena, una, sí. Eso tuvo que verlo los representantes que venían —de los que nos representaban a nosotros—, y, tal vez, el comisario de ellos. Llevaron [a] la niña con ellos. Ya la mamá no fue cuando [se] fue a entregar a la niña. La mamá ya no se presentó, ya no era capaz de entregar a la niña, pero se las dio.

HA: ¿Quién los representaba a ustedes?

AH: Ah, las personas que eligiera el grupo, sí. En ese tiempo me acuerdo que uno de los que representaba era mi hermano Hermelindo, otro se llamaba Inés, otro se llamaba Santiago Rojo.

HA: Entonces ya se organizaban ya como guatemaltecos.

AH: Ya.

HA: Para que una persona los representara.

AH: No estaban así al aire, no. Por lo menos, así como viene usted, usted se iba a dirigir a los representantes. Todo el tiempo hubieron unos representantes. Cuando se nombró el primer comisario, terminó el último representante. El que dirigía todo se llamaba representante general, lo elegía el pueblo y no tenía ningún salario; el pueblo le iba a hacer algún día de trabajo, se le apoyaba, económicamente no, [sino] con trabajo. Todos hacían una faena para la comunidad, él no la hacía, él la estaba haciendo con su tiempo, nada más. Había representantes de grupo, había representantes generales; los de grupo se reunían con los generales y ya la información que daban los generales la bajaban a toda la comunidad, así se vivía. Ah, le digo hasta hace... Fíjese que no tengo esa fecha tampoco, pero mi hermano Hermelindo sí se acuerda. Pero eso no hace muchos años que pasó a ser del pueblo, sí. A lo mejor quince años, sí, que ya no tenemos... que ya somos agentes municipales. Ya de ahí era del pueblo, nada de que “Voten por mí”, que “Yo les ofrezco esto”, que “Yo voy a hacer esto”, que “Yo sí arreglo esto”; [aquí era] “Tú quedas y tú nos vas a representar, y nada más”. Ese no tenía que decir mentiras, tenía que ponerse y punto.

HA: ¿Y sí funcionaba bien?

AH: Muy bien, sí, muy bien, o bastante bien. De repente, también la gente: “No, que tú andas haciendo esto; que no está bien; esto no lo debes hacer, más bien debes hacer faenas como hacemos todos”, [es decir,] ha habido problema. Pero al que ponían era porque lo querían, sí, el pueblo quería que los representara, ajá. Eso, le puedo yo platicar. [Después] ya llegaron las Hermanas de la Caridad ahí a Chiapas. Llegaron sacerdotes.

HA: ¿Ya cuando estaban en los campos?

AH: Ya. Ahí ya estaban en los campos.

HA: Y antes de los campos, antes de que se movieran, ¿tenían alguna necesidad de médico y comida, medicinas o qué más?

AH: Hasta donde le conté, [sólo] lo del médico del Playón de la Gloria. Ahí no teníamos quien nos apoyara con medicamento, nada, nada. Ya mi papá veía la forma de conseguir. Le digo que nos poníamos bien enfermos, bien enfermos; le digo que ni les alcanzaba, trabajaban para comprar las pastillas [y] no les alcanzaba.

HA: ¿Y cuando estuvieron ahí no fueron llegando más guatemaltecos que se encontraran con ustedes?

AH: Ahí sí. Ya a los tres meses de estar en México ya había mucho guatemalteco.

HA: ¿Sí?, ¿y hacia dónde se iban, o se quedaban ahí?

AH: Unos se quedaban ahí, otros seguían caminando más para abajo, otros llegaban hasta Pico de Oro, otros se iban a Loma Bonita, otros se iban a San Isidro —tal vez otro lugar, no me voy acordar el nombre—. Una vez, me acuerdo que un señor, igual guatemalteco, mandó una carta a donde nosotros estábamos. Ese señor quería que nos reuniéramos todos los guatemaltecos ahí donde ellos habían llegado. Y fuimos. Entonces le dijo mi papá que para qué nos habían mandado a llamar a todos, que si era para darnos un poco de mercancía que [entonces] sólo hubieran ido los hombres. Y entonces decía el señor: “Es que yo, yo —decía el señor— lo que quería...”. O sea, él quería ver a la gente, ver que sí había más gente. Él pues sí, él quería vernos a la orilla del río (así pasaba el río), y ahí estuvimos. Me acuerdo que estaba, que se veía bien donde había pasado la creciente del río, y estuvimos ahí. Ese señor nos mandó a llamar. ¡No me acuerdo cómo se llama el señor! Pero mi papá le dijo: “Para qué nos hizo venir a todos”, porque pues fuimos todos, mi mamá no, pero los chamacos..., todos fuimos. “No —dice el señor— es que yo quería verlos”. ¡O sea, él quería sentir a la gente!

HA: A la gente de Guatemala.

AH: Sí, eso fue... Eso tampoco le puedo decir porque yo ya no me acuerdo, pero de Loma Bonita para allá —no me acuerdo cómo se llamaba el otro lugar— en lancha fuimos algunas veces [a] esos lugares. Sí, ya eso en México, sí.

HA: ¿Y cuándo fue que se movieron a los campos de refugiados?

AH: ¿Ya para acá en Campeche o allá mismo?

HA: Allá mismo.

AH: Ya en ese momento en que la gente empezó a llegar, [fue] cuando aparece COMAR y ACNUR, o sea, los medios de ayuda. [En ese] entonces le dijeron al presidente: “No, pues tenemos refugiados en México”. “Ah, bueno”, dicen que dijo el presidente; yo ahorita no me acuerdo cuál era. Dijo el presidente: “Que pasen, pero en México no quiero campos de concentración —o sea que a la gente no se le iba a tratar de ese modo— a la gente la quiero libre”. Y no estuvimos libres, pero tampoco estuvimos en campos de concentración. Sí, porque ya para cualquier cosa, desde que ya [tuvimos] a Migración, a COMAR, a ACNUR, para cualquier cosa [tuvimos] que sacar un permiso. Para que se fuera un enfermo a Comitán o a Altamirano —en Altamirano atendían a los enfermos las Hermanas de la Caridad— había que sacar un permiso, lo firmaba Migración, COMAR daba el visto bueno, ya Migración firmaba y ya se iba el enfermo, ajá.

Eso fue inmediatamente, nomás que ya un buen grupo, muchos refugiados, ¡porque fue mucho, usted! Fue mucho. Había un potrero así, mire, a todo lo largo y lo largo, y no sé cuánto más estaba la gente así amontonada. La gente muy enferma, pues había estado en la montaña ya sin ninguna atención. Sí, recuerdo que decía una hermana, Sorana, decía ella: “Hagámosles leche” —se ponía hacer olladas grandes de leche—. “Hagamos leche, no le

hace que les dé diarrea porque si les da diarrea se les va a limpiar el estómago; ya después van a poder comer, comer bien”. Eran las Hermanas de la Caridad.

[También] estaba una doctora: Miriam. Hay una muchacha y se llama Miriam por esa doctora. Esa doctora era de COMAR, esa doctora fue fina con la gente y buena, muy buena persona.

HA: ¿Hay una muchacha aquí en Laureles que se llama Miriam por ella?

AH: Por ella, sí. No está aquí, pero es hija de don Rufino.

HA: Ah, muy bien.

AH: Nació en esos días, por eso le pusieron Miriam, sí... Una doctora muy delgadita, pero muy muy buena doctora. Aparte de ser muy buena doctora [era] muy consciente, o sea, una buena persona. Esa gente, esa mujer atendió mucho mucho a la gente; se juntaba con las Hermanas de la Caridad y hacían un buen trabajo.

HA: ¿Y cómo eran estos campos físicamente?

AH: Esos campos eran unas casitas, a lo mejor así de largo [...].

HA: ¿Como seis, siete metros?

AH: Ay, quién sabe, usted. En fin [risas], en fin... Para allá era una familia, y para allá era otra familia, o sea, era todos juntos [...]. Pero fíjese que no sé por qué [a] mi papá siempre le tocaba hacer una casita donde sólo estábamos nosotros, sí; yo no sé, pero mi papá no era líder, mi papá no era... Mi papá era, le digo, como ver a Óscar. Mi papá nos hizo un pedacito de casa, pero así no estaban donde estaban todas las casitas, sino que un pedacito, pero estaba así a un ladito de los demás.

Pero mi mamá también era muy inteligente. Me acuerdo que nos regalaban harina, y mi mamá, como pudo, de tierra hizo su hornito. Hizo su hornito y agarraba mi mamá y se ponía a hacer pan. Cuando la gente veía que mi mamá estaba haciendo pan:

—¿Por qué no me hace un poco de pan para mí? —le decía.

—Sí, traiga —porque ya nos daban harina—; sí, tráigame su harina.

Y ya se ponía mi mamá. Igual ya nos empezaron a llevar mucha leche, mucha maseca, hasta huevos. Pero la gente no estaba acostumbrada a tomar leche en polvo, la gente no estaba acostumbrada a hacer tortillas de maseca (la gente hacía tortillas de maíz); a la gente no le gustaba, pero no tenían de otra.

HA: Cambió mucho la alimentación.

AH: Ah, muchísimo, muchísimo. Nos llevaban unos frijoles grandes; la gente esos frijoles no les gustaba, no nos gustaban; era diferente. Mi mamá se ponía y les hacía pan hasta de maseca y les repartía. Le llevaban, y después otra, después otra. ¡Todavía aquí les hizo mucho pan!, así de ese modo a la gente. A mi mamá le gustaba ser muy servicial.

Y pues así eran las casitas, le digo, de palo. Ah, pero era de lámina de cartón, de esas negras. Pero ese cartón, ese ya nos lo daba COMAR. Ya ellos con esas laminitas de cartón, y ya después empezaron de que: “No, pues ya nos van a llevar a Campeche”.

HA: ¿Y cómo se ponía cuando llovía?

AH: Pues bien, bien; no estaba mojado, porque adentro estaba seco. La gente pues barría. Era de tierra, pero estaba barrido. Estaba bonito, no estaba feo, estaba bien.

HA: ¿Y cómo se sentían en esos nuevos lugares y con la nueva alimentación?

AH: Pues le digo [que] a la gente no le gustaba. La gente aceite no comía; ahora ya la gente todo frito, ese tiempo no, a la gente el aceite no le gustaba. Y la gente pues estaba desnutrida, la gente estaba enferma. Había cambiado totalmente todo. ¡No, para que la gente se hubiera acostumbrado! Le costó, le costó mucho. Había

cocina comunitaria, enseñaban, así como las Hermanas. Se iban a las casas (los pedacitos de casas) visitando familia por familia. Había casas donde bañar a los niños; [cuando] habían heridos, había casa donde curar algún enfermo. La gente estaba fregada y las Hermanas hacían todo eso, sí. Nacían muchos niños, porque era de tener, todos, sus hijos, sí; entonces, nacían [y] nacían niños, ¡pero bastantes!
 HA: Órale.

AH: Me acuerdo que [con] las madres venía una hermana —dicen que ella no hablaba español, [que] había venido de otro lugar—. Entonces la gente decía:

—Este son... ¿qué fue?

—Fue un varoncito.

—¿Qué fue?

—Fue una hembra —así decía la gente. Y entonces:

—¿Y qué fue? —le preguntaban a la hermana que no sabía hablar español.

—Fue una hombrecita —[risas] no decía hembra, [sino] fue una “hombrecita” [risas]. Sí... Ah, sí, así se vivió allí, sí...

HA: ¿Y continuó, por ejemplo, tras la llegada de esas madres, la vida religiosa ahí? O sea, las distintas religiones: cristianos, evangélicos...

AH: Ah, sí, sí. Las madres tampoco estaban viendo qué religión es éste o cual es éste, no. Ellas no estaban viendo que [si] a éste no, [que] a éste sí; ahí el cuidado que necesitaba la persona era el cuidado que le daban a quien fuera. A lo mejor haya habido alguna [forma] de saber cuántos hayan sido testigos [de Jehova], pero de eso no había. Habían evangélicos; pero fíjese que yo no lo podría decir, fíjese que yo no sé distinguir, yo no sé.

HA: No, pues son igual, no se distingue [físicamente].

AH: Yo no sé, pero en fin, que la gente tampoco se ponía a decir: “No, pues a las madres no las queremos”, no. A ellas las querían

más, y [por] como se portaban con ellos le puedo decir que muchos se hicieron católicos sólo de ver cómo los traban las madres, sí, sí.

HA: ¿Pero sí llegaban pastores, sacerdotes y demás?

AH: Pastores, pastores, que yo haya visto pastores así que hubieran venido a hacer apoyos o algo por el estilo, fíjese que no. Ahí en las bodegas de Chiná mandaron un poco de pan Wonder, de esos como... , pero no era Bimbo, era Wonder, pero ya estaba echado a perder. Ese dijeron que lo había mandado una congregación. Yo no sé si eran sabáticos o si era otra clase, no estoy segura, pero sí era de una secta protestante.

HA: ¿Y qué se hacía, así, en la vida cotidiana? ¿En qué se pasaban el tiempo, en qué se entretenían, en qué se ocupaban ahí en los campamentos en Chiapas?

AH: En Chiapas, como le digo, estaban los mexicanos: pues los hombres iban a trabajar con los mexicanos. Las mujeres se iban a trabajar al monte y las que no, pues se dedicaban a su casa (porque le digo que en ese tiempo las mujeres estaban llenitas de chamacos), otras se iban a hacerle la limpieza a las señoras mexicanas, pero no muchas, unas.

HA: ¿Y usted qué hacía?

AH: Nosotros con mi mamá, sí. Nosotros no... La que salió a trabajar, pero esto fue hasta que estuvimos acá en Quetzal [Edzná], fue mi hermana. Yo me fui una vez, pero yo el día que me toque ir a trabajar a una casa, yo me voy a morir. Yo, fíjese que no me gusta, no me acostumbro, no me acostumbro. Yo me voy a pasear y tardo un día, estoy feliz; el otro día y ya el otro día, ya no sé ni en dónde pararme; yo ya me debo de regresar a mi casa, no puedo, no puedo. Entonces yo no. Yo me fui una vez, pero más tardé en ir que en regresar, sí, yo no. Le digo, prefiero las abejas. Yo así le digo a veces a los chamacos: “Ay, chamacos, que nunca se acaben las

abejas para que podamos trabajar, porque en eso yo puedo trabajar, en otra cosa ya no”. Pues lavar trastes sí sé, o sea, sí, pero no me acostumbro, no me acostumbro.

HA: Y estando ahí en los campamentos en Chiapas, ¿hablaban ustedes con los que iban llegando sobre lo que pasaba en Guatemala, sobre lo que iba a pasar en México con ustedes?

AH: Sí, sí, sí.

HA: ¿De qué hablaban entre ustedes?

AH: Pues la gente hablaba de todo lo que había hecho el ejército, de todo lo que le había pasado, que por qué había pasado. Tampoco era tan abierto; era poco lo que se hablaba de qué iba a pasar aquí en México. Mi papá decía —cuando así como le digo que se hicieron casas ahí en Chiapas, casas así bonitas; la gente sabía hacer casas de madera y las hacía bonitas—: “No nos van a sacar de aquí, porque si nos fueran a llevar a otro lado, no nos estuvieran haciendo casitas, no estuvieran trayendo material para hacer casas. No nos van a llevar”. Ahí se quedaron las casitas y sí nos trajeron a Campeche [risas].

Sí, la gente sí se organizaba: “No, pues nos vamos a ir a Campeche, así nos vamos a ir a Campeche”. La gente lo platicaba y también decía la gente: “¡No!, qué nos van a llevar a Campeche. No nos van a llevar a Campeche; nada más lo que van hacer es meterlos a una lancha, les van a ir a dar una vuelta por allá, y ya por ahí se mueren, ¿quién va a preguntar por ustedes? Nadieeee, y por eso se los están llevando”.

HA: ¿Y les hizo falta algo en su estadía en Chiapas, en los campamentos, como comida o medicinas o asistencia médica?

AH: Fíjese que comidas y medicinas, ya cuando se dio a conocer, ya no. [Aunque] la gente estaba muy cerrada; por lo menos, las vacunas llegaban y mucha gente no quería vacunar a sus hijos. La gente se

tomaba una parte de los medicamentos y ya no tomaba más. Yo, fíjese que pienso que una vez que llegó COMAR y llegó ACNUR y llegó la Iglesia, yo pienso que murió gente. Decían que hacía falta [comida], pero tal vez comida no era lo que hacía falta; como le vuelvo a repetir, la gente estaba acostumbrado a otra vida, sí. [Por eso] la gente se enfermó y les pasó tantas cosas. Pero, ¡ay, Dios, comida había! Fíjese que nos daban leche (esa leche Alianza que había en ese tiempo, era muy buena leche), nos daban maseca, aceite, nos daban frijol, arroz. Decían a veces: “Esta mercancía se les está dando para tanta gente y si no se comen esa comida los van a sancionar”. Entonces, la gente la iba a tirar al río, sí, [o] la gente agarraba esa mercancía y le llevaba a la gente mexicana (los que ya no hallaban qué hacer), porque sí iban [a tirarla al río]. Mucho desperdiciamos, sí, hasta la botaron. Maseca, leche... Compartían con la gente mexicana, pero los regañaban: “Es para ustedes, coman”; pero la gente no...
 HA: ¿Y cuáles eran las sanciones?

AH: Ah, que ya no les iban a dar más. Pero no los sancionaban, nada más decían.

HA: ¿Y hubo algo que se hizo mal por parte de la administración o de la logística, algo que no le agradara a alguien?

AH: ¿Por parte de COMAR dice usted, o de ACNUR?

HA: Cualquiera...

AH: Fíjese que allá en Chiapas —como yo le puedo decir lo que uno alcanzaba a ver— sí nos daban mercancía, sí nos daban aceite, sí nos daban; ahí sí había, o sea, sí nos dieron. Ahora, cuando llegamos, ya que estuvimos ya en los pueblos, ya que se formaron los campamentos aquí [en Campeche], pues ya la gente se fue poniendo abusada. Y eso no es mentira porque a mí me lo contó uno que era chofer de los camiones: [que] venían las camionadas de chanclas para que nos dieran chanclas (de esas que usan los hombres, unas

blancas). Venían las camionadas de chanclas para los refugiados, [pero] no llegaban las camionadas de chanclas, se iban a saber dónde a venderlas; esas no llegaban a los guatemaltecos. Y mucho más, sí, muchas cosas buenas. Si por lo menos, diga usted, nos dieron una pipa: el Alto Comisionado de las Naciones Unidas mandó una pipa para los refugiados. Y ya se hacía una actividad, se ponía bonito —ahora ya nada hacen como ese tiempo, [antes] se hacían comedias, canciones, lo que la gente pudiera presentar—. Y no, pues ya la mandaron una pipa: “Ya tienen un camión, es para ustedes. Ya tienen una ambulancia...”, o yo no sé qué. “Esto vino para ustedes”, ajá. Y ya después empezó a preguntar, a decir la gente: “Y si es para nosotros, ¿dónde está? Si es para nosotros, ¿por qué no la tenemos nosotros?”. Sí, cuando COMAR se va, se lleva todo; pero había una bodega que se hizo acá, una bodega bien llenita, tenía lámina.

HA: ¿Acá en Laureles?

AH: Sí, eso ya fue acá en Laureles, pero allá eso fue igual. Bien llena de cosas.

HA: ¿Es la que está ahí de Maseca enfrente de la plaza?

AH: No, esa no es, ese ya es después. Ésta estaba más o menos donde están las tienditas a la par de la cancha, de la plaza, sí; ahí había una bodegona de lámina negra. Pero yo no sé, ya la gente ya estaba avivándose. Ya eso no me acuerdo [bien], porque ya ve que uno con los hijos ya no se fija bien cómo está. En fin, que la gente se agarró mucho de lo que estaba ahí [en la bodega], se lo compartieron, se lo llevaron. Entonces, vino COMAR y dijo que qué estaba pasando; se paró uno y dijo: “¿Quién es el ladrón?, ¿somos nosotros o es COMAR?”, ahí delante de los de COMAR. Y decía uno que estaba de misión: “Lo que dijo esa persona, eso es verdad”.⁷ Sí,

⁷ Probablemente se refiera a un voluntario o a una persona laica relacionada con una Iglesia.

ya la gente empezó a no dejarse de COMAR, o sea, antes todo lo que dijera COMAR era “Muy bien, muy bien, muy bien”; pero cuando se dieron cuenta que COMAR mucho de lo que nos mandaban pues no llegaba, entonces, la gente se empezó a rebelar. Pero eso de que la gente se empezó a rebelar fue cuando también COMAR ya se iba.

HA: ¿Y eso de que se dieron cuenta de que se estaban llevando muchas cosas los de COMAR fue cuando estaban en Chiapas o ya aquí en Campeche?

AH: Ya aquí en Campeche, sí; allá no, allá la gente no se dio nada de cuenta. Eso ya fue aquí, aquí en Campeche, aquí en Quetzal, ya aquí en Laureles.

HA: ¿Y cómo se ayudaba a las personas que se enfermaban o a las mujeres embarazadas?, ¿cuál era el procedimiento?

AH: Las mujeres embarazadas fijese que se aliviaban en sus casas. Solamente que no pudiera se iba a la clínica y ahí en la clínica, ya con los medios: que [con] el médico, la enfermera... pues se aliviaba ahí. Solamente que no [se pudiera], [se iba] al hospital a Campeche. Yo le hablo de mí, uno tuve en Quetzal y los otros los tuve acá: el primero nació en mi casa; el segundo nació en mi casa (ya nació acá [en Laureles]); la tercera nació acá; ya la cuarta, esa no quiso nacer acá [risas], nació en la clínica con el doctor; el otro no quiso acá tampoco (no me dio dolor ni nada), pues él hasta Hecelchakán fue a nacer. Las mujeres tenían hasta diez, doce; ellas en su casa, sí, en su casa, y no les gustaba, o sea: “Cómo voy a ir con un doctor, no, aquí, sí, y con una partera”. Y había extremos que con ni la partera; el señor le cortaba el ombligo al muchachito [y] él veía cómo se las agarraba, sí, de todo eso había. Ahora platicamos nosotros que saber qué está pasando, porque ya acá no permiten, definitivamente no permiten. Todos nacen en el hospital, ya es raro los que nacen normalmente. La mayoría

de las mujeres son operadas, y en ese tiempo no, los niños nacían normalmente.

HA: ¿Y a los enfermos de gravedad ahí en Chiapas cómo los atendían?

AH: Los sacaban en avioneta a los graves, sí. Se los llevaba COMAR, se los llevaba a Comitán. Ya decían las madres: “No, pues lo vamos a llevar a Altamirano”, sí, ahí en Altamirano. Cuando se llevaban a los pobres muchachitos, hasta hinchadiitos de tanta anemia, los regresaban con los cachetitos bien rosados, bien bonitos los regresaban las madres.

HA: Entonces hay una pista de aterrizaje.

AH: Había una pista de aterrizaje ahí en Chajul —así le llamaban a ese lugar— y en el Mollejón. Creo que por la piedra que tenía el río, sí: Mollejón le llamaban. Ahí estuvimos nosotros.

HA: ¿Pero esas pistas se construyeron por los refugiados?

AH: No, ya estaba la pista. Ya estaba la pista cuando llegamos.

HA: ¿Y cómo se sentían cuando llegaba a fallecer alguien por alguna enfermedad?

AH: Ah, la gente se sentía muy mal, la gente se sentía... Muchos peleaban, sí. A veces se moría un niño, y suponga usted que el niño estaba gordito, [entonces] decía la gente así: “Estaba gordito, ¿por qué se murió?”; pero ni estaba gordito el niño, el niño estaba mal, ¿verdad?, por eso se moría. Pero la gente peleaba en contra de COMAR, peleaba contra quien pudiera si podían hallar con quién pelear. La gente peleaba, decía: “No, pues ya se fue, al rato lo van a traer muerto”. Era capaz la gente de pensar que le quitaban los órganos. No, pues eso no era cierto; pero la gente lo pensaba. Muchos no querían, no daban a sus hijos. “Mejor que ni se vaya”, decían. “No, pues mejor lo curo yo”, decían. La gente era cerrada.

HA: ¿No había tanta confianza?

AH: No, la gente no tenía confianza.

HA: Y, por ejemplo, a los niños que se llevaban porque estaban enfermos, ¿no los acompañaba algún familiar?

AH: Sí, sí los acompañaba. Le digo, el hermano Martín, él procuraba —tenía un carrito—, procuraba llevar lo que se fijaran y que vieran, cómo él los sacaba cuando ya habían muerto [*sic*]. Él los sacaba. Tampoco le decían a la gente: “No, pues porque piensas así, eso no sucedió así; esto es así”. Ellos mejor se quedaban callados porque pues veían el gran dolor de las personas, sí. La gente por la muerte de cualquier persona en ese tiempo sufría mucho, sí, sufría mucho.

HA: ¿Y ahí se hacían los entierros?

AH: Ahí se hacían. Ahí en Chiapas quedaron muchos, muchos, muchos.

HA: ¿Se hacían ahí en el cementerio?

AH: Ahí en el cementerio. En el cementerio de los mexicanos, ahí se quedaron, sí.

HA: ¿Y estando ahí en los campamentos de Chiapas extrañaba la vida de antes en Guatemala? ¿No se fueron como desesperando poco a poco, o añorando más?

AH: Pues a lo mejor uno de chamaco no; mi mamá, mi papá, sí. Uno siempre se acordaba, sí; a uno no se le olvidaba, a la fecha se acuerda uno. Ya ahora pues ya es otra, ya es diferente, pero en ese tiempo deseaba estar en ese lugar, sí, sí deseaba.

HA: ¿Y se sentían seguros en el campamento?

AH: [En] Chiapas como que la gente tenía miedo; nosotros... pues yo puedo decir que sí; pero la gente en Chiapas tenía miedo. Ya cuando llegamos acá [a Campeche], acá nos sentíamos seguros.

HA: ¿Y sí llegaron a enterarse de las incursiones que hizo el ejército de Guatemala a México?

AH: Sí, sí sabíamos.

HA: ¿Y qué pensaban de eso?, ¿cómo se sentían?

AH: Pues pensábamos que el gobierno mexicano no iba a dejar que nos pasara nada, no, ya no. Yo puedo decir que miedo ya no... ya no teníamos.

HA: Pero ahí donde ustedes, ¿no llegó a haber ninguna incursión?

Ah: Fíjese que una ocasión —pero eso no sé si fue el ejército o la guerrilla, porque ahí en Chiapas ponían a cuidar de que no fuera a entrar gente (la misma gente cuidaba para que pasaran el aviso si llegaba a entrar alguien de afuera), pero creo que los que entraron eran unos que se venían a refugiar, o serían guerrilleros, quién sabe; pero en fin— hubo un escándalo. Eso sucedió ahí en Chiapas: el que estuvo cuidando —él no estaba con la guerrilla, a él le caía mal la guerrilla, digamos— le fue a decir al de Migración: “Fíjese que anoche, que estuvimos nosotros cuidando, entraron personas así”, y que la gente les había hecho largo, que los había dejado pasar. Le dijo el de la Migración: “Tú de eso cállate y no digas nada, tú nomás ves y quédate callado”, o sea, ya ahí quedó.

Eso fue con uno de Migración, pero en Quetzal —como le vuelvo a decir, yo no sé bien— sucedió algo similar: agarra una persona y le fue a decir a Migración o a COMAR —allí yo no estoy segura— que aquí había gente que trataba con la guerrilla allá en Guatemala; entonces le dijo el señor, no sé si fue COMAR o fue Migración, que se quedara callado y que no di[jera] nada, que deje las cosas como están y ya estuvo. Y por eso digo yo que lo que era COMAR estaba muy bien sabido de la situación de nosotros, o ellos mismos hacían parte del conecte de la guerrilla con la gente, sí. Yo no le puedo decir que “Fíjese que así era por tal y tal situación”, pero si platica con Óscar, yo pienso que él entiende y está un poquito más... Él como era hombre se metía un poquito más, pero así era. Uno pues, uno tampoco hablaba de eso ni decía, pero como

que uno los conectes. Porque le digo que muchos muchachos de aquí se fueron a, según, a luchar todavía. Sí, de aquí para allá. Porque yo, pues sí, yo estaba chamaca todavía, tenía unos 15, 16 años.

Pasaba un muchacho delgadito, tal vez de la misma edad. Nosotros vivíamos en Quetzal hasta allá arriba; el muchacho ha de haber vivido en la parte de abajo, pero por el otro lado; nosotros vivíamos de este lado de la Iglesia. Yo no supe cómo se llamaba el muchacho, pero ese muchacho se perdió, yo digo. Después decía yo “Se ha de haber ido a Guatemala”, porque yo veía al muchacho, y de repente ya no.

Una vecina de nosotros era una chamaca de 13 años, nada más que bien grandota. Igual, después dijeron que se había ido para Guatemala y en un enfrentamiento que hubo en... —no fue en esta parte de Quiché, sino que creo que fue por San Marcos—, ahí hubo un enfrentamiento y esa chamaca ahí murió. Sus papás nunca supieron de ella. Ellos no, a ellos la guerrilla no fue quien les dijo; saber qué había venido que les hubiera dicho: “No, pues sabes qué, tu hija se fue en tal forma y murió en tal parte”. La señora nunca supo, pero sí se sabe que ahí murió. Sí. Y esa chamaca estuvo refugiada ahí en Chiapas, [era] de Santa María Dolores, de donde nosotros salimos.

Nos daban mercancía, entonces. De la mercancía que nos daban había que dar un poco para la gente que aún no había salido de Guatemala.

HA: ¿Para la gente que todavía no había salido de Guatemala?

AH: Pero eso no lo sabía ni COMAR ni ACNUR, no, uno nada más. Entonces, pues nos daban una caja de lo que pudieran, o le decían: “No, pues tienes que dar tal cantidad”. Y se fue un señor (a ese señor también lo conocí), y se fueron varios, quién sabe cuántos se fueron; se cargaron sus maletas para ayudarle a la gente y se fue-

ron. A esos los agarró el ejército y los mataron, y por eso el ejército le decía a México: “Mirá, aquí está la leche que está llegando de allá contigo, para los guerrilleros aquí en Guatemala”. Ajá, sí, esa gente murió. Eso sí sé yo que es cierto, porque yo era una chamaca, y eso sí vi yo cuando se juntó la mercancía y cuando se fue y los señores no regresaron, a ellos los mataron. Y ya estaban refugiados acá. Sí, ya sólo se fueron a morir ahí, [por] llevarle un poco de comida, pues, a los guerrilleros y a la gente que se había quedado que estaba en la montaña [y] que no tuviera quién les diera de comer. Sí, para ellos era esa mercancía.

HA: Ahora vamos a hablar del traslado hacia Campeche. ¿Cómo se sentían cuando les dijeron que se iban a mover a Campeche?, que era un lugar que, supongo, no conocían.

AH: Pues ahí era... , fíjese que ahí era obedecer porque le están diciendo: “Aquí ya no puede estar, y se sabe que no puede regresar”. Entonces lo que podía hacer era pues decir: “Pues me voy”, sí. Y dijimos que nos venimos y nos venimos, sí. Era, pues, yo y mi hermana. Éramos unas chamacas, seguro yo iba a cumplir 13 años, ella de seguro iba a cumplir 15 años. Nuestra ropa era muy escasa, casi nada de ropa. Llegamos a Palenque, ahí nos quedamos una noche, ay, usted, todos amontonados. El día anterior había pasado un grupo, ya habían venido unos delante de nosotros, habían dejado... Mire, esa bodega era un ¿cómo se llama?, de ese que es para boxear...

HA: ¿Una bodega para boxear?

AH: Sí, era una bodega para boxear, era un gimnasio, ¿verdad? Ay, pero estaba más cochino cuando nosotros llegamos; había dejado suciedad de toda clase el primer grupo que pasó cuando nosotros llegamos.

HA: ¿Todavía en Chiapas o ya en Campeche?

AH: En Chiapas, ahí en Palenque. Ahí en Palenque, nooombre, sí nos daban plato de frijol con arroz, pero imagínese, cocinado todo junto, bien feo. Pues a uno nada le gustaba, pero pues eso era lo que nos íbamos a comer. De ahí nos trajeron en tren. Ahí en las bodegas de Chiná, ay, Dios, usted; ahí en las bodegas de Chiná creo que tardamos dos meses. ¡Ahí la gente se llenó de piojos, mire usted! Yo una vez me acuerdo que mi hermana me regañó... Una muchacha —yo digo que no era señora grande—, pero mire, los piojos se les desmoronaban, ¡pero era un piojero!, ¡qué piojero! Ahí agarramos piojos todos, todos. Yo los piojos le digo que ahí los conocí. ¡Pero bien empiojados! Cuando uno se agarraba de acá [la cabeza], le aparecían los piojos a uno, sí. Y el agua para bañarse: una cubeta, más no, una cubeta. Ahí nos enfermamos igual: nos dio fiebre. Ahí nos dio de todo, sí. Por lo menos nosotros dormíamos así, ya después dormían otros, después otro.

HA: ¿Y no les dieron ningún champú para los piojos ni nada?

AH: ¡Ay, Dios! ¡Nadaaa! ¡Ni agua! ¡Ni agua!

¡No, cálese usted! Y las tortillas eran unas cosotas de masa de este tamaño, quemado; el arroz era arroz, diga usted, con zanahoria. La comida era buena porque había, pero como se cocinaba en una olloootas pues una parte salía quemada y otra parte salía cruda. Sí, no, no [risas]. Eso de estar en Chiná, ¡jaa! Unos dormíamos adentro de las bodegas, otros por allá entre el monte, allá ponían unos nailitos⁸ y ahí se dormían. Ahí estaba la gente, sí. Mientras, los hombres se ponían a trabajar y unas mujeres a mantener a los hombres, para hacer las casitas. Pues sí, le digo, mi papá y mis hermanos trabajaron, y ya luego se hizo una casita, y ya en esa casita empezamos. Ahí, ya que nos venimos a Quetzal, ahí empezamos a vivir.

⁸ Nailon (gramos de naylon chiquitos).

HA: Y cuando venían de Chiapas a Campeche, ¿ya conocían algo de Campeche?

AH: ¡Ay, qué esperanzas! ¡Uno no conocía nada, nada! Los muchachos, así que para hablar de Campeche, decían los muchachos: “¡Ey, ya nos vamos a Campeche, nos vamos a Campeche!”. Todos hacían una fiesta, pues qué tele y qué nada. Nada de nada, ¿verdad? Esa era la diversión, sí. “Yo ya me voy a Campeche”. En fin, que eran felices, pero nomás por decir porque conocer o saber algo, nada, nada, nada. Pues sí, le digo, la gente... hasta [en] la misma Guatemala eran poquitos lugares que la gente podía conocer, que había ya logrado conocer; la gente no conocía tanto.

HA: ¿Y los encargados del traslado de COMAR no les dijeron nada de Campeche o cómo era?

AH: Ah, ellos sí explicaron. Qué fue lo que dijeron, no me acuerdo; pero ellos dijeron que el lugar era muy bueno, que allá había esto. Ya al venir y ver las tierras, ver las lluvias en Guatemala y ver aquí, todos dijeron: “No, pues aquí no se da nada, aquí no se va a poder vivir”. Y pues ya ve que sí pudimos, la gente le fue buscando la vuelta al tiempo. COMAR les explicaba qué semilla, cómo tienen que sembrar, qué tienen que hacer. Pero sí, de que dijeron que había allá en Campeche, sí lo dijeron; qué dijeron, ya no me acuerdo, pero sí, sí explicaron.

HA: Y cuando les avisaron, ¿los juntaron a todos y les dijeron?, ¿o empezó como rumor o cómo fue?

AH: Pues primero como rumor y después... Pero no tardaron unos meses, no, eso fue enseguidita: “Todos, todos, se van a Campeche, aquí no va a quedar nada porque no queremos que la gente mexicana tenga problema por ustedes”.

HA: ¿Hubo gente que no quiso irse de Chiapas?

AH: Ah, sí, sí hubo. Algunos seguro que en ese tiempo decidieron regresar a Guatemala, mejor. Los que pudieron se fueron en ese tiempo a Guatemala.

HA: ¿Y cómo trataron de convencerlos las autoridades de irse a Campeche?

AH: Ellos no nos convencieron; ellos nos dijeron: “Vamos”. Sí, sí.

HA: ¿Y cómo reaccionó la gente de los campamentos ya cuando les dijeron que se iban a Campeche?

AH: No, no, solamente [a]sí. Si alguien pudo haber dicho: “No, pues yo no me voy”, ese a lo mejor se fue para Guatemala.

HA: ¿Pero ninguno se quedó en Chiapas?

AH: Sí quedó. Sí quedó ahí. Todos no se vinieron.

HA: Pero no se quedaron en campamentos.

AH: Ya no, ya vieron la forma dónde quedarse, sí.

HA: ¿Sabe qué le decían a los niños? A sus hermanos menores, ¿qué les decían sus padres de la necesidad de moverse?

AH: Nada, nada.

HA: Muy bien. ¿Y se fueron a diferentes pueblos en Quintana Roo, a diferentes pueblos en Campeche? ¿Volvieron a tener contacto con las personas de las que se separaron pero con las que estuvieron juntas en Chiapas?

AH: Fíjese que a nosotros nos hubiera tocado irnos a Maya Tecún, pero por algo nos tocó venirnos para acá. La gente que venía con nosotros se fue a Maya Tecún; eran algunas personas de Cuarto Pueblo; ellos se fueron para Maya Tecún. Así que nosotros... Es como le decía, nosotros estábamos más relacionados con los de quechí y no con Todos Santos y los ixcahuacanes, pero nos tocó, estamos con ellos, sí. ¿Por qué?, no sé; pero la gente con la que deberíamos de estar [se encuentra] en Maya Tecún. Pero no, aquí nos venimos.

HA: ¿Y volvieron a tener contacto con la gente de Maya Tecún?

AH: De repente, pero ya muy poco. En ese tiempo era aniversario de Maya Tecún y se iban los muchachos a Maya Tecún. Era el aniversario de Quetzal Edzná y se venían a la fiesta los de Maya Tecún. Todavía cuando nació mi hija tercera... Ella nació para un aniversario de acá de Laureles y, como estábamos organizados, pasa un señor y me dice: “Haz el favor de hacer un poco de tortillas porque van a venir los jugadores de Maya Tecún y de Kesté, aquí a Laureles, para que le demos de comer a la gente”. Y ya le dije yo: “No, pues si me da tiempo yo voy a hacer tortillas, pero si no me da tiempo no voy a hacer tortillas”, porque mi hija ya ese día iba a nacer, así que ya no hice tortillas.

Por lo menos ese día, como era fiesta, entonces pasaban viendo si uno barrió su calle, si uno tiene limpio, o sea, fue una costumbre que la autoridad se fijara, por lo menos. No podía estar así como está ese monte (ahí no debería estar), debería estar bien limpio. [De] eso se encargaban los representantes. O una gente no hervía su agua para tomar, [entonces] pasaba una comisión viendo que el agua estuviera hervida, sí, y a veces no tenía el agua hervida.

HA: ¿Cómo se distinguía el agua hervida de la no hervida?

AH: Quién sabe, pero sí la distinguían, sí. Y uno estaba bien acostumbrado que tomaba su agua del chorro. A veces [la] hervía uno para que vieran que uno tenía su agua hervida, para que la gente no se enfermara mucho, que [por] la diarrea, que [por] todo. [De] eso se encargaban los promotores de la misma comunidad por medio del médico y la autoridad. Ahorita quisieran, pero, dicen [risas] —ya ve que la gente se vuelve grosera—: “El que pase aquí a mi casa yo le ofrezco machete”, [risas]; así dice un señor. Pero en ese tiempo nooo, cada quien pasaba casa por casa, sí, y así estaba, sí. Uno tenía que tener más o menos limpia la casa porque iba a pasar la vigilancia a ver, sí.

HA: ¿Y estos jugadores de qué eran?

AH: Pues jugadores de pelota.

[Interrumpo la grabación un momento y empiezo otra].

HA: Bueno, vamos a seguir con la segunda parte de la entrevista. Me hubiera fijado antes dónde nos habíamos quedado.

AH: En lo de...

HA: Ah, ¿cuál fue su primera impresión de Quetzal Edzná? ¿Cuál fue el primer lugar? De Chiná se fueron a Quetzal Edzná, ¿no? ¿Cuál fue su primera impresión cuando vio el lugar?

AH: Fíjese que yo ni me acuerdo a qué hora llegamos ahí, pero ha de haber sido por la tarde; yo digo que temprano no fue. Yo de eso casi no tengo un recuerdo. Puedo decir que no era bonito, tampoco puedo decir “Tuve una mala impresión”.

HA: ¿Y cómo se sentía ahí, en comparación con el campamento de Chiapas?

AH: Pues ahí, como ya empezamos a conocer a nueva gente, a ver a otras personas, pues ahí ya puedo decir que era como igual, porque ya cada quien en su casa; ya uno... Ahí lo que nos martirizó mucho fue que todo el tiempo fue jalar agua, sí, acarrear agua. Y se iba el agua a veces. Había que hacer colas grandes para agarrar cubetas de agua y el pozo fallaba demasiado, entonces, cuando llegaban las pipas, agarraban la de las pipas. A veces alcanzábamos, a veces no alcanzábamos. Había mujeres más abusadas o mujeres más pleitistas, en fin, ahí en Quetzal era problema.

HA: Hacía falta agua.

AH: Muchaaa. Ya cuando acá [hoy día] de repente no hay agua, yo digo “¿Cuánta agua ya jalamos?”. Ahorita no. Si puedo, voy a comprar un tanque de agua y voy a traer mi agua acá, pero yo no quiero jalar agua, ni quiero pelearme por agua también. Porque

ahí sí: “No, que ya como son dos ya jalaron más agua”, “No que yo no alcancé agua”; era un pleito. Sí, el agua ahí era un problema.

HA: Y fuera del agua, ¿hacía falta algo?

AH: Pues fijese que más que todo, el agua. Como le vuelvo a repetir, sí [se] nos acababa un poco de mercancía o uno necesitaba comprar otras cosas, por [ejemplo], carne. No comíamos carne, mas que unas latas que nos traían de pollo —de Canadá venía, creo, el pollo—. Tampoco no mucho nos gustaba, pero nos lo comíamos. Ya que uno hubiera comprado un kilo de pollo era raro (o res). Que de repente mataban unas vacas, nos repartían la carne; pero muy rara vez, sí, muy rara vez nos mataban una vaca y nos comíamos la carne. Entonces, [con] la comida siempre había un poco de problemas, sí.

HA: Y aquí llegaron también otras organizaciones, ¿no?

AH: Aquí ya... A ver... sí, pero bastante después, bastante después ya llegó el Servicio Jesuita. Lleg[aron] unos que se llamaban... unos eran CEMPERAC,⁹ otro era...

HA: ¿El Servicio Jesuita llegó ahí en Quetzal Edzná?

AH: Sí, pero ya sobre todo cuando ya nos íbamos a venir para acá [a Laureles], sí.

HA: ¿Y tenían contacto con personas que no fuesen refugiadas?, ¿mexicanos que llegaron o se acercaron?

AH: Sí, pero, más que todo, estábamos restringidos. O sea, a COMAR no le gustaba que mucho mexicano estuviera ya en campamentos; o sea, mejor que no estuvieran, sí. No le gustaba, no. No era que “Aaah, que vengan los muchachos de aquí o de allá”, o que, por lo menos, una familia mexicana, digamos, quiere vivir con nosotros, no, no. Era restringido, era sólo para nosotros, sí.

⁹ Centro Mesoamericano para la Promoción y Educación Rural, A. C.

HA: ¿Y cómo se les restringía?

AH: Pues no los dejaban entrar.

HA: ¿Estaba rodeado de una malla o...?

AH: De entrar entraban, pero de que... “Quiero vivir aquí” no lo iban a dejar, ni tampoco la gente quería [risas]. No hubieran querido vivir con nosotros porque decían que estábamos enfermos [risas].

HA: ¿Y qué decían ustedes de eso?

AH: No decíamos nada.

HA: ¿Y qué decían las demás personas refugiadas del lugar?

AH: Pues a los hombres no les gustaba porque estaba muy reseco. Ahí en Quetzal [había] como mucha piedra, y donde nos tocó a nosotros, en otro lado, como que a la gente no, no. Pues ahí vivíamos... Los solarcitos también eran muy chiquitos, muy chiquitos. Ya por lo menos aquí está la casita, un pedacito, y aquí está otra casita. O sea, si uno hablaba como hablo, pues se escuchaba muy bien en la otra casa, o sea, no era otra casa, sino que era ahí, nada más.

HA: ¿Y cómo se empezó a construir el pueblo en Quetzal?

AH: Ah, pues de Chiná se venían los hombres a cortar madera, todo fue de madera; sólo el techo fue lámina de cartón. Ahí todo fue con madera, nada de cemento, nada de nada. Y la gente hizo sus casitas. Como le digo, la casita era pequeñita. Ya cuando mi papá pudo le agregó así como para cocinita, le fue poniendo para que tuviéramos más; pero como ni teníamos cosas, era muy muy poco, pues ahí cabía, sí. Era de madera; entonces, uno conseguía cajas y ya le ponía cajas, le conseguía revistas, le ponía revistas; ya se veía bien, la acomodaban, sí.

HA: ¿Y cuando llegaron ahí a Quetzal todavía tenían la idea de volver a Guatemala algún tiempo después?

AH: Aquí también [Laureles], aquí también; de aquí la gente se fue. De Quetzal, mucha gente se fue. De aquí mucha gente se fue, sí, nosotros nos queríamos ir todavía, sí, porque pues por la tierra, por la familia, pero ya después ya no. Sí, la gente sí se fue.

HA: ¿Y tenían contacto con la familia que se quedó allá?

AH: Sí, ya habíamos hablado de repente por teléfono, por cartas. Sí, ya se había hablado. Mi hermana viene [de] Guatemala a vernos, y ya nos ve y dice: “Bendito Dios que se vinieron a Campeche. Nunca hubieran vivido allá en Guatemala como viven acá, nadie vive allá como viven acá; son pobres y todo, pero así no vive la gente allá —dice mi hermana—. Está bien que vivan ustedes acá”.

HA: ¿Esa hermana se regresó?

AH: No, ella no vino; ella no vino; ella estaba recién casada.

HA: ¿Era la mayor, bueno, después de Hermelindo?

AH: De las mujeres, sí. Ella se quedó en la capital pues su marido tenía trabajo. Igual ellos... su marido sufrió mucha persecución. Él creyó que lo iban a matar —pero no lo mataron— porque las cartas —nosotros les mandábamos cartas—, las leían antes de que a ellos les llegara. Ellos fueron muy muy perseguidos, pero ya después se tranquilizó. Mi cuñado pensó que sí lo iban a matar, pero pues no.

HA: ¿Y cómo fue que decidieron moverse a los Laureles?

AH: A Los Laureles, pues ya para entonces mi hijo el grande ya había nacido. Entonces dijeron que había un Plan Multianual, [así] lo llamó COMAR: que había este terreno porque no nos lo dio el gobierno mexicano, [sino que] nos lo dieron las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas se las pagaron muy bien al gobierno mexicano. Entonces, que había el plan de que nos podíamos venir a Laureles, porque vivíamos en pedacitos chicos, chicos. Yo dije “Yo me voy, yo me voy para Laureles”. Eso sí ya fue... siento que

vivir aquí sí ya fue mi decisión. Le digo [a mi esposo]: “Vámonos para Laureles, aquí pues todo estrecho”. Ya tenía yo mi primer hijo; mi esposo yo veía que no, o sea, no tenía dónde trabajar, o sea, como desanimado, como “¿Pa’ dónde agarro, qué hago? Nada”. Le digo: “Vámonos”. “Pues vámonos”. Y empezó él a venirse, a conseguir el solar. Me hizo una casita muy pequeñita. Me vine con mi hijo. Me vine embarazada de Elmer, y aquí estuvimos. Ya poco a poco. Aquí sí nos tocó esos horcones: ese que tiene 207 [ahí estaba dentro de la casa], esos son de los que hizo COMAR. Esos los hizo la gente, pero COMAR dio la grava; COMAR dio el Armex. Esta casa de cimientos... lo que dio COMAR: eso todavía es de COMAR, este piso es de COMAR. La gente lo hizo y todo, pero ellos dieron el cemento, ellos dieron el polvo, ellos dieron lo que se necesitaba. Aquí costó: también hubo que acarrerar agua, también abrieron la zanja para que pasara la tubería; la gente lo hizo, la gente con sus pulmones hizo la zanja para que pasara la tubería; rellenó para que pusieran la tubería, todo. No es que el municipio, no; la gente lo hizo.

HA: COMAR y las Naciones Unidas como que daban el dinero, pero todo el trabajo lo hacían los refugiados.

AH: Lo hacía la gente, ellos lo hacían. O sea, el especialista, el que ponía los tubos pues [COMAR le] pagaba, pero el que iba ahí trabajando pues era la gente. Entonces, pues eso sí, el tiempo que hace que nació Laureles, ese tiempo tengo yo de vivir aquí.

Yo, yo sí no... Yo le pido a Dios. Dios, sí. Yo me quiero quedar aquí, yo no me quiero [risa] ir a otro lado, ya no. A mí me gusta Laureles, lo quiero, lo veo bonito, quiero a toda la gente (que por todo, por todo quiero a toda la gente), entonces, no me gustaría. Yo no sé, ahora que soy vieja, que ya soy grande, que tengo ya una edad que puedo pensar las cosas, yo no entiendo cómo mi mamá y mi papá soportaron, yo no entiendo. Yo me pongo a pensar que yo

no lo soportaría, pero ellos soportaron porque eso fue un destierro. Mi papá tenía ganado, mi papá tenía su siembra, mi papá tenía su buena parcela; mi mamá tenía su buena casa, mi mamá tenía su familia; mi papá tenía su familia. Se vinieron, sí, sin nada. Con tanto trabajo, con todo lo que hubo de pasar, llegamos a Laureles, se logró hacer, pues sí, hasta donde estamos. Yo, ahí sí pienso que yo no, yo no soportaría, no.

Me dijo mi esposo, cuando estuvo en los Estados Unidos... “Véngase —me dijo—, véngase acá, acá vivimos, aquí hay que trabajar, pero aquí se vive bien”. Y yo le dije que no; sí, que yo de aquí no me voy; sí, yo no. A veces me pongo a pensar si yo me tuviera que salir por alguna razón de mi casa, a dónde me fuera, dónde viviera, eso sí no me cabe, no me cabe, sí... [voz bajita].

HA: ¿Y cómo ve lo que ha estado pasando en los últimos años?, que por el narcotráfico mucha gente ha tenido que salir del país o de su pueblo e irse a otras ciudades de México, incluso a los Estados Unidos, para escapar, pues, ya no de la guerrilla o del ejército...

AH: Sí, no, por otras situaciones.

Yo, fijese que yo todo eso me pongo a pensar y yo digo que pues sí, que Dios primero, que todos deberíamos de valorar más la vida. Yo digo que en México —así le digo a mis chamacos— uno aquí en México, uno se levanta y ve qué hacer, hace su trabajo, hace lo que pueda hacer, y ya con lo que uno pueda hacer Dios lo bendice lo necesario a uno en la mesa, ¿verdad? No tiene uno que ser un delincuente para tener las cosas. En México se puede trabajar como se debe trabajar. Entonces, eso a mí me duele mucho y, como quien dice, uno está dejando escapar esa felicidad. Esa paz que tiene México se le está yendo de las manos.

A lo mejor por no educar a los hijos al trabajo, a que poco a poquito uno puede hacer sus cosas, y que también que con poco

se vive, sí. No se necesita, con poquito se vive. Ya ve mi hijo, él ya tuvo la oportunidad de ser militar. Siempre que mi hijo se iba le decía yo: “Adelante está la gente; antes de lo que [a] uno le toca, primero está la gente. A la gente se le respeta, a la gente todo. A todos nos duele lo que nos pase, no hay que dejarse ir que porque yo soy militar, porque yo tengo, porque yo puedo; eso no hay que hacer”. Yo siento que mi hijo fue consciente.

Y pues no, no me gusta todo lo que sea por narcotráfico, no. Como una familia de ahí de Chiapas que dicen que se dedicó al narcotráfico: tuvieron sus hijos —una familia muy muy buena—, y a sus hijos ya los mataron, a todos, sí, a todos. Otros dicen que por acá andan, quién sabe. Pero imagínese, por el dinero, afamándose que tienen no sé qué clase de arma, ¿un arma para qué?

Yo le decía —porque a mi esposo le gustaba ir de cacería, a veces traía iguanas, a veces traía uno de esos animales que tienen la cola grande, a veces traía pavos— a mis hijos: “Su papá se iba de cacería porque no teníamos para comer carne o para comprar, pero ahora ustedes tienen para comprar carne; ya no es necesario ir”. Yo así les digo: “No es necesario ir de cacería, [con] su papá sí era necesario, pero ustedes no, trabajen y se consiguen. Que voy a tener un arma, una carabina”, ya no. Si a veces encontramos los pavos, algún venado, pues disfrutamos verlos y así, pero ya no tanto como para verlo en el plato [risas].

HA: Ahí bonito saltando en el monte.

AH: Sí, sí, sí... Pues ojalá... Yo pienso que eso del narcotráfico pues para que se controle aquí en México, pues que los que ya tienen mucho, pues ya que vivan con lo mucho que tienen, y los que tenemos poco, pues que nos conformemos con vivir y que nos conformemos. O que no nos conformemos, pero ver otras formas de vivir, o sea, sí, porque digamos que yo vendiera alguna clase de

droga para echar a perder a un muchacho, eso no tiene ningún caso, ¿verdad? Sí, no, o sea, ¿yo voy a estar bien para que otro esté muy mal? No. Que uno piense las cosas o que la demás gente también y que no caigamos en todas esas cosas...

HA: Bueno, ya volviendo al tema de Laureles, ¿cómo se asignaron los terrenos a cada persona?

AH: Cuando repartieron lo de la manzana ocho, desde Quetzal ya venía el grupo: eran los de Corosal, así se llamaba, era un grupo. Entonces los representantes: era la Catorce, era Benemérito, era... ya se me olvidaron otros; bueno, los representantes de los grupos que usted piense.

Entonces, dijo COMAR: “Este terreno está dividido en tal parte, cada parte va a tener tantas casas”. Entonces los representantes hicieron papelitos y dijeron: “No, pues los de la Catorce van a vivir acá, los de Corosal van a vivir acá, y los otros van a vivir acá”. Entonces ya está, ese terreno nos va a tocar. A los de la Cuatro les tocó allá, eran de Pico de Oro. Y así fue: “Ya está, ya el representante ya tiene el papelito que le va a tocar acá, que es este terreno”. El representante hizo otros papelitos, porque así lo decidieron, entonces, por papelito estaba este solar, estaba este otro. Entonces ya: “Pues agarra tu papelito”, y ya mi esposo agarró su papelito y este sacó, sí. Todos querían una esquina o querían enfrente, y dice mi esposo que algunos no quedaron muy contentos, que hubo un problemita por ahí. Y yo le dije a mi esposo: “Yo quiero mi solar y, si Dios quiere, que yo ponga un negocio en un tiempo. Lo que yo ponga se va a vender ahí, pero no voy a pelear por el que le tocó en la esquina”. Y así quedó, de ese modo cada quien tiene su solar por medio de un papelito.

HA: ¿Y en qué empezaron a trabajar?, ¿qué se empezó a sembrar?

AH: Maíz, frijol, hortalizas, calabaza, chihua, sí. La hortaliza hubo un tiempo que se dio muy bien..., se da muy bien; hubo un tiem-

po que se dio mejor. La hortaliza parece que no quiere que se le fumigue ningún herbicida para que esté buena, sí, eso. De todooo sembraban: ejotes, lo que es de hortalizas; algunos trajeron algunas semillas de Guatemala de otra clase de maíz.

HA: ¿Y qué otras actividades había para trabajar? Por ejemplo, las abejas.

AH: [Había] muy poco. Empezaba la gente. El dueño de esos carritos de ahí [enfrente de la casa], ese fue uno de los primeros que empezó. COMAR le dio las abejas a los primeros. Ganadería, la ganadería no funcionó porque fijese que esa fue otra tranza de COMAR, porque les trajo un ganado viejo que no sirvió para nada. Le echaron la culpa a la gente, pero no fueron los hombres los que no supieron; el ganado dicen que era viejo. Ya ve que en las compras hicieron sus tranzas, y ahí fue. Después trajeron un lote de ganado ya joven, pero ya la gente estaba harta, estaba cansada. Mi papá era de la ganadera, pero nomás se metieron a fracasar. No, no les fue bien. Ahora, en eso hubo un poco de inconformidad, porque ese terreno tampoco está grande. El terreno le quedó a unas dos personas nada más, mientras [quienes] lo lucharon fueron muchos. Les quedó solamente a dos familias.

AH: ¿Y no hubo mucho conflicto por eso?

HA: Hubo mucho conflicto por eso; hay mucho conflicto por eso todavía, sí: “No, que si la ganadera, que sólo se la quedó éste, que no sé qué”. En una reunión, que por algo se reúne la gente, se vuelve a tocar el tema. Sí, porque ahí COMAR no fue justo, porque si COMAR hubiera visto y hubiera dividido la tierra para todos, no hubiera sucedido eso; pero COMAR sacó documentos a nombre de sólo esas personas. Pues de algún modo fue injusto, porque los que habían batallado eso era un grupo grande. Si no lo dividió en el grupo grande, pues lo hubiera dividido para la población en general. Ahí

COMAR tuvo culpa de que todavía haya algunos problemas. Porque [digamos,] usted es de COMAR, se lleva mucho conmigo, entonces yo le digo: “¿Por qué no me da ese pedazo de terreno que está en tal parte?”. “Ah, [en] cualquier rato lo medimos y sí, ya te firmo, ya meto los papeles; total, soy de COMAR: meto los papeles, se van a México y ya viene tu título”. Sucedió eso también... Es un señor x, un tal x, que vive por ahí. Se agarró un terreno que le correspondía a la escuela. Ay, yo, para decirle la verdad, no entiendo, pero ese conflicto que se quedó por lo del ganado y el conflicto que se quedó por esas tierras de la escuela (esas tierras que don x se agarró), eso no acaba, así le digo; [por] cualquier cosita vuelve a salir el tema. HA: Que sale de la conformación del pueblo.

AH: Otra de las cosas: esas tiendas que están ahí enfrente, que ya están en el área del servicio enfrente donde es el centro; esas casonas que ve usted ahí, eso ya no fue COMAR el que tuvo la culpa (poco sí, pero poco no). [Aquí] la Iglesia católica agarra un documento [y] lo deja a nombre de don Q, viene COMAR y hace otro documento y lo deja a nombre de W —que eran esas casitas que están ahí—. Viene y hace otro documento y lo deja a nombre de don E, que es de riego, ese es un terreno grande a nombre de él. Bueno, qué hace don Q, decía él: “No, pues ese terreno de la Iglesia es mi terreno, y está a mi nombre”, o sea, no era ni pleito ni nada, pero de repente el tema le costó a un obispo, pero logró que le hiciera el traspase, que ya quede como debe de ser y ahí se acabó la situación. Pero no fue tan facilito, pero eso ya quedó. Estaba la Conasupo, una tienda comunitaria, ¿verdad? Agarra don W... fue el último representante general, y les firma el documento a tal y tal.

HA: O sea, en general sí hubo varios conflictos...

AH: Entonces pasan a ser esos terrenos que son del pueblo... Yo tengo mi solar acá. Un pedacito de ahí del área de servicios no

me corresponde, porque eso [es] del pueblo. Igual ellos, todos tienen su solar, ahí ya no les corresponde; es centro, es para la gente, es del pueblo. Pero lo lograron, con mañana o como sea, y es de ellos.

HA: Y además de estos conflictos y de la agricultura, ¿también empezaron a hacerse otras actividades económicas, así como otros trabajos que fueron aprendiendo aquí?, porque pues yo veo que hay panaderías, estéticas, hay tiendas, está esto de la miel...

AH: Sí, sí, de todo un poco. Hay carpintería, hay tiendas, hay panaderías (hay varias panaderías), ahí está la gente que costura ropa (varios que se dedican a costurar), hay albañiles que, bueno, yo quiero hacer mi casa, pues hay albañiles que saben hacer la casa. Aquí ya hay algunos, ya en este tiempo, ya hay algunos profesionales. Por lo menos el muchacho que trabaja en el ciber en la esquina, él trabaja en el CECyTEC, así es.

HA: ¿De maestro?

AH: Sí, de maestro. Esos muchachos le puedo decir que fueron muy apoyados por las Hermanas de la Caridad porque ellas estuvieron en Kesté —y del Servicio Jesuita—. Esos muchachos fueron muy apoyados, fueron de los primeros que se titularon.

¿Qué más le podría yo decir? Pues sí, mucha gente vende que tamalitos, que pollo, que comida, pizzas, sí, hay de todo, sí...

HA: Estando todavía el campo de refugiados, ¿salía gente a trabajar a otros lados?

AH: Sí, se iban a la caña, se iban al algodón.

HA: ¿Y los contrataban?

AH: Los venían a contratar. Le decían a COMAR: “No, pues yo necesito gente”. Entonces ya COMAR decía: “No, pues se pueden ir a trabajar a tal parte”, y ya se iba la gente a trabajar.

HA: ¿Y se iban por unas temporadas o...?

AH: Sí, por temporadas, por semanas. Se iban a La Joya, a Chetumal; se iban a trabajar. Se fueron a Cancún cuando se estaba haciendo Cancún, mucha gente; se fueron a las ruinas también.

HA: ¿Para prepararlas para las visitas y todo eso?

AH: Sí, sí, sí.

HA: Y las personas de apoyos internacionales y nacionales, ¿cómo eran las personas de estas organizaciones?, ¿qué actitud tenían, qué nacionalidad, qué intereses, qué profesiones?

AH: Pues fíjese que sus profesiones no voy a saber, yo no sé. Pero, pues sí, estuvo Maruja, ella era de ACNUR; Luis Barece, él era de ACNUR, él fue uno de los grandes de ACNUR. Ellos eran del Perú, sí, Maruja del Perú. A ver si me acuerdo cómo se llamaba ese señor que ya murió... Ay, se me olvidó; él era salvadoreño, trabajaba en ACNUR, muy buena persona; él ya murió. Ah, yo de nombres que me acuerdo... Sí, en tiempos de Salvador Monroy de COMAR, era Luis Barece de ACNUR; ellos trabajaron con nosotros.

HA: ¿Y qué actitud tenían?

AH: ¡Ay, ellos! Ay, ellos eran para con la gente... ellos eran finos, ellos eran buena personas, ellos no trataban mal a la gente. Ese Salvador Monroy era tal vez un poquito más alto que usted, un poquito más alto, era joven, no era gordo, sino que era grandote, [quiero] decir, no gordo, grande, grandote. Le podría decir que [era] una persona muy bien presentable.

HA: ¿Y qué hacían estas personas, cómo ayudaban?

AH: COMAR, por lo menos, lo que se podía hacer, cuando había conflicto. Ellos venían a poner solución a las cosas: “Esto pueden hacer, esto no lo deben de hacer”, sí. Ellos mediaban, pues.

HA: ¿Y había gente de los refugiados que asistían y trabajaban con estas organizaciones?

AH: Sí, sí, sí. Cooperaban con las organizaciones, cooperaban con COMAR, sí. [A] los representantes venía COMAR y decía: “Va a haber una reunión porque se va a tratar de este tema, puede ser por el agua, puede ser por los solares”, sí. Por lo menos, antes de que... Como los solares no estaban a nuestros nombres: “¿Cómo quieren que salga el nombre de los solares?, ¿al nombre de la mujer o al nombre del hombre o qué?”. Y como mucha gente de aquí no era casada —no es casada, sino que viven así juntos—: “No, pues que salga al nombre del hombre y al nombre de la mujer”, para que después el hombre [no] diga “No... ya vete”, o sea que [fuera] en común, pues. Y así quedó y eso también lo trataron, eso sí ya se trató con la gente, sí.

HA: ¿Hubo controles por parte de Migración aquí en el campamento?

AH: Ah, sí, sí. Y nos venían a tomar fotos, a censar, a dar otra forma migratoria... , ajá.

HA: ¿Era mucha la vigilancia que había en el campo?

AH: No, no mucha. Nada más que cuando uno iba a Campeche pues don Pedro (el de la Migración), él nos conocía muy bien, sí. Y, por lo menos, él andaba viendo en el ADO que nadie fuera ir en el [autobús] que nos regresaba, donde anduviera. Hubieron algunas personas que sacaron su credencial de elector y [aún] así les preguntaba. Él ya sabía que eran guatemaltecos: “¿A ver, dónde están sus papeles?”, y “No, pues esto no lo tienes que hacer”, y se los recogía, y ya seguía siendo guatemalteco [risas]. Los hombres que se iban a Cancún tenían que sacar un permiso, se los sacaba Migración para que pudieran andar por allá. Pero sí, sacando el permiso se iban.

HA: ¿Y cómo se sintieron cuando empezaron a irse las organizaciones?, éstas que llegaron a ayudar. Y pues también, ¿cuándo

empezó a irse Migración? ¿Cuándo empezó todo el proceso de nacionalización de los que se quisieron quedar?

AH: Pues fíjese que los apoyos ya se habían ido, entonces, en ese tiempo hicieron un..., pues más o menos como hacer un censo: pasaron en las casas viendo qué tiene, preguntando qué come temprano, qué come al mediodía, qué come por la noche, viendo qué cositas tiene, o sea, de algún modo nos declararon autosuficientes. Y yo digo que autosuficientes todavía no éramos, pero de todos modos. A veces pasaba... Ah, ¿cómo le dijera yo? Tantos chamacos en la escuela, pero los cuadernos nos [los] daba COMAR, los lápices los daba COMAR. Y entonces decía la gente (pero eso ya era un dicho) así: “Total, COMAR aguanta”, decían [risas], “COMAR aguanta”. Y ya después decía COMAR: “¿Saben qué?, COMAR ya no aguanta [risas]. COMAR ya se va a terminar, ya no anden pensando que COMAR los va a seguir manteniendo, ya no; ya COMAR ya no aguanta”. Entonces, ya como que nos fuimos quedando, pero pues fue...

Yo le puedo decir que para mí fue muy dura la situación porque ya empezaban mis hijos a ir a la escuela, y yo ya tenía que comprarles cuadernos, lápiz, o sea, lo que necesitaban, sí. Yo ya no tuve ninguna clase de apoyo, digamos, y ahora sí que a ver cómo. Sí fueron mis chamacos a la escuela, pero sí me costó, sí. Por lo menos todavía mis sobrinos alcanzaron a que les dieran los cuadernos, los lápiz; ya cuando yo empiezo, ya no hay nada. Entonces eso para mí fue muy difícil.

Nooo, tardó y sí tardó muchísimo, mucha, mucha pobreza. Y le puedo decir que de ese tiempo que ya COMAR nos dejó, a mí me costó, a nosotros nos costó mucho. No, no había nada, y si le digo que no había nada es que no había nada; dinero, ¡qué! A veces pasaban que vendiendo paletas para los chamacos, no había, no había nada. Sí, yo siento que hasta que ya tuvimos las abejas —porque del

maíz es muy poquito y a eso no se puede— y otros trabajitos, ya ahí la llevó uno.

HA: ¿Y cómo? ¿Qué pensaron y cómo se sintieron cuando vieron que estaban formando nuevas familias aquí en México, en Chiapas, en Campeche..., o sea, que ya se estaba haciendo otra vida aquí en México, y que Guatemala estaba quedando un poco más lejos?

AH: Pues eso no daba ni tiempo de pensarlo, porque eso estaba sucediendo, eso estaba sucediendo. Ya no [...] “Me voy para Guatemala”; me voy, pero se queda mi hija; me voy, pero se queda mi nuera. O sea, ya fue muy difícil; los retornos eran un mar de llanto, sí.

Otra cosa que pasaba, por lo menos [cuando] se va hacer un retorno, [era que] las muchachas se escondían y no se iban para Guatemala; ya estaba censadas que ya se iban a ir [y] a la mera hora de subirse al camión, las muchachas no estaban: unas ya se habían ido para Campeche, otras buscaban que si se iban con sus novios. Pero en fin, muchas no se iban, muchas se quedaron. Entonces, pues ya se llevaban ya sólo a los chicos, ya no se llevaban a los grandes. Y, pues [a] empezar. Era, pues, difícil porque se formaban nuevas familias; era como incierto, ¿verdad? No había nada, como le digo, apenas las casitas, apenas los solares; ya las casitas [de] láminas como que ya no.

HA: Y dentro de esa incertidumbre a causa de todo el proceso que vivieron aquí en México desde que salieron de Guatemala, ¿se sintieron con el poder de decidir sobre sus propias vidas, sobre lo que ustedes deseaban hacer, de planear su futuro?

AH: Ah, no, eso tal vez sucedió, digo yo, hasta que ya se empezaron a ir hasta [a] los Estados. Y eso de que se empezaron a ir a los Estados Unidos digamos que hace dieciséis años se empezaron [a]

ir los primeros, sí. La gente aquí estaba. Se habían ido unos mucho antes, porque de repente se sonaba que alguno estaba por allá, pero eso era alguno.

HA: ¿Y cómo fueron conociendo las historias de las demás personas guatemaltecas, de los refugiados? ¿Cómo se sentían al escuchar esas historias y al tener también, pues, una historia propia de lo que había pasado en Guatemala?

AH: Pues como la historia más o menos, la de una y la de otro, era la misma, la gente se contaba una y otra vez lo que les había pasado, sí.

HA: ¿Y cuándo empezaron a tener contacto con estas personas de los pueblos cercanos?

AH: ¿Aquí en Campeche? Ah, enseguedita, enseguida. Me acuerdo que había un señor: Carlos Arjona, él era del IMSS. En la iglesia no había una Virgen, había tal vez una cruz, pero Virgen no había, estaba sin nada. El señor dijo que él nos quería regalar algo pero que él no sabía qué nos podía regalar, pero procuró la forma y trajo de México una Virgen de Guadalupe —tal vez era de este tamaño— y la regaló a Quetzal. Él quería que [a] Pich la fuéramos a recibir. En fin, que la fuimos a recibir entre cohetes y todo, unos espantados, porque la gente aún estaba espantada. Ahí vi yo como que en esa [ocasión], porque no fue nada planeado, se dijo: “Pues va llegar una Virgen, hay que ir a recibir. Nos vamos a ir en procesión”.

HA: ¿De qué estaba espantada la gente?

AH: De tantos cohetes que había. La gente espantada, pero la gente salió. Ahí los de Pich se vinieron. En fin, que hasta que llegó la Virgen a Quetzal. Eso me pareció que fue una forma de que se juntó la gente de allá con la de acá, los cantos de algún modo eran los mismos. O sea, sí, fue una experiencia muy bonita. Y como le

vuelvo a decir, los mexicanos también estaban pobres, entonces, [como] a nosotros nos daban leche, nos daban maseca, nos daban aceite, entonces la gente agarraba y les daba leche, aceite, cambiado por algo, tal vez hasta por unos pesos; pero eso estaba prohibido porque la leche era para que la tomáramos, ajá. Pero la gente necesitaba sus pesos también, pues vendía [la] leche, [el] aceite, lo que podían. O no lo vendían, nomás lo regalaba, y ya los mexicanos nos regalaban algo (que ellos hubieran tenido) a nosotros. Entonces así fue, sí, sí. Enseguida hubo una fiesta ahí en Quetzal, pues ahí iban los de Pich a ver las actividades de nosotros. Así, así.

HA: Y estas personas, por ejemplo, ¿las personas de Pich sabían por qué ustedes estaban aquí, sabían las historias o se las platicaban?

AH: Se las platicábamos, pero... pero yo digo que ellos no alcanzaban a entender. Ya ellos contaban: “No, pues el tiempo cuando llegaron los españoles, pues también aquí tuvimos guerra, pero ya hace muchos años”, y así también contaban ellos.

HA: Desde los españoles.

AH: Desde los españoles, sí.

HA: ¿Y cree usted que Laureles y los demás pueblos de refugiados en Campeche están a un nivel parecido a los demás pueblos en Campeche?

AH: ¿Que si nos parecemos a los demás pueblos de Campeche?

HA: O sea, en un nivel de bienestar parecido.

AH: Son diferentes [risas], son diferentes formas de vivir. Si se da cuenta, si usted va de aquí hasta Maya Tecún, entonces usted va a pasar por Kesté y se va a dar muy bien cuenta cómo es un guatemalteco, y se va a dar muy bien cuenta quién es un maya o un mexicano [risas], sí. Quién sabe por qué, pero es bien diferente, bien diferente. En bienestar están mejor, en una parte, los mexicanos. Yo por lo que he visto, o porque como tengo relación con ellos

porque voy a la mielera y conozco a muchos, ellos como que están más conformes, ellos como con lo que tienen, sí. Porque [...] dicen: “¡No, que esos guatemaltecos tienen un montón de hijos, por eso no les alcanza como viven!”, yo lo escucho, sí. “Esos menonas¹⁰ se están acabando todos los montes porque como tienen un montón de hijos no los pueden mantener y por eso se están acabando todos los montes!”. Y ellos, pues, como que ellos han conservado hasta ahorita un poco más sus campos, un poco más sus montes. Yo miro que ellos son más relajados, más tranquilos, sí, ellos son diferentes para vivir, sí.

HA: ¿Está bien que lo dejemos aquí?

AH: Sí.

HA: La siguiente ya sería más cortita, ¿sí?

AH: Bueno, bueno.

HA: Fueron poco más de dos horas... Muchas gracias, Adelina.

AH: Igualmente.

*Tercera sesión de la entrevista,
viernes 2 de octubre de 2015*

HA: Vamos a continuar. Ya hablamos del retorno. Ahora, ¿está un poco enterada de lo que pasa todavía en Guatemala?

AH: Muy poco, sí, muy poco; algo, pero ya no mucho.

HA: ¿Y qué opina del gobierno que ahorita está en Guatemala?

AH: De estas elecciones que hubiera ahorita, no, ya no me enteré tanto. Me enteré un poco del presidente que otra vez fue militar, ¿verdad? Pero también ahorita tuvieron el valor de sacarlo, ¿verdad? Pues sí, sé que no era un buen presidente, que le robó a la

¹⁰ Menonitas.

nación, que la gente lo eligió. Y me gustó mucho porque la gente que lo eligió, esa misma lo sacó, ¿verdad?

HA: Y, ¿actualmente cree que es importante saber de dónde viene uno?, o sea, los orígenes, los antepasados, la historia de los antepasados, los ancestros.

AH: ¿Que si es importante? ¿Que si yo sepa quiénes fueron mis abuelos...?

HA: Que si considera usted importante que...

AH: Sí es importante, sí es muy importante.

HA: ¿Por qué?

AH: Porque yo digo que eso es bueno para las familias; por lo menos, si yo sé cómo fue mi abuelo, cómo fueron mis bisabuelos, entonces yo voy a saber cómo comportarme en este tiempo. Me va a gustar ser como mi abuelo, o sea, a mí me gusta, porque mi mamá me platica cómo era mi abuelito [de] parte de mi mamá, cómo de parte de mi papá... Yo sé cómo eran ellos.

HA: Y en el caso, por ejemplo, de las nuevas generaciones que están naciendo aquí en México... ¿cree que es importante [que sepan] cómo llegaron sus padres de Guatemala o sus abuelos de Guatemala?

AH: Sí, sí es importante. Es importante que sepan porque yo lo que... lo que me gusta contarles y volverles a contar a ellos es, por lo menos, que la gente no contaba con vehículo, no contaba con herramientas como hoy y, sin embargo, la gente con sus manos, con sus machetes, con lo poco que conseguían o con lo poco que contaban en ese tiempo, pues construyeron el pueblo, sí. Entonces, es bueno que la gente sepa esto, que los jóvenes sepan esto para que ellos tengan también la fuerza. Porque yo a veces me pongo a pensar que si hoy por alguna situación se acabara esto, ellos deben de tener la fuerza para formar nuevos pueblos, como tuvieron fuerza sus abuelos, sus padres; ellos deben de contar con esa... esa fortaleza.

Yo digo que si a uno no le cuentan: “Ah, que tu papá era así”, entonces uno no tiene... Pero entonces, si a mí me han dicho: “No, pues fíjate que tus abuelos se movían de este modo, de este modo vivían, así se hacía”, entonces ellos van a tener eso en la mente y así lo van a hacer ellos también. Por lo menos para que sigan progresando o, por si llegara a haber un fracaso, [para] que sepan o tengan esa fortaleza, y que de esa se agarren para seguir adelante. Eso es lo que yo aplico en mi vida y eso es lo que quisiera que pensarán también las nuevas generaciones, que no se vayan a lo fácil, porque lo fácil a veces no existe. Pues sí, si no, que se vayan a las fuerzas que se agarren. Ahora sí, que busquen fuerza de donde no haiga, pero que sigan adelante, que aprendan a hacer las cosas bien. Como vuelvo a repetir, como lo hacían nuestros antepasados. Sí, eso pienso yo.

HA: ¿Y cree que de la historia del refugio guatemalteco la sociedad mexicana pueda aprender algo, que esta historia tenga algo que enseñar?

AH: Yo digo que tiene mucho que enseñarles y les ha enseñado mucho, porque... Yo casi no he hecho amistad con los pueblos mexicanos, pero yo tuve la oportunidad el año pasado de conocer una familia de aquí de Bonfil, entonces ellos nos platicaban [de] cuando llegó la gente al refugio. Como veníamos, ahora sí, con lo casi nada que traíamos... [a] las mujeres no les daban permiso de irse a Bonfil, de irse a Pich [a trabajar]. No les daban permiso, pero ellas madrugaban y buscaban, no por el camino sino que por veredas, y llegaban a Bonfil. Como la gente de Bonfil no se levantaba temprano, entonces las mujeres se levantaban temprano.

HA: ¿Quiénes llegaban a Bonfil?

AH: Las mujeres de aquí. Las señoras como yo en ese tiempo se iban a Bonfil. Cuando la señora de ahí [la conocida de Bonfil] se

levantaba, dice que ya le habían dejado barrido su patio, levantado sus mangos, ya le habían avanzado un poco de trabajo. Entonces, las señoras [a las] que ya les habían hecho su quehacer buscaban ropita, buscaban lo que [tuvieran] y ya le regalaban a la gente, pero la gente ya había trabajado ahí en sus casas. Entonces la señora hoy me dice a mí: “No, esa gente tan trabajadora”, o sea, tienen ellos buena imagen de nosotros, sí.

HA: ¿Le gustaría que después de muchos años en Los Laureles se siguiera conservando la memoria de los orígenes que tuvo en un principio?

AH: Sí me gustaría. También he pensado, pero creo que no sé si lo pienso sólo yo o será muy difícil, no sé qué será. Me gustaría que existiera algún monumento, un algo donde por lo menos destacara una persona que llegó o algún viejo que haya trabajado mucho en la comunidad. Y me gustaría también [uno] así como de algunas personas que trabajaron muy bien con la gente, [que] se quedara ese nombre grabado en algún lugar, que no se borre tan fácil, sea de COMAR, sea de ACNUR, sea de los del Servicio Jesuita que llegaron, sea de alguna nación que nos haya ayudado mucho. Eso me gustaría que hubiera un recuerdo, sí, eso me gustaría.

HA: ¿Y hubo mucha convivencia con alguna parte de las personas que llegaron del Servicio Jesuita, del ACNUR?

AH: De todos, sí, de todos. O sea, aparte de ser refugiados, aparte de que ellos venían para ayudarnos, aparte de todo eso, se puede decir que se logró una amistad con las personas. Por lo menos, si a mí me llegara a hablar el padre Carlos, como sacerdote, pues un gran sacerdote; si viéndolo como una gran persona, el padre Vladimiro, el padre Pedro, el padre Chele, el padre Paco, no, pues personas que, o sea, ahora sí que marcaron mi historia. El padre Héctor [también]. Ellos digamos que no eran cualquier persona,

y se vinieron a dormir sin luz y sin nada. No había luz, pues, no había ventilador. Había muchos zancudos. El padre Miguel, él era de los Estados Unidos, decía: “Esta noche me toca dormir con todos los santos —dice—, con todos los zancudos” [risas].

No es fácil, no. A usted no se le hace fácil ahora, y ahora hay un ventilador, hay una casita, buen piso, sí; pero las casitas eran de palitos. Una señora de Torreón, ella se llamaba Almita Rendón, dice que —bueno, era viuda, pero ella era esposa de un doctor, Leonel se llamaba, de ahí de Torreón, maestro de médicos, y la esposa vino—, y a veces decía ella: “Es que le tengo más miedo a las cascabeles que al tigre porque al tigre de perdida lo voy a ver y a las cascabeles no”, decía ella. Pero aquí vivió, sí, aquí vivieron. Sí, como le digo: amistad.

HA: ¿Esta señora venía del ACNUR o de COMAR?

AH: Ella, acompañando. Del Servicio Jesuita era como integrante, pero ella era una señora [que] su trabajo era, más que acompañar, [hacía] documentos a los del Servicio Jesuita. Pero era más una colaboradora; ella era ya una, puedo decir, ya casi anciana, tal vez [tenía] 65 años, sí. Y aquí se vino. No [era] muy grande ella, era algo chaparrita, una señora muy carismática, sí, sí. Cuando había bailes se iba a los bailes, le gustaba. O sea, convivieron, o sea, realmente convivieron con nosotros. Fueron uno más, digamos, sí.

HA: Y además de las cosas de oficios católicos y labores de sacerdotes, ¿hacían otras cosas los del Servicio Jesuita?

AH: Sí, enseñaron algunas cosas a los muchachos: de mecanografía, corte y confección; se llevaron a algunos muchachos a estudiar a Campeche, se llevaron a algunos muchachos, no sé si a Torreón o a Guadalajara, y ahí fueron a aprender hacer cosas como esta puerta. Apoyaron, de repente, [a] algunos enfermos pagándoles algún médico, sí. Ellos eran acompañantes, pero de algún modo

apoyaban a alguien que estuviera muy... Así entre los necesitados había más necesitados, y ellos se hacían más a estas personas. No se me viene ahorita qué más, pero sí hacían. Venían de España a jugar, a jugar con los niños, a estar con los niños, a enseñarles juegos, a ponerles películas.

HA: ¿Sacerdotes o personas?

AH: Ya personas así, personas que por ellos se contactaban y ya venían, sí. Ya de ahí, los sacerdotes, como quien dice, los administraban y les decían: “No, pues tú te vas a Kesté, tú te vas a Maya Tecún, tú te vas a Laureles”, y así los iban [asignando].

HA: Así como voluntarios que venían.

AH: Voluntarios, sí. Vinieron de Guadalajara muchooooos muchachos, todos bien altos. Vino un grupo de Alemania, sí, pero un grupo bastante [grande], igual para conocer, para estar, sí. Ya de ese modo de repente llegaban apoyos, sí, una parte.

HA: ¿Y ellos estaban unos días, unas semanas, o cuánto tiempo estaban?

AH: Pues diga usted que estaban, sí, por semanas, por quince días. Venían, iban. Ellos tenían un carrito para ir y venir, sí.

HA: ¿Y qué pensaba o qué sentía cuando llegaba gente de otras partes de México y de otras partes del mundo a conocerlos?

AH: Pues nosotros nos sentíamos contentos, conocía uno a las personas. Uno en ese tiempo era, como le vuelvo a decir, demasiado sencillo, pues. Me acuerdo que vino el hermano Luis, el chileno, [y] de repente decía: “Digan una palabra, la que quieran”, o él decía una palabra. Él quería ver si uno realmente las entendía o [si] sabía más o menos qué querían decir las palabras; o sea, más para distraer, para platicar, eso hacían ellos, sí. Uno se sentía muy contentos con ellos, sí.

HA: ¿Convivían con toda la comunidad o solamente con una sección?

AH: No, porque fíjese que en ese tiempo habían grupos. Se formaban grupos de mujeres. En la iglesia es punto y aparte, digamos, en la iglesia también se hacían dinámicas, juegos o cosas, pero eso es punto y aparte. También estaban los grupos de la población: estaba uno que [se] llamaba Mamá Huaquín, otro se llamaba Madre Tierra, otro se llamaba Ixmucanel, otro se llamaba... ya no me acuerdo. Entonces, a esos grupos ya venían ellos y les daban, así, unas pláticas. Le dije el otro día que estaban las de Edic [sic], que más o menos se relacionaban las personas, entonces ya venían y daban, como quien dice, una plática. En ese tiempo los hombres estaban muy acostumbrados a pegarles a sus mujeres, y las mujeres estaban acostumbradas a ser muy sumisas, y allí ya le explicaban a las mujeres: “Pues no, tu comportamiento debe de ser así”, y a los hombres también les iban diciendo cómo deberían de portarse, que así no debería de ser [...]. Y ya iban ayudando a que la gente tuviera otra forma de pensar, otra forma de vivir. En esas cosas iban ayudando, sí. Y que si regresaban a Guatemala, los niños se debían de tratar de tal forma, porque igual, como le digo, la gente estaba acostumbrada a que le pegaban mucho, sí, le pegaban mucho a los niños y los hombres a sus mujeres. Entonces era más feo, ¿verdad? Entonces, todo eso lo fueron enseñando en esos talleres, de eso más o menos iban tratando, de la dignidad de cada persona, sí, eso.

HA: ¿Y cree usted que sí incidieron en la población, en la comunidad?

AH: ¿Que si ayudaron? Sí ayudaron, sí ayudaron. Ayudaron bastante porque fíjese que en este tiempo —a veces platicamos con mi hermano que de repente se va uno a los extremos—, yo en este tiempo ya no veo mujeres golpeadas. Sí, porque de repente estaban raspadas o de repente: “¿Qué te pasó?”. “No, pues me caí”.

Pues no se cayó, ¿verdad? Deben de existir problemas familiares, debe de haber todo todavía, pero ya no de ese modo, o sea, ya lo ven de distinta manera. En ese tiempo, como le vuelvo a repetir, era bastante sumisa. Yo creo que sí ayudó. Ayudó y, pues ve ahora, la gente estudió. Ya los nuevos jóvenes son diferentes, sí, son diferentes.

HA: ¿Y comparte su historia con gente que no vivió lo mismo que usted?

AH: Sí la compartimos, sí. Cuando tenemos tiempo sí platico así con alguna persona, sí...

HA: ¿Y actualmente se conservan fiestas y tradiciones de Guatemala en Los Laureles?

AH: Fíjese que no. Por lo menos, digamos que sí, los de San José celebraban esa fiesta de donde ellos eran, de su comunidad de donde ellos eran. Han tratado de ir la metiendo acá. Ya para el día de San José los ixchahuacanes hacen comida, ellos hacen tres días de fiesta, pero como le vuelvo a repetir, como unos son de un lado y otros son de otro, no coinciden las fiestas. Entonces, yo le puedo decir que a mí esa fiesta, como ellos la hacen, a mí no me gusta, o sea, no, no me agrada.

Ahora viera, cuando muy venimos aquí sí hacían fiestas más o menos como en Guatemala: se hacían comedias, alguien que sabía de poemas [recitaban algún] poema, antes alguien decía unas palabras por alguna razón para elevar el pueblo, que se hacía el himno de Guatemala, que el himno de México; o sea, se conservó. Pero cuando llegó a ser ya agente municipal, ¿cómo le digo?, que la autoridad ya pasó a ser del municipio (que ya no fue interno), ahí acabó esto. Sí, yo a veces fijese que deseara ver una fiesta: cómo hacían encostalados, [cómo] hacían, pues, chistes para que la gente se divirtiera, los de la escuela hacían algunas obras de teatro, algo.

Pero todo eso se acabó, sí; todo eso ya no lo han intentado estos señores —como don Antonio Sales—. Sí, lo han intentado, pero ya no les sale.

HA: ¿Por qué ya no sale?

AH: Porque la gente ya no coopera, los muchachos ya no cooperan. Por lo menos, a mí me gustaría ver bailar el son chapín; ya no, ya no.

HA: Ya no hay tanto interés por las tradiciones.

AH: No, ya no, ya no. Me gustaría un baile, un baile con marimba (porque se hicieron varios bailes con marimba), es muy diferente; pero pues no, ahorita la gente quiere bailar puras norteñas, sí. Es más, ya ve que aquí en Campeche bailan mucho tropical, mucho así. La gente de aquí quiere bailar norteño, y si les tocan [música en vivo], no bailan; si les traen un conjunto, no bailan; si les tocan norteño, ahí sí se ve que bailen, sí.

HA: Y, por ejemplo, dentro de esto de las tradiciones está la comida. ¿Se conserva alguna comida típica de Guatemala, de la región de allá?

AH: Aquí con mi mamá nosotros hacemos el caldo de pavo, que es el kaq'ik, es la comida cobanera; nosotros la hacemos. Ellos fijese que hacen una su comida [que] le llaman yo no sé cómo... , masa blanca le dicen ellos, pero así en español; en su dialecto yo no sé, porque kaq'ik debe de estar en q'eqchí, que es caldo de pavo con chile, con chiles que den color. Pero [el de ellos] pica; nosotros hacemos que no pique. Pero el que ellos hacen pica bastante y ellos hacen... Es como ver mole, pero no es mole, es algo espesito de masa, nada más de masa, y ellos lo disfrutan. Cuando hacen ellos eso es fiesta. Otra cosa, nosotros por [ejemplo], la Semana Santa comemos plancayas. Las plancayas son unas palmitas —pacayitas se llaman, de Chiapas las traen, son sabrosas pero son amargas—, se hacen en huevo, se hacen en caldo, se hacen como recadito,

se preparan. Eso comemos en Viernes Santo, con un pedacito de pescado. Eso se parece a la coliflor, pero ya ve que la coliflor no es amarga, ¡eso es amargo! Son amargas, pero como nos acostumbramos a comérmolas... Son amargas, pero sabrosas, sí. Y esas comemos para la Semana Santa.

Para la Navidad, nosotros los tamales... Por lo menos para la Navidad, donde usted vaya —yo considero que en Los Laureles eso todavía se hace—, donde usted vaya hay tamales. Estaba la costumbre de compartir para la Semana Santa: toda la gente debía de tener un canasto de pan, toda. Desde Lunes Santo hasta Sábado de Gloria ya se iba acabando el pan, [los] canastos de pan [...]. Y se hacían las tres clases de pan, ¿verdad?, [...] de todoos, así [para] que hubiera mucho pan, mucho pan. Y el batido, ese que es más sabroso, todavía había. Todavía mucha gente compra su pan, del que sea; pero para Semana Santa la gente tenía su caja de pan, esa es tradicional de Guatemala. Y aquí la gente tiene [su] pan. Ya ve que aquí para el día de los Santos es el pan de muerto; pero para nosotros no, para nosotros son tamales. Tamales para el Día de Muertos. Ya ahora la gente compra su pan de muerto, pero para nosotros son tamales, chayotes cocidos, así cocidos en la olla enteritos. Y ya eso, el día de los Santos [...], como no era un sólo chamaco, sino que un montón, cada quien anda comiendo chayote por donde sea, [también] calabaza con dulce (están las olladas de calabaza).

Eso es para el día de los Santos. Para Navidad es conserva: conserva de plátano, conserva de tomate, conserva de papaya. Ahí hay conserva para Navidad y para Año Nuevo. Ahí están unas ollas así o hay “caliente”, le decíamos nosotros. Está la olla de tamales y la olla de caliente. El caliente puede ser de piña o puede ser de jamaica con canela; están las ollas calientes. Se lo va a tomar usted

caliente y su tamal: “Voy a comer mi tamal, pero con caliente”, pero el caliente puede llevar una botella de algún licor para que sepa más, o si no así simple; pero sí no, mejor sí con una botella.

HA: ¿Y todo eso de las conservas se hacía también en Guatemala?

AH: Sí, sí, eso es de allá, porque ya ve...

HA: ¿Y durante la época en que estuvieron en los campos de Chiapas los primeros años, también?

AH: La gente sufría porque diga usted que conseguían el pollo para hacer los tamales, [y] no conseguían las hojas; o ponga usted que conseguían las hojas, [y] no teníamos el maíz en ese tiempo, entonces, diga usted que de maseca, [pero] de maseca no estaban sabrosos. O sea, todo eso la gente lo sufrió, todo eso lo sufrió.

Hay un tamalito que llaman allá en Guatemala “siete camisas”: las mujeres hacen la masita bieeen fina —bien fina la masa, que esté bien, bien remolida—; entonces, tienden en la piedra de moler la masa, después le tienden frijol, pero así delgadito, a toda la masita; y entonces le van dando vueltas, le van dando vueltas, le van dando vueltas. Una rayita de frijol y una rayita de masa, una rayita de frijol y una rayita de masa. Siete camisas porque si contaban dicen que siete, siete vueltecitas tenía el tamalito. Todo, todo eso es los chepes. Los chepes —ya está frijol camagua en el monte, apenas está, ya se puede despepitar; iban a traer un poco, lo despepitaban y a hacer chepes—, entonces [con] los chepes revolvían la masa con ese frijol viejo y a echarlos a cocer, y ya se [¿?] los chepes.

Todo eso es tradición de Guatemala y sí hay personas que todavía lo hacen y personas que le enseñaron a sus hijos; y personas que ya no sabemos de eso.

HA: Eso de la comida guatemalteca es como un poco más dentro de la casa, ¿no? No se anuncia tanto como para venderlo.

AH: Como para venderlo no, fijese. Y como [que] para venderlo ya lo hacen más mexi. Pues ya ni de aquí ni de allá; más mexicana dijera yo. Pero pues no: hacen los tamalitos, le ponen chipilín, pero le ponen pollo. Es como el tamalito de chipilín: es de allá, lo hacen de frijol, pero les ponen pollo, [y] ya no.

HA: ¿Y en qué medida se considera usted guatemalteca todavía?

AH: Pues yo me siento guatemalteca porque yo siento que hablo, que actúo como guatemalteca, que hablo como guatemalteca. No me gusta ir y decir: “Es que soy mexicana”, [porque] me van a preguntar: “¿De dónde son tus papases?”. Entonces si digo: “Soy guatemalteca”, se me hace más fácil porque ya les digo: “No, pues fijese que soy de los refugiados”, o sea, está más inmediatamente. Hasta mi hijo, mis hijos: “No, pues nosotros sí somos mexicanos, pero somos de los guatemaltecos que vinieron, o sea, somos hijos de allá”, se hace más fácil.

Un señor se fue a Mérida en aquel tiempo —por eso pienso que si uno empieza a decir, puede caer en esa situación—, se fue a Mérida y él no le pidió permiso a Migración, sino que nada más se fue: venía en el ADO, ya había ido a trabajar y ya venía, y dice que le preguntó un señor: “¿Tú de dónde eres?”. “Yo soy de Mérida” —de Mérida porque se parecía a cualquier maya—, entonces ya el señor ya no le habló en español, sino que se puso a hablarle en maya. El señor ya no halló más qué hacer, que dicen que se tapó la cabeza y se puso pa’ otro lado, porque no sabía nada de maya. Entonces a mí se me hace más fácil decir: “Pues no, soy guatemalteca”, sí. Porque de repente me dicen: “Usted es veracruzana”, o si no me dicen: “Usted es de... (de algún estado del norte)”, “Usted es de tal parte”. Y si le digo: “Sí, soy de ahí”, y si el que está a lado es de allá y me [dice:] “¿No conoces tal pueblo?”, ¿cómo voy a quedar? Sí, entonces no, yo les digo: “No, pues yo soy de la gente

guatemalteca”. Decía un señor de Bonfil: “¿Y usted no se siente mal cuando le dicen guatemalteca?”. “No, yo no me siento mal cuando me dicen, a mí me gusta”. Sí, sí, porque, pues sí. Pero sí también [digo]: “Bueno, soy guatemalteca, ya soy naturalizada, ya tengo mis documentos como mexicana, pero soy guatemalteca”. Sí, o sea, me gusta.

HA: ¿Y en qué medida se siente mexicana?

AH: Quién sabe cómo, no sé cómo... le respondiera yo. No, pues sí soy mexicana [risas] porque tengo la credencial, pero no... Yo digo que si me van a poner allá a Guatemala, a lo mejor no me va a gustar; me siento mucho de Laureles, sí, de Laureles. No, no puedo contestar, no puedo decir “Es que...”. Ya no sé si cuando yo llegue a Guatemala voy... Yo quiero mucho mucho a la gente mexicana, yo los respeto.

De repente cuando la gente de aquí quiere hacer un así como su revoltijo: que aparecen en la Antorcha,¹¹ que se van a hacer marchas, que hacen esto, que hacen lo otro, o sea, que se revuelven con gente así que le gusta andar... Que yo no sé si será bueno o si será malo, pero a mí no me gusta [que] la gente ande haciendo, o sea, como huelgas, o sea, poniéndose a hacer plantones. No, no me gusta que perjudique. Yo ahí digo a los mexicanos: “No tienen por qué sufrir que por nosotros”, o sea, la gente debería de guardar... Yo siento eso, eso creo. No sé si así debería ser, pero eso yo siento, que sí deberían de guardar un respeto a pesar de que sean hijos de aquí. Que sean de aquí, no deben de hacer algo en contra, deben de trabajar para que todo sea bien. Pero tanto [así] como huelgas, plantones, yo creo que eso no lo deberíamos de hacer. Eso no me gusta.

¹¹ Probablemente refiriéndose a la asociación campesina.

Sí, no me gustaría que un mexicano sufra, o sea, por mi persona porque, vuelvo a repetir, las Naciones Unidas nos apoyaron para estar aquí, fue el gobierno mexicano [el que] nos dio el lugar y las Naciones nos apoyaron. Pero si el gobierno mexicano no nos hubiera querido en su suelo, si la gente no nos hubiera querido, si la gente se hubiera levantado y decido “¿Por qué?”... Entonces, yo siento que a la gente de aquí no es que uno le tenga un temor, no, pero un respeto sí se le debe, [y] yo digo que se debería de guardar por siempre... Eso es lo que yo siento, sí.

HA: Bueno, ¿ya sería todo o hay algo más que quiera decir o agregar, así, en general de todo lo que hemos visto?

AH: Pues sí. Yo hasta hoy eso es lo que yo quiero, que por nosotros nunca vaya a haber una persona que dañe, sino gente que construye, que seamos ejemplo de otros pueblos mexicanos. Eso es lo que yo deseo que sean mis hijos, o sea, que los admiren como personas que llegaron, como personas que han sabido salir adelante a pesar de haber venido de padres que no tenían nada. Así, vuelvo a repetir, no me canso de agradecerle al gobierno de ese tiempo que nos recibió, a los gobiernos de cuando regresó la gente y le dijeron: “¿Y si nosotros queremos regresar otra vez a México, sí nos va a dar lugar?”. Y el gobierno dijo que sí, que la gente viniera para acá.

Que la gente siga siendo como es, que trabaje, que sea alegre, que participe de las cosas de México, de la política, pero de buen modo. Que se logren las cosas para bien, ya que se ha llegado a tener ese derecho.

Y yo Guatemala pues la quiero. Allá están mis tíos, allá están enterrados mis abuelos; solamente allá está mi hermana, mis sobrinos; ya todos los demás aquí estamos en México. Todos somos mexicanos. Y pues quiero Guatemala, allá están mis raíces. Y

quiero a México porque [risas], ahora sí que aquí están mis ramas, aquí están mis hijos, aquí está enterrado mi esposo. Y pues sí, que quede para la historia y que sea en un buen recuerdo, no en un mal recuerdo.

HA: Bueno, muchas gracias.

AH: Igualmente.

HA: Ya voy apagar la grabadora.

FUENTES

ENTREVISTAS

Entrevista con Adelina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 25 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

_____, domingo 27 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

_____, viernes 2 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Entrevista con Ernestina Hernández por Hugo Alfaro, viernes 30 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Entrevista con Jaime Rosas por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

_____, viernes 2 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Entrevista con Juana Mo por Hugo Alfaro, martes 6 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Entrevista con Reyes Padilla por Hugo Alfaro, domingo 4 de octubre de 2015, Los Laureles, Campeche.

Entrevista con Rufino Martín por Hugo Alfaro, lunes 28 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

_____, miércoles 30 de septiembre de 2015, Los Laureles, Campeche.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, Sergio *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales*, México, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social/Centro de Estudios Internacionales-El Colegio de México, 1989.

_____, *El éxodo centroamericano: consecuencias de un conflicto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985 (SEP Cultura, Foro 2000).

Álvarez Aragón, Virgilio, Carlos Figueroa Ibarra, Arturo Taracena Arriola, Sergio Tischler Visquerra y Edmundo Urrutia García (eds.), *Guatemala: historia reciente (1954-1996)*, 5 ts., Guatemala, Flacso-Guatemala, 2012.

Americas Watch Committee, *Guatemalan Refugees in Mexico, 1980-1984*, Nueva York/Washington, Americas Watch Committee, 1984.

Ankersmit, Frank, *La experiencia histórica sublime*, trad. de Nathalie Schwan, México, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, 2010 (El Oficio de la Historia).

Antonio, Juan Ignacio, *El trayecto de Guatemala a Campeche: el caso de una familia Q'anjob'al*, Campeche, Conaculta/Gobierno del Estado de Campeche, 2013.

Ariès, Philippe, *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días*, trad. de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008 (Filosofía e Historia).

- Bataillon, Gilles, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*, trad. de Jorge Alaniz Pinell, México, FCE, 2008 (Col. Historia).
- Bender, Thomas, *Historia de los Estados Unidos: una nación entre naciones*, trad. de Alcira Bixio, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.
- Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, trad., introd. y ed. de Bolívar Echeverría, [s.p.i.].
- Berbérova, Nina, *El subrayado es mío*, 2ª ed., trad. de Ana María Moix, Barcelona, Circe, 1990.
- Bérubé, Michael, “Experience”, en Tony Bennett, Lawrence Grossberg y Meaghan Morris (eds.), *New Keywords: a Revised Vocabulary of Culture and Society*, Malden, Massachusetts, Blackwell, 2005, pp. 121-123.
- Brett, Roddy, *The Origins and Dynamics of Genocide. Political Violence in Guatemala*, Londres, Palgrave Mcmillan, 2016.
- Bunin, Iván, “Un otoño frío”, en *Paisaje caprichoso de la literatura rusa*, trad., selec. y notas de Selma Ancira, pról. de Juan Villoro, México, FCE, 2015 (Biblioteca Universitaria de Bolsillo), pp. 206-211.
- Camarena Ocampo, Mario y Gerardo Necochea Gracia, “Conversación única e irreplicable: lo singular de la historia oral”, en Graciela de Garay (coord.), *La historia en micrófono. Textos introductorios a la historia oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp. 47-61.
- Casas, Bartolomé de las, *Apologética historia sumaria*, 3ª ed., 2 vols., estudio preliminar de Edmundo O’Gorman, prefacio de Miguel León Portilla, México, IHH-UNAM, 1967 (Historiadores y Cronistas de Indias, 1).

- Casaús Arzú, Marta E., *Genocidio: ¿la máxima expresión del racismo en Guatemala?*, Guatemala, F&G Editores, 2008 (Cuadernos del Presente Imperfecto, 4).
- _____, *Guatemala: linaje y racismo*, 2ª ed., San José, Flacso-Costa Rica, 1995.
- Collado Herrera, María del Carmen, “¿Qué es la historia oral?”, en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono. Textos introductorios a la historia oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp. 13-32.
- Collingwood, Robin George, *Idea de la historia*, 3ª ed., trad. de Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos, ed., pref. e introd. de Jan van der Dussen, México, FCE, 2004.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala, memoria del silencio*, 12 ts., Guatemala, Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas, 1999.
- Crisis en Centro América y refugiados guatemaltecos en México*, México, Ciencia y Tecnología para Guatemala, 1985 (Cuadernos, 5).
- Dewey, John, *El arte como experiencia*, trad. y pról. de Jordi Claromonte, Barcelona, Paidós, 2008 (Paidós Estética, 45).
- Díaz Maldonado, Rodrigo, *El historicismo idealista: Hegel y Collingwood. Ensayo en torno al significado del discurso histórico*, México, IIH-UNAM, 2010 (Teoría e Historia de la Historiografía, 11).
- Dilthey, Wilhelm, *Pattern & Meaning in History. Thoughts on History & Society*, ed. e introd. de H. P. Rickman, Nueva York, Abingdon/Routledge, 2015.
- _____, *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*,

- trad., pról. y notas de Antonio Gómez Ramos, epíl. de Hans-Ulrich Lessing, Madrid, Istmo, 2000 (Fundamentos, 164).
- Drouin, Marc, *Acabar hasta con la semilla*, Guatemala, F&G Editores, 2011 (Cuadernos del Presente Imperfecto, 10).
- Dubet, François, *Sociología de la experiencia*, trad. de Gabriel Gatti, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Universidad Complutense de Madrid, 2010.
- Foucault, Michel, *Genealogía del racismo: de la guerra de las razas al racismo de Estado*, trad. de Alfredo Tzveibely, pres. de Tomás Abraham, Madrid, La Piqueta, 1992 (Genealogía del Poder, 21).
- Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, trad. de Christine Kopplhuber y Gabriel Insausti Herrero, ed. y pról. de José Benigno Freire, Barcelona, Herder, 2004.
- Freyermuth, Graciela y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993.
- Garay, Graciela de (coord.), *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, 2ª ed., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2013 (Perfiles).
- Garrard-Burnett, Virginia, *Terror in the Land of the Holy Spirit. Guatemala under General Ríos Montt, 1982-1983*, Nueva York, Oxford University Press, 2010.
- Ginzburg, Evgenia, *El vértigo*, trad. de Fernando Gutiérrez y Enrique Sordo, pról. de Antonio Muñoz Molina, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.
- González-Izás, Matilde, *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*, México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, 2014.

- Guatemala: nunca más*, Guatemala, ODHAG, 1998 (Informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica).
- Guldi, Jo y David Armitage, *History Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Hage, Ghassan, “Migration, Food, Memory, and Home-Building”, en Susannah Radstone y Bill Schwarz (eds.), *Memory: Histories, Theories, Debates*, Nueva York, Fordham University Press, 2010, pp. 416-427.
- Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, trad. de Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica, Barcelona, Anthropos, 2004.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída, “La guerra contra el narco. Violencia de género, militarización y criminalización de los pueblos indígenas”, en Santiago Bastos y María Teresa Sierra (coords.), *Pueblos indígenas y Estado en México*, México, CIESAS, 2017, pp. 244-269.
- Ibarra, Ana Carolina, “Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes”, en Maya Aguiluz Ibargüen y Gilda Waldman M. (coords.), *Memorias (in)cógnitas: contiendas en la historia*, México, CEIICH-Coordinación de Humanidades-UNAM, 2007 (Debate y Reflexión), pp. 21-40.
- Immerman, Richard H., *The CIA in Guatemala. The Foreign Policy of Intervention*, Austin, University of Texas Press, 1982.
- Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, FCE, 2016.
- Jay, Martin, *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*, Berkeley, University of California Press, 2005.
- Kauffer, Edith, *Refugiados de Guatemala en México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 2000 (Antropología Social).

- LaCapra, Dominick, *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*, trad. de Teresa Arijón, Buenos Aires, FCE, 2006.
- _____, *Escribir la historia, escribir el trauma*, trad. de Elena Marenngo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005 (Cultura y Sociedad).
- Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, 8ª ed., introd. de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1959 (Biblioteca Porrúa, 13).
- Lasky, Melvin J., *Utopía y revolución*, trad. de Juan José Utrilla, México, FCE, 1985.
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, trad. de Hugo F. Bauza, Barcelona, Paidós, 1991.
- Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, en *Trilogía de Auschwitz*, trad. de Pilar Gómez Bedate, pról. de Antonio Muñoz Molina, Barcelona, El Aleph/Océano, 2005 (Modernos y Clásicos, 222), pp. 457-652.
- Lewis, Bernard, *La historia recordada, rescatada, inventada*, trad. de Juan González Hernández, México, FCE, 1979.
- Lira, Andrés y Luis Muro, “El siglo de la integración”, en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, 3ª ed., 2 ts., México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 1981.
- Luján Muñoz, Jorge, *Breve historia contemporánea de Guatemala*, México, FCE, 1998 (Col. Popular, 552).
- Martínez Manzanero, Betsabe Adriana, “*Eso ya se me estaba olvidando, ustedes me están haciendo recordar*”. *Treinta años después. Recordar, olvidar y callar en Maya Tecún, Champotón, Campeche*, Zamora, 2010 (tesis de Maestría en Antropología Social El Colegio de Michoacán), 133 pp.
- Martínez Peláez, Severo, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, México, FCE, 1998 (Sección de Obras de Historia).

- May, Rachel A., *Terror in the Countryside. Campesino Responses to Political Violence in Guatemala, 1954-1985*, Atenas, Ohio, Ohio University Press, 2001.
- Mink, Louis O., "Collingwood's Historicism: a Dialectic of Process", en Michael Krausz (ed.), *Critical Essays on the Philosophy of R. G. Collingwood*, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 154-178.
- Montejo, Víctor, *Voices from Exile: Violence and Survival in Modern Maya History*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.
- Nora, Pierre, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, trad. de Laura Masello, Santiago de Chile, LOM/Trilce, 2009 (Col. Historia).
- Payeras, Mario, *Los días de la selva*, La Habana, Casa de las Américas, 1980.
- Pérez Mendoza, Joel, "México, ¿un país de refugio? El caso de los refugiados guatemaltecos en Chiapas, 1981-1999", en Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández (coords.), *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, México, Bonilla Artigas/CIALC-UNAM, 2016, pp. 21-47.
- Presencia de los refugiados guatemaltecos en México. Memoria*, 2ª ed., México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados-Secretaría de Gobernación/FCE, 2000.
- Refugiados guatemaltecos en Campeche e integración. Resultados preliminares de una encuesta*, San Cristóbal de las Casas, El Colegio de la Frontera Sur, 1999.
- Refugiados guatemaltecos. Fotografías de Didier Bregnard*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, 1985.
- Rodríguez de Ita, Guadalupe, "Militares en la frontera", en Diana Guillén (coord.), *Chiapas: frontera en movimiento*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005, pp. 99-152.

- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 11^a ed., anotaciones de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 2006 (Sepan Cuantos, 300).
- Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag*, 3 vols., trad. de Josep Ma. Güel y Enrique Fernández Vernet, pról. de Raúl del Pozo, [s.p.i] e-book. [Edición electrónica: 2007].
- Steinbeck, John, *The Grapes of Wrath*, introd. y notas de Robert DeMott, Nueva York, Penguin, s. f. (Penguin Classics).
- Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2000 (Paidós Asterisco).
- Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, trad. de Lucía Vogelfang, Buenos Aires, Prometeo, 2011.
- Valdés Ugalde, José Luis, *Estados Unidos: intervención y poder mesiánico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, trad. de Ana Tamarit, pról. de Christopher Hill, México, IJ-CISAN-UNAM, 2004.
- Vela Castañeda, Manolo E., *Los pelotones de la muerte: la construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*, México, El Colegio de México, 2014.
- Zak, Monica, *La hija del puma*, trad. de Christina Norell de Pelcastre, México, Sistemas Técnicos, 1997.
- Zur, Judith N., *Violent Memories. Mayan War Widows in Guatemala*, Boulder, Westview Press, 1998.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- Aguayo, Sergio, “Del anonimato al protagonismo: los organismos no gubernamentales y el éxodo centroamericano”, en *Foro Internacional*, vol. 32, núm. 3, enero-marzo de 1992, pp. 323-341.

- Carvajal Correa, Marco Antonio J. L., “Refugio guatemalteco; asentamiento definitivo y desarrollo comunitario en Campeche”, en *Diario de Campo*, núm. 9, 2012, pp. 64-68.
- Casaús Arzú, Marta E., “La metamorfosis del racismo en la élite del poder en Guatemala”, en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, diciembre de 2000, pp. 27-72.
- Comisión del Movimiento de Solidaridad con los Refugiados Guatemaltecos, “Informe general sobre los refugiados guatemaltecos en el estado de Chiapas, México”, en *Nueva Antropología*, vol. VII, núm. 26, 1985, pp. 179-187.
- Galicia, Néstor, “A 20 años de la masacre de Xamán”, en *Prensa Libre*, 5 de octubre de 2015. En <<http://www.prensalibre.com/hemeroteca/a-20-aos-de-la-masacre-de-xaman>>.
- Guerra-Borges, Alfredo, “Apuntes para una interpretación de la Revolución guatemalteca y de su derrota en 1954”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. 14, núms. 1-2, 1988, pp. 25-47.
- “Intentan los militares guatemaltecos el retorno de los refugiados, México, 25 de mayo”, en *El refugiado (xre vaj ri)*, núm. 2, Grupo de Apoyo Mutuo, abril-junio de 1983, p. 5.
- Kauffer, Edith, “De la frontera política a las fronteras étnicas. Refugiados guatemaltecos en México”, en *Frontera Norte*, vol. 17, núm. 34, julio-diciembre de 2005, pp. 7-36.
- _____, “Leadership and Social Organization: the Integration of the Guatemalan Refugees in Campeche, Mexico”, en *Journal of Refugee Studies*, vol. 15, núm. 4, 2002, pp. 359-387.
- Palmer, Steven, “Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920”, en *Mesoamérica*, núm. 31, junio de 1996, pp. 99-121.
- Scott, Joan W., “The Evidence of Experience”, en *Critical Inquiry*, vol. 17, núm. 4, University of Chicago, 1991, pp. 773-797.

- “Suministro parcial de alimentos”, en *El refugiado (xre vaj ri)*, núm. 8, Grupo de Apoyo Mutuo, junio-julio de 1984, p. 8.
- Tamm, Marek, “Beyond History and Memory: New Perspectives in Memory Studies”, en *History Compass*, vol. 11, núm. 6, junio de 2013, pp. 458-473.
- Viqueira, Juan Pedro, “Reflexiones contra la noción del mestizaje”, en *Nexos*, mayo de 2010. En <<http://www.nexos.com.mx/?p=13750>>.
- Wassestrom, Robert, “Revolution in Guatemala: Peasants and Politics under the Arbenz Government”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 17, núm. 4, octubre de 1975, pp. 443-478.
- Wieviorka, Annette, “The Witness in History”, trad. de Jared Stark, en *Poetics Today*, vol. 27, núm. 2, verano de 2006, pp. 385-397.

PÁGINAS DE INTERNET

- ACNUR, “El desplazamiento forzado en el mundo bate su cifra récord”, lunes 20 de junio de 2016. En <<https://www.acnur.org/noticias/historia/2016/6/5b7e715a42/el-desplazamiento-forzado-en-el-mundo-bate-su-cifra-record.html>>.
- COMAR, “¿Quién es un refugiado?”. En <http://www.comar.gob.mx/en/COMAR/Refugiados_en_Mexico>.
- “Convención de Ginebra de 1951, el Estatuto de los Refugiados”. En <<https://eacnur.org/es/convencion-de-ginebra-de-1951-el-estatuto-de-los-refugiados>>.
- Parry, Marc, “Uncovering the Brutal Truth about the British Empire”, *The Guardian*, 18 de agosto de 2016. En <<https://www>>.

theguardian.com/news/2016/aug/18/uncovering-truth-british-empire-caroline-elkins-mau-mau>.

Tsvetáieva, Marina, *Nostalgia de la patria: ¡qué fastidio!...*, trad. de Severo Sarduy. En <<http://amediavoz.com/tsvetaieva.htm>>.

Bajo el cobijo del laurel: experiencias del refugio guatemalteco en México (1980-1998), editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 26 de junio de 2023 en los talleres de Grupo Edición, Xochicalco 619, Col. Letrán Valle, Benito Juárez, 03650, Ciudad de México, México. Su composición y formación tipográfica, en tipo Walbaum de 12:15 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La edición consta de 250 ejemplares en papel cultural de 90 gramos. La preparación de archivos electrónicos la realizó Beatriz Méndez Carniado. La edición estuvo al cuidado de
Michelle Trujillo Cruz.

En 1980 la muerte comenzó a desbordarse en los campos guatemaltecos tras la implementación de violentas estrategias contrainsurgentes. Primero aparecieron las amenazas e intimidaciones, luego llegaron las masacres y las destructoras campañas de tierra arrasada. Fue entonces cuando un éxodo masivo marcó el inicio del refugio guatemalteco en México (1980-1998), el cual dio origen a la comunidad de Los Laureles, en el estado de Campeche.

A partir de la mirada de seis entrevistados, este libro explora sus experiencias en torno a la Guatemala que habitaron, el momento de la huida, su llegada a México, el largo proceso de refugio y la lenta construcción de un nuevo hogar.

La historia de Los Laureles nos habla de un proceso presente: el de las migraciones forzadas y la búsqueda de millones de personas de un cobijo.

ISBN 978-607-30-7691-3



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe